

CAPITULO XI.

Las uñas de una loca, las barbas de un judío y la
vuelta del Infante á Valladolid.



E vuelta á Valladolid, esperaban á nuestro rapista, no ya como gefe, sino como simple macero, nuevas ocupaciones. La calle de la cárcel estaba llena de gente chilladora, que progresivamente se aumentaba con los ociosos, que afluían del camino de Cuéllar, y fué preciso al alcaide, al verdugo y á los maceros valerse de toda su autoridad, para abrirse paso y saber la causa de semejante reunion. Diego temió un alboroto y preparó su partesana; los satélites imitaron su ejemplo, el verdugo se escabulló antes de que fuese notado y el carcelero se dirigió á abrir la puerta del encierro. Ya era tiempo de que llegase.

En medio de la pequeña plazuela, á que daba frente la cárcel, estaba Cañete con el resto de su partida, dándose á todos los dia-

blos, y no sabiendo cómo sustraer de la rábia del populacho al judío Jucef, nuestro antiguo tesorero, y á una muger, cuya estrafalaria catadura prevenia poco en su favor. El primero habia caído en poder de una partida de alaveses, el mismo día en que se escapó del castillo de Almazan, despues del combate de D. Juan *el Tuerto* con el caballero Negro, y los alaveses le llevaron á Valladolid juntamente con la mula en que cabalgaba.

Nada pudo descubrirse acerca de los repletos talegos, con que el almojarife habia desertado del servicio del Rey, y que tantas esperanzas infundieran al Infante, antes de su entrevista con doña Blanca, por la razon infinitamente sencilla de que Jucef los habia enterado, temeroso de un mal encuentro, y no fué posible hacerle declarar en donde, aunque se le ofreció perdonarle la vida, lo cual, como él sospechaba juiciosamente, no habia intencion de cumplir.

La mujer, que á su entrada en la cárcel le acompañaba, no habia viajado con él, ni aun le conocia. Era una vieja de feísimo rostro y cubierta de guñapos, á la que los alabarderos habian encontrado cerca de la ciudad, dando gritos y profiriendo amenazas contra el Rey. Toda la chusma de los barrios bajos se habia congregado al momento, y una lluvia de piedras, de tronchos de verduras y de pedazos de frutas verdes persiguió sin cesar á los dos presos, desde la puerta de Valladolid hasta las de la cárcel, donde Cañete se impacientaba por la tardanza del alcaide, quien, como ya sabemos, se hallaba en otra parte. Respiró al fin, viéndole llegar con Diego, que le dirigió un gesto espresivo, para darle á entender que sus órdenes quedaban cumplidas, y mandó que el judío fuese encerrado estrechamente, y la mujer colocada en uno de los calabozos del patio. Algunas dificultades costó el cumplimiento de esta segunda parte, pues apenas hubo entendido aquella harpia que se la iba á hacer pasar por la doble reja, dió tales alharidos, hizo tantas muecas y contorsiones, que todos la juzgaron ó enteramente loca, ó poseida de algun familiar.

—¡A mí! gritaba puesta en jarras y pateando el suelo. ¡Arrojarme á mí en esa hedionda cueva! ¿No basta que esos desalmados de Vitoria me hayan hecho salir del nido....? ¡Pícaros...! Ellos me

la pagarán.... Sí; hervirá mi caldera, para que cuando se levanten, pongan el pié izquierdo en tierra, y así nada bueno podrá sucederles. Por esos infames he tenido que abandonar en Betoño el espíritu de mi hijo y á la.... ¡Oh! Por ella nada me importa... tampoco es la vez primera que la he sacrificado. ¡Cómo rabiará, cuando se encuentre sola en el pozo....! Buen provecho.... Yo hice mi gusto y nadie tiene que pedirme cuentas. Pero á todo esto ¿dónde estamos? ¿Por qué me han traído aquí, desde tan léjos....? Yo vivía contenta en el castillo.... ¡Ah! Ya lo sé, esos malditos caballeros de Vitoria han asaltado mi casa y no han dejado lítere con cabeza.... nada. Hasta la loca Inés á huido y la sangre de mis amigos me salpicó.... ¿De mis amigos....! ¿Quién ha dicho eso....? Afuera.... Yo no tengo amigos... Esa es palabra de condenacion... Eran unos bribones; pero yo tenía un buen cuchillo para hacerme respetar.... ¿Qué se ha hecho?

Y hablando así, empezó á buscar alguna cosa entre los pliegues de la saya.

—Empujad á esa loca, Diego, dijo Cañete; bastante nos ha molestado con su algarabía.

Hízolo el macero como se le ordenaba, mas con tan poca ceremonia, que la vieja, para sostenerse, echó mano á la venerable barba de Jucef, quien siguiendo los pasos del carcelero, atravesaba entonces la puerta de la prision.

—Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, exclamó al verse sujeto de aquella manera; amparadme, libradme de las garras de esta furia.

Y al mismo tiempo empezó á repartir sobre su enemigo—hembra sendas puñadas á diestro y siniestro.

Por algunos instantes ofreció aquel cuadro la mas atractiva diversion. Diego tiraba de la vieja, que chillaba á mas no poder; la vieja de las barbas del judío, que á su vez ponía el grito en las nubes, abriendo la boca horriblemente. La gentuza celebraba con estrépitosos silvidos tan estraña lucha; los maceros ayudaban á Diego, forcejando contra los combatientes; juraba Cañete dividirlos con su hacha, sin que por eso soltase la presa la furiosa Raquel, á quien

ya debe haber conocido el lector; yacía pisoteado el gorro del judío; sus cabellos canos flotaban á merced del viento; su cara brotaba sangre.... pero en desquite habia hecho añicos la sucia pañoleta de la vieja, y de un puñetazo arrancó á su boca los tres únicos dientes que tenia. Aquí fué la rechiffa de los tunos y de las verduleras de la ciudad.

—¡A la loca...! ¡A la loca! gritaban desesperadamente.

Y corriendo de una á otra parte, arrojaban sobre ella granizadas de basura y de chinias, sin que los alabarderos lograsen restablecer el órden, ni separar á Raquel de las barbas del almojarife, que acosado por los mas crueles dolores, se debatía como un energúmeno.

Desesperado Cañete de tanta resistencia, y mas aun del alboroto de la canalla, que por instantes crecía y era de temer que llegase hasta los oídos de D. Alfonso, quien no dejaria de atribuirlo á una conmocion popular, como cosa nada difícil entónces, creyó que ya era tiempo de terminar el negocio y que debia hacerlo por su cuenta. Mandó á Diego que dispersase la multitud al frente de la partida, lo cual no podia menos de serle muy agradable, atendidas sus inclinaciones belicosas, mientras él, ayudado por el alcaide, conseguia, en virtud de sendos porrazos, aplicados con el mango de su partesana en las espaldas de los valientes luchadores, embanastarlos en el encierro.

Dícese que Raquel dejó bien puesto el honor del pavellon, á pesar del vacío que se habia efectuado en su boca y de la desnudez de sus hombros, supuesto que aprestaba con ira el botin de su adversario entre los descarnados dedos; de modo que el alcaide, para conservar las quijadas de Jucef, se vió en la dura necesidad de acudir al único remedio, capaz de componer tan intrincado negocio. Pensarlo y hacerlo, fué obra de un minuto. El judío que clamaba, como si una legion de espíritus infernales hubiese tomado posesion de su cuerpo, chilló mucho mas; cuando vió que su Cancerberero se le acercaba, armado con un cuchillo de buenas dimensiones.

—Calla, perro infiel, le dijo el último. ¿No ves que esta hija de Satanás no se dá trazas de soltarte, hasta que te arranque el pellejo de cuajo?

Y sin mas cumplimientos descargó un revés, y el paciente se encontró libre de sufrir mas angustias.

—¡Por las doce tribus de Israel....! ¿Qué habeis hecho? exclamó Jucef dolorosamente, al contemplarse rapado, y mirando sus pobladas canas entre las uñas de Raquel.

—Yo le he vencido.... ¡Albricias! gritaba esta desatinada. ¿Pensabas triunfar, eh?

Y al mismo tiempo dió cuatro ó cinco saltos para celebrar su victoria.

—Vamos, reina mia, dijo el carcelero, con una entonacion, que estaban acostumbrados á respetar los mas empedernidos criminales. Aqui nadie manda mas que uno, y ese uno soy yo; con que así... chito y al patio. ¡Oh! Por muy loca que seas, te ofrezco que muy pronto recobrarás la razon.... Todavia no has probado la virtud del agua ni el pan del Rey de Castilla. Son alimentos sabrosísimos; te lo juro por mi vida, pero si no bastan para curarte la enfermedad, poseo tambien una ancha tira de cuero de buey, cuya virtud es admirable. ¿Me entiendes?

—Miren ahora los consejos que está relatando este miserable pe-laire, contesló Raquel. ¿Qué necesidad tengo yo de esos regalos? Guárdalos para tus hijos, si los tienes, que yo y los míos sabemos encontrarlos mejores. Ya los probarás algun dia, porque son los mas sustanciosos que se condimentan en la cocina de los infiernos. ¿Te ríes? Haces bien.... ¡Ah! Yo me reia en otro tiempo y ahora llo-ro.... No; es mentira.... No puedo derramar una lágrima, porque el Infante me secó los ojos. ¿Habeis visto al Infante? ¿No ha venido por aquí, con una muger á la grupa de su caballo....? Corren mucho, mas yo les daré alcance. ¿Y quiénes sois vosotros, para arrojarme del castillo? Betoño es mi casa ¿lo entendeis? ¿Cómo decís que mandais en ella....? Aquí no hay nadie; todos se han marchado.... pero venid.... venid.... Yo os llevaré al foso, donde duerme Inés con el espíritu de mi hijo.

—Al diablo con la bruja, replicó el alcaide, aplicando á Raquel un trémulo golpe con el puño entre oreja y oreja. Al patio dije y no quiero mas sermones.

La cojió por los brazos, dicho esto, y arrastrándola con fuerza pudo al cabo meterla en un calabozo, cuya puerta cerró, dejándola gruñir á su libertad. Condujo luego á Jucef al mismo encierro, de donde poco antes habia sido sacado el espía con tan poca ceremonia, y habiendo convidado á Cañete á desocupar un buen zaque de mosto, pasaron ambos á una sala del primer piso de la cárcel, despues de haber despedido á la partida, á escepcion de Diego, quien por haber llenado las funciones de gefe, quedó admitido para que terciase entre los dos miembros mas útiles, que la justicia del Rey sostenia, sin contar el verdugo.

Solo por conjeturas podemos saber el motivo de haberse hallado Raquel tan cerca de Valladolid, el dia en que la prendieron. Anudando el sentido de algunas palabras que, en medio del desvarío y desórden de sus ideas, habia ensartado en sus incoherentes discursos, sacamos en consecuencia que los caballeros de la Banda, en la escaramuza practicada contra el fuerte de Arlaban, asilo de los sublevados que seguian el partido de D. Juan de Haro, segun refirió el sepulturero de Santa María á su hijo y á las castellanas de Almazan, se corrieron tambien hácia la llanura de Betoño. Es probable que allí adquiriesen noticias de la cuadrilla de bandidos, que del antiguo alcázar del Infante D. Juan, muerto en Granada, habian hecho su madriguera. La fortaleza quedó enteramente arrasada; los facinerosos fueron cosidos á saetazos, menos uno, que se unió á otra cuadrilla, para morir poco despues á manos del caballero Negro; y Raquel, hallándose sin hogar y sin almenas que recorrer durante la noche, tuvo por conveniente ir á buscar en otra parte lo que le faltaba. Los campesinos no eran tan hospitalarios, que recibiesen con gusto en sus caseríos á una vieja demasiado quisquillosa, dispuesta siempre á incomodarse por la mas pequeña contradiccion, muy ligera en hablar mal del Rey y de los caballeros que habian igualado su castillo con la llanura, y cuyas trazas, si no eran de hechicera rematada, podian aspirar al privilegio de pertenecer á una bruja de segundo órden. Despreciada ó no admitida en las aldeas, se fué á la ciudad, para servir de delicioso entretenimiento á los muchachos, que no dejaron de Zambullirla en

el asqueroso Zapardiel. En Vitoria oiria decir seguramente que la corte se habia trasladado á Valladolid, y como su cabeza siempre estaba llena de caballeros, de fosos, de venganzas y de aventuras, no necesitó mas, para tomar el camino de Castilla y dirigirse á la capital.

Si estas razones no satisfacen al lector, puede suplirlas con otras que mas le convengan, pues en cuanto á nosotros, tenemos por bastante el saber que la loca de Betoño se hallaba inmediata á Valladolid, cuando fué presa por los maceros, importándonos muy poco averiguar los motivos que á su perdicion la guiaron.

Hay ciertos dias, en el espacio de tiempo que llamamos año, destinados á las sorpresas, y el mismo de la muerte de Pero Calvillo y de la prision del almorjefe, parecia que no debia concluirse sin algun otro acontecimiento importante. Nuevos grupos de hombres y de mugeres corrian por todas las calles en direccion al camino de Castilla, y muchos de los que siempre figuraban en primer término, cuando habia alborotos, se detenian en medio de su carrera, para llenar los bolsillos de guijarros, lo cual no anunciaba proyectos muy pacíficos. Los gritos y las imprecaciones de la multitud penetraban por la gruesa puerta de la cárcel, remachada con clavos de cabeza redonda y llegando hasta el sitio, en donde Diego, Cañete y el carcelero remojaban la palabra, sirviéndonos de la expresion comun á su clase, suspendieron su agradable ocupacion.

—Toda la chusma de la poblacion está en campaña, Capitan, exclamó Diego levantándose y escuchando atentamente.

—Déjales ahullar, respondió el alcaide, ya que no tienen otro mejor entretenimiento. Hoy es dia de gloria para ellos, como si fuese de toros. Un espía ahorcado y una bruja colgada de las barbas de un judío, son motivos muy poderosos para alarmar á todos los zapateros y á las revendedoras del mercado.

—Pero eso ya pasó, con mil diablos, observó el primero, y semejantes alharidos, vienen fuera de sazón.

Cañete escuchó en silencio algunos minutos: volviéndose despues hácia sus amigos, dijo de pronto:

—Es un motin, ni mas ni menos; el pueblo está en conmocion y es preciso acudir á nuestras enercujadas.

—Yo estoy en la mia, repuso el carcelero; mas ya que os vais, no será sin beber el trago de despedida.

Aceptado el embite y llenas tres anchas tazas de barro del espumoso néctar de La-Bastida, tomó una el que acababa de hablar y la acercó á sus lábios diciendo:

—A la buena cosecha de tunantes que debeis traerme antes de la noche, Capitan. Yo tendré cuidado de prepararles magníficos lechos.

—Así es menester, y buen provecho, contestó el gefe, imitando la accion del alcaide, que acababa de vaciar la taza en un dos por cuatro.

—Y puedan los árboles del camino de Simancas, añadió Diego despues de echarse al colete el contenido de la suya, mostrar mañana cuarenta racimos semejantes al que hemos colgado hoy, para escarmiento de bribones.

Terminado el brindis, despidiéronse los dos maceros del alcaide, que tan generosamente sabía agasajar á sus camaradas, y á pasos precipitados se dirigieron hácia donde los gritos de la gentuza se hacian oir con mas claridad.

Á pesar de unos síntomas tan alarmantes, esta vez no fué necesaria la intervencion de los alabarderos, para apaciguar el tumulto. Dirigiase este contra un guerrero muy conocido de la plebe, que armado de todas armas entraba entonces en Valladolid. Era el infante D. Juan, que restablecido de sus heridas, acudia al llamamiento del Rey, como habia pensado acertadamente el Dean, mas deseoso de conservar sus títulos y su ascendiente en la corte, que de probar su valor contra un enemigo, cuya bravura conocia ya por esperiencia.

El pueblo bajo de Valladolid, como todos los pueblos bajos del mundo, no respetaba salvo-conducto, derecho de gentes, ni otros nombres semejantes, inventados con el único objeto de que un declarado rival pueda sentarse á nuestra mesa, reposar en nuestro lecho y hacernos la guerra impunemente con toda seguridad; y aunque no le eran desconocidas las intenciones del Rey, y aun escitaba su entusiasmo el desafío que debia verificarse entre el Negro

paladin y el *Tuerto*, no por eso estaba menos preparado para recibir á éste de una manera, que le probase el ódio mortal que se habia adquirido en Castilla, merced á sus traiciones. Las mugercillas y truhanes, las verduleras y jaquetonés, juzgaron con alguna apariencia de razon que, si D. Alfonso XI habia publicado un bando, prohibiendo bajo penas rigurosas el uso de armas en las querellas particulares, la lengua era una espada no comprendida en aquella disposicion, y que por lo mismo podian ejercitarla á su libre talante. Es fácil resolver si la chusma escasearía los insultos, los dieterios y las amenazas contra el Infante, desde el momento en que le vió llegar, supuesto que todos estaban persuadidos de que no osaría presentarse en público.

La primera noticia de que se aproximaba á la ciudad corrió de boca en boca, como una exhalacion. El camino de Castilla se asemejó en pocos minutos á un espeso bosque de cabezas humanas y nunca, aunque esto sea mucho asegurar, nunca acompañó á un general romano, al hacer su entrada en la antigua metrópoli del orbe, música tan estrepitosa ni tan infernalmente horrible. Á pesar de aquellas ruidosas demostraciones, nadie se atrevió á poner en él las manos, cuando por medio de la multitud se dirigió al palacio real, contentándose la pillería con llenar el espacio de furiosas maldiciones y silbidos. Y aunque no falta quien asegure que algunas pedradas completaron la burla, no nos parece esto probable, pues ni consideramos tan loco al populacho, que olvidase los edictos del Rey, ni tan sufrido al Infante, que no se opusiese á un desacato de tal naturaleza.

Por lo demás, aquella tumultuosa reunion, en la que, no obstante lo espuesto, es muy fácil que hubiese personas que aspirasen á algo mas que á una simple rechifla, se deshizo por sí sola, poco despues de haber entrado D. Juan el *Tuerto* en el palacio real. El resto del dia se pasó con tranquilidad y por la noche descansó todo el mundo sosegadamente, pensando en el torneo que se preparaba.

CAPITULO XII.

Grandes preparativos para una fiesta en que debe correr sangre.



ESDE que empezó á brillar la primera luz del sol, se cubrió de espectadores el *Campo grande* de Valladolid, sitio destinado para el desafío y para el torneo.

Grandes preparativos se habian hecho, á fin de que el último correspondiese á la celebridad de los campeones que debian combatir, y á la grandeza del Príncipe, que se proponia honrarlo al frente de toda su corte. La naturaleza misma parecia como que brindaba con aquel terreno para el marcial espectáculo, que un inmenso concurso, compuesto de todas las clases de la nacion, aguardaba con impaciente anhelo.

Un vasto circo, dispuesto en el mencionado *Campo*, á distancia de media milla escasa de la ciudad, era el punto elegido para las justas. Hallábase rodeado de fuertes empalizadas, y se habia arran-

cado la yerba del suelo en toda la estension del círculo, para cubrirlo de arena con una igualdad y aplanamiento admirables. Dos entradas bastante espaciosas, para contener tres caballeros de frente, las cuales se cerraban con gruesas puertas de encina, eran los únicos puntos de comunicacion, entre el palenque y la parte exterior del campo: estaban guardadas escrupulosamente por dos heraldos ó reyes de armas, que tenian á sus órdenes cuatro donceles, ocho trompetas y respetable piquete de tropas, con el objeto de mantener el sosiego é impedir que penetrase en el circo todo el que no fuese justador.

En desquite de estas prevenciones, no faltaban á los curiosos sitios mas seguros donde colocarse, para contemplar los variados lances, que debian recrear su vista. Alrededor del circo se habían construido anchos tablados, y sobre ellos muchas galerías con sus asientos correspondientes, cubiertos de blandos y cómodos almohadones en la parte mas elevada, hasta la cual llegaban los puntales, que servian de apoyo á los primeros. Dichas galerías de preferencia estaban reservadas para la principal nobleza de ambos sexos. Mas abajo se veian las que podríamos llamar lunetas ó butacas, destinadas para los empleados públicos de segundo orden, y para la clase media de la sociedad, entre la cual tambien figuraban orgullosos hidalgos, que careciendo de favor, y no contando con otros castillos ni tierras que sus arrugados pergaminos, preferian confundirse entre plebeyos, á sufrir las sonrisas y burletas de los magnates. Finalmente, para la gente vocinglera y de calle, cuyo número era inmenso, y de la cual formaban parte los de la bullanga del dia anterior, se habia dejado entre los tablados y las empalizadas de la liza un corto trecho ó barrera angosta, que apenas bastó para la muchedumbre; pero muchos encontraron, si no mullido asiento, al menos desahogada comodidad sobre las tejas de los conventos vecinos, cuya elevacion permitia registrar claramente todo cuanto pasaba en el circo, por encima de las mismas galerías.

Sobre una ancha esplanada de cesped, que se habia hecho á propósito, y á la que se subia, desde una de las puertas del circo, por una cuesta muy pendiente, se colocaron cuatro tiendas guerreras,

ó de campaña, con ricos adornos y banderolas de color carmesí, que era el predilecto de los cuatro mantenedores del torneo, que debían ocuparlas. Una de ellas sobresalía como unos veinte pasos hacia el palenque mas que las otras, y no parecia sino que estaba desafiando á los paladines, amontonados en el opuesto extremo del palenque. Los escudos de los campeones brillaban á la entrada de su respectiva tienda, y muchos notaron la circunstancia de que uno estaba empavonado de negro y tenia cubierta la divisa con enlutado crespon. Cuatro escuderos completaban aquel curioso espectáculo y aguardaban á sus dueños, inmóviles, silenciosos y vestidos de caprichosos matices, menos el de la primera tienda, que lucía riquísimo traje del propio color que las armas de su amo.

Detrás del circo y hacia la parte, en que los caballeros aventureros ó que llegaban á probar fortuna contra los mantenedores, ostentaban preciosos penachos é ingeniosos mote, habia preparados en largas mesas abundantes refrescos y provisiones, de las cuales todos tenían derecho á disfrutar, despues de haberse separado una parte escogida para los campeones, mariscales, reyes de armas y demas funcionarios del torneo.

Olvidábasenos añadir que, en el centro del círculo de las galerías, se veia una, hacia el Norte del *Campo*, mas alta que las otras, ricamente alhajada, y cubierta de floreos damascos con borlones de oro, que formaban majestuoso dosel, sobre el cual brillaban las armas reales de Castilla, pendientes de la famosa *Banda* carmesí. Este era el lugar destinado para D. Alfonso XI, para su esposa la reina doña Constanza y para la real comitiva, cuyo lujo y magnificencia no tenían rivales, pudiendo asegurarse que pocas veces se habia visto una reunion de damas y de caballeros, de perseguidos, de escuderos y de pajes de lanza, que ostentasen tanta grandeza y visualidad.

En frente del trono y á la parte del Sur habia otra galería, tambien mas elevada que las restantes y dispuesta, no con tanto primor como buen gusto: á sus lados azotaba el viento mil banderolas y gallardetes blancos y azules. Graciosas doncellitas, vistosamente engalanadas y ostentando en sus sienes olorosas guirnaldas

de clavelinas y jazmines, custodiaban el interior de esta galería, que debía ocupar *La reina de la hermosura y de los amores*, elegida por el caballero, que rompiese la primera lanza, derribando á su competidor. Los mas significativos emblemas, con que la imaginacion se complace en pintar al amor, se veian lucir á la testera y á los costados del trono de flores de la belleza: flechas, palomas, aljabas, corazones, con sus mote respectivos, formaban desde lejos un conjunto delicioso y elegante y eran blanco de las miradas de afamados paladines. ¡Cuántos suspiraban recordando los nombres de las damas de sus pensamientos! ¡Con qué ardor se proponian vencer, para adquirir el derecho de nombrar la reina del torneo!

Los mantenedores se habian elegido á votos entre los caballeros de la Banda, reunidos al efecto en el salon principal de palacio. Todos se apresuraron á solicitar el honor de sostener el choque contra cuantos se presentasen, y fué necesaria la autoridad del Rey, para calmar su noble fiera.

—Echad suertes, les dijo, y los cuatro primeros nombres que salgan defenderán la excelencia y los fueros de la órden.

—Si es permitido al mas novel caballero de la insignia colorada dar su parecer ante esta ilustre asamblea, respondió el de las armas negras, diré que apruebo la medida de nuestro Gran Maestre, aunque con cierta restriccion. Todos sabeis que ayer recibieron mis hombros la condecoracion de la órden de la Banda, y nadie me negará que estoy en el deber de probar mi gratitud á mis nuevos hermanos y compañeros. Tambien me obliga la razon de manifestar con la fuerza de mi brazo, si soy ó no soy digno de llevar esta distinguida señal; por lo tanto pido ser uno de los mantenedores de las justas.

—Nada tengo que oponer en contra de esas razones, repuso el Gran Maestre, y espero que merezcan la aprobacion de los demás hermanos. ¿Qué decis caballeros?

Todos convinieron en la justicia de lo que pedia el del Zadorra, y así fué elegido unánimemente mantenedor. La suerte decidió los que debian acompañarle y salieron agraciados D. Lope de Vendaña,

Ramiro de Salinas, hijo del anciano D. Álvaro, y Gonzalo de Mendoza. Como no era la pujanza particular de cada guerrero lo que se proponían mostrar, sino la gloria y preeminencias de su orden sobre las demás, adoptaron que si un caballero de los cuatro mantenedores caía vencido, fuese al punto reemplazado por otro, hasta que la hermandad no tuviese defensores; á cuyo efecto, un segundo sorteo designó los que debían vengar la mala fortuna de los primeros combatientes.

Concluidos estos preliminares, el Rey intimó al caballero Negro que so pena de incurrir en su indignacion y en la de las leyes del torneo, le estaba prohibido, el primer día, trabar pelea con el infante D. Juan; y notando que el campeón meneaba la cabeza, en señal de descontento, añadió:

—Moderad ese ardimiento hasta mañana, que es el día aplazado á vuestro desafío. Hoy debemos triunfar todos, lidiando contra cuantos nos disputen la preferencia, pero sin mezclar en la demanda personales querellas, como día destinado á honrar, con nuestro valor y cortesanía, la banda que nos ciñe el pecho.

Juraron todos sobre las cruces de las espadas hacerlo así, y se separaron en seguida, para prepararse á la fiesta.

Llenábanse entre tanto de espectadores las galerías, los tablados y el palenque, pugnando cada cual por apoderarse del sitio, que á su entender le pertenecía, ocasionándose no pocas disputas y aun mojicones, que eran devueltos sin ceremonia, y apostrofándose con terminantes insultos, que acababan por exaltar la bilis de aquellos, á quienes se dirigían: entónces se hacía precisa la intervencion de los reyes de armas, única autoridad del torneo, aunque subordinada á la superior de los mariscales, cuya sola presencia obligaba á los mas díscolos á entrar en su deber. Desempeñaban este último cargo Guillermo de Armentía y el caballero de Urbina, quienes, armados de punta en blanco, recorrían el circo, inspirando el mayor respeto en las barreras y prontos á arrojar de la plaza á los perturbadores del orden.

Infinitos nobles y caballeros, cuyas edades ó inclinaciones no eran á propósito para tomar parte activa en los lances, siempre te-

mibles, de una justa, ocupaban ya sus asientos, luciendo bordados trajes, en vistoso contraste de los elegantes y variados de las damas, que presurosas corrían á gozar un espectáculo sangriento, con el mismo afán que manifiestan al presente, por acudir á divertida corrida de toros.

Muchos nobles de segunda categoría se habían colocado en el espacio ó barrera interior, atestada ya de las clases bajas del pueblo, que apenas se podían revolver, y en donde los primeros, por modestia, procuraban guarecerse. No tardaban sin embargo en arrepentirse y perder la paciencia, pues aquel puesto era generalmente teatro de las disputas mas groseras y pertinaces, hasta que el mango de la alabarda de algun hombre de armas hacía entrar en razón á la canalla vocinglera.

Los cuatro mantenedores ocupaban sus tiendas, devoradas por las ansiosas miradas de los campeones, que se proponían combatir. Los heraldos habían despejado el circo; las señoras ajitaban al aire finísimos lienzos que ostentaban recamados de oro y plata los ilustres timbres de sus solares; los ecos de cincuenta trompetas guerreras se mezclaban con el murmullo, las amenazas y chillidos de la multitud: corrían los escuderos de una parte á otra, preparando las lanzas de sus amos y todo anunciaba que el torneo iba á dar principio. Veíanse, á pesar de esto, desocupadas las dos galerías preferentes y los ojos del concurso se dirigían á ellas continuamente. No era de extrañar que la Reina del torneo faltase, pues no se había elegido aun, pero el Rey, sin cuya presencia no podía empeñarse el torneo, no parecía. Preguntábanse los caballeros la causa y nadie la sabía; los mismos de la Banda se miraban sorprendidos, sin poder explicar la tardanza de su Gran Maestre, y creció de todo punto el asombro, cuando en medio de lujosa comitiva de damas y grandes de Castilla se vió aparecer á la reina doña Constanza y á su lado la infanta doña María de Almazan, con la interesante Blanca, seguidas del Arzobispo, el presumido Dean de Valladolid y gran número de nobles, pajes y donceles. Un murmullo de admiración se levantó de todas partes, al aspecto de los ricos aderezos y preseas del lujoso acompañamiento: olvidóse un instante la ausencia del

príncipe D. Alfonso, y la belleza de la ilustre heredera excitó el entusiasmo general, cuando sentándose á la izquierda de la Reina, pudo el concurso contemplar sin estorbo todas sus gracias. Los ojos de la que así llamaba la atención permanecieron fijos en el circo; el rubor encendió su rostro y para desechar la impresión, con que los repetidos elogios y aplausos de los guerreros oprimían su corazón, dirigió la palabra al Dean. Sus miradas entonces se volvieron indeliberadamente hácia el lado que ocupaban las tiendas de los mantenedores, y reparando en la principal al escudero Jaime, que cual una estatua se mantenía á la entrada sosteniendo la negra rodela tan conocida, un hondo suspiro salió de su pecho, producido por la imagen de los peligros, que amenazaban á su fiel y querido campeón.

Las trompetas seguían atronando los oídos menos delicados con desapacibles sonidos; pero Guillermo de Armentía, que tenía instrucciones secretas y solo aguardaba la presencia de la Reina, los hizo cesar. Adelantóse después al centro de la liza; seguido de su compañero el de Urbina, y llamando á un heraldo, le ordenó que publicase las condiciones del torneo. Desenrollando aquel un pergamino, leyó con alta y sonora voz lo siguiente:

«El muy alto y poderoso rey D. Alfonso de Castilla, manda á todos los caballeros, aquí reunidos, combatientes y espectadores castellanos, alaveses y extranjeros, se conformen, respeten y obedezcan los artículos de las justas, que por mi boca os dirige.»

«Primero. Los caballeros mantenedores aceptan el desafío de todo aventurero.»

«Segundo. Cada campeón llamará desde la liza al mantenedor, contra quien desee combatir.»

«Tercero. Si el combate ha de ser con armas corteses, ó embostadas, la llamada será á viva voz, sin otra señal; pero si á todo trance, seguirá al desafío la respectiva tocata de corneta.»

«Cuarto. El caballero que rompa la primera lanza, y haga medir la tierra á su contrario, tendrá la inapreciable recompensa de nombrar la reina de la hermosura y de los amores.»

«Quinto. El premio consistirá en un yelmo con planchas de oro,

«ricamente trabajado, con soberbio plumaje, y una cadena del mismo metal, distribuida 'al vencedor por la reina del torneo.»

«Sesto. Todo combate cesará desde el momento en que los mariscales del torneo interpongan sus lanzas entre los guerreros, y el que contraviniere, será por solo esto declarado vencido y arrojado del circo, como indigno y mal caballero.»

—Y ahora, continuó doblando el pergamino, honor y amor, valientes paladines; romped las lanzas y encabritad vuestros corceles. Dad un dia de gloria á Castilla, y vea el mundo sentada en ese trono á la mas bella.

Y repitiendo con entusiasmo las palabras *honor, amor*, se retiraron los mariscales á sus puestos.

Volvió á poblar el aire el sonido marcial de las trompetas, y un grupo considerable de caballeros armados voló á la entrada del palenque: fueron allí reconocidos por Guillermo y el de Urbina y escritos sus nombres, para asegurarse de que ningun oscuro aventurero se introducía á tomar parte en los encuentros, despues de lo cual y asegurados de que el circo estaba enteramente limpio, se abrieron las dos puertas de entrada, y la reina dió la señal arrojando su pañuelo.

CAPITULO XIII.

El torneo de Valladolid.



RESENTÓSE en la liza D. Diego de Toledo, montado sobre un soberbio potro andaluz de color castaño. Su cota azul con ribetes de plata estaba sembrada de resplandecientes estrellas, y su escudo ostentaba una media luna, saliendo entre dos nubes con este mote: *á cojerla aspiro*. La fama de las hazañas de este paladin en la guerra contra los moros de Andalucía, se habia estendido fuera de España y todos con razon le consideraban la mejor lanza de Castilla. Teníase con indolencia sobre la silla, desdeñándose de mostrar su habilidad hasta el momento crítico, y solo cuando le fué requerido el nombre de su contrario, respondió con un grito:

—El caballero de las armas negras.

Apareció éste á la salida de la primera tienda, apenas hubo oido el dictado, por el cual se le conocia. Mantúvose un instante inmó-

vil, mirando á su enemigo, y diciendo algunas palabras al escudero, abrazó la rodela y bajó á la entrada del palenque. Se notó entonces que un hermoso jóven seguia sus pasos, observaba todos sus movimientos y se apresuraba á ayudar al escudero en el servicio de su señor. Era Julio, el lindo paje de Blanca, que habia pedido á su buen amigo, segun le llamaba, lo llevase consigo á la tienda, para recibir prácticamente las primeras lecciones de la caballería, y empezar á formarse á la vista de los peligros.

Montar, recibir la lanza que Jaime le presentó y penetrar en el circo, fué obra de dos minutos para el caballero Negro.

Antes de lidiar, acercóse á él D. Diego y le dijo:

—Desde las cercanías de Guadix vengo con el solo objeto que me vas á proporcionar en breve, valiente desconocido. Sé que tu esfuerzo es grande y el eco de tus hechos ha susurrado en mi oído: esto basta; solo quiero vencerte, porque donde sobresale en armas un campeón, no se detenga mucho, si no desea encontrarme.

—Arrogante sois, señor contrario, le replicó el mantenedor; pero en este sitio, obras son menester y no palabras. Por lo demás, si la fatiga de vuestro largo viaje es tal, que no os permita pelear, soy cortés, y á fuer de caballero, os daré tiempo necesario para descansar.

—Ni un cuarto de hora, ni el mas leve momento, gritó el castellano; y pues me has advertido que obre y no hable, prepárate bien, porque juro á mis espuelas, hacerte medir el suelo al primer encuentro.

—Veamos, contestó el Negro. Y volviendo ambos los caballos, se separaron á toda brida, dejando intermedio todo el espacio del circo; hasta que llegados á los extremos opuestos de la barrera, dieron frente y se miraron con fiera.

—*Honor, amor, intrépidos caballeros*, gritó Guillermo de Armentía desde la entrada: la hermosura os contempla y la fama os pregona.

Levantó dicho esto la lanza, sonó el clarín de señal, y añadió con toda la fuerza de sus pulmones:

—Podeis partir.

No es mas pronto el rayo, que la rapidéz con que los combatientes se precipitaron, llegando á encontrarse en medio de la carrera; un ruido sordo, semejante al estampido de seco trueno, resonó por todas partes; una nube de polvo ocultó á los dos guerreros con sus corceles, y mil gritos de sorpresa partieron á un tiempo de los tablados. La Reina se levantó, para ver mejor, y Blanca se cubrió la cara con las manos, arrojando un ¡ay! que ni ella misma supo explicar, si era de alegría ó de dolor.

Luego que la atmósfera se despejó algun tanto del torbellino, que los cascos de los fogosos corceles habian levantado, estrepitosos aplausos en honor del vencedor sucedieron á los gritos. Yacía el caballero Negro derecho sobre su alazan, que temblaba estropeado por tan tremendo choque, aunque sin lanza, por habérsele roto contra la gorguera de su contrario, quien tendido en el suelo, á largo trecho, no daba señales de vida. El casco del amante de Blanca presentaba una enorme abolladura al lado derecho; los escudos de ambos se habian roto y los corceles podian apenas sostenerse; todo lo cual confirmaba que el encuentro habia sido de frente y por lo mismo terrible. Los escuderos de D. Diego le sacaron del circo, mas la violencia con que fué arrojado de la silla por la lanza del Negro, le hizo caer de cabeza y se desnucó. Varias manchas de sangre aparecian sobre la arena, y el terror de Audalucia, el bravo descendiente de los Toledos habia dejado de vivir.

En nuestros dias, una muerte tan inesperada en medio de alegre funcion, la turbaria, ó cuando no, mucha parte del pueblo y sobre todo el bello seco, mas susceptible de fuertes impresiones, y menos capaz de resistirlas, se apresuraria á alejarse de allí, como todos sabemos. Y sin embargo, si asisten nuestras bellas á una corrida de toros, es imposible que puedan esperar ver otra cosa que miembros rotos ó picadores despedazados, á poco que estos se descuiden, y cumplan las fieras con su deber.

Tampoco intentamos desentrañar las causas de esta perversa contradiccion, que nos arrastra á presenciar escenas indignas de nuestra curiosidad, y que tanto mas horror nos causan, cuanto mas nos divierten. Este punto nos llevaria á una disertacion moral,

larga y difusa. Solo deseamos que se penetre el lector de que nuestros mayores obraban distintamente, siendo la muerte de un guerrero, en los torneos, espectáculo demasiado frecuente, para causar notables alteraciones sobre el espíritu de quienes presenciaban otras mil á cada paso, y con menos motivo. Podemos pues asegurar, sin temor de ser desmentidos, que escepto los criados del caballero difunto y acaso alguna belleza, prendada de su gallardía, nadie pensó en desocupar su puesto por aquel accidente. Si alguno nos eciere pruebas de que esto pueda tener sombra de verdad, á la mano tenemos una, sin contar otras muchas, esparcidas en las historias de los siglos pasados.

Quando Artur, jefe de los paladines de la *Tabla redonda*, reina en Inglaterra, se celebró el torneo, nunca olvidado, de Eamont, cerca de Penrith, y en el perecieron *Brunor* el atrevido, *Mador Elkas* el blanco, *Lionel Terran* del bosque negro, con otros muchos, sin que la corte ni el pueblo se conmoviesen; mas es, sin que la Reina del torneo se mostrase compasiva. Podrán decirnos que estos son cuentos de viejas y tal vez tendrán razon; mas una respuesta nos queda todavia. Asi los hemos leído nosotros; no los hemos inventado en apoyo de una mentira.

Mil aclamaciones, mezclándose á los chilladores puntos de una música guerrera, manifestaron al caballero de la negra armadura el aprecio universal, que su valor acababa de adquirir. Las damas agitaban sus pañuelos; victoreábanle los ancianos, y la canalla palmoteaba armando el estrépito, con que siempre acostumbra á aplaudir ó desaprobar. Los mariscales se adelantaron y ayudáronle á desmontar, y Jaime sacó del palenque el caballo medio muerto.

—Seguid mis pasos, valiente desconocido, le dijo Guillermo de Armentía; descansaréis en vuestra tienda.

—¿Se ha concluido por ventura el torneo? preguntó el paladin; que me den otro caballo y nueva lanza.

—No puede ser ahora, le fué respondido. Segun las ordenanzas de la justa, sois vencedor del primer encuentro, y os toca nombrar la Reina de la belleza.

Brillaron de placer los ojos del Negro, al oir estas razones, y se

dirigieron hácia el sitio que ocupaba la heredera. Encontráronse primero con los de la Reina, cuyo descontento era visible, desde la mortal caída de D. Diego de Toledo, y que los bajó al momento, poniéndose á hablar al oído del arzobispo. Blanca sostuvo las expresivas miradas de su amante, y una sonrisa de contento asomó á sus lábios de rosa. Al mismo tiempo la voz sonora del heraldo proclamó al caballero enlutado héroe del primer lance, anunciando que la Reina del torneo iba á ser elejida por dicho vencedor.

—Y ahora, prosiguió enardecido; lucid vuestra hermosura, nobles y apuestas damas de Castilla; eclipsen vuestros atractivos los rayos de ese sol que nos alumbra, y envanézcase hasta las nubes la mas bella: digna será sin duda de presidir nuestra fiesta aquella que sepa rendir un corazón valiente y generoso.

Nuevos aplausos partieron de las galerías y un diluvio de piezas de plata cayó á los piés de los heraldos, mientras se retiraban diciendo.

—Liberalidad, liberalidad, nobles caballeros; amor y honor, esclarecidas doncellas.

Las señoras se acomodaron á su talante en los asientos, agitando de alhagüenas esperanzas. Muchas habia no obstante, cuyas gracias *fueron*; palabra triste para una muger, pero muy positiva; y á pesar de todo, aquellas beldades añejas desplegaban el arte seductor de antiguas conquistadoras, anhelando fijar la atención del caballero Negro y acordándose tal vez de su pasado poderío. Otras (eran las menos) ocultaban con modestia sus nacientes gracias, aunque impelidas secretamente por aquel amor propio natural, que todos tenemos de brillar... mas en vano, en vano se fatigaban las damas castellanas: la reina de las justas estaba nombrada de antemano y nada podía hacer variar la elección libre de un corazón enamorado.

El caballero del puente, junto con sus tres compañeros mantenedores y en medio de los mariscales del circo, dobló la rodilla delante de la reina, mientras las trompetas anunciaban su victoria. Doña Constanza le recibió con severo rostro, dando claras señales del descontento que la animaba, y siguió la conversacion que tenia

con el Arzobispo, dejando al primero permanecer á sus plantas. Indignado el de Armentia, alzó la voz y la dijo:

—Aquí tiene V. A. de hinojos al caballero, que los mariscales han declarado vencedor, aguardando la prenda dedicada á la mas hermosa; y es tiempo señora de concluir.

—¡Ah! Sí; tienes razon, Guillermo, contestó la soberbia esposa de Alfonsa XI, como distraida: no estaba en ello. Bien que... doña María, entregádsela vos, y que cuanto antes se aparte de aquí.

—Reina de Castilla, replicó serenamente el campeón, poniéndose en pié: quizás recibiera yo ese precioso don, de las manos de la noble Infanta, con mas alegría... con la mayor alegría, quise decir; pero juro por la orden sagrada que ayer merecí, no separarme de este sitio, si V. A. misma no me la entrega. Por lo demás, si mi presencia es odiosa á V. A., no tengo empeño en prolongarla, ni deseo captar su favor con bajas adulaciones; mas la ley del torneo ha de cumplirse, y si V. A. la infrinje, dará pernicioso ejemplo á sus vasallos.

Muchas personas, que por su inmediatecion á la galería de la Reina, pudieron percibir las palabras del Negro aventurero, se deshicieron en lenguas, sobre su moderacion y firmeza; otros quisieron saberlas, ya que no les fué posible oirlas; corrieron así de boca en boca, y lo que parecia deber perjudicarle con respecto á la pública opinion, solo sirvió para ensalzarle mas. La Reina conoció toda la fuerza de las razones del guerrero; observó que la atencion general estaba suspensa; que Blanca se habia turbado; que los mariscales y mantenedores publicaban su disgusto con atrevidas miradas; finalmente previó que el Rey la haria responsable, si por aquel incidente se alteraba la tranquilidad: este último pensamiento la decidió. Sacó de una preciosa caja, guarnecida de piedras, esmeraldas y rubíes, un magnífico brazalete y poniéndolo en la cimera del yelmo de aquel, á quien sin conocerle miraba con indelible aversion, volvió á sentarse llena de rábia, que inútilmente procuró disimular.

Entónces fué cuando la curiosidad general subió de punto. ¿Dónde está la afortunada, que debe recibir tan rico presente? ¿Cuál será

la preferida entre tantas bellezas? ¿Por qué tarda tanto ese buen caballero en recorrer el circo? Tales eran las preguntas, que los mas hacian, sin que ninguno pudiese satisfacer su curiosidad, tan pronto como deseaban.

—Entre tanto el caballero Negro se encaminó al medio de la liza, donde Jaime le esperaba, para darle nuevas armas y caballo. De un salto se puso sobre la silla, y colgando el brazalete en el hierro de la lanza, dió una vuelta alrededor del palenque. El mas profundo silencio sucedió á las anteriores aclamaciones, cuando lo vieron detenerse delante de la misma galería, que atendido el desaire de doña Constanza, no era probable tuviese para él mucha predileccion.

—¿Si nombrará á la Reina en desagravio de lo pasado? decia Cañete, quien apostado con los maceros en la barrera, se desesperaba contra el populacho.

—Mas bien creo que la agraciada sea doña Inés de Velasco, replicó el ex-barbero de la *calle nueva* de Vitoria. Mírala sino como frunce la boca, para parecer mas donosa.

—Calle el impenitente, gritó un tercero, que despues se supo era el carcelero de Valladolid. ¿No vé que la incomparable hija del de Urnizar ha embobado al guerrero? Reparad con qué dulzura se miran: que.... si ya se dispone á alargar la mano, para apoderarse de la prenda y ¡con cuánta gana la apretará!

En esto un murmullo sordo, semejante al bramido del mar, que por grados se fué aumentando, hasta convertirse en estrepitosas demostraciones de júbilo, anunció que la eleccion estaba hecha. Con efecto, el caballero de las armas negras, contra el dictámen del gefe macero y sus amigos, habia puesto el brazalete á los piés de la heredera de Almazan.

Al momento fué conducida en triunfo por los mariscales y caballeros, hasta el precioso trono del amor, en el cual se vió saludada Reina de la hermosura.

Casi al mismo tiempo se oyó la robusta voz del Negro vencedor, proclamando á Blanca de Almazan por la mas bella, y desafiando con lanza ó espada á todo aventurero, que deseara negarlo.

El circo se despejó de nuevo y cuatro caballeros se presentaron á la vez en la liza. Llevaba el primero armadura de acero cubierta con pintada piel de tigre, casco de bruñido metal y plumas rojas. Conocíase en él visible empeño de no ser conocido y la visera tenia doble regilla, que impedía distinguir un solo rasgo de su fisonomía. Sin embargo, no bien levantó la lanza, corrió á su encuentro el del Zadorra y le dijo.

—No me llameis á combate, caballero; no me llameis, ó me arrojé del caballo y abandono el circo.

—Sosegaos, señor, le respondió el desconocido; he querido divertirme lidiando con mis amigos; no me descubrais.

Y sin otra razón, pidió por contrario suyo á Gonzalo de Mendoza.

El segundo guerrero nombró á Ramiro de Salinas. Era el infante D. Juan y llevaba sobre la cimera del yelmo la manopla, que el amante de Blanca le arrojara en el camino de Arriaga. Estos dos rivales no podían combatir, conforme á la expresa voluntad del Rey, que habia aplazado su desafío para el día siguiente, y así debían buscar nuevos enemigos, en quienes probar su pujanza. Los otros dos tuvieron por antagonistas á D. Lope de Vendaña y al héroe del primer lance.

Pocos minutos bastaron á los mantenedores para reunirse, y cuando el clarín dió la señal convenida, se les vió partir á carrera tendida. El encuentro fué recíproco, las suertes bien rechazadas, variados los lances, y al principio sostenidos con iguales ventajas: pero habiéndose mezclado los ocho combatientes, el infante D. Juan dejó libre á su contrario el de Salinas, y con la mayor perfidia arremetió á uno de sus mismos compañeros. Era precisamente el desconocido, que entónces las hubo con dos enemigos; pero Gonzalo de Mendoza, conociendo su desventaja dejó de acosarle. Precipitáronse entónces el Negro y D. Ramiro á su socorro, acometiendo á D. Juan; mas era evidente que las leyes del circo se habian hollado. La confusión se aumentaba; el interés de los espectadores crecía, y en vano los mariscales del torneo se interpusieron entre los guerreros: sus voces se perdieron en los aires y ellos mismos

se vieron espuestos mas de una vez; por último la lanza del Infante atravesó al primogénito de Salinas por la juntura de la coraza, y el mismo D. Juan fué precipitado del caballo por la furia del aventurero Negro. Levantó la visera inmediatamente el desconocido, y un grito universal resonó en la plaza al reconocer al Rey.

—¡Traicion, infame! exclamó en alta voz D. Lope de Vendaña. ¿Estais herido señor?

—Preguntádselo al señor de Vizcaya, respondió el Rey: él me acometió traidoramente, estando yo empeñado con D. Gonzalo, y seguramente me derribára sin el socorro de ese guerrero, que me sigue como una sombra para librarme de todos los peligros.

—V. A. no es mas en el circo que un caballero, dijo Guillermo de Armentía: reclamo la observancia de los artículos del torneo, que se acaban de violar, y por lo tanto es preciso que todos se sujeten á mi decision. Despejad pues la liza, para socorrer, cual es debido, á estos caidos caballeros.

Obedecieronle sin replicar y el Rey tambien se retiró. El caballero Negro como vencedor, por haber hecho medir el suelo á dos adversarios, permaneció en el circo. Don Juan *el Tuerto* se levantó, ayudado de sus escuderos y antes de partir le dijo:

—Mañana nos veremos.

—¡Mañana! pronunció su rival con voz espantosa. Hoy será: hoy perverso Infante, si la debilidad de tu brazo no corre parejas con la maldad de tu corazon.

—Sea hoy; luego me verás aparecer para castigar esa intempestiva soberbia, replicó el primero; y salió de la liza.

Ramiro de Salinas fué conducido á su tienda; brotábale la sangre á borbotones de una honda herida, y apenas podia hablar.

La zozobra empezó á ejercer su influencia en las galerías, viendo el mal semblante que tomaba una diversion, empezada ya con funestos anuncios; y muchos opinaron que aquel terrible circo se convertiria dentro de poco en sepulcro de los mejores paladines de Alfonso XI: sus presentimientos no eran acaso infundados, mas por fortuna no llegaron á realizarse.

CAPITULO XIV.

El duelo á todo trance y el baston del rey D. Alfonso XI.



acía el primogénito de Salinas tendido en un confidente de su tienda, sin esperanzas de vida. Los médicos mas hábiles de la ciudad habian sido llamados, y aunque la muerte violenta del sábio Samuel dejó vacío inmenso en los conocimientos del arte de curar, se encontró á un cierto judío muy afamado, de quien se contaban prodigios. Varios príncipes estrangeros, condes, barones y adelantados debian su salud á las drogas de este nuevo Esculapio, y se le citaba con elogio como el único capaz de cerrar toda clase de heridas.

Sin embargo, cuando reconoció la que causaba á D. Ramiro inaguantables dolores, fué fácil adivinar, en las arrugas de su frente, la poca ó ninguna confianza, que le inspiraban los arcanos de su

ciencia. Meneó la cabeza tristemente, se puso pálido, temblaron sus manos, y murmuró algunas frases entre dientes.

—Dame algun consuelo por caridad, le dijo un anciano caballero, que sostenia entre sus brazos la cabeza del herido. Asegúrame que no morirá.....

—El Dios de Abraham es misericordioso, pronunció el médico, y con todo.....

—Qué.... acaba, y si tus palabras han de servirme de puñal, no te detengas: clávalo en mis entrañas, y sácame de tan cruel incertidumbre.

—Yo podria deciros, respetable D. Álvaro.... mas sois padre. Retiraos, voy á ponerle un segundo vendage.

—No es menester, dijo lánguidamente el guerrero. Yo me siento morir, y lo que peor es, desesperadamente. Esta no es herida.... no. Todas las fúrias del abismo parece que se disputan mis carnes: tanto dolor es inaguantable.

Y burlando la vigilancia de ocho ó diez caballeros, que le asistían con muestras del mas acerbo sentimiento, se arrancó todas las vendas. Acudieron asombrados á detenerle, y quedaron atónitos al ver que la sangre no corria ya.

—Este es buen agüero, pensó D. Lope. Confio que nuestro valiente amigo vivirá para vengarse y....

—No es hora de pensar en eso, replicó el médico, ni de concebir ilusiones quiméricas.

—No obstante, ya ves que la sangre se ha detenido, observó el afligido D. Álvaro, acojiéndose á la esperanza, que le infundiera el de Vendaña, cual ase náufrago marinero la débil tabla, que las olas le arrojan.

—Sí; se ha cuajado, contestó el judío..... observad; los bordes de la herida están amarillentos.

—¡Desgraciado! gritó el anciano alavés; ¿qué indica ese color..?

—Es el de la muerte....

Un movimiento del herido le hizo detenerse.

—¡Ah! Qué hierro fatal ha penetrado hasta mis entrañas! exclamó con rábia: no es la herida ¡oh! no: es mi sangre que hierve, como la lava de un volcan.



¡Desgraciado! gritó el anciano alavés; ¿qué indica
ese color....?



—Verdaderamente ha sido un horrible asesinato, repuso el médico.

—Pero crees acaso....

—Creo que la herida presenta síntomas espantosos, y aunque solo fuera un rasguño, hecho con la misma arma, desesperaria de su curacion.

—Entonces....

—Entonces nada hay que añadir.... Creo haber hecho y dicho bastante.

—Llamad, traedme al caballero Negro pidió el herido, incorporándose convulsivamente; dejadme solo con él.

Acudió prontamente á los deseos de su compañero el amante de la heredera, y cuando llegó á la tienda, la desocuparon todos, dejándole á solas con D. Ramiro.

—Os he requerido, le dijo éste, para que declareis al Rey que muero envenenado.

—¡Envenenado! exclamó atónito el campeon.

—Sí: los agudos tormentos que sufro, y los pronósticos del médico, no me dejan dudar de esta fatal verdad... Creo acertar como ha sido.

—Yo tambien ¡Dios mio! yo tambien. El Infante combatia con el hierro de la lanza emponzoñado....

—Así ha debido suceder.... mas no era yo á quien él buscaba.

—No, vive Dios. Don Juan acometió al Rey á traicion, y se ha vengado del auxilio que le dísteis. ¡Maldad! ¡Infamia!

—Guárdese D. Alfonso de las tramas del Infante.

—Yo le libraré, y vengaré tu mal término, esforzado amigo.

Sintiendo entonces que la sensibilidad iba á triunfar de su firmeza, apretó el Negro entre las suyas la yerta mano del primogénito de Salinas, hizo un esfuerzo y se echó fuera de la tienda, cubriéndose los humedecidos ojos con la manopla.

—Don Lope, D. Gonzalo, dijo con voz balbuciente, al pasar inmediato á estos caballeros; apresuraos, acudid antes que....

Todos se precipitaron á un tiempo; entraron, D. Alvaro se acercó

el primero y lanzó un ¡ay! lastimero, arrojándose sobre el confidente. Su hijo no respiraba ya.

Mientras al anciano caballero arrancaban de tan triste escena sus amigos, se preparaba otra en el palenque, sino tan dolorosa, mas interesante para los indiferentes, que aun ignoraban la muerte de D. Ramiro. El Infante y su enemigo habian conseguido del Rey que su desafío se verificase en el acto, y aunque D. Alfonso lo habia aplazado para el siguiente dia, cedió al tenaz empeño de los dos rivales.

Ningun guerrero se queria presentar al combate, escarmentados todos de los dos desgraciados lances ocurridos, por mas que los heraldos les animaban, refiriendo sus hazañas y encomiando la riqueza de los premios prometidos. Tal vez se hubieran arriesgado contra un contrario menos terrible que el de las armas negras; mas éste es invencible, decian, y la mano de Dios le protege.

Viendo los mariscales que nadie se presentaba en la liza, proclamaron que el caballero del puente habia merecido el premio, prez y honores del torneo.

Acto continuo fué conducido por Guillermo de Armentía y el de Urbina al frente de la galería de doña Blanca. Apeóse con lijereza y de dos saltos subió las gradas del tablado, encontrándose á los piés de la hermosa reina de los amores.

—Acabad, la dijo arrojando el casco, de hacerme el caballero mas venturoso del universo. El premio recibido de tan queridas manos, aumentará infinitos quilates á su valor.

—¿Sois pues, vencedor, mi noble paladin? le respondió amorosamente doña Blanca; ya empiezo á ser afortunada.

Y le echó al cuello la brillante cadena, colocando en seguida el pesado yelmo sobre su descubierta cabeza.

—Venga ahora ese miserable asesino, gritó el guerrero levantándose. Yo purgaré á Castilla de un mónstruo.

—¡Ah! volveis á la pelea, exclamó la heredera sobrecojida de mortal espanto. Sí; el desafío.... Pero yo no debo permanecer aquí, continuó despues de certa pausa. El torneo se ha concluido y he dejado de ser reina. Además, yo no podria soportar la vista.....

—Parte, parte, adorada mitad de mi existencia, la contestó el enamorado vencedor. Bastante sangre has visto derramarse hoy.... y sangre noble, sangre pura.... Dios sabe que yo no arremetí al de Toledo con intencion de matarle.... pero ese vil D. Juan....

Mas hubiera dicho, si la corneta de éste no le reconviniéra por su pereza. Arrancóse de allí y pronto estuvo á caballo. El obediente animal corrió á tomar trecho, no bien sintió sobre sus lomos el peso de la noble carga.

—Esta vez fué mas escrupuloso el exámen, que los mariscales hicieron de las armas y arreos de los dos enemigos, pues se trataba de un duelo á muerte, y no de una diversion, que sin embargo habia salido cara para algunos. Diéronles nuevas lanzas, partieron al sol, y les intimaron que perderia la vida el que pelease á traicion. El Arzobispo conjuró las armas desde su asiento, por si tenian consigo alguna hechicería; limpióse nuevamente el circo, y se prohibió al público distraer con gritos ni otras demostraciones á los guerreros. Don Alfonso apareció en su trono, miró severamente á la Reina, é hizo saber, por medio de los heraldos, que el combate debia suspenderse, desde el momento que uno de los campeones se confesase vencido.

Cual impetuoso torrente se precipita desde lo alto de escarpada roca, y cae, y arrebatá cuanto pone obstáculo á su paso, así voló el caballero del Zadorra, con la lanza en ristre, al encuentro del Infante. Mal lo pasára éste, si no hubiera tenido la buena suerte de huir el cuerpo al choque; mas con todo no pudo evitar que la lanza contraria le asestase un fuerte bote sobre el hombro izquierdo. La suya se rompió en dos pedazos contra el escudo del Negro, y el caballo reculó doblando el cuarto trasero.

La segunda embestida nada ofreció de particular, porque no partieron á un mismo tiempo, y apenas se tocaron al pasar; mas la tercera fué tan impetuosa, que ambos rodaron por el suelo y las dos lanzas se quebraron. Huyeron los corceles, nuevas aclamaciones resonaron en las barreras, y hubo un momento de desórden, ocasionado por la ansiedad de los espectadores. Sin embargo, los combatientes se pusieron en pié, desnudaron los aceros y se acometie-

ron encarnizadamente. El terror embargó entonces todos los ánimos, al ver la furia y prontitud, con que se cruzaron innumerables cuchilladas, la menor de las cuales bastára para sepultar en eterno olvido á hombres menos determinados: el silencio mas profundo reinó en la plaza; las miradas se clavaron en el pequeño círculo, que servia de teatro á la refriega, y los corazones en general hicieron fervientes votos por la victoria del jóven campeón. Un revés de éste, dirigido con la mayor destreza, sembró la arena de piezas desprendidas de la armadura de D. Juan; no tardó en correr su sangre, mas él tambien tuvo la habilidad de herir á su competidor.

Destrozáronse los cascos; volaron esparcidos al aire los flotantes penachos; hiciéronse añicos las corazas, petos y espaldares, y la manopla que ostentaba la cimera del Infante fué arrojada á larga distancia. Sudaban de corage los dos rivales; lanzábanse aborrecibles miradas por entre las barras de las viseras, y si un instante descansaban, era para volver con mas ira al asalto. Corria entre tanto con abundancia la sangre de tan animosos caballeros, mezclándose cada vez que se apretaban de cerca, y las muchas heridas hechas y recibidas, aunque ninguna peligrosa, excitaban su valor con nueva rábia.

La lucha empero se prolongaba mas de lo que ellos quisieran, y muchas veces intentaron acabarla, por medio de aquellos tajos decisivos, de los que es casi imposible librarse, si su recíproca maña no opusiese un muro de bronce, contra el cual iban á estrellarse todos los golpes y estocadas. Rompióse al fin la rodela del Negro aventurero; pero léjos de echar pié atrás por esta desgraciada ocurrencia, reunió sus fuerzas y arrojó el pedazo que le quedaba á la cabeza del Infante. El porrazo fué tan desesperado, que el último creyó haberle caído un monte encima: sus rodillas vacilaron, perdió el equilibrio, y conociendo su peligrosa posicion, quiso antes de medir la liza, aprovechar los momentos. Empuñó á dos manos la espada, y alzándola de repente, la descargó con tal violencia, que el Negro solo tuvo el tiempo necesario para verla bajar, cual si fuese pasajera exhalacion.

La serenidad le salvó entonces de una destruccion segura: im-

posibilitado de oponer la menor defensa, apretó los dientes y afir-
mándose bien contra el suelo aguantó el mandoble, que le obligó á
doblarle y aun á tocar el suelo con una mano, para sostenerse: su
yelmo cayó partido en dos pedazos; mas la espada no le penetró la
carne, y este golpe, que agotó el desfallecido vigor del Infante don
Juan, le fué el mas desventajoso de la pelea, porque el caballero
Negro, repuesto del primer atolondramiento, le lanzó dos cuchilla-
das seguidas, que dieron con él en tierra.

—Levántate ahora, si puedes, le dijo poniéndole un pié sobre el
pescuezo, como lo hiciste la noche que te vencí en Almazan. Ladrón,
mal caballero; hé aquí el fin de tus dias, si no te confiesas vencido.

Los mariscales volaron al sitio de la lucha, y pidieron al vence-
dor que perdonase á su enemigo.

—¿Puedo malarle? preguntó él, levantando la visera.

—Sí; en buena ley, le respondió el de Armentía.

—Don Juan ¿os confesais vencido? gritó introduciendo la punta
de la espada por la gorguera del *Tuerto*.

Antes que éste contestase, levantó Alfonso XI su baston y lo ar-
rojó con tal fuerza, que fué á caer á pocos pasos del Negro.

—Os mato, D. Juan, á pesar del Rey y del mundo entero, si no
os entregais vencido, dijo el último.

—Vencido soy, vencido me confieso, pronunció el Infante débil-
mente.

—Ecsijo además que renunciéis toda tentativa á los estados de
Almazan y Alcocer, á los cuales ningun derecho os asiste.

—Todo lo otorgo, á todo renuncio, si me dejais la vida.

—¡Cobarde! ni á morir se atreve con honor, murmuró el enlu-
tado, envainando su acero. Pero sea, y eso os salve; libre estais
aunque sujeto á las condiciones de un caballero vencido.

Dichas estas palabras, se separó de su rival, y media hora
despues se hallaban los dos curándose las heridas en los aposentos
de palacio.

Tal fué el fin del torneo de Valladolid y del desafío de los dos
principales personajes de nuestra verídica relacion: mucho tiempo
habia que no se celebrára otro de tan funestos resultados, y cuyos

encuentros hubiesen sido tan decisivos para los caballeros justadores. Dos de ellos, muertos en el sitio, atestiguaban por lo menos, que el combate fué reñido, y aunque la mala fé de un guerrero convirtió aquella fiesta, por algunos instantes, en verdadero campo de batalla, la cortesanía de otros rehusó aprovecharse de tan fácil ocasión, para añadir mas víctimas, á las dos ya inmoladas. Sin embargo, casi todos los que habian justado salieron heridos del circo, y jamás se distinguieron otros guerreros en acometer, como los de la Banda. Por estas causas se encómió y pondera, hasta las nubes, esta famosa jornada, en los antiguos cronicones.

La corte se retiró de la plaza y lo mismo hicieron cuantos habian presenciado, ó tenido parte en las suertes del torneo. El Rey, desde el momento que arrojó su baston al circo, se levantó del trono y sin dignarse dirigir la palabra á doña Constanza, se encaminó á palacio, seguido de sus donceles, no dudando que el caballero Negro, respetaria su voluntad y concederia la vida á su enemigo.

CAPITULO XV.

La entrevista nocturna.



o tardaron en aquejar á D. Alfonso cuidados de otra especie. Cuando el Señor de Vizcaya y su rival vencedor fueron llevados á las habitaciones, que les hiciéra preparar en su mismo palacio, acababa él de recibir dos noticias, que le causaron la mayor pesadumbre, por cuanto le probaban que ecsistían, á pesar de sus enérgicas medidas, algunos castellanos revoltosos, enemigos del orden y propensos á aprovechar la ocasion de satisfacer sus pasiones, vengando antiguos agravios.

Hallándose Garci-Laso de la Vega, antes Merino mayor de Castilla y favorito del Rey, oyendo misa en el monasterio de San Juan de la villa de Soria, fué cosido á puñaladas por tres asesinos enmascarados, que sin respeto ni miramiento á la santidad del sitio,

le acometieron indefenso y á traicion. Huyeron con la velocidad del rayo, despues de asegurarse de que habia espirado aquel magnate, que si bien merecia ejemplar castigo, por los manejos en que interviniéra durante su privanza, solo al Monarca correspondia impónerselo, y jamás pudieron descubrirse los perpetradores de crimen tan atroz. La coincidencia de este atentado con el asesinato de don Alvar Nuñez Osorio, que pereció el mismo dia á manos de D. Juan Ramirez, cuya fidelidad se grangeára el afecto del Rey, el cual empezaba á admitirle en su gracia, ocasionó á éste el mayor sentimiento. Paseábase agitado por la estancia inmediata al aposento en que descansaba D. Juan *el Tuerto*, á tiempo que se le presentó don Alvaro de Salinas.

—¡Justicia, Rey de Castilla! Justicia vengo á pedirlos contra el asesino, fueron las primeras palabras del anciano.

—¡Otro delito mas...! replicó el Rey con ceño. ¿Qué ha sido?

—¡Qué ha sido! ¿No ha visto V. A. caer á mi hijo D. Ramiro, herido por la lanza del Infante?

—Sí; ha sucumbido, por defenderme, á una infame traicion, que no quedará sin castigo. Pero la herida no debe ser muy profunda...

—Jamás se cerrará para mi corazon, le interrumpió D. Alvaro deshecho en lloro. Mi hijo ya no ecsiste.

—Sosegaos señor de Salinas; vuestro enojo os hace decir un imposible. Yo le ví caer á mi lado, y el Infante tambien cayó: sin embargo, á pocos pasos está de nosotros, sin peligro de la vida.

—Pues bien; yo se la arrancaré; yo he jurado vengar tan inaudita maldad y lo eumpliré, aunque debiese perecer en un cadalso. Don Alfonso, mi boca no se ha abierto jamás para proferir una mentira, y cuando digo que D. Ramiro, única esperanza y orgullo de mi vejez, no respira ya, es por que he estrechado en mis brazos su cadáver. Sí; él ha muerto envenenado por la lanza del vil y perverso D. Juan cuando os defendia. ¡Desgraciado de vos si os hubiese tocado el hierro!

—Eso es tan inaudito, como bárbaro.

—Y no menos cierto. El *Tuerto* os buscaba en la liza, y hé ahí el motivo de desprenderse del empeño, que habia contraído, con

ese mal aventurado hijo mio. Aquella punta empapada en brevages ponzoñosos, que átravesó sus entrañas, os estaba destinada, y solo os librasteis de ella por el arrojo de los dos valientes que se precipitaron á vuestro socorro. Uno ha sellado con su aliento la lealtad que os tenia, y el otro ha recibido de él la confesion de cuanto os digo.

— ¡Tres delitos horribles en un mismo dia! dijo el Rey entre dientes; dos asesinos descubiertos.... ellos pagarán con sus cabezas. Don Alvar, prosiguió enérgicamente, como parte tan interesada en este suceso, espero me ayudeis á descubrir la verdad. No que yo dude de vuestras palabras, ni lo permita Dios; mas es preciso aclarar los hechos, antes de precipitar el castigo. Hablad á D. Lope de Urnizar, y que dé orden de comparecer á mi presencia al médico que ha examinado la herida del infortunado D. Ramiro. Descansad en mi justicia y retened mis últimas palabras: si el Infante es culpable de tan horrendo crimen, el Infante morirá. No olvideis sobre todo que anhelo vengarme como caballero, y castigar como Rey ofendido.

Salió D. Alvar de palacio, á tiempo que llevaban preso á D. Juan Ramirez, asesino del conde Osorio: la vista de aquel reo, el recuerdo de las últimas palabras del Rey y la dolorosa pena que oprimia su corazon, le ocasionaron una fiebre violenta, que le tuvo postrado muchos dias. Cuando recobró su salud, se despidió de la corte para siempre, retirándose al castillo que poseia en la villa de su apellido, y allí vivió todavia bastante tiempo para celebrar la brillante victoria *del Salado*, con que D. Alfonso ilustró su reinado, algunos años despues de estos sucesos.

Las diez de la noche serian del mismo dia que presenció la muerte del primogénito de Salinas, y el caballero Negro descansaba en blando lecho sus fatigados miembros. Varias heridas, por las cuales derramára mucha sangre, peleando con el Infante, le causaban mas debilidad que dolor, y Jaime, el buen escudero, velaba por su amo en una pieza inmediata. De repente se abrió la puerta y entraron dos hombres.

— ¿Duerme, Jaime? preguntó uno de ellos.

—No, señor, respondió el primero; podeis entrar.

El interlocutor se encaminó á la habitación del herido caballero.

—¿Qué te parece de estas cosas, amigo Jaime? dijo el que con aquel había llegado. No ha hecho mal negocio tu señor en el torneo. ¿Viste como cayó D. Diego de Toledo? A fé, á fé, que hace muchos años no he visto lanzada semejante. Solo el infante D. Pedro, mi esclarecido amo, que la víspera de San Juan Bautista murió á la vista de Granada, era capaz de asestar tan seguros botes.

—Hemos tenido en cambio una desgracia, señor Rodrigo, repuso Jaime. Esa maldita lanza de D. Juan se ha llevado de encuentro á un caballero de la Banda.

—Sí; al de Salinas. ¡Cómo ha de ser! Es una calamidad sin remedio y al mejor caballero le puede suceder otro tanto, en ocasión semejante: yo lo ví todo y Artal tambien, que no ha dejado de apestarme con sus rimas, durante la funcion. Pero lo que no esperaba, y en esta parte estoy dado á los diablos contra tu amo, es que perdonase al *Tuerto* la vida, cuando le derribó en el desafío. Venia tan bien una estocada entonces sobre el pícaro follon, como pedrada en ojo de boticario. Es verdad que se ha confesado vencido, y el Rey tambien arrojó su baston.

—¡Oh! cierto; y despues de todo esto, hubiera obrado mal en matarle.

—Pues yo sostengo lo contrario, gritó Rodrigo, al oir que el escudero se acercaba á su opinion. Debia acabar con él; si señor, y sepultarle el acero hasta el corazon, porque para un bribon como D. Juan, robador de doncellas y cabecilla de revoltosos, no se entienden las leyes de caballería.

—No digo que en parte vayais fuera de camino, y efectivamente está puesto en razon....

—¡Qué razon, ni que niño muerto! Cuando yo acierto una cosa, es escusado que nadie me la diga, y maldito si hace al caso ahora acordarse de si tengo ó no razon. Digo que ha obrado malísimamente el caballero Negro.

—¡Pues hombre! si es eso mismo lo que yo pienso....

—¡Otra vez, Jaime, ó demonio! déjame; déjame en paz, antes

que haga un desatino. ¿Qué necesidad hay de que tu pienses lo propio que me oyes decir? Vamos; este es enredo de nunca acabar.

—Lo que yo quiero, señor Rodrigo, es que no griteis tanto, por el motivo de que la hora no es á propósito para bullas: mi amo puede tal vez incomodarse y á mas á mas, no soy sordo.

—Y yo te afirmo....

—Y vos nada me afirmaréis, pues no quiero oirlo. ¿Me habeis entendido ahora?

—Sí, sí; muy claramente, y me gusta el apego que manifiestas hácia tu amo. ¡Si hubieras conocido al mio...! Era la flor de los amos, y si no pereciera el día antes de San Juan Bautista, en la reñida batalla del año de mil trescientos diez y....

El cuarto número se le quedó entre los dientes, por la sorpresa que le causó la aparicion de dos damas tapadas, cuyos pasos no se habían sentido. Jaime, por un movimiento maquinal, llevó el dedo pulgar á la frente, con intencion de persignarse, pero Rodrigo, mas avisado, hizo una profunda reverencia.

—¿Y Guzman? preguntó á éste la de mas edad.

—Hasta aquí llegó conmigo y ahora hace compañía á quien sabeis, la respondió el escudero.

—Apresúrate, dijo entonces á Jaime una voz suavisima, y dí á tu señor que sus amigas desean verle. Vamos pues.... ¿Qué hacéis ahí los dos, mirándonos cual si fuésemos fantasmas?

—A buena dicha tengo, noble señora, llevar á mi amo tan saludable mensaje, contestó el criado; mas no negaré que al principio os tuve por cosa mala, de fuera de este mundo. Ahora que os veo bien, y que os conozco por mi señora doña Blanca de Almazan, y á vuestra compañera por la muy ilustre infanta doña María, cumpliré con el mayor gusto vuestro deseo, porque estoy segurísimo de que ha de causar á mi amo grandísimo contento.

Al esplicarse así, abrió con mucho cuidado la puerta, que separaba aquella habitacion de la del herido y entró en puntillas. Al punto salió Guzman é introdujo á las damas.

Hallábase el caballero de las armas negras tendido en un rico lecho, que la munificencia del Rey habia mandado prepararle, y á

pesar de sus heridas, habia conseguido dormir algunas horas, antes que Guzman fuese á interrumpir su sosiego. Al divisar á las damas, se incorporó, y acercándose ellas, le manifestaron su anhelo de verle cuanto antes restablecido.

—Ese vivo interés que os trae á verme es, oh noble doña María, dijo el Negro, el bálsamo mas saludable, de que yo tenia necesidad. Pronto me vereis en pié, pues apenas siento ya mis dolores.

Doña Blanca nada dijo, pero sus ojos hablaron elocuentemente al corazon de su amante, que devoraba con ardiente afan sus encantos.

—Sí, señora, añadió Guzman: confio en que pronto podremos publicar libremente vuestra amistad y vuestros beneficios. Os confieso que, desde mi llegada á Valladolid, me cuesta increíble trabajo sostener el papel indigno que represento, y á pesar de mi edad y de los trabajos padecidos, hubiera volado á castigar al vil infante D. Juan, cuando acometió traidoramente al Rey.

—Dícese que ha muerto D. Ramiro, pronunció con timidez la heredera.

—He recogido sus últimas palabras, la respondió el guerrero, y siento ahora no haberle vengado á mi placer. Con todo, me anima la esperanza de conseguirlo algun dia, porque no podemos vivir los dos á un mismo tiempo.

—Lo que tambien ha llegado á mi noticia, observó Guzman, es que la maldad y la traicion, os han libertado para siempre, doña María, de vuestros encarnizados enemigos. Garci-Laso de la Vega y el conde Alvar Nuñez Osorio han caído bajo el puñal.

—Ya me pareció que la Reina hablaba de ese asunto con el Arzobispo, en la galería del torneo, respondió la Infanta.

—¡En la galería....! pensó Guzman.... Si el Rey nada ha sabido, hasta despues de haberse terminado las justas....

—No sé; mas pienso haber oido á doña Constanza el nombre del Merino mayor. Por mas que sus intrigas me hayan perjudicado en el ánimo del Rey, me pesa que su fin no haya sido mas tranquilo. Debemos confesar que el dia se ha mostrado tan desastroso, como terrible.... Dos muertes en el torneo, y luego esos otros dos magnates apuñaleados....

—Escenas tristes, que no solíais presenciar en vuestro castillo de la raya de Aragon, y que confio sean las últimas en Castilla. Ha llamado empero mi atencion lo que digísteis acerca de la Reina, y es muy posible que ella tenga alguna parte en el horrible término de esos caballeros.

—¡Qué decís, señor!

—No es mas que una sospecha mia, inspirada por vuestras mismas razones. Habeis dicho que doña Constanza hablaba con el Arzobispo, en la galería, acerca de la muerte violenta.....

—Si mis indicaciones pueden turbar el reposo de la Reina, ó hacerla decaer lo mas mínimo de la gracia del Rey, yo estoy pronta á desdecirme de ellas y á imaginarme que fué un sueño cuanto oí.

—Nada temais de mi indiscrecion. Yo sé guardar un secreto, que por otra parte en nada puede perjudicar á la hija del señor de Villena. Su causa está perdida sin eso, y D. Alfonso muy convencido de las traiciones de su esposa.

Iba á continuar; mas un ruido que provenia de la pieza inmediata, hizo que las dos damas fijasen sus miradas en la puerta. Ocasionábanlo las voces de los dos escuderos, mas furiosos que solian estarlo generalmente en sus disputas ordinarias, y se conocia que no hablaban solos, como cuando las señoras de Almazan se presentaron, porque varios gritos, semejantes á los de una loca, ó de una harpía, resonaban entre los improperios de Rodrigo y las maldiciones de Jaime.

—Sal de aquí, perra bruja, antes que llame á los maceros de Cañete, para que te arrojen por la ventana á los patios, decia el primero. ¿Quién diablos te trae á tales horas por estos sitios?

—¿Quién ha de ser? añadió el otro. Alguna legion de familiares, de los muchos que se hospedan en su cuerpo. Pero eso no la librará de que yo la amarre, como á una bestia sarnosa, hasta mañana, si cuanto antes no nos deja en paz. ¿Has oido, Raquel? ¿O te figuras que todavia estamos en Betoño? Ya ves que te conozco, y por lo tanto no permitiré nunca que tus diabólicos ahullidos incomoden á mi señor.

—¡Já! ¡Já! ¡Já! con el mocito.... respondió aquella muger en-

demoniada, que ya hemos presentado por dos veces en escena. Tienes muy linda cara, y me enamoran tus corteses razones, porque has aprendido mi nombre. Sí; lo has aprendido bien; y se conoce que estuviste en mi castillo: pero.... ¡hace tanto tiempo...! ¿Cómo me has llamado....? ¡Ah! Ya me acuerdo.... *Raquel*.... ¡Já! ¡Já! ¡Já! ¡Já! ¡Já!

—Ea, menos bulla y afuera, dijo Rodrigo, empujándola hácia la puerta: mas valiera que no te hubieran soltado tan presto de la cárcel.

—¿De veras? replicó ella; pues sepa el muy goloso escudero y viejo pelmazo, que nadie me ha soltado, ni en eso pensaban; pero yo tengo medios de abrir todas las rejas del mundo. Y sobre todo, ¿por qué se me ha de privar de asistir á mi adorado Infante? Ahora no está Inés, para hacerme sombra.... pobre Inés.... mas primero son las heridas de mi querido. ¿No decías que habia caído del caballo? Es menester que yo le hable: sí; y si se muere, no le podré dar las gracias por el estado en que me deja. Vaya ¿has oído, querido mio? Enséñame el lecho mortuorio de ese pícaro *Tuerto*.

—¿Qué es esto? preguntó Guzman, saliendo del aposento. ¿Por qué haceis tanta bulla?

—Es la loca que encerraron ayer, y se ha escapado, respondió Jaime.

—Si señor; me he escapado ¿y qué....? miradme, miradme bien, si podeis, y por fuerza habreis de confesar que soy hermosa, ó á lo menos lo he sido. Por cierto que los señores castellanos entienden mucho de bellezas. ¿Pues no han puesto de reina del torneo á una feísima y oscura doncella de la raya de Aragon? Y eso porque posee dos ó tres miserables castillejos.... ¡Já! ¡Já! ¡Já! Semejante eleccion no la hiciera el Diablo.

—Si no usamos de suavidad, pensó Guzman, esta condenada nos vá á armar un alboroto en palacio. Haced de modo que, sin descontentarla, se aleje de aquí, aunque sea preciso darle algunos alfonsis.

—Voy á hacer la prueba, repuso Rodrigo, y agarrando el brazo de Raquel prosiguió: un caballero malamente herido se queja en ese

salon cercano, y no tiene quien le asista. Sin embargo, es guerrero principal, lleva el título de señor de Vizcaya y está próximo á espirar.

—Se guardará muy bien de hacerlo, gritó Raquel. No; es imposible; no puede morir; no morirá, hasta que yo hable con él, pues todas nuestras cuentas están sin ajustar. ¿Dónde dices que llora? Allí.... Pues adios, amigo; no se me escape, como ha hecho otras muchas veces.... ¡Ah! no me acordaba; mil gracias por la noticia. ¡Morirse el Infante sin estar yo presente....! no faltaba mas. Y entrando en el ancho corredor, dirigióse hácia el lado que Rodrigo le señalára y se perdió de vista en la oscuridad.

—Allá se las haya ahora con *el Tuerto*, dijo Jaime; por mi parte doy gracias á Dios de que se fuese, pues no me acomodan chanzas con alimañas de su especie, y nadie me sacará de la cabeza que es una rematada hechicera.

Sonrióse Guzman de la simplicidad del escudero y se volvió á donde estaban las damas. Era muy avanzada la noche cuando se separaron del caballero Negro, y bien entrado el dia, cuando éste despertó de un sueño profundo, producido por las dulces memorias y seguridad del amor que le profesaba la heredera, y por la esperanza del cambio que debía obrarse pronto en la suerte de una persona que le era sumamente querida.

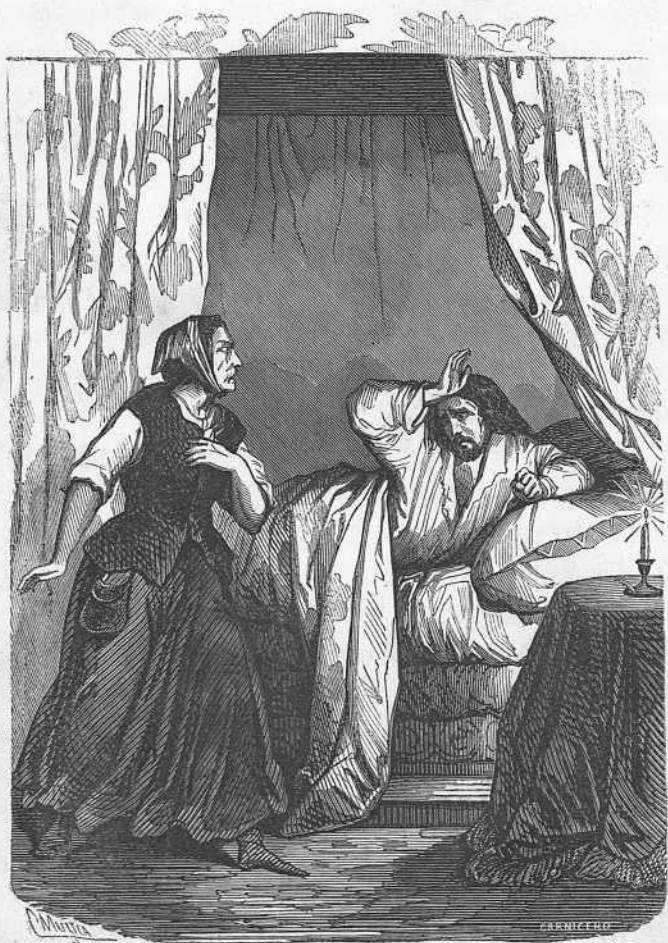
Al atravesar la galería principal, por donde necesariamente debían dirigirse á sus aposentos, Guzman y las señoras sintieron algunos gritos: redoblaron el paso, mas no tardó en herir sus oídos un tristísimo gemido, cual si fuese arrancado por dolorosa agonía. Agarráronse ambas al brazo de Guzman, que las condujo con precaucion y silencio á sus habitaciones, bien que receloso él mismo de algun suceso extraordinario. En el siguiente capítulo veremos, si sus sospechas eran fundadas.

CAPITULO XVI.

En que Raquel pide cuentas á D. Juan de la vida pasada,
y el Infante se las dá cumplidas.



ON Juan el Tuerto no dormía, cuando Raquel entró en su habitacion. Velaba, entregado á siniestros pensamientos de odio y venganza, anhelando borrar la sensible afrenta, de que se habia cubierto en el desafío, y apenas reparó en la especie de fantasma que tenia delante. Vestida con el mismo traje que llevaba, cuando el amante de Blanca y su escudero la encontraron en la cocina del castillo de Betoño, iluminadas débilmente sus facciones por el resplandor de moribunda bugía, se apareció la vieja al Infante, antes que éste sintiese el ruido de sus pasos, cual mágico encantador de funesto agüero, que llega precisamente en el crítico momento de ser precisa su intervencion sobrenatural. Al reparar en ella el señor de Vizcaya, dió un grito de terror y se tapó el



Yo soy.... mírame bien.... ¿me conoces?

rostro con la ropa de la cama, permaneciendo de aquel modo largo tiempo con la esperanza de que la vision, pues no creia fuese realidad, se desvaneciera por sí misma: mas notando, al descubrirse, que la bruja, léjos de desaparecer, clavaba sobre él unos ojos saltones, semejantes á los de la culebra de cascabel, cuyas miradas fascinan, túvose por perdido, é imaginó si sería el diablo, que bajo el disfraz de su antigua amante, se presentaba á pedirle cuentas de la vida pasada. Un frio sudor se esparció por su cara, al fijarse en ésta idea; sus dientes chocaron con estremecimiento y un espanto convulsivo se apoderó de todos sus miembros.

La hora era á propósito para dar entrada á cabilosas reflexiones, y como la estrafalaria figura de Raquel no contribuia poco á sostener la ilusion, en un cerebro débil y afectado, como el de D. Juan, no dudó ya éste de que el espíritu maligno, se hallaba á cuatro pasos de su lecho.

—Pues bien, murmuró poseido de una especie de valor insensato, independiente de su voluntad; aunque sea el mismo Lucifer en persona, no le temo. Que venga.... que venga; yo prometo enseñarle los dientes.

Y temblaba al mismo tiempo como una tercenaria.

—¡Don Juan....! dijo la vieja con trémula voz.

—¡Qué es eso....! ¡Quien anda por ahí! preguntó el Infante.

Y sacudió un manoplazo sobre la cama, cual si intentase espantar al duende.

—Yo soy, le respondieron. Mirame bien.... ¿Me conoces?

—No por cierto; ni deseos tengo de conocerte. Me dá muy mala espina el que tú sepas mi nombre.

—Hace muchos años que lo aprendí.... tú mismo me lo enseñaste.

—Mientes.... mientes; jamás tuve conversacion contigo y sin duda te has equivocado. Mira: en ese otro aposento está el caba-llero, á quien vienes buscando. Por mi parte, he dicho ya que no te conozco, y así déjame en paz.

—Sí: yo me iré.... yo me iré, cuando llegue la hora; mas primero es menester que me escuches. En cuanto á lo demás, no te

dé cuidado; ya sé que tú eres el mismo á quien busco; y sino, dime ¿te acuerdas de aquella tarde desastrosa.... de la última que pasamos juntos en Betoño? ¿Te acuerdas de Inés?

—Antes de responderte, me veo obligado á dirigirte yo mismo algunas preguntas. ¿Eres, por ventura, el que acá en este mundo llamamos Diablo, Belcebú ó Príncipe de las tinieblas? Y si lo eres ¿vienes tal vez á anunciarme mi última agonía?

—Ese que has nombrado es muy amigo nuestro, D. Juan; y de mí se valió para hacerte cometer el mayor delito, de todos los que, en el libro de cuentas de los infiernos, figuran contra tí.

—Pues entónces tuya es la culpa, aunque no sé de qué crimen vienes á acusarme.

—Yo no te acuso, no. Los dos somos iguales en perversidad; soy tu cómplice. ¿Me comprendes ahora? Soy tu ángel malo.

—¿*Ave María*....! Ya decia yo que no podias ser cosa buena: apestas á azufre, que trasciendes.

—Insensato! No es tiempo este de burlas. Óyeme. ¿Sabes cuantos años he pasado en incesante delirio? ¿Sabes que solo tu vista ha obrado en mí una revolucion espantosa?

Y cogiendo la bugía y acercándose mas al lecho, prosiguió:

—Mírame... mírame. Delante de tus ojos tienes á la compañera de los excesos de tu juventud; á la que puso en tus inmundos brazos una inocente doncella, despues de haber apurado en ellos todos los goces de un adúltero deleite; á la que, por contentarte, envenenó á su esposo.... Mírame.... soy la muger de Ruy-Pero, del antiguo alcaide de Betoño.

—¡Dios mio....! ¡Mari-Juana....! gritó el Infante, arrojándose fuera del lecho. No puede ser.... ¡Bah....! Ella se abrasó en el incendio del castillo, y con su cadáver se sepultaron las pruebas de mis locuras.

—Así se creyó, pero ya ves que no hubo tal cosa. La misma Mari-Juana te lo asegura, aunque el mundo me haya dado desde entónces el nombre de Raquel, en lugar del que me pusieron en tus dominios de Vizcaya. Sí: aquí me tienes; todavía no he cesado de perseguirte.

—¡Ah! Demasiado lo veo. Tú me precipitaste en un abismo de maldades.... unas siguieron á otras.... Aquella belleza fatal me perdió tambien.

—No.... no; ella era inocente, y tus infames pasiones causaron todo el mal. Tú me amabas, D. Juan, y si te pesa el confesarlo, peor para tí. Tú me amabas, y cuando me casé, ya era vieja en la carrera del vicio.... bien lo sabes. Las puertas de la fortaleza se abrian á tu llegada... Un dia estabas á mis piés.... la ocasion era propicia.... el tálamo nupcial fué manchado con nuestras torpezas. Desde entónces no hubo freno que nos contuviera: nuestras citas se multiplicaron; la impudencia y el desenfreno no conocieron límites, y poco tardamos en formar el designio de deshacernos del único estorbo.

—Cesa, cesa de atormentarme con esas terribles memorias.

—¡Oh! Todavía no.... tengo mucho que decir. Por aquel tiempo sucedió la historia de Inés. Tú la codiciabas, como codicia el hambriento lobo á la tímida oveja, y quise vengarme de ambos. Demasiado lo conseguí. ¡Con qué placer escuchabas de mi boca el proyecto, que habia formado para entregártela! ¿No la obligué yo misma á que condescendiese? Pero la mina estaba cargada para aniquilaros; el fuego, que empezaba á consumir el castillo, era obra mia.

—¡Muger perversa! ¿Y tienes valor para confesármelo? ¿Pretendias pues quemarme vivo?

—¿Por qué te asombras? ¿Has probado alguna vez el exquisito dulzor de la venganza? ¿No estaba yo zelosa...? ¿No lo estoy aun...? Sí, D. Juan, y soy capaz de todo. Yo queria abrasarte, abrasar á tu querida y arrojarla tambien á las llamas; pero el diablo lo dispuso de otro modo. Tú escapaste del furor del incendio y llevaste arrastrando á Inés... ¿Adónde la condujiste...? ¿Qué hiciste de ella?

—¡Ah....! Por piedad.... no me recuerdes tan infausto dia.... Véte; déjame sosegar esta noche y mañana hablaremos.

—No; eso no.... Ahora mismo ha de ser, ó nunca. ¡Mañana! Por cierto que es ingeniosa la salida. ¿Sabes lo que será de tí mañana? Pero yo te conozco bien y no me fiaré. Dime.... dime en

qué vino á parar la encantadora Inés.... ¿La arrojaste acaso á uno de los fosos del castillo? Así lo oí decir.

—Y si te cuento lo que pasó ¿me dejarás en paz?

—Otro enemigo implacable te perseguirá, hasta la última hora.

—¿Aun hay mas, bruja condenada? ¿Has publicado á todo el mundo mis secretos? ¿Qué enemigo es ese?

—La conciencia. ¿Te parece poco temible? Pues bien; ella te dirá que eres un malvado, el mayor de los malvados. En vano procurarás negarte á sus punzantes acentos; en vano correrás en pos de los placeres y de la opulencia; en vano te afanarás para adquirir renombre de valiente, para que el espeso velo del olvido cubra tu pasada y bien merecida reputacion.... La conciencia te perseguirá sin descanso; en los banquetes, en los torneos, en el sueño, será fiel acusadora de tus iniquidades. ¿No te ha herido ya bastantes veces con sus afiladas flechas? ¿No has oído jamás una voz interior, que te gritaba: *asesino, traidor, disoluto*....?

—¿Y qué te importa de eso? Para esponer tus quejas, es inútil que te mezcles en asuntos agénos. Dí pues á lo que vienes, y márchate.

—¿A qué vengo? Buena pregunta. ¿No soy Mari-Juana? ¿No soy aquella amante tan querida? Nosotros solo abrigamos un pensamiento; el crimen. Juntos pues debemos vivir siempre, sin separarnos un instante. ¡Qué....! ¿Lo rehusas....? Tiempo hubo sin embargo, en que nada sabías negarme. ¡Ah! Ya sé de donde nacen tus escrúpulos.... crees que al presente no soy tan hermosa ¿eh....? pero no hagas caso.... la belleza dura muy poco; y sino ¿á dónde fué la de Inés?

—¡Otra vez, maldita serpiente con faldas! ¿Piensas que todos en el mundo son tan pícaros como tú? O has olvidado que me llamo D. Juan, y que soy infante y señor de Vizcaya....

—¿Y por qué tiemblas delante de una muger? ¿Figúrate acaso que yo doblaré la rodilla al escuchar tus títulos? No; tú eres el reo aquí, y yo soy un testigo irrecusable de tus infamias. ¿Quieres oirlas....? Pues vete contando: primera; traidor al Rey.... esto lo sabe todo el mundo: segunda; parricida de intencion.....

—Mentira.... mentira.... ya te pesqué. Mi padre pereció de resultas de sus heridas, en la guerra de Granada.

—Poco á poco: de intencion he dicho, y no hay que alegrarse tanto. ¿No me confiaste el proyecto que abrigabas de asesinar al autor de tus dias, si volvía sano y salvo de aquella guerra, á fin de heredar unos bienes, que ya tardabas en disipar? ¿No propusiste llevarme á un castillo de Vizcaya y casarte conmigo, con tal que yo envenenase á Ruy-Pero? ¿No aprobé yo con frenética alegría tus intenciones? ¿No hice beber á mi marido un licor preparado, que le hizo arrojar al pozo grande de la fortaleza y desaparecer para siempre? ¿Qué dices ahora?

—Digo que es verdad y que no puedo negarlo: tienes excelente memoria. Prosigue.

—Tercera iniquidad; el abandono en que me dejaste, despues de tu fuga con Inés.

—¿Querías que el fuego me consumiese?

—Eso es lo que jamás te perdonaré. ¿Por qué no me llevaste contigo? ¿Por qué preferiste á la hija de Ruy-Pero?

—Calla, miserable lechuza. ¿Soy acaso tan imbécil, que escoja espinas en vez de rosas? Mas ahora no tienes de qué quejarte: la pobre Inés no pudo resistir á sus lástimas y murió en el camino, al dia siguiente de nuestra salida del alcázar.

—Todo lo comprendo perfectamente. La mataste con alevosia, para ocultar el crimen que acababas de cometer.

—No hay tal, y en todo pensaba yo menos en su muerte. Dios sabe muy bien que mis planes eran llevarla á mis estados de Vizcaya y vivir allí con ella.

—Pues bien; me alegro de que te se aguase la dicha, con que soñabas. Los dos somos iguales y nada tenemos que echarnos en rostro. Si yo envenené á Ruy-Pero, tu asesinaste á Inés.

—Raquel, Mari-Juana, hechicera ó diablo, cualquiera cosa que seas, déjame en paz, si no quieres que me vuelva loco. ¿Cuántas veces he de decirte que yo no la maté? No; mil veces no... Puedes creerlo. Ella no pudo resistir á las pesadumbres, á lo que llamaba su deshonor, y espiró maldiciendo á los autores de tanto desastre.

—La historia está maravillosamente compuesta, amigo mio, mas

ni por esas me engañas. Yo te conozco, D. Juan, y sé muy bien, que el empeño de atesorar riquezas y la relajacion son para tí razones bastante poderosas, para arrastrarte á cometer toda clase de crímenes.

—¡Infame....! ¡Hija del mismo Satanás....! ¿Cómo te atreves á hablarme así? ¿Ignoras que soy tu señor?

—¿Y á quién, sino á tí, debo yo todas las amarguras, que he sufrido durante doce años?

—¡A mí!

—¿Quién me arrojó al precipicio? ¿Quién me convirtió en esposa atroz, en madre cruel, en amiga perjura y en amante vengativa...? Créeme, D. Juan: recorre una vez siquiera todas tus maldades, tus robos, tus asesinatos y cesa de enojar mas al cielo.... Piensa en que los instantes de tu vida están contados.... aprovéchalos: no te descuides, ni esperes á un tardío arrepentimiento.... tal vez entonces será infructuoso. Llorá, llorá, infeliz, abundantes lágrimas de dolor sincero, para lavar tus abominables culpas, y pide perdón al rey D. Alfonso de las pérfidas tramas, con que has perturbado la pública tranquilidad y atentado á su vida.

—¿Qué farrago es ese, vieja infernal?

—No es farrago.... ¡Oh....! Mucho mas pudiera decirte....

—¿De dónde sacaste esas nuevas, harpia condenada? ¿Quién te ha metido en la cabeza semejante historia? Yo no he trastornado el reino, ó si lo hice, no fuí solo, como supones. ¿Por qué no metes en la cuenta á D. Juan Manuel, á los de Haro, al señor de Alburquerque y á la casa de Lara? Pues todos ellos han sido mil veces mas traidores que yo; todos han intrigado contra el Rey. Ya ves que mi armadura es demasiado fuerte y no puedes penetrar por sus escamas.

—Ten en cuenta que todavía no me retiro del campo.

—Ya he respondido á todo.

—Pronto lo veremos.

—Marcha en paz y ocúpate de tus propios asuntos, que yo harto tengo con los míos.

—Sí, es verdad, y mas de una vez quisieras olvidarlos, pero

no podrás: una fuerza sobrenatural te los traerá á la memoria, y la hora llegará, no lo dudes, en que maldigas el día de tu nacimiento.

—¿Has acabado ya, demonio en carne humana?

—No, aun tengo que hacerte una pregunta: una pregunta sola ¿has oído? pero advierte que de tu respuesta pende la única esperanza de salvacion, para tu alma y la mia.

—Habla pues, y si es cosa de la cual pueda satisfacerte, yo prometo hacerlo, con tal empero que despues me dejes en paz.

—Acepto la condicion, y jamás me volveré á presentar delante de tus ojos.

—Muy bien. ¿Qué tienes que preguntarme?

—Don Juan, ¿recuerdas aquella supuesta enfermedad, que hicimos creer á Ruy-Peró, cuando estaba en Vitoria, trece meses habia, sin pisar el castillo? Yo fuí madre, y este secreto quedó sepultado entre nosotros. Dime ahora ¿qué se hizo del fruto de nuestros ilícitos amores? ¿Cuál es su suerte en el día?

—Lo ignoro. Tú sabes bien que por no causar sospechas en el alcázar, saqué al niño de noche, con intencion de hacerle criar en las inmediaciones de Betoño: efectivamente como te aseguré al siguiente día, un pastor que vivia con su familia cerca de Arriaga, recibió de mis manos una buena cantidad de oro, bajo juramento de atender á la criatura, que con el tiempo iria yo mismo, ó persona autorizada por mí, á reclamar. Díjele tambien su nombre, mas ciertamente se me ha olvidado, pues pronuncié á la ventura el primero que me ocurrió.

—¡Ah, malvado Infante! Con qué abandono, has mirado tu propia sangre! Pero ¿cómo esperar de tí otra cosa? Nada de cuanto has dicho me satisface, no: es la misma historia que me referiste y que tampoco creí entónces. ¿Piensas que hoy seré mas dócil? No por cierto: mas veamos hasta el fin. ¿Vive, vive en la actualidad ese desgraciado hijo?

—¡Maldecida mil veces! ¿No te aseguré que el pastor, su muger y hasta la cabaña habian desaparecido á los pocos dias? ¿qué mas quieres? Yo tuve precision de hacer, por aquel tiempo, un largo

viage, para recorrer los estados que acababa de heredar por la muerte de mi padre, y en vano practiqué las mayores diligencias en los rincones mas apartados de Navarra, Alava y Vizcaya, con el objeto de averiguar el paradero del niño: nada pude descubrir.

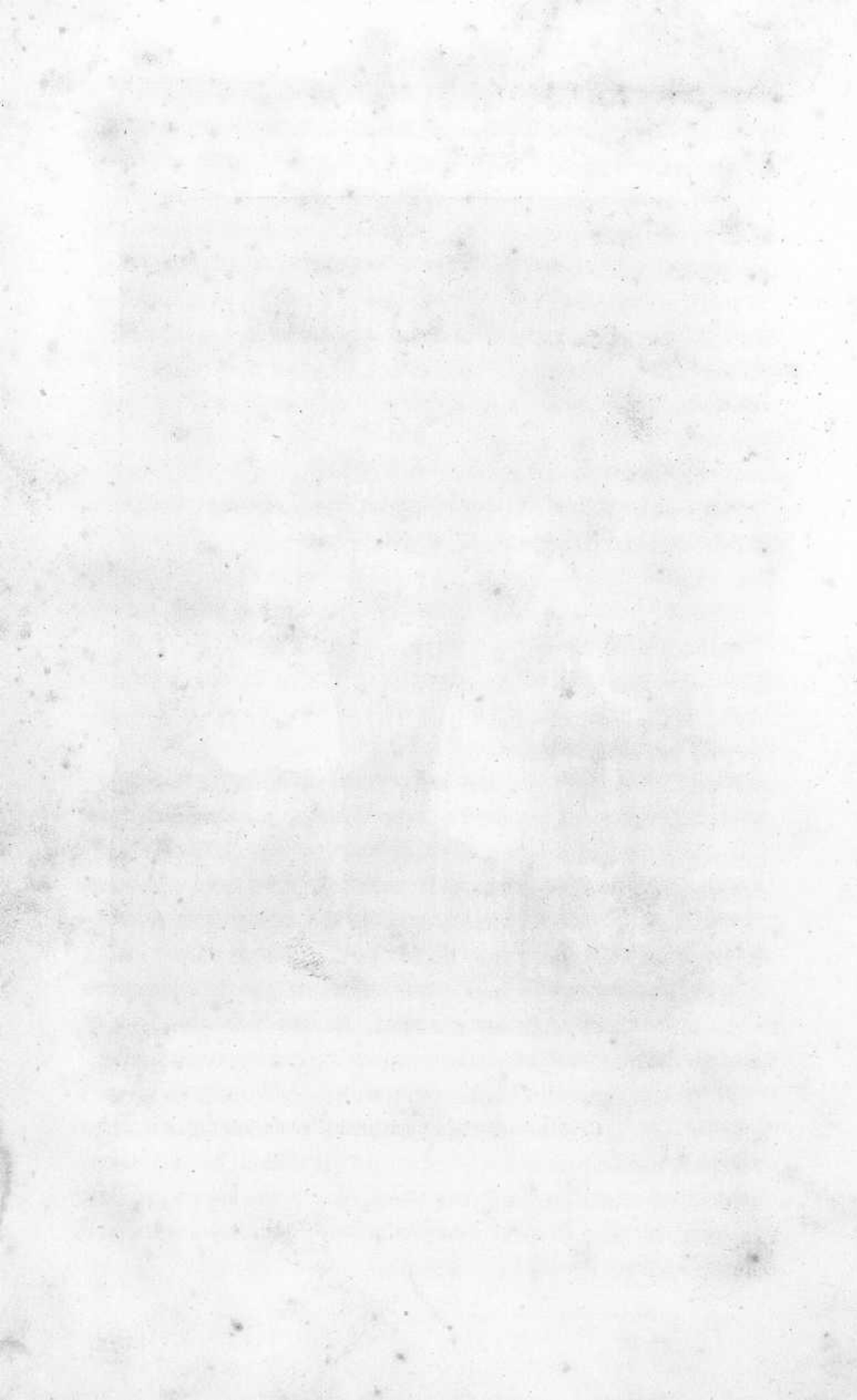
—¿No? está bien... es lo único que te faltaba para llenar la medida de tus execrables delitos. Muere, pues, asesino de tu propio hijo; muere á manos de Mari-Juana.

Un salto hácia atrás; que dió *el Tuerto* á este tiempo, le libró de la puñalada dirigida á su vientre por Raquel: el cuchillo, en fuerza de la violencia que llevaba, se desprendió de su mano, cogiólo D. Juan, y antes que ella pudiese oponer la menor defensa, se lo clavó muchas veces en el pecho. Cayó la desgraciada y solo profirió un quejido: el Infante contempló largo rato, con estúpida complacencia, las desencajadas facciones de aquella muger, por la cual habia sido iniciado en la carrera del crimen, por quien habia sacrificado su reputacion, y que aun despues de muerta le ponía en apuros, no sabiendo el partido que debia tomar con su cadáver.

La primera luz del dia empezaba á iluminar los altos chapiteles del régio alcázar, cuando una de las ventanas se abrió con el mayor silencio posible: pocos velaban á aquella hora; sin embargo uno de los alabarderos, que estaba de centinela, oyó ruido y afirmó despues que este provenia, al parecer, de la caída de un cuerpo pesado sobre las losas del patio principal; mas no se atrevió á acercarse, temeroso de alguna sorpresa. Dió parte al comandante, quien formó la guardia, empezó un reconocimiento escrupuloso, y al llegar al frente del aposento del infante D. Juan, tropezaron sus piés con un bulto: era el cadáver de Raquel, enteramente desnudo. —



Cayó la desgraciada y solo profirió un quejido.



CAPITULO XVII.

De cómo D. Juan el Tuerto sabía echar tierra á sus negocios.



El Rey habia mandado hacer averiguaciones en toda Castilla, para descubrir el paradero de los asesinos de Garci-Laso; mas nada pudo sacarse en limpio: los malvados, dirigidos, al parecer, por un espíritu de venganza, tomaron con tanto acierto sus medidas, que fué imposible dar con ellos, lo que hizo presumir se habian espatriado despues de su delito.

Entónces fué cuando D. Alfonso el Justiciero dió una de las mas grandes pruebas de su inflexible carácter, mandando que D. Juan Ramirez, caballero á quien estimaba por su lealtad, fuese públicamente ajusticiado. No le valieron al desgraciado sus nobles prendas, su cuna, ni las poderosas recomendaciones, que se presentaron á su favor.

— «Ha cometido un crimen imperdonable, decia el Rey sus á amigos, y aunque cueste el mayor sentimiento á mi corazon ha de morir.»

Don Juan oyó la sentencia con ánimo sereno, y pagó sobre el patíbulo el asesinato del conde D. Alvar Nuñez Osorio.

No se hablaba en la corte de otra cosa, sino del famoso torneo, sintiendo muchos que el caballero Negro, de cuyo valor todos se hacian lenguas, hubiese perdonado la vida á un hombre tan inquieto y revoltoso como era el Infante: él mismo se arrepentia tambien, pues imaginaba que, mientras ambos viviesen, subsistiria el rencor que se tenian: mas este era un mal ya hecho, que se proponia remediar cuando otra vez pelease con aquel aborrecido enemigo, consolándole la idea de que habiéndole obligado á confesarse vencido, se encontraba en la precision de renunciar por solo esto á todas sus pretensiones tiránicas con respecto á doña Blanca, y ni aun podia salir de Valladolid, sin el beneplácito de su vencedor.

Las heridas de este último no le incomodaron mucho tiempo: necesitaba descanso y despues de la visita nocturna que le hicieron las castellanas de Almazan, reposó algunas horas, llena su fantasía de risueñas imágenes de gloria y amor, sin que al despertar cesase la ilusion, producida por estas dos pasiones, que enteramente dominaban su alma. Recostado en el lecho, ó bien paseándose pensativo por el aposento, entregábase con libertad á la dulce memoria de su adorada Blanca, y maldecia la inaccion en que se hallaba y el encierro forzoso, que le privaba de hablar al Rey, acerca de cuanto mas le interesaba en el mundo. No queria consentir que las posesiones de su amada sirviesen otra vez de pretesto á la codicia de los aduladores del trono, para engrandecerse, como estuvo á pique de suceder en tiempo de la privanza de Garci-Laso y el de Osorio; y á fin de evitar que los mal intencionados favoritos, ó los que, por un exceso mal entendido de fidelidad, hallaban motivos de crítica en los hechos mas inocentes, dirigiesen sus miradas hácia las referidas posesiones, deseaba hablar al Rey y pedirle una ratificacion completa á favor de doña Blanca, de la herencia legítima que su padre le dejára, anulando las anteriores disposiciones

de embargo, que los consejos de sus privados le habian hecho decretar.

Tranquilo su espíritu por las seguridades que el Monarca le diera de su afecto, despues de conferirle la orden de la Banda, feliz y satisfecho de la dicha de la heredera, cuyo afortunado cariño pagaba con todos los transportes del mas indecible amor, nada faltaba al caballero Negro sino presentarse al espléndido banquete, que D. Alfonso hacia preparar en el mas suntuoso salon de palacio, en el cual debian acumularse algunos sucesos inesperados, y que debia concluirse de un modo terrible y sangriento.

El infante D. Juan, con menos motivos de alegria, no podia gozar de tanta tranquilidad. Sus heridas, poco peligrosas, no le causaban inquietud; mas el nuevo crimen con que acababa de echar un velo á otros muchos de su vida pasada, las reconvenciones con que su víctima le abrumó y la muerte alevosa y reciente del primojénito de Salinas le tenian en una ansiedad mortal, que le privaba de todo reposo: otro motivo se añadia á los referidos, para que este depravado magnate no disfrutase un instante de felicidad.

Nadie ignoraba sus crímenes, y desde su Rey hasta el mas oscuro vasallo conocian harto bien el temple de su alma, para esperar se arrepintiese de los infinitos desafueros que habia cometido, no solo contra el estado, sino tambien en perjuicio de inocentes y desvalidos vasallos. Sabia con evidencia que Alfonso XI no le amaba, debiendo únicamente la escasa privanza, de que gozara hasta el primer encuentro del Negro paladin en el puente del Zadorra, al temor y sobresalto que infundia su poder y á las ambiciosas miras, que se le suponian. Temia por lo mismo que, una vez quitada la máscara, despues que doña Blanca rehusó sus proposiciones de matrimonio en el castillo de Almazan, nada le sería dado esperar de la corte de Valladolid, sino desprecios, ó tal vez persecuciones, no teniendo ya quien disculpase ó favoreciese, como antes, sus intrigas.

Don Juan Manuel, de cuya falsa amistad en vano esperó le ayudase á conseguir la posesion de los estados de su hermosa prima, yacia retirado en Portugal, desde que la furia, con que inmoló al

médico-astrólogo Samuel, lo estrañó para siempre de Castilla, manchando la reputacion de su hija la reina doña Constanza con un borron, que el empeño de los mejores historiadores no ha podido todavia destruir, el conde Osorio y Garci-Laso, que lograron del Rey las órdenes necesarias, para despojar á la heredera de las haciendas y castillos, que poseía desde la muerte del infante D. Pedro, acababan de perecer alevosamente; el famoso espía Pero Calvillo travieso en ardides y enviado suyo con mensajes importantes para sus amigos, mientras él se reponia de las fatigas, que le ocasionára la inesperada aparicion de su contrario en el patio grande de Almazan, la noche del rapto de Blanca, habia caido tambien en manos de rebeldes convertidos en ladrones, pasando de éstos al poder del caballero Negro, del de éste al de Cañete, del de Cañete al del carcelero de Valladolid, y de la cárcel real á las ramas de un corpulento roble del camino de Cuellar: por colmo de apuros, lamentábase Jucef, ex-tesorero de la corona, tendido en hediondo calabozo de la misma cárcel, causando la desesperacion de su noble protector, que se daba á todos los diablos por saber el paradero de los talegos, que el judío le llevó consigo.

Muy tarde era del dia siguiente al del torneo, y D. Juan *el Tuerto* permanecia en su lecho desvelado. La vigilia de una noche marcada con el asesinato de Raquel ó Mari-Juana, las amargas verdades que ésta le habia dirigido, y que por primera vez llegaron á sus oidos, con el ascendiente de la reconvencion, y el temor, sobre todo, de que se descubriese su villana traicion contra el Rey, que tan funesto resultado tuvo para el desventurado D. Ramiro de Salinas, le privaban de todo sosiego, dando á su fisonomía un aire verdaderamente feroz. Ningun caballero le habia visitado; nadie se informaba del estado de sus heridas, y solo entraban en el aposento que ocupaba, su escudero y un rabino, encargado de los vendages. Presentóse éste último y quedó sobrecojido, al notar los síntomas espantosos, que espresaban las facciones del herido.

—¿De qué proviene tal variacion? le dijo. ¿Qué nuevo trastorno habeis sufrido? Anoche dejé á vuestra grandeza mas sosegado.

—Ya lo estaré dentro de poco ó iré á juntarme con mis abuelos,

respondió *el Tuerto*. En cuanto á tu ciencia, no la necesito por ahora: mis heridas están cerradas ó ño les falta mucho; solo deseo ver á mi criado; el decidirá si debo vivir ó morir. Sobre todo, un caballo bien aparejado en la puerta escusada de palacio.

—El caballo está pronto, segun al salir me dijo el escudero; mas debo advertir á vuestra grandeza, en cumplimiento de mi obligacion, que una carrera os sería al presente sumamente peligrosa. No se enoje vuestra grandeza antes de tiempo; pues solo lo digo, impulsado del vivo interés que.....

—Basta, retírate, porque estas son cosas que no te atañen. Por todos los diablos del infierno, no me faltaba otra cosa sino que ese menguado, que no acaba de venir, me juegue alguna pasada: sobre que estoy tentado de ir en persona.... Sí: estos negocios no se deben fiar á nadie.

Se incorporó al decir esto, y sin duda hubiera volado á consumir por sus propias manos otra obra de iniquidad, si antes de que tuviese tiempo paro salir de la habitacion, no volviese el escudero.

—Estais servido, señor, dijo éste entrando con desenfado: nada se sabrá.

—¿Diste con la casa?

—Algun trabajillo me costó, pero la encontré.

—¿Habia gente?

—Ni una alma; únicamente el mé.....

—¿Quién?

—El hombre que buscaba.

—¿Te han visto entrar?

—No era fácil; me introduje disfrazado con la saya de esa bruja, que anoche arrojásteis por la ventana.

—¿Qué necedades estás ensartando?

—Digo que entré, procurando parecerme á la vieja, que esta mañana se encontró muerta en el patio.

—Nada entiendo de esa historia: adelante.

—Oh! Es una cosa muy corrida hoy por Valladolid, dijo el rabin, mezclándose en la conversacion; y si ella puede distraer algo á vuestra grandeza, yo le contaré todo cuanto he oido, acerca de esa muger, que no era bruja, sino loca rematada.

—No tengo tiempo para ocuparme de semejantes embustes, contestó D. Juan. Sigue, muchacho, y dame cuenta del encargo. ¿Se resistió el hombre á mi regalo?

—¿Soy por ventura tan záfio? ¡Oh! No señor, no; ni me gustan las cosas á la fuerza.

—Acaba pues, que se apura mi paciencia.

—Desde luego conocí que no era fácil determinarle á recibir de grado lo que yo le llevaba, y así dije para mi sayo: paciencia, ello vendrá: en efecto, le hablé de un mensaje, que nadie me habia dado para él, pero que yo compuse repentinamente; sobre la mesa habia un cordial, que nuestro hombre habia preparado contra ciertas dolencias de estómago, que segun me dijo padecia, y no me descuidé; saqué del bolsillo el papelito que me disteis, y aprovechando el momento, en que no me miraba, zas.... ya me entendeis.

—¿Bebió el cordial?

—Hasta el fondo de la redoma, y se ha curado para siempre de sus dolores de estómago.

—Es decir, observó el rabino inmutado, que ese hombre ha bebido el regalo de vuestra grandeza. Pero, válgame la sabiduría de Salomon; estoy privando que vuestra grandeza, se entregue al descanso que ha menester, pues ha debido pasar muy mala noche. ¿No es verdad? Adios pues, señor Infante; á la tarde volveré á visitar á vuestra grandeza.

El Infante, por única respuesta, hizo una mueca significativa al escudero, que le comprendió perfectamente: el rabino tambien la entendió, y dijo entre dientes al salir:

—Malvados! no me pillareis; ni seré tan menguado, que me ponga en vuestras manos.

Desde entónces no volvió á palacio, y aun se ocultó cuidadosamente; de modo que si D. Juan intentaba sepultar con él un secreto, que la locuacidad del criado y su impaciencia le hicieran á medias descubrir, no lo consiguió, gracias á que el rabino supo con tiempo evitar el golpe.

El mismo dia pasó Di Lope de Urnizar, justicia mayor de Castilla, á casa del afamado médico, que asistió al primogénito de Sa-

linas en sus últimos instantes, á fin de tomarle declaraciones, sobre la naturaleza de la herida, que arrebatára tan prematuramente á aquel campeón; mas esta parte de sus diligencias quedó frustrada, aumentando las sospechas, que todos tenian, de la mala fé y sanguinaria traicion del Infante.

El médico fué encontrado muerto sobre las esteras, que cubrian el suelo de su aposento: todos los músculos de la cara ofrecian horrosa contraccion; sus vestidos en el mayor desórden, y rasgados, manifestaban las terribles convulsiones de una muerte violenta: encima de la mesa notaron una pequeña redoma de vidrio vacía; D. Lope la tomó y vió que contenia algunas gotas: inmediatamente dispuso le llevasen un perro; abriéronle la boca, y le introdujeron el cuello de la redoma; no bien el dócil animal hubo gustado aquel breverage, fué acometido de desesperadas convulsiones, que en menos de un cuarto de hora, pusieron fin á sus dias.

Era evidente que el médico de D. Ramiro habia perecido, como éste, envenenado.



CAPITULO XVIII.

El destierro de la Reina.



GRANDES preparativos se habían hecho de órden de Alfonso XI en el palacio de Valladolid, para el régio banquete que pensaba dar á la grandeza, y al cual estaban convidados cuantos caballeros hormigueaban por la ciudad.

Iluminado el salon principal por brillantes antorchas y descomunales lámparas de maciza plata, deslumbra los ojos de los mismos palaciegos, que ordenan el festin: presentan las paredes, vestidas de colgadas de seda con franjas de oro, los blasones de la corona de Castilla, cruzados de infinitas banderas, pendones, lanzas, espadas y castillos.

El artesonado, el techo y aun el pavimento brillan con los distintos colores, que el arte les ha comunicado. Sillones magníficos y

cómodos, cubiertos de floreados damascos, rinconeras de cristal y otros preciosísimos muebles con finos adornos, que representan al vivo la batalla de las Navas de Tolosa, y los heroicos hechos del Cid Campeador D. Rodrigo Diaz de Vivar, rodean el vasto salón, en cuyo centro se eleva magestuosamente prolongada mesa, que se dilata por la espaciosa galería y es capaz de contener doscientos caballeros. Oprímenla esquisitos manjares, sabrosos vinos, almibaradas frutas... nada falta, de cuanto la mas delicada sensualidad puede apetecer.

De trecho en trecho se ven aparadores suntuosos, llenos de copas de oro y jarrones de cristal, salpicados de preciosas piedras, que despiden chispas de fuego, al resplandor de las antorchas. Un riquísimo dosel, en que sobresale entre todos el color *carment* de la órden de la Banda, ocupa la testera de la mesa. Todo el gusto y primor del siglo xiv se ha esmerado en decorar aquel distinguido sitio de un modo digno del Monarca que debe ocuparlo. A ambos lados de este trono se levantan otros dos sitios, primorosamente engalanados, y es fácil conjeturar que el de la derecha está destinado para la Reina; mas ¿el otro...? era un misterio.

Recorren las galerías, ricamente ataviados, muchos oficiales de palacio, destinados al servicio del banquete. Una escogida música marcial está preparada en espacioso corredor, separado del gran salón por muchas ventanas de alto á bajo, cuyos vidrios de colores resplandecen con mil vasos iluminados.

Pages y donceles sin cuento se pasean, ostentando variados trages y timbres y aguardando la llegada de sus señores; levantan erguida la frente, examinan con jovial curiosidad los objetos mas distantes y todo cautiva su atencion: las alfombras, los espumantes licores, el innumerable conjunto de adornos, las brillantes luces, los primores esparcidos con profusion por todas partes, y que hacen de aquella morada una fantástica mansion de las hadas, arrebatá la admiracion, sobrecoje el ánimo, encanta los sentidos.

Jamás Castilla ha visto reunidas tantas riquezas: nunca se regaló el poder con tal boato.

Algunos dias habian pasado despues de la muerte de Raquel, y

el infante D. Juan se hallaba enteramente restablecido: sin embargo, no habia visto al Rey desde el torneo, y ningun caballero se interesaba por su salud; al paso que D. Alfonso, el de Vendaña y otros esclarecidos aventureros, se informaron amistosamente acerca del caballero Negro, haciéndose lenguas de su valeroso ardimiento.

Al mismo tiempo que el Monarca de Castilla queria agasajar cortés y espléndidamente á los guerreros, que la fama del torneo habia reunido en Valladolid, estaba resuelto á dar una terrible prueba, de que el honor y la nobleza de las virtudes heróicas era la senda, que á todo trance intentaba seguir.

Para dar una idea de los caballerescos sentimientos de este gran Rey, mas bien que para colorear con disculpas uno de los actos mas despóticos y menos conocidos en la historia de su vida, no será ocioso manifestar que, desde la lectura del fatal pliego, enviado de Morillas por el señor de Villena, cuando se retiraba á Portugal, dándole parte del asesinato del médico Samuel, que acababa de cometer, por haberlo encontrado, decia *«solazándose con la reina doña Constanza»* se consideraba D. Alfonso deshonorado en cierto modo á sus propios ojos, y disimulando tamaña afrenta, se preparaba á sacudirla públicamente, desechando de su trono y lecho á la perjura esposa, que mancillando su reputacion y la magestad del sòlio, se hiciera desde entonces indigna de ocuparlos.

Con todo, la desgraciada era inocente del crimen que su propio padre la imputaba: apariencias fuertes á la verdad habian inducido á éste, á castigar de muerte al único reo, y su despecho, por la conviccion en que estaba de la culpabilidad de doña Constanza, le dictó aquel funesto escrito, que amarguró el corazon de Alfonso y causó la desgracia de la Reina, la cual si bien tachada, y con razon, de traidora, por haber cedido á los pérfidos consejos de don Juan Manuel contra la tranquilidad de Castilla, conservó empero intacta la reputacion, que de un golpe le arrebató el mismo autor de su exaltacion y de su repentina caída.

Las intrigas de un astuto cortesano la encumbraron.... una calumnia la derribó de su mayor altura.

El despego y desabrimiento con que Alfonso la trataba, la poca

fin a atención que merecía á los grandes, y algunas palabras llegadas hasta sus oídos, entre las cuales se susurraba, convento, divorcio, fueron un rayo de luz para la Reina. Observó, pagó espías, siguió los pasos de los consejeros, y no tardó en saber que el merino Garcí-Laso y el conde Álvarez Osorio la eran perjudiciales.

En efecto, estos dos magnates influían mucho en el ánimo del Rey, para que anulase su matrimonio y la encerrase en un claustro.

Sospechaba también la Reina del caballero Vendeña, pues á mas de ser su enemigo, no olvidaba la acalorada escena del palacio del *Campillo*, cuando la sublevación de los amotinados en el convento de Santo Domingo de Vitoria: mas no duró mucho su error, enterándose de que aquel paladín la había defendido enérgicamente delante del Rey, y de que solo enmudeció, al presentarle éste último un escrito.... era la impostora carta del señor de Villena.

No era doña Constanza una muger vulgar: su desmedido orgullo, que apareció entre la dulzura del carácter mas amable, despues que se vió coronada, no se doblegó á miramientos de ninguna clase. Había amado al Rey, pero éste, aspirando solo á la gloria, como única pasión capaz de llenar el vacío de su alma, en los dias ardientes de la juventud, participaba poco de los amorosos transportes de su esposa. Ésta gimió al principio, doliéndose del escaso poder de sus atractivos; mas poco á poco se acostumbró á lo que llamaba *indiferencia*: despertóse su vanidad, mal encubierta con las gracias de la beldad, estalló por su parte un esquivo rompimiento, que supo atizar con maña el artificioso D. Juan Manuel, y y en breve no miró á D. Alfonso sino como á un Rey, y un rey tirano, que la había escogido para blanco de sus desprecios.

Nos hemos permitido esta pequeña digresion, juzgando que si alguno de nuestros lectores busca en semejante obra algo mas que un pasatiempo, no sentirá encontrarla, mayormente cuando los sucesos siguientes la hacen bajo muchos aspectos necesaria.

Llenaban el salon del banquete los caballeros mas afamados de las dos Castillas. Apuestas damas se dejan ver á la entrada de los corredores, que conducen á las habitaciones de la Reina: rompe la

música una marcha guerrera, y adelantándose por la galería don Gonzalo de Mendoza, pronuncia con fuerte voz:

—Caballeros, el Rey.

Colócanse en dos filas todos los guerreros allí reunidos, ábrense de par en par las puertas de la régia sala, y rodeado de brillante corte, se presenta Alfonso XI en traje guerrero. Vivas aclamaciones le acompañan hasta el trono; mas nadie toma asiento despues que él, porque falta la Reina. No se hizo esperar.

Engalanada con el traje mas suntuoso, que las modas del siglo xiv inventaron, adelantábase doña Constanza, seguida de las principales damas castellanas. Riquísimas joyas y pedrería adornaban su cabeza, ceñíale el cuello primorosa cadena, de la cual pendia, sobre su pecho, la imágen del apóstol *Santiago* cercada de perlas, y un cinturón, sembrado de esmeraldas, ajustaba su delicado talle.

Entró en el salón con arrogancia, sin dignarse apenas corresponder á los saludos que los señores la dirigian, y en particular se armaron sus ojos de fiera severidad, al atravesar el grupo que formaban los caballeros de la Banda, cerca del trono del Rey.

Doña María de Almazan, Blanca su hija, Inés de Velasco, Leonor de Urnizar, Matilde de Mendoza, y otras muchas nobles señoras la seguian, recibiendo con amable sonrisa los galantes cumplidos de aquella juventud ilustre, y los elogios del mismo Alfonso. Julio tambien, el bello page de la heredera, seguia los pasos de su señora, y pagaba con dulces sonrisas las caricias de los caballeros.

Un observador notára desde luego, que el Príncipe se habia inmutado á la llegada de las damas, que dirigia sus miradas alternativamente á la Reina y á D. Juan el *Tuerto*, quien mezclado entre la real comitiva, era del número de los convidados, y que al expresar su admiración y caballeresco rendimiento á la interesante Blanca de Almazan, lo hacía con mas empacho y cortedad que la que naturalmente usaba. Sin embargo, nada tenia de irresoluto su carácter; habia tomado una determinacion y estaba decidido á cumplirla, siendo acaso aquellas señales de frío encogimiento, una consecuencia de los diferentes pensamientos que le agitaban.

A una seña del Rey cesó la música, y un silencio profundo, in-

terrumpido tal cual vez por la llegada de nuevos personajes, sucedió á la confusion del primer momento. Todos permanecian en pié, á escepcion de las señoras, que se habian acomodado á ambos lados de la mesa, mas inmediatos al dosel.

Esperaban los caballeros con impaciencia el instante de imitarlas, ya porque incitados con la vista y delicioso olor de los delicados manjares, ansiasen trasladarlos á sus estómagos, (la intemperancia es un vicio, de que nos han dejado bárbaras pruebas nuestros antiguos guerreros;) ya que los atractivos de las seductoras bellezas castellanas les incitasen á aprovecharse de una ocasion propicia al amor, apoderándose de los asientos cercanos, á fin de obsequiarlas y merecer de sus lindos ojuelos, suave y encantadora mirada. Algunos empero quedaron burlados en tan risueñas esperanzas, porque el gran mayordomo de palacio distribuyó los asientos, segun le plugo, y hubo mas de cuatro que, contando alegremente tener á su derecha objetos dignos de su adoracion, tragarón el disgusto de tener que agasajar á un deudo, á un desconocido, quien sabe si á un anciano respetable.

Creemos escusado asegurar que el caballero Negro era uno de los que mas cerca se hallaban de la testera principal de la mesa. Sus últimas hazañas en el torneo, y el afecto del Rey le hacían digno de tal honor, y con todo no estaba contento: y la razon de esto es muy obvia, y no obstante hallará bastantes incrédulos en la sociedad; por ejemplo, un ambicioso, un pleitista, cuyo único deseo es la ruina de su contrario; un sexagenario indiferente; sobre todos, un gastrónomo consumado imaginará que los enamorados pueden muy bien pasarse sin sus hermosuras, al menos el espacio puramente indispensable para engullir una espléndida comida; mas estos señores, dominados por gustos y afecciones totalmente diversas, ignoran ó han olvidado, que el amante amartelado no come, ni bebe, no vé, ni entiende, manteniéndose, cual económico camaleon, del aire balsámico de sus esperanzas y lisongeras ilusiones.

Esto mismo sucedia á nuestro campeon: se encontraba sobre brasas, por verse algo apartado de su adorada Blanca.

—Si este motivo era ó no suficiente para tal descontento, díganlo las hechiceras beldades de nuestros tiempos.

Una voz imperiosa resonó en el salon.

—Caballeros, paladines, nobles todos de Castilla, sentaos, dijo el Rey: doña Constanza de Villena, oidme.

La Reina se puso en pié y D. Alfonso prosiguió:

—Tiempo sobrado he reprimido la justa indignacion, que siempre me inspiraron los perturbadores del reposo público, y sin embargo los he perseguido en todas partes, considerándolos como la mas funesta plaga para mis estados. Muchos permanecen todavía ocultos; pero mi vigilancia los descubrirá y sus cabezas acabarán de afianzar en las Castillas una tranquilidad durable, y necesaria para reprimir las tentativas de los enemigos de la cristiandad, que acosan á mi esclarecido tio, el infante D. Felipe. Con todo, al ver que sus intrigas se han introducido hasta mi persona, íntimamente convencido, de que una persona ilustre, la mas ilustre despues que yo, encumbrada á la mas alta categoría del reino, y que por su deber y sexo se comprometiera á ser fiel é inseparable imitadora de mis acciones, ha hollado sus juramentos, haciéndose indigna de mi aprecio.... demasiado sabeis, señora, que hablo de V. A.; por esta razon, que no deseo aclarar enteramente, á fin de evitar á V. A. el sonrojo y vergüenza de oir las circunstancias de su delito, he venido, despues de maduro exámen, en tomar la única determinacion que aconsejan el honor del reino y la compasion, que á pesar de tan imperdonable crimen, me inspiran V. A. y mi propio decoro. Declaro por tanto ante Castilla toda, en presencia de vosotros, nobles caballeros aquí reunidos, que mi matrimonio, contraido con doña Constanza, hija del señor de Villena, ahora refugiado en Portugal por rebelde, y á quien confieso deber un señalado servicio, es nulo y queda disuelto desde esta declaracion, autorizada con beneplácito de la Santa Iglesia, que ha hablado por su órgano, el muy ilustre arzobispo de Valladolid. Doña Constanza será remitida á D. Juan Manuel con buena escolta, para su servicio y seguridad de los caminos; mas entre tanto, señor gran mayordomo, conducid á esa señora al convento de las religiosas de Santa Cruz.

—No será sin oirme, exclamó la Reina, pálida de indignacion por tan imprevisto golpe, al paso que todas las damas y caballeros;

por respeto á la imponente escena que se preparaba, se levantaron.

—Es muy escusado, señora, respondió el Rey con cortesía, el deteneros mas sobre un acontecimiento, resuelto ya y sin apelacion. ¿Qué pudiérais alegar? Creo favoreceros y favorecerme, no hablando mas.

—Sí, gritó doña Constanza; mi desgracia estaba decidida hace mucho tiempo, lo sé; pero sin prueba ninguna, que pueda justificar un proceder tan inaudito y bárbaro. Mas yo lo desafío; yo nada temo, ni dejaré de ser reina de Castilla, mientras haya un solo caballero, que sepa defender la inocencia ultrajada.

—¡La inocencia! murmuró Alfonso colérico; sabed, hija orgullosa de un traidor, que vuestra soberbia ha alejado del lado del trono, que habeis ocupado hasta hoy, á todos los buenos y leales caballeros; y si alguno fuere osado..... Andad, señora, obedeced mis órdenes, puesto que no teneis otro remedio.

—¡Cómo no! ¿Y es esta la decantada nobleza é hidalguía castellana? ¿Este es el pundonor, de que tantos se precian? ¡Infames...! ¿Pero, de qué se me acusa? ¿Cuáles son las pruebas alegadas en mi daño? ¿Por qué prevalerse contra mí de la ausencia de mi padre, de mi único defensor?

—Vuestro padre mismo aprueba esta medida. Mirad....

Y le presentó el pliego que le remitió D. Juan Manuel.

—Nada esperéis de su proteccion, prosiguió diciendo: os ha abandonado ya como indigna de sus cuidados, pues habeis deshonorado su sangre y.... la mia no, vive Dios, que nunca será tan villana como la vuestra. Habeis merecido la muerte, y que el irritado señor de Villena os atravesase el pecho con la daga, que puso fin á los dias del médico, compañero de vuestros placeres; no empero permita Dios que yo manche mis manos de sangre, en asunto que me atañe personalmente, pudiéndolo componer de otro modo. Iréis á vuestro padre; yo le cedo todos mis derechos, y nada mas quiero entender sobre tan escandalosa aventura.

—Pues bien, replicó doña Constanza con amarga sonrisa; ya que la buena fé se ha desterrado de la corte de Castilla, con mengua de su Rey, ya que el esposo que debiera protegerme, contra

tan ridículas é infames calumnias, me desecha, valiéndose de un horrible pretexto, para romper los sagrados vínculos que su humor inconstante desprecia y mira como pasados, sepa este tirano Príncipe, que no caigo sin vengarme. No, D. Alfonso; celosa de mi reputacion y seguridad, he descubierto los inícuos planes de vuestros famosos consejeros, de aquellos que adulaban las pasiones de un dueño complaciente, hasta el extremo de avenirse á sacrificar á una esposa, una reina..... ¿Qué ha sido del Merino Mayor y del primer Conde de Castilla? Creo haber oido que el primero ha sido asesinado en Soria; en cuanto al otro, hable por mí D. Juan Ramirez desde el patíbulo.

—¿Qué osais pronunciar! ¿Vais á descubrirme un nuevo atentado?

—No: un acto de venganza.

—¿Quién? ¿Vos?

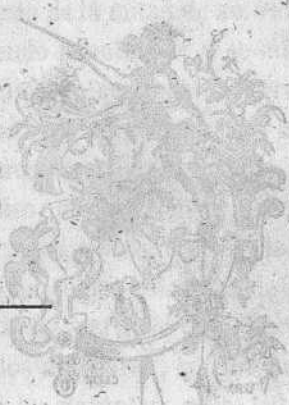
—Yo, yo misma. ¿De qué os asombráis? ¿No puedo vengarme de los infames, que han desgarrado mi corazon? ¿No será de hoy mas infamado mi nombre, merced á sus imposturas?

—Vuestro padre mismo....

—¡Maldicion á mi padre! Si aquí le tuviera, tal vez no fuera poderosa á contener mi justo furor. Sabedlo pues, arrogantes caballeros: esos viles calumniadores no han sido alevosamente asesinados por bandidos; yo armé el brazo de D. Juan Ramirez contra Alvar nuñez Osorio, y entregué á Garci-Laso en manos seguras y deseosas de vengarme. Ahora, rey de Castilla, estoy pronta á cumplir vuestro despótico destierro.

El terror que se apoderó de todos los circunstantes, al escuchar esta declaracion, ahogó el sentimiento y compasiva piedad, que la mala suerte de la Reina les ocasionára al principio. Muchos se habian propuesto suplicar al Rey la perdonase, y aun hubo algunos que avanzaron un paso, dispuestos á sufrir el primer arranque de su enojo, con tal de lograr el restablecimiento de doña Constanza en su gracia; pero se detuvieron poseidos de terror, al oir las últimas palabras de ésta, y la descarada altivéz, con que se publicaba la autora de los dos asesinatos, cuyos perpetradores costaba infinitas vigiliass descubrir á D. Lope de Urnizar.

Sola pues, abandonada quedó la hija de D. Juan Manuel, en medio de una corte cuajada de guerreros llenos de honor, y para quienes la mirada de una beldad era precepto sagrado, que les impulsaba á los mayores peligros. Las damas se apartaron de ella con espanto; pues si bien admiraban la fortaleza y despejo, con que respondió al Rey, luego que la reconocieron culpable de un crimen repugnante á la misma naturaleza, y tan ageno de la dulzura que constituye el mas preciado carácter de su sexo, la miraron con manifiesta aversion, considerándose envilecidas, en el mero hecho de hacerla compañía por mas tiempo. Al notar estas muestras nada equívocas del desprecio é indignacion general que inspiraba, atravesó el salon, despues de lanzar al Rey una de aquellas miradas, que parecen decir, *nada es capaz de humillarme*, y seguida del gran mayordomo de palacio, se trasladó en el mismo instante al convento de Santa Cruz, sitio de reclusion, que solo ocupó cuatro dias, pues el quinto fué conducida con buena escolta hasta la raya de Portugal, y entregada á su padre, quien la encerró en un castillo perteneciente á D. Juan Alonso de Alburquerque.



CAPITULO XIX.

En el cual se observa el mal aspecto que presentaban los
negocios del infante D. Juan.



ONCLUIDA tan estraña escena, que jamás tuvo semejante en ningun reinado de los antepasados de Alfonso, éste se sentó, cuyo ejemplo seguido por toda la corte, dió principio el banquete, cual si ninguna circunstancia lo hubiese retardado. El Rey, que no habia procedido en aquel delicado asunto por un raptó de ligereza, sino que despues de largas meditaciones solo ejecutára

lo que creyó convenir á su ultrajada dignidad, fué el primero á hacer desaparecer en la mesa un respetuoso encogimiento, que se apoderaba de la mayor parte de los ánimos. Mostróse alegre y servicial con las damas, alentó á los caballeros, incitándoles á acometer las viandas sin reparo, atendió él mismo á que nadie pudiese resentirse de haber sido poco obsequiado; en una palabra, supo lle-

nar tan cumplidamente los deberes de amo espléndido y generoso, que la tristeza huyó á esconderse, por último, entre los mas ocultos pliegues de algunos corazones, adictos en muy corto número á la desventurada doña Constanza.

—Todavía les preparo otra sorpresa, dijo el Rey en voz baja á D. Lope de Vendraña: aguardo empero á que se desocupen algunos frascos, porque no me achaquen haberles traído aquí, para matarlos de sed.

No era fácil que esto sucediese, porque los vasos cruzaban ya en todas direcciones con rapidéz. Las costumbres antiguas, que en todo se resentían de una ignorante franqueza, mal encubierta por el portentoso velo de la civilización, que debia tardar aun muchos años en empezar á descorrerse, tenían mas particularmente en los festines y grandes reuniones un carácter marcado de grosería, entendiéndose esta palabra, no precisamente en cuanto al modo de pensar entónces, sino á los medios de que se servían para indicar las afecciones particulares de cada individuo.

Comer á destajo y beber con profusion, eran dos cosas indispensables para unos hombres, que pasaban mas de la mitad de su vida á caballo, desafiando enemigos y recorriendo aventuras, y se miraban tambien como dos prendas, que indicaban cortesanía y agradecimiento á la hospitalidad ó al agasajo: ellos no lo pensaban tal vez, pero lo hacian. Un caballero de nuestros dias, sentado al frente de almibarada marquesa, es preciso que se considere con mas miramientos y atenciones que llenar, que si asistiese á la mayor ceremonia; todo en él está sujeto á las reglas estrechas de la etiqueta. El modo de desdoblar la servilleta, partir el pan, hacer plato á las señoras y prevenir sus pequeños melindres, constituyen un curso de estudios importantísimo entre los elegantes; sobre todo, beber muy poco, aunque despues se desquiten á sus anchuras en el café, comer lo puramente preciso para indicar que se come, á pesar de que las cavidades del estómago se resientan de tan forzada abstinencia, al olor de prohibidos guisados; hablar mucho de noticias interesantes y de modas; poner en las nubes á una famosa *Soprano*, que no ha desplegado los labios en el teatro, pero que

acaba de llegar de Italia y sin duda alguna hará furor; revolver cabeza abajo la política de un reino entero; hacer el amor, sirviéndonos de esta frase traspirináica, admitida en las concurrencias de alto tono; hé aquí el *non plus ultra* de la civilizacion moderna, el espejo de la juventud ilustrada, la brillante perspectiva de los admirables adelantos del siglo xix.

Es evidente que los usos del xiv estaban en directa oposicion, y sin querer argüir ni menos declarar á cual de los dos damos la preferencia; pues nos consideramos parte interesada, nuestra única mira se dirige á hacer creer al lector que los antiguos guerreros castellanos han sido muy imperfectamente trazados en algunos libros, que corren impresos, en los cuales se les pinta generalmente semejantes á los ángeles, es decir, dotados de todas las virtudes é incapaces de abrigar el menor vicio. Sin embargo, por mas que algunos escritores se empeñen en lo contrario, eran hombres de carne y hueso como nosotros, y sujetos del propio modo á las flaquezas de la miseria humana. No hay duda; sus buenas obras aventajaban á las nuestras, puesto que los mas defendian la inocencia y la justicia; pero sus delitos, sus arrebatos de furor escedian á los de los mas iracundos criminales modernos, cuanto las tinieblas aventajan en oscuridad al resplandor del dia.

Repetir que aquellos paladines comian mucho, segun lo requerian las fatigas á que se entregaban de continuo, es por demás, pues ya queda insinuado; y limitándonos al régio banquete de Valladolid, podemos asegurar que antes de concluirse, habia mas de una cabeza, que diera muchas veces la vuelta al mundo.

Otro esforzado grito del Rey, semejante al que anunció el destierro de doña Constanza, resonó en todos los ángulos del salon principal.

—Silencio, silencio, clamaron sesenta voces á un tiempo.

—Silencio, repelian de los mas apartados extremos de la mesa; el Rey quiere hablar.

—Oigamos, decian unos, cesad ya de chocar estos frascos que nada contienen, ó mas bien, mandad que se llenen de nuevo.

Don Alfonso se levantó, y el caballero de Vendaña, atravesando

la galería, logró con trabajo apagar el prolongado susurro, que de las otras mesas llegaba al salón, cual impertinente zumbido de numeroso enjambre de mosquitos.

—Ya habeis visto, grandes señores, ilustres damas, nobles caballeros aquí reunidos, dijo luego que se restableció el orden, la firmeza con que he sabido castigar los crímenes cometidos contra el estado y mi propia persona. El cielo ha coronado mis proyectos, y merced á la fidelidad de los guerreros que estoy mirando, muy pocos traidores abrigan al presente las ciudades de Castilla. La clemencia, la justicia de mi brazo han hecho entrar en su deber á los malcontentos, y sin embargo hay una llaga descubierta, que es necesario se cierre á toda costa. Infante D. Juan, Señor de Vizcaya, á vos me dirijo.

Levantóse *el Tuerto*, y cuantos pusieron en él los ojos, se horrorizaron al examinar la mortal palidez de su rostro.

El Rey prosiguió:

—Pensad bien lo que vais á decirme, pues de este paso depende tal vez vuestra fortuna ó vuestra desgracia. La situacion dichosa del reino me permite al fin llevar la guerra contra mis enemigos de Andalucía, y estoy resuelto á aprovechar los momentos, para caer de improviso sobre los únicos, con quienes vivamente deseo romper lanzas. Así, D. Juan, respondedme sin rodeos. ¿Me seguiréis á batallar contra los moros?

—Señor, sí, respondió éste; contra los moros, y contra cualquier enemigo vuestro.

—Recuerdo, observó Alfonso, que esto mismo ó muy semejante cosa me prometisteis, cuando salí de aquí mismo para Vitoria.

—Y lo cumplí, señor y mi Rey, replicó D. Juan con serenidad. Os he seguido á aquella ciudad.

—Sí; para maquinar mas á vuestro salvo, contra mi vida; para amotinar una turba de miserables aldeanos; para huir despues de mi justo resentimiento. ¿Para esto me seguisteis, D. Juan?

—No olvide V. A., señor, que si me hallo en Valladolid es bajo el sagrado de la promesa solemne de V. A., de respetar en mí su propia sangre, y la calidad de enemigo, desafiado por un caballero de la corte.

—Esa promesa, que por cierto no hay necesidad de recordármela, ha sido cumplida mejor que todas las que vos habeis dado en el discurso de vuestra vida. Os hice venir, jurando no haceros daño alguno, para que cumpliéseis el desafío pactado con el caballero de las armas negras en el puente del Zadorra; de lo contrario, os declaraba rebelde, proscripto de mis reinos y sujeto, como el mas vil de mis vasallos sublevados, al castigo de las leyes. Vinisteis, y vos sabeis si os recibí con agrado: os mostrásteis arrepentido de lo pasado, y me hallé muy cerca de perdonaros, de restituiros mi real confianza. ¿Por qué no lo he hecho ya....? Señor Infante, miradme ahora bien; os lo pido, os lo mando. ¿Habeis desmerecido, por vuestros hechos posteriores, la buena disposicion en que me encontraba respecto á vos? ¿Nada os dice vuestro corazón? Hablad.

—Bien sabido es, contestó el señor de Vizcaya sin vacilar, que desde el dia del torneo no he dejado un solo instante el aposento, que V. A. se dignó ofrecerme para residencia. Mis heridas me han ocupado lo suficiente, y no me han permitido pensar en cosa alguna, dado que mis intenciones fuesen otras. Ignoro, por tanto, el objeto de las preguntas de V. A.

—Está bien: mas en ese desdichado torneo, que me ha arrebatado dos intrépidos y leales caballeros..... no os culpo, valiente desconocido del puente, no os culpo y vive Dios que yo mismo arrancára la lengua al que negase, que matásteis á D. Diego de Toledo á fuer de ley y no á sabiendas de indigna traicion; pero repito, en ese torneo, señor Infante, ¿nada hiciste contra lo mandado? ¿Os habeis portado como caballero ó como asesino?

—Ahora veo lo que V. A. desea recordar; mas confío que despues de oirme, formará mejor opinion de mis hidalgos sentimientos. Es muy cierto que, equivocado por la armadura, entre la confusion de los primeros lances, sostenidos por los cuatro aventureros, que nos presentamos en la liza, contra los mantenedores, acometí con poca prevision á V. A., dejando libre á D. Ramiro de Salinas, mi verdadero contrario; y solo despues que me ví acosado por él y por el caballero Negro, quien sin duda olvidó entónces que le estaba

prohibido pelear conmigo hasta el día siguiente, conocí mi error y renové la lid con el primero, derribándole en tierra. Creo tener motivos de queja con el de la negra armadura, pues me atacó violando las leyes del torneo.

—Y os hizo medir la tierra dos veces en un día, y otro en Almazan, le replicó el señor de Vendaña.

—No es eso, D. Lope, no es eso, gritó el Rey; por Santiago, que nadie me interrumpa: dejadme solo con el Infante y despues podreis hablar cuanto os diere la gana. ¿Sabeis, D. Juan, que D. Ramiro ha muerto?

—Así lo he oido.... dicen que del porrazo que recibió al caer.

—No, sino de la herida hecha por vuestra lanza.

—Confieso que el golpe fué certero, murmuró *el Tuerto* con maligno descaro; pero el hierro no pudo penetrar mucho.... es increíble. La menor de mis heridas, recibidas el mismo día, fué mas profunda, y héme aquí bueno y sano. Sin duda hubo de abrirse la cabeza al arrojarle el caballo.

—No, D. Juan, exclamó Alfonso con ira: vos sabeis muy bien cómo y por qué ha perecido tan completo caballero: yo no lo ignoro, y si la muerte del médico que vendó su herida me priva de auténticas pruebas, ella misma es una y.... no faltan otras.... por ejemplo, la confesion del mismo primogénito de Salinas antes de espirar.... ¿Qué decís á esto, señor campeon de las armas negras?

—Es la verdad, señor, respondió éste. Yo escuché las últimas palabras de aquel buen caballero, y supe la causa de su terrible fin. Recordad empero que el infante D. Juan está sujeto á mis mandatos, por cuanto le he vencido, y mis palabras, pronunciadas para acriminar su conducta, deben parecer sospechosas. Además de lo dicho, la sagrada órden de caballería que profeso me prohíbe abusar de las ventajas, que me proporciona su poco segura situacion, y sería yo el mas vil, el mas infame, el mas....

—Deteneos.... no prosigais, le interrumpió el Rey; declarad únicamente que dais permiso á vuestro prisionero, para que me acompañe á Andalucía.

Y observando que el caballero Negro callaba, añadió:

— ¡Cómo...! ¿Vacilais...? ¿Me rehusareis esta gracia....? ¿Queréis dejar al Infante en Castilla, para que se rebele de nuevo en nuestra ausencia?

— Señor, no; nada os rehúso, contestó el jóven paladin; mas permitid os advierta que me pedís una gracia, sin haberme otorgado dos, que me ofrecísteis hace bastantes dias. ¿Y cómo yo mismo pudiera disponer de las acciones del señor de Vizcaya, antes de saber si debo vivir en la corte con seguridad, ó si me veré precisado á buscar un asilo en reinos estrangeros?

— Por el cielo, que teneis razon, no en cuanto á ese recelo manifestado tan fuera de oportunidad, pues yo quisiera ver quién os impedia guardar mi lado en todo tiempo, sino respecto á la concesion de las mercedes que me pedísteis. Desde ahora las otorgo, y así... declaradlas. ¿Qué solicitais de mi eterno agradecimiento? Recuerdo ahora, aunque algo confusamente, que me digísteis os incitaba á vuestras demandas la tranquilidad del reino y el honor de mi corona.

— Sí, repuso el Negro. Juro por la órden esclarecida de la Banda, que solo esos motivos me estimulan.

Y adelantándose respetuosamente hácia el Rey, puso una rodilla en tierra y prosiguió en voz alta:

— Oid, poderoso Príncipe de Castilla, pues ha llegado el instante de descubrirme. Antes de todo exijo que no se crea Vuestra Alteza obligado, por sus repetidos ofrecimientos, á satisfacer mis demandas, si ellas son tales que causen el menor disgusto á Vuestra Alteza. Pido lo primero; un olvido eterno de todos los enojos, que mi familia y principalmente mi ilustre padre han ocasionado al trono de Castilla; un generoso perdon, señor; una acogida favorable á dos desterrados, á dos proscriptos; cuya esclarecida nobleza acabará de afianzar la pública tranquilidad, y que si han tomado alguna parte en los últimos trastornos del reino, ha sido en vuestro pró y defensa. Lo segundo; que mande revocar Vuestra Alteza, cumpliendo un acto de verdadera justicia, todas las órdenes, que, impulsado por perniciosos y traidores consejeros, hubiere espedido contra la legítima sucesion de doña Blanca de Almazan á los esta-

dos del malogrado infante D. Pedro, confirmando á su heredera en la legítima posesion de los señoríos de Almazan y Alcocer, y renunciando por vuestra parte á todo derecho sobre ellos. Estas son mis peticiones, Rey de Castilla, y aguardo la decision de Vuestra Alteza.

—Jóven extraordinario, contestó D. Alfonso; acabas de echarme en cara una injusticia, una falta grave que deseo reparar, y que soy disculpable en haberla cometido, por cuanto algunos ocultos enemigos de la noble infanta doña María, me hacian creer lo que despues he visto que era impracticable. Acercaos, señora; y vos, bella doña Blanca, no desdeñeis la pública demostracion de amistad durable, que os ofrece el Rey de Castilla. Yo dispuse reservadamente la ocupacion de vuestras villas y fortalezas, por contener las ambiciosas miras de ese señor de Vizcaya, quien abrigaba el proyecto de hacerse fuerte en ellas, por medio de una union, que yo no podia aprobar; y ahora bendigo al cielo, porque las revueltas intestinas impidiesen llevar á efecto mis mandatos: mas protesto, señoras, que aunque estuviesen vuestras posesiones guardadas por todo un ejército castellano, lo hiciéra retirar y os entregára las llaves. Tambien he sabido que D. Juan solicitó vuestra mano, hermosa heredera, poniendo á vuestros piés sus estados de Vizcaya, y por mis espuelas.... es preciso que la respuesta que le disteis se añada á los timbres de vuestras armas. Confirmo pues la posesion de doña Blanca de Almazan á la legítima herencia de mi desgraciado deudo, el infante D. Pedro, y os concedo que debajo de su escudo se lean estas palabras:

Mi corazon rehusa una alianza, que serviria de pretesto al Rey para declararme la guerra.

Tomó entónces por las manos á las dos damas, y conduciéndolas, con respetuosa cortesanía, hasta los primorosos sitiales colocados á ambos lados del trono, las hizo acatamiento, rindiendo público homenaje á la virtud y á la hermosura, cuyo ejemplo imitó toda la corte, resonando por el salon repetidos aplausos, entre los que no dejaron de mezclarse algunas maldiciones, pronunciadas en tono bajo por D. Juan el Tuerto.

—Una de tus peticiones está concedida, dijo el Rey al caballero Negro, luego que el último de los asistentes hubo felicitado á las damas; pero juro por todas las joyas de mi corona, que no entiendo un ápice de la primera, que me has dirigido. Exiges el perdon de tu padre, á quien no conozco, y me hablas de quejas que tengo contra los tuyos, como si yo fuera nigromante para adivinar por una sola palabra, tan enmarañado negocio.

—Séame permitido, respondió el Negro, que mi padre tenga entrada ante V. A., y esas dudas quedarán desvanecidas al punto.

—Hágase, segun desees; venga al instante, pues mi curiosidad corre parejas con el anhelo que me anima de mostrarte mi gratitud.

Salió del régio salon el dichoso amante de Blanca, despues de haber escuchado las últimas palabras del Rey, atravesó la galería grande, bajó de tres saltos los escalones, y á poco rato volvió á presentarse delante del trono, seguido de Guzman, á quien todos en Valladolid conocian por el campanero de San María de Victoria.

Su presencia y el grosero traje que le cubria, y que resaltaba mas al contacto de las ricas galas y costosísimos adornos de los caballeros, excitaron en estos un murmullo de indignacion, y muchos que acababan de estrechar afectuosamente las manos del negro paladin, cuando salia del salon, volvieron los ojos hácia otra parte por no corresponder á sus atenciones.

—¡El hijo de un miserable sepulturero tiene la osadía de mezclarse con la primera nobleza del reino....! decian algunos en voz baja. Esto es deshonroso y tal atrevimiento merece castigo.

Guzman se adelantó despacio, pero sin correrse ni dar á entender que reconocia encontrarse en esfera superior á la suya; saludó á las señoras de Almazan, que le correspondieron atentamente, y descubriendo su blanca y respetable cabeza, hincó la rodilla en el recamado almohadon, que se veia á los piés del trono.

Agrupáronse alrededor todos los magnates que pudieron, á fin de presenciar mas inmediatos la curiosa escena, que en su opinion

se preparaba, y resueltos á secundar el enojo de Alfonso XI, á quien desde luego suponían irritadísimo y preparado á descargar sus iras contra los insolentes, que así faltaban al acatamiento debido á la majestad.

Pronto empero se desengañaron, viéndose en la dura precision de avergonzarse de sus sospechas injuriosas y reconociendo que el nuevo campeón de la Banda no habia entrado en tan esclarida órden para envilecerla.

CAPITULO XX.

En que se trata del empeño con que el Rey y el Infante
se disputaban la misma presa.



UESTROS lectores deben acordarse de la desesperada situación, en que hemos dejado al almojarife Jucef. El calabozo del espía Pero Calvillo, le servia de prision, desde que la buena maña del forzado alcaide de la cárcel real de Valladolid, acertó á sustraerle de las feroces uñas de la loca Raquel, no sin haber dejado entre ellas los plateados vellones de su poblada barba.

El pobre judío revolvía en su turbada imaginacion todas las sentencias de los libros del antiguo testamento, con el único y laudable fin de encontrar algun alivio á sus dolores físicos y morales. Martirizábanle los primeros horriblemente el rostro; pero los segundos acongojaban su espíritu, por el recuerdo de las traiciones que habia cometido, y por la perspectiva del castigo terrible que le

aguardaba. Casi puede asegurarse que este pensamiento consiguió adormecer, á fuerza de fijarse en su mente, el vivo escozor que sentia en sus mejillas desolladas, porque habia estudiado perfectamente el carácter del rey D. Alfonso, y estaba persuadido de que éste no admitiria como excusas, para atenuar el rigor de su justa venganza, la brutal conducta del infante D. Juan.

—No; exclamaba lleno de terror; no me perdonará el Rey la pérdida de sus tesoros, ni me salvarán la vida todos los juramentos que haga, asegurando que los entregué á ese malvado señor de Vizcaya. El me ha metido en este mal paso... sin su encuentro, cuando me llevó por fuerza al convento de Santo Domingo de Vitoria, no me vería encerrado y herido como me veo. ¡Ah! ¿No tuve que rescatar mi vida de sus inmundas garras, á costa de esos maldecidos tesoros...? Afortunadamente para ellos y para mí, llegó en buen hora al castillo de Almazan el de las armas negras.... aquella refriega espantosa del patio me salvó, para que cayése poco despues en poder de los infames maceros.... ¡Oh! Excelente idea tuve al depositar en paragé seguro....

Aquí llegaba de su soliloquio, cuando abriéndose de par en par la puerta del encierro, se presentó á su vista el Justicia Mayor del Rey.

—¡Dios de las doce tribus! gritó Jucef al examinarle. ¿Venís á notificarme la sentencia de muerte?

—Serénate, infeliz, le dijo D. Lope de Urnizar; vengo á salvarte.

—¡A salvarme! repitió el judío fuera de sí.

Y fué tan grande la impresion de insensata alegría, que le causaron las palabras que acababa de oir, que se arrojó, sollozando como un niño, á los piés del Justicia Mayor; se los besó una y muchas veces y luego se rió á carcajadas, como si realmente hubiera perdido el juicio, diciendo con acento tembloroso:

—Bendito seais, caballero.... por la buena nueva.... que me traeis.... ¡Ah....! Os aseguro que he pasado el Mar Rojo.... Pero ahora triunfa Israel del impío Amalecita.... ¿No es verdad....? Vá á proclamarse mi inocencia, y ese bárbaro Filisteo, ese Infante,

que ofrece sacrificios á Belial y á todos los ídolos, se verá confundido, anonadado por el brazo justiciero de Jehová.... ¿No es esto lo que he oído de vuestros lábios....? ¿No habeis dicho que venís á salvarme.

—Sí; lo he dicho, replicó D. Lope; mas atiéndeme bien; tu salvacion depende de tus declaraciones.

—¿De mis declaraciones! murmuró el judío palideciendo. ¿Y qué ha de declarar un miserable como yo?

—La verdad.... y nada mas que la verdad. El Rey te perdona; pero con la espresa condicion de que me descubras el paradero de los tesoros que robaste.

—¡Misericordia...! ¡Piedad...! Todos son unos... todos acusan al pobre judío de los crímenes, que otros han perpetrado.... ¡Robar yo los tesoros de la corona, cuando mi único afán era salvarlos de la rapiña del infante D. Juan y de la del conde Osorio!

—Razon de peso es la que espones, para que yo crea que conoces el sitio....

—¿Cómo suponeis semejante cosa, ilustre D. Lope? ¿Con que yo he de saber forzosamente el paraje, en que los tiene ocultos ese enemigo encarnizado del Rey y de mi tranquilidad?

—¿Pues no acabas de confesar....

—¿Que yo saqué los tesoros de las arcas reales, para ponerlos á buen recaudo? Nada mas cierto.... Temia las asechanzas del Infante. ...

—¿Y á dónde los condujiste....?

—¡Oh! Yo os lo contaré todo, para probaros mi inocencia.... El infante D. Juan....

—Dejemos al Infante á un lado, pues no juzgo ahora sus traiciones, sino las tuyas.

—¡Las mias....! ¡Las mias....! ¡Desventurado Jucef! Hé aquí á lo que has venido á parar.

—No perdamos tiempo; hálame de los tesoros.

—Pues si no iba á hablaros de otra cosa.... Sabed que el Infante....

—¡Otra vez con la misma cantinela....! En verdad te digo que hoy estás muy á mal con tu vida.

—Sin duda quereis chancearos, magnánimo D. Lope.... Sí; demasiado conoceis que mi vida no corre el menor peligro, porque siempre he sido fiel á D. Alfonso.

—Pruébalo ahora, manifestando lisa y llanamente el escondite que guarda los tesoros robados. De lo contrario, tú mismo te condenas, ya que juras haberlos sacado de Vitoria, por servir mejor al Rey.

—Lo juro.... lo juro.... y lo juraré mientras viva.

—¿En dónde están pues? El Rey los reclama.

—¡Por las tablas de Moises! ¿No os he puesto delante de los ojos, como dos y dos son cuatro, que el Infante....

—No has hecho mas que nombrar al señor de Vizcaya. ¿Pero qué tiene que ver su nombre con los tesoros?

—Hé ahí vuestra obcecacion.... ¿Con que nada tiene que ver? ¿Y si D. Juan los robó?

—¿No los sacaste tú de las arcas?

—Sí; noble D. Lope, sí; yo los saqué, pero el maldito Infante que estaba en acecho, porque tiene pacto con Belcebú, me sorprendió con las mulas cargadas de oro y me condujo á un hediondo subterráneo del convento de Santo Domingo.... ¡Dios de Sion y de Judá! Todavía se estremecen mis carnes, con el recuerdo de la tortura que me aplicaron sus satélites....

—Supuesto que ya se habia apoderado del oro ¿para qué te martirizaba?

—Para.... para.... ¿ignorais, D. Lope, que la malignidad del Infante le aconseja ser cruel? Los dolores ajenos son para su alma feroz un manantial de placeres.

—El infante D. Juan no se hallaba entónces en situacion de recrear su ánimo, atormentando á un judío. Algo se propuso.

—No hay duda, D. Lope, no hay duda, y admiro vuestra sagacidad y sábia penetracion. Se propuso castigar, martirizándome, la resistencia que opuse á su inicuo proyecto, de apoderarse de los tesoros del Rey.

—¿Por qué no se los entregaste, ya que no podías hacer otra cosa, avisando en seguida al Rey?

—¿Y cómo hacerlo en mi apurada situación? Don Juan me obligó á que le siguiera....

—Mientes, judío.....

—Creedme, esclarecido D. Lope.

—Mientes.... mientes.... Don Juan te trajo á Valladolid y aquí te dejó con su escudero, encaminándose él á la frontera de Aragon. ¿Por qué no huíste entónces?

—Era imposible.... el escudero....

—El escudero sería algun imbécil, como lo son todos los escuderos del mundo, y tú estás acostumbrado á engañar á otras gentes mas avisadas. Además ¿quién te impedía reclamar en Valladolid el favor de la justicia del Rey?

—Bien fáciles os parecen todas esas cosas; mas no contais para nada con la perturbacion de mi ánimo.... ¡Qué dias, qué horas, qué instantes tan crueles....!

—Vamos, Jucef.... demasiado sabes que comprendo perfectamente tu negocio. Despues de haber robado las preciosísimas alhajas del tesoro del Rey, no pudiste mirar con indiferencia que pasasen á manos del codicioso señor de Vizcaya; mas como su proteccion aseguraba tu fuga de Castilla, procuraste burlar su confianza en la primera ocasion favorable, siguiéndole entre tanto.....

—Pero os protesto por todos los patriarcas de Israel....

—Calla. En esta ciudad redujiste las alhajas á oro....

—Así lo mandó el Infante, á quien Dios confunda.

—Y acompañado de su escudero, pasaste á Aragon. ¿Qué hiciste allí?

—Allí.... allí.... ese maldecido *Tuerto* me arrastró consigo hasta la fortaleza de Almazan. ¿A qué fin he de negarlo?

—Y en Almazan asiste por los cabellos la ocasion, que te deparó tu buena fortuna, para escaparte con las riquezas, que D. Juan destinaba á sus placeres é intrigas.

—¡Don Lope....! ¡Magnífico D. Lope....!

—Abandona esos aspavientos y exclamaciones intempestivas, que nada hacen al caso, y responde, cual si fueses á morir, á mi primera pregunta. ¿Qué has hecho del tesoro del Rey?

— Os juro mil veces que salí de Almazan sin un escudo y con peligro de mi vida.

— Jucef, nunca la has tenido en tanto aprieto como ahora. ¿Imaginas que puede librarte de la horca tu empeño de aparecer inocente? He dicho ya que tu perdon....

— ¡Mi perdon....! ¡Mi perdon....! murmuraba sollozando el miserable hebreo, sin dejar de retorcerse las manos desesperadamente. Lo que intentan es arrancarme el secreto, apoderarse, como don Juan, de ese tesoro que tantas lágrimas y penalidades me cuesta, y disponer luego que me ahorquen, en nombre y por mandato de D. Alfonso. ¿Y he de entregarles yo mismo lo que constituye mi alma y mi felicidad? ¡Oh! Lo mismo ha de ser de un modo que de otro. Me despojarán primero y despues... despues me sacarán para la horca.... ¿Qué piedad puede inspirarles un pobre judío como yo, caido de la gracia del Rey.....? ¡Ah! Un rayo de luz ilumina mi entendimiento.... El Rey y sus magnates necesitan á todo trance ese tesoro, escondido por mí en las entrañas de la tierra.... Si me ahorcan ¿quién lo pondrá en su poder....? No me ahorcarán.... no me ahorcarán....

— Don Lope de Urnizar observaba á Jucef, y aunque no oia sus razones, adivinaba sus pensamientos. Conoció por lo mismo que debia matar de un golpe la esperanza de aquel corazon, que no se dejaba ablandar por ofertas ni persuasiones, y pronunció con acento sentencioso y pausado estas terribles palabras:

— Jucef, estás ocupando el mismo calabozo, que ha sido testigo mudo y aterradorizador de la agonía del infame Pero Calvillo, satélite, como tú, del infante D. Juan. Mañana serás colgado como él, junto al camino de Cuéllar.

Si el Justicia Mayor creyó imponer al judío con su sentencia, se llevó un solemne chasco, porque el último habia llegado á persuadirse de que no llegaria el caso de que le quitasen la vida, hasta que descubriese el sitio en que tenia oculto el tesoro, que con decidido empeño se buscaba. Conservó pues toda su serenidad, á pesar de la amenazadora intimacion de D. Lope y repuso, aparentando condolerse de su inmensa desdicha:

—¿Con qué es cierto que intentais saciaros en la sangre de este desventurado hijo de Israel? ¿Con qué nada puede sacarme de tan duro aprieto?

—Al contrario.... decláralo todo.... le replicó el de Urnizar: acuérdate de la condicion....

—La condicion.... la condicion.... muy pronto se dice eso....

—¿Dudarias, perro infiel, del cumplimiento de mi palabra?

—No.... no.... de nada dudo.... mas....

—Decídetes pronto. ¿Estáis dispuesto á confesar....

—Vuelvo á juraros, por los huesos de mis padres, que he dicho ya todo lo que tenia que decir.

—¿Es esa tu última resolucion?

—La última, D. Lope, la última; y ahora ahorcadme, si quereis, supuesto que con mi muerte imaginais encontrar esos soñados tesoros....

—¡Soñados, Jucef...! No; con tu muerte no los hallaremos, pero no ignoro que tú mismo los pondrás en nuestras manos. El señor de Vizcaya te atormentó en Vitoria; el Justicia Mayor de Castilla te atormentará en Valladolid.

Dicho esto, volvió D. Lope la espalda al judío y salió del calabozo.

—¡Qué he escuchado...! balbuceó Jucef medio muerto. ¡Me atormentará...! No contaba yo, imbécil, con que recurririan á tan bárbaro medio... ¡Impíos...! ¡Hombres sin caridad y sin entrañas...! ¡Y qué...! ¿He de esperar á que pongan por obra sus intentos...? ¿Brillará el sol de mañana, para ser testigo de los gritos desgarradores, que yo exhale en la tortura...? ¡Miserable de mí...! La tortura me arrancará el secreto, sin librarme de la horca.... Pero ¿qué hacer....? ¿A dónde acudir en tan amargo trance?

—Al único amigo que te queda en el mundo, le respondió el infante D. Juan, que acababa de entrar en el encierro.

—¡Por las columnas del templo de Salomon! exclamó el almoxarife, cubriéndose el rostro con las manos. ¿Qué voz es esa....?

—La mia, infame ladron, repuso el Tuerto; la de un caballero principal, que no quiere que mueras todavía.

—¡Ah, señor Infante....! estoy perdido.... perdido sin remedio.

—Ya me lo figuro, porque he visto salir de esta pocilga al Justicia Mayor, despues de haber sabido que Cañete se habia apoderado de tus asquerosos huesos.

—¿Y sereis capaz de abandonarme?

—Bien mereces que yo mismo disponga tu suplicio; mas no lo haré, porque me haces falta. Hace una hora que me encuentro en Valladolid, y segun veo no he podido llegar mas apropósito. Ea ¿deseas jugar una buena pasada á D. Lope de Urnizar?

—¡Me preguntais, si lo deseo....!

—Bien.... bien.... ya lo conozco y por lo mismo voy á proponerte un pacto.

—¡Un pacto.!! ¡Qué será ello...! Esa palabra me acongoja....

—Lo cual revela que no has olvidado el concierto que hicimos en un santo monasterio.

—¿Cómo he de olvidarlo....? Aquel concierto me trajo á esta amargura.

—Yo lo cumplí, á fuer de noble y de leal. Te salvé de una muerte tan segura como atroz, pues iban á quemarte vivo ... Recuérdalo bien.... Pero tú.... ¿de qué modo correspondiste á mis favores?

—Llevándoos á Aragon el producto de las alhajas del Rey.

—Para fugarte con ellas desde Almazan.

—Os juzgué muerto....

—Quiero creerte, Jucef, y aun imagino que obraste con gran cordura, al retirarte con el oro de aquella maldecida fortaleza, para que no se aprovechase de él ese caballero Negro, á quien Dios confunda. Vamos ahora á lo que tengo que proponerte.

—Hablad.... hablad, señor Infante, y si es cosa....

—Sencillísima, buen Jucef; que me devuelvas esos preciosos talegos, repletos de sonantes doblas, que me llevaste á Aragon y volviste á traer á Castilla....

—¡Válgame el Paraiso terrenal! ¿Se os ha metido acaso en el magin, que los tales talegos me hayan acompañado hasta mi calabozo?

—No, por todas las legiones infernales : si eso hubiera ocurrido, no te los reclamaria, porque D. Alfonso los tendria ya en su poder.

Pero yo te conozco y sé que los talegos están á buen recaudo. ¿En dónde....? Dilo al punto y mañana te verás libre.

—Mañana me darán tormento y los dolores me harán descubrir á D. Lope de Urnizar, lo que solo os revelaré, despues que me saqueis de aquí, con tal que sea esta misma noche.

—¡Demonio! Eso es muy arriesgado, porque puedes engañarme.

—Obrad á vuestro antojo; mas tened entendido, que mañana no será ya tiempo. O he de morir quebrantado por la tortura, ó he de declarar lo que el Rey y vos anhelais saber.

—¡Ah! Si supiera que eras capaz de perder la vida sin hablar....

—¿Qué adelantaríais?

—Discurres bien; mas.... supongo que te mantendrás firme sobre las enrojecidas barras, y que perderás el aliento, antes de....

—No imagineis tal desalino, señor Infante, porque soy de carne y hueso como el que mas. Os juro que diré cuanto sea necesario, para obtener el perdon que me ofrece el rey D. Alfonso.

—Basta.... basta.... Esta noche saldrás de tu cueva; pero ¡ay de tí, si no cumples tu promesa!

—La cumpliré.

—Ya me conoces; haré de tu pellejo una criba.

—No hareis tal, porque mañana sereis poderoso.

—Mañana se celebrará el torneo; despues el desafío.... huye á Aragon y dentro de tres dias iré á encontrarte.

—Mas.... ¿quién vendrá á sacarme de aquí?

—El mismo que te ha metido.

El Infante desapareció y Jucef no pudo menos que entregarse á las mas lisongeras esperanzas, formando al mismo tiempo mil proyectos, para engañar al único protector que le deparaba la suerte. Instigado D. Juan *el Tuerto* por el demonio de la codicia, se mostró fiel al pacto, pues llegada la noche, el carcelero abrió con gran cautela la puerta del calabozo del judío, y dijo á éste que se ausentase al punto de la ciudad, si no queria perecer, porque el temible Canete, prevenido por D. Lope de Urnizar, no dejaria de darle caza, si olfateaba su fuga de la cárcel:

No esperó el israelita á que le repitieran dos veces una orden

que le llenaba de júbilo. Quiso besar los piés del Alcaide, que le rechazó indignado, y agazapándose cuanto pudo, echó á andar hácia la calle, metiéndose á poco rato en el laberinto de la poblacion, hasta que dió con la morada de un rabino, grande amigo suyo.

Media hora despues salia de Valladolid, montado en senda mula y con las alforjas bien provistas de víveres.

—El tesoro está seguro, murmuraba entre dientes, y para ahorcarme, necesitan cogerme en Portugal.



CAPITULO XXI.

Retrocede la historia, para aclarar ciertos hechos indispensables, que el autor no ha hecho mas que apuntar.



¿QUIÉN eres, buen anciano? preguntó el Rey á Guzman, despues de haberle examinado detenidamente.

La respuesta tardó mas tiempo en escucharse; amargas reflexiones, y acaso el temor de encontrarse á merced del mayor enemigo de su familia, hicieron guardar al padre de nuestro héroe, algunos instantes de silencio; un profundo suspiro precedió á sus palabras y todos quedaron admirados, cuando le oyeron decir con sosiego:

—Príncipe de Castilla, ¿tan mudado me han puesto las desgracias, que ya no os acordais de vuestro deudo? ¡O acaso estos vestidos, único velo que ha podido ocultar la grandeza de mi casa á mis enemigos, tienen para Alfonso XI menos virtud que el oro y la pedrería!

Levantóse el monarca á estas singulares razones.

—¿Tú mi deudo? exclamó con voz cortada. ¿Será cierto....? Pero ¿cuál de ellos? No; imposible: mas.... un pensamiento.... Pronuncia tu nombre, anciano, pronúncialo sin temor, cualquiera que sea; pero si bajo ese poco decoroso disfraz, se me ha presentado un impostor, un enemigo encubierto, tema mi indignacion, mi justa venganza.

—No prosigais, Señor, contestó Guzman; esos injuriosos pensamientos me recuerdan quien soy. Jamás, por mucho que mis pretensiones os hayan perjudicado, por incesantes que hayan sido mis empeños, de aspirar al puesto que me destinára el cielo, y la suerte no ha querido concederme, jamás escondí mis designios. Os he combatido, he peleado desesperadamente, viéndome espuesto muchas veces á perder la vida; mas siempre pecho á pecho, como leal contrario, y no á la capa de alevosias ni traiciones. La inconstante fortuna halagó mis esfuerzos, en tiempo de vuestro padre D. Fernando IV; pero aquel efímero reinado, proclamado en Sahagun por dos ejércitos, duró cual brillante resplandor de breve relámpago. Desde entonces proscripto de reino en reino, he agotado los sufrimientos y reveses con cristiana resignacion; pero mi patria me llamaba; envuelta en los horrores de la guerra civil, y sirviendo mi nombre de pretesto á algunos ambiciosos, para sembrar la discordia, entré en Castilla, y puse á vuestro servicio un guerrero fiel y pundonoroso, capaz de resguardaros y de desmentir cuantas calumnias se fraguasen en descrédito de mis intentos. Aquí le teneis, Señor, á mi lado: el caballero Negro es mi hijo. He podido aspirar al trono que ocupais, por asistirme á ello un derecho sagrado, transmitido por el testamento del Rey mi abuelo; pero nunca he querido deber mi triunfo á viles manejos, ni sentar mi sόlio sobre las públicas discordias. Miradme bien, Rey de Castilla, y conoced á fondo los hidalgos sentimientos de D. Alonso de La-Cerda, hijo del infante D. Fernando y nieto del sάbio rey D. Alfonso X.

Unánimes exclamaciones de sorpresa resonaron en el salon, al oir aquel nombre temido y respetado; el Rey no pudo soportar con tranquilidad tan estraño descubrimiento.

—Lo imaginé, dijo entre dientes; y se dejó caer en su sitial.

Ya se ha aclarado el misterio, que desde el principio de estos sucesos encubriera el nombre y familia del amante de Blanca. Era D. Luis, primogénito de La-Cërda, que en las últimas guerras de Flandes habia dado relevantes pruebas de su valor, contra los enemigos de Cárlos el Hermoso.

Volvamos la vista atrás por un instante, á fin de dar á conocer á nuestros lectores algunos acontecimientos históricos, indispensables para la debida inteligencia de los que vamos relatando.

Cuando D. Alfonso, llamado *el Sábio*, regresó á Toledo despues de la entrevista que tuvo en Bocayre con el Pontífice romano, para tratar del malhadado imperio de Alemania, reunió Córtes á fin de que estas arreglasen lo concerniente á la sucesion á la corona, que reclamaba impaciente el infante D. Sancho, hijo segundo del Rey. Las Córtes en efecto declararon que le correspondia, por haber fallecido su hermano mayor D. Fernando *de La-Cerda*, sobrenombre con que se le conoció, porque tenia una muy larga en medio de las espaldas.

Don Fernando habia pasado á mejor vida en Ciudad Real, dejando hijos y entre ellos á D. Alfonso de *La-Cerda*, que andando el tiempo causó no pocos embarazos á D. Fernando IV *el Emplazado* y á Alfonso XI. Inmediatamente tomó D. Sancho el mando de las fuerzas cristianas, hizo temblar al Monarca de Marruecos y obligó al de Granada á que abandonase el sitio de Jaen. Estas ventajas, y otras que alcanzó contra los moros, dieron al traste con su moderacion, y no satisfecho con haber usurpado á los hijos del Príncipe primogénito los derechos que tenian al trono, intentó sentarse en él, viviendo su padre y menospreciando todos los deberes y respetos de vasallo y de hijo. La fatalidad favoreció sus designios criminales, porque D. Alfonso *el Sábio* acababa de alterar la ley y el valor de la moneda, y esta novedad fué generalmente considerada como una infraccion manifiesta de la fé pública. El descontento cundió por todas las clases, secundando las ambiciosas miras de don Sancho, quien reuniendo á sus partidarios en Valladolid y pintándoles con feos colores la conducta de su padre, consiguió que le

confiriesen el ejercicio de la autoridad suprema, con el título de regente.

Don Alfonso X se hallaba entonces en Badajoz y no tardó en tener noticias de tan escandaloso atentado, y de las gravísimas consecuencias que habia producido, pues todas las ciudades de Castilla y de Leon se entendian ya directamente con el rebelde Príncipe, y los reyes de Aragon, Portugal y Francia acababan de reconocerle. Ciego de cólera y de indignacion el Rey-padre, pidió auxilios al de Marruecos y éste acudió al llamamiento con importantes fuerzas. Uniéronse ambos á poco tiempo en los confines del reino de Granada y marcharon sobre Córdoba; pero no habiendo podido tomar esta ciudad, á pesar de increíbles esfuerzos, Aben-Jucef se volvió á sus estados de África, y el rey de Castilla desheredó á su hijo, anulando la injusta declaracion de las cortes de Toledo, y haciendo publicar contra él maldiciones y anatemas, que obtuvieron la sancion y el apoyo de Roma.

Don Alfonso no pudo soportar el rudo golpe que habia asestado á su noble corazon el desnaturalizado Príncipe. Cayó enfermo de gravedad y en su testamento confirmó la esclusion de D. Sancho á la corona, instituyendo por heredero suyo á D. Alfonso de *La-Cerda*, hijo primogénito de D. Fernando, y en caso de morir éste sin sucesores, al rey de Francia. Mas no bien se hubo enterado el usurpador de unas disposiciones tan contrarias á sus intereses, cuando procuró templar la enemiga del monarca, con actos de sumision y de humildad, mostrándose, al parecer, sinceramente pesaroso y arrepentido de sus traiciones y desafueros. Enterado el padre, por el caballero D. Gomez Fernandez, del profundo dolor del Príncipe, y de que se hallaba postrado en Salamanca, lamentándose de que el cielo le castigaba con aquella dolencia, que le impedia arrojarle á los piés del Rey, para recibir su bendicion, olvidó la ingratitud y alevosía de que acababa de dar recientes pruebas, le devolvió su gracia y se retractó solemnemente de las maldiciones que le habia echado.

Don Sancho *el Bravo* reinó diez años y no tuvo un solo día tranquilo. La ciudad de Badajoz alzó pendones por los infantes de *La-*

Cerda, pero sitiada por las fuerzas del nuevo monarca, no pudo sostenerse, y las tropas sublevadas se rindieron, bajo la espresa condicion de que se respetarian sus vidas. El Rey sin embargo dispuso que toda la guarnicion fuese pasada á cuchillo.

Por su muerte se sentó en el trono de Castilla su hijo D. Fernando, el IV de este nombre, y al punto estalló la secreta y formidable liga, tramada de antemano por los reyes de Aragon, Francia y Portugal, en favor de los derechos de D. Alfonso de *La-Cerda*, los cuales tambien sostenia con gran empeño el Monarca granadino, interesado en sembrar la discordia, para aprovecharse de ella. El infante D. Juan, hermano de Sancho *el Bravo* y la casa de Lara entraron en la conjuracion; el primero con la esperanza de obtener, en premio de sus traiciones y perfidia, los reinos de Galicia y de Leon, que codiciaba, y la segunda por resentimiento, en vista de la preferencia que el Rey otorgaba á los condes de Haro. Llegó á la corte con la velocidad del rayo la triste noticia de que D. Alfonso de *La-Cerda* habia sido proclamado rey de Castilla en Sahagun, por los ejércitos de Aragon y Portugal, lo cual fué bastante para que todos, hasta la Reina y el Regente, se dispusiesen á huir con precipitacion, imaginándose perdidos sin remedio. Don Alfonso efectivamente, acababa de sitiar la villa de Mayorga, pero esto mismo salvó á la corte y á D. Fernando *el Emplazado*, porque la falta de provisiones, puso en los mayores apuros al pretendiente.

Declaróse el hambre entre las tropas y á ella se siguió una horrosa peste, que en pocos dias acabó con las fuerzas sublevadas, permitiendo á la Reina madre desplegar aquella inconcebible energía, con que aseguró á su hijo las riendas del Estado. Aprovechando activa y oportunamente la inaccion, á que la miseria y las enfermedades epidémicas habian reducido al ejército confederado, entró en negociaciones con sus principales caudillos y supo captarse la confianza de todos. Concedió á los grandes varias villas, tierras y castillos que pedian, con oculto propósito de volvérselos á quitar, cuando ya no fuesen temibles; tapó la boca á Dionisio de Portugal, pidiéndole en matrimonio la infanta doña Constanza para su hijo, y proponiendo el de la hermana de éste con el heredero de aquel

reino; finalmente, el fallecimiento de D. Enrique, que era la parte mas difícil de contentar, zanjó las demás dificultades.

Viendo el rey de Aragon que la Francia retiraba sus tropas, se mostró cansado de sostener solo el peso de la guerra, é invitado al mismo tiempo por la Reina madre á cortar de raíz todas las diferencias existentes, por medio de las armas de la política, recogió su ejército y lo licenció.

Don Alonso de *La-Cerda* se vió entonces abandonado cobardemente de sus poderosos amigos, y confiando aun en su buena fé, se sometió á la sentencia que pronunciasen, acerca de sus derechos los dos reyes de Portugal y Aragon. La decision le fué contraria; pues estos Príncipes, atendiendo mas á las dificultades de destronar á D. Fernando IV, que al indudable derecho de los *La-Cerdas*, adjudicaron al primero la corona en sentencia definitiva, señalando al segundo muchas ciudades y villas, para que viviese con el esplendor correspondiente á su elevada gerarquía.

Esta indemnizacion era en extremo ofensiva para D. Alonso y no podia vacilar; retiróse á Francia, desde donde reclamó, aunque en vano, contra la injusticia de aquella sentencia, hasta que resignado con su mala suerte y protegido por el magnífico Cárlos *el Hermoso*, contrajo matrimonio con una parienta de éste, de peregrina belleza, llamada Ismenia Madelfa, en la cual tuvo dos hijos, D. Luis ó el caballero Negro, y D. Juan, que con el tiempo fué conde de Angulema, y condestable de Francia.

Su tranquilidad no duró muchos años, pues muerta su esposa, y noticioso de las traiciones, con que los grandes de Castilla embarazaban el gobierno de Alfonso XI, dejó de pensar en sí mismo, para ocuparse esclusivamente en la tranquilidad de su patria. Sus adictos le apremiaron para que hiciese revivir de nuevo sus pretensiones antiguas, ofreciéndole posesionarse en su nombre del condado de Treviño, como patrimonio principal de los *La-Cerdas*, por haber nacido en el el infante D. Fernando; pero léjos de aprovechar esta disposicion de los ánimos, la rechazó enérgicamente pasando á Castilla en persona, para ofrecer al Rey su homenaje y reconciliacion.

Mientras aguardaba favorable coyuntura de descubrirse, obtuvo obsequiosa hospitalidad en el castillo de Almazan, pues habia sido grande amigo del infante D. Pedro, y allí supo los infames proyectos que fraguaron en la corte los consejeros de D. Alfonso contra doña Blanca. Su hijo, D. Luis de *La-Cerda*, que le acompañó á Castilla, supo inspirar á esta bellísima dama un tierno y constante amor, y no ocultándosele las siniestras miras de D. Juan *el Tuerto*, partió á desafiarle, jurando á su adorada vestir armas negras y no volverla á ver, sino vencedor de su rival.

Esta ocurrencia, que se hermanaba con los pensamientos de don Alonso, á quien parecia conveniente dar á conocer las relevantes prendas de su primogénito, le obligó á trasladarse á Vitoria, donde no fiándose de nadie, por estar la ciudad cuajada de traidores, escogió para su retiro la parte mas escondida del cementerio de Santa María, sirviéndole de único solaz la torre de la misma iglesia, en la cual le han conocido por primera vez nuestros lectores.



CAPITULO XXII.

De cómo el infante D. Juan encontró su merecido cuando
menos lo esperaba.



El Rey tardó en volver de su sorpresa, mas tiempo que el que hemos necesitado para esponer en bosquejo los anteriores hechos, indispensables para el conocimiento exacto de esta narracion; pero sus primeras razones fueron las de un héroe verdaderamente magnánimo, que anhelaba el reposo de sus pueblos, para correr á las mas árduas empresas.

Bajó del trono y estrechando en sus brazos al anciano *desheredado*, lo alzó del suelo y le dijo:

— ¡Príncipe desventurado! Erais digno de empuñar el cetro de Castilla. ¡Cuántas desgracias han pesado sobre vuestros años! ¡Siempre batallando; siempre en pugna contra el trono, por la posesion del mismo trono! Pero no nos acordemos de lo que fué y no vol-

verá. Vuestra alianza es demasiado grande, demasiado conveniente á la felicidad del reino, para que yo quiera rehusarla. No; ni lo permita Dios: mi amigo seréis, *La-Cerda*; mi mejor consejero y aliado, en las arriesgadas proezas que nos esperan, y juro que no os arrepintais de la confianza, con que os habeis puesto en mis manos, porque os daré tantas ciudades, tierras y castillos, que os encumbren como al que mas.

Volviéndose entónces hácia el caballero Negro, prosiguió:

—Mucho os debo, vencedor del torneo, por haberme preparado tan singular acontecimiento, sin contar los riesgos corridos en mi defensa. Yo premié á un desconocido, al campeón del Zadorra, con la órden de la *Banda*. ¿Qué merced pide al Rey de Castilla el primogénito de *La-Cerda*?

—La de combatir en primera fila contra los enemigos de la patria, respondió éste.

—Eso llegará, replicó Alfonso XI, cuando ataquemos á esos perros infieles de Andalucía; mas todavía estamos algo distantes, y por Santiago que ni tenemos lo que se llama un ejército; pero no importa; eso llegará, como digo, y entónces pelearemos todos. Ahora os pregunto, si no deseais pedirme otra recompensa.

Levantó los ojos el jóven guerrero y sus miradas se encontraron con las de Blanca. La grana no es tan encendida, como el color sofocante que cubrió las mejillas de la interesante doncella, y por un momento fué objeto de la atencion general. Su amante se turbó visiblemente y las rodillas le temblaron; sin embargo era indispensable contestar al Rey; pero el guerrero que no temia enristrar la lanza contra crecido escuadron de contrarios, se veia ahora en la imposibilidad de coordinar cuatro razones.

—A nada aspiro, Señor, pronunció al fin con voz cortada: únicamente. ... mas, incierto de vuestra real aprobacion.... y con todo.... quien sabe si ella.....

—Ella consentirá de buena gana en lo que nosotros hagamos, valiente D. Luis, le interrumpió el Rey, con semblante placentero. Ya entiendo á dónde quereis ir á parar; mas si os dejase referir el cuento á vuestro modo, vive Dios, que no acabaríais hasta el dia

del juicio. Cierto estoy de que la belleza de doña Blanca de Almazan, *Reina de la hermosura y de los amores*, ha penetrado vuestro corazon, y creo tambien que su mano sea la gracia mas apeteuida, que yo os pueda otorgar.

—Mirad, señor y mi Rey, exclamó D. Juan *el Tuerto*, lleno de rábia al oir estas palabras, que el desafio entre ese caballero y mi persona no está concluido, puesto que ambos respiramos. No debe por tanto Vuestra Alteza disponer á su favor.....

—Callad, Infante, le atajó Alfonso XI sin desabrimiento; bien sé que vuestro rencor os durará tanto como la vida; empero bien puedo yo premiar á un leal servidor y darle despues tiempo para mataros en un duelo. En cuanto á vos, doña María, espero que otorgareis vuestro consentimiento al enlace de tan dichosa pareja, pues una negativa al presente me haria perder el valor de este paladin, que huiria de nuestra vista, buscando la muerte, á fuer de caballero enamorado sin esperanza.

—Yo lo otorgo con todo mi corazon, puesto que tal es la voluntad de Vuestra Alteza, respondió la noble Infanta. Vuestra es Blanca, señor caballero, continuó dirigiéndose á D. Luis: nadie merece el cariño y la posesion de una ilustre dama, como aquel que ha sabido defenderla contra las asechanzas y persecuciones de sus enemigos.

Aquí no pudo contenerse el señor de Vizcaya, y adelantándose hácia doña María, la dijo:

—No paseis adelante, ó juro que os arrepintais bien pronto de vuestra condescendencia. Mi sangre es tan esclarecida como la de los *La-Cerdas* y mis derechos á la mano de Blanca mucho mayores. Yo los disputo, doña María, contra mi rival, y antes perezca de mil muertes, que él se posesione de los fuertes castillos de Almazan y Alcocer.

—Y no obstante esos propósitos, don Juan, es cosa decidida y que debeis soportar con paciencia, repuso el Rey, mirándole de hito en hito. Callad, si podeis, pues aquí sois vos el último que debe interrumpirnos.

Diciendo esto, tomó la mano de doña Blanca y uniéndola con la

del caballero Negro, pidió una gran copa de oro, que llenó hasta el borde de espumoso vino, y ordenó un brindis general. Todos los asistentes se prepararon á corresponder, ó como en aquellos tiempos se decia á *hacer gracia*; el Infante, haciendo de tripas corazon, se dispuso tambien á apurar su copa y el estrépito del festin, interrumpido por la llegada del anciano D. Alonso *el desheredado*, volvió á reanimarse con mayor entusiasmo.

Bulle el néctar aromático, que producen los viñedos de la Bastilla y de El-Ciego, sobre los cincelados lábios de las anchas copas; refléjanse las perlas que las adornan en el color de la espuma purpúrea; chocan unas contra otras entre los extremos de estrepitosa alegría y un himno guerrero anima los corazones de los convidados.... todos se levantan, todos se acercan á la testera de la mesa..., y ¡qué momento era aquel tan delicioso para Blanca y su amartelado campeón!

Hace una señal D. Lope de Vendaña: el himno ha cesado, los paladines guardan profundo silencio, y levantando en alto las colmadas copas, esperan con impaciencia el momento de apurarlas, en honor de la felicidad de los dos amantes.

—Ilustres guerreros, gloria y esperanza de Castilla, esclama el Monarca, oid mis palabras, y haced la razon á este brindis.

A la union de los La-Cerdas con el Rey; á la dicha de Blanca, heredera legítima de Almaban y Alcocer; á su pronto himeneo con el caballero de las armas negras.

—*Viva*, responden los caballeros, y en seguida desocupan las copas.

Don Juan *el Tuerto* permaneció con la suya en la mano sin llevarla á los lábios; el furor estaba pintado en su lívido semblante, giraba el ojo atroz á derecha é izquierda y sacudia sobre la mesa, de cuando en cuando, récios porrazos. Los que á su lado estaban se separaron, no queriendo aparecer culpables de sus arrebatos, y el Rey viéndose insultado con tanta descortesía, le reconvino ásperamente.

—Mal puedo olvidar, D. Juan, vuestros pasados desaciertos, le dijo con ceñudo rostro, cuando tan altanero y poco comedido os

mostrais. Hoy debia ser el dia afortunado, en que todos los descontentos se uniesen á mí, pues me hallo dispuesto á perdonar agravios recibidos: empero ya que un vasallo, muchas veces rebelde y sobrado ambicioso, para envolver de nuevo el reino en desastrosas calamidades, pretende poner coto á mi autoridad, vive Dios que no he de desperdiciar la ocasion de saber quien puede mas. Infante ¿quereis obedecerme?

—Quiero, señor contestó *el Tuerto* airadamente; pero revocad ese matrimonio, que usurpa mis derechos.

—Tus derechos son nulos desde que te vencí, observó el amante de la heredera. Si no los hubieras renunciado estarias muerto.

—Y el matrimonio se ha de verificar, porque yo lo quiero, añadió D. Alfonso XI. ¿Lo habeis entendido? Bebed ahora en esta copa, que yo mismo os presento y sean vuestras palabras la última chispa de deslealtad que se oiga en mis dominios. Someteos, y no irritéis á quien todavia puede perdonar.

—De tí perdon! gritó el Infante, arrojando la copa contra el suelo y desenvainando la espada; ni lo esperé, ni lo pretendí. Guerra, guerra eterna entre nosotros hasta la muerte. Jamás amé á la heredera de Almazan, ni creas que su desvío motive mi indignacion. No; es la pérdida de sus castillos lo que siento; porque desde allí podia darte la ley. Si; la ley del mas fuerte, á tí, Alfonso de Castilla, pues te aborrezco, desde que me arrebataste el amor de doña Constanza, mi prometida esposa por su padre, el de Villena, cuando la pleitesia que hicimos en Cigales.

—Rinde el acero, traidor D. Juan, le intimó el Rey desnudando la daga, cuya accion imitaron todos los caballeros.

—Ríndete, asesino del primogénito de Salinas, repitió el de *La-Cerda*; eres mi prisionero; ríndete te digo.

—No lo espereis, respondió el Infante, desatinado de cólera. Celebrad si podeis, tranquilamente vuestro pasajero triunfo; embriagaos con esperanzas lisongeras, en tanto que yo vuelo á apoderarme de las fortalezas, prometidas en dote á ese aborrecido espantajo de la degenerada estirpe de *La-Cerda*. Pronto verémos, rey de Castilla, lo que antes dijiste: quién de los dos puede mas.

Mientras llega el momento de disputarlo, yo, D. Juan, infante de Castilla, Señor de Vizcaya, de Molina y de los Cameros, por muerte de mi deudo D. Juan de Haro, te desafío á espada y lanza, á pié ó á caballo, sin mas trégua, ni rendimiento, y levanto el pleito homenaje, que mis mayores otorgaron á los tuyos, por los agravios é injurias no vengadas. En fé de lo dicho, sedme testigos, vosotros, aunque enemigos, caballeros castellanos, y que Dios Todo-poderoso, Padre, Hijo y Espíritu-Santo me ayude con su gracia en el logro de mi empresa.

—Muera el vil rebelde, pronunció el caballero de Vendaña, cuando D. Juan hubo concluido; esta es una afrenta, que no pueden tolerar hombres de pró.

—Sí; muera, clamaron cien guerreros á un tiempo: perezca de una vez y acaben con él cuantos amotinados infestan el aire puro de las dos Castillas.

—Muera pues, gritó el Rey con voz de trueno.

Atravesando al mismo tiempo el Infante el grupo de caballeros, colocados delante del trono, le dirigió una furibunda estocada. Veinte aceros centellearon de repente contra su pecho; hízose atrás el *Tuerto*, y se defendió con furiosa desesperacion; acosado empero de cerca por la multitud de contrarios, procuró ganar la puerta de la galería, siempre combatiendo, y quizás consiguiera escapar del inaudito peligro, en que imprudentemente se habia arrojado, si la espada del caballero Negro no le alcanzára, cuando ya casi ponía un pié en la galería. Cayó con estrépito, resonando sus armas sobre el alfombrado pavimento, y salpicó con su sangre á los guerreros mas inmediatos, que le acabaron de matar á estocadas.

Tal fué el trágico fin de D. Juan el *Tuerto*, que aseguró para muchos años la tranquilidad de Castilla.

Pocos dias despues de este suceso, se celebró en la capilla de palacio el matrimonio de doña Blanca con D. Luis de *La-Cerda*, que autorizó el Rey en persona; y en la misma fué armado caballero, algun tiempo despues, el amable Julio, aunque primero tuvo que hacer su aprendizaje de perseverante y escudero con su nuevo señor, para lo cual le fué de suma utilidad la compañía del buen Jaime,



Tal fué el trágico fin de D. Juan el Tuerto.

quien por su parte se desquitaba de las incomodidades, que le ocasionaba el lindo aprendiz, refiriéndole la historia desgraciada de Inés, segun la habia oido contar al abad del monasterio de....

El viejo Rodrigo siguió desempeñando las funciones de criado de confianza del castillo de Almazan, siempre disputando con los que eran de su misma opinion, y particularmente con Artal el poeta, que compuso el epitalamio en las bodas de su Señora, *de la Virgen de Almazan*, como la llamaba, y cuyos versos sentimos no hayan llegado á nuestras manos: con todo, sabemos que el buen Rodrigo hizo las paces con el capellan del alcázar, y que tanto él como la vieja Matilde, compañera de doña María y aya de Blanca, bajaron al sepulcro cargados de años y de honrosos servicios.



CAPITULO XXIII.

Una mala nueva para una buena esposa.



El siguiente día de la muerte del infante D. Juan, declaró el Rey que había ordenado aquel castigo, no contra un adversario suyo, sino contra un rebelde y perturbador de la tranquilidad del Estado. Acto continuo dispuso la confiscacion de todos sus bienes, apoderóse de las plazas que obedecian su voz, y por último compró á su madre el señorío de Vizcaya, que desde entónces quedó incorporado á la corona de Castilla, aunque obligándose el Monarca, por sí y por sus sucesores, á guardar y á hacer guardar los fueros, privilegios y buenos usos de aquella tierra de valientes.

Hallándose algunos meses despues la corte en Toledo, llamó don Alfonso á su lado á su hermana doña Leonor, que residia en Va-

Valladolid, con el objeto de que asistiese á las bodas que, por razon de estado, iba á celebrar con la infanta doña María, hija del Rey de Portugal. No bien cundió en la ciudad la noticia de que doña Leonor se aprestaba á ausentarse, cuando la muchedumbre se alborotó, suponiendo que el Rey la obligaba á desposarse con el conde de Trastamara. Don Alfonso envió á D. Luis de *La-Cerda* al frente de buen golpe de lanzas, para que apaciguase el alboroto; mas este guerrero tuvo que convenir en que los amotinados tenian razon, ya que no en cuanto á lo que alegaban, como causa principal de su descontento, al menos en los motivos de queja que tenian del Conde, á quien el Rey distinguia con su aprecio, tan solo por premiar en el hijo la desgracia ó el servicio de morir, que le habia prestado el padre. Mas no se mostró sordo á las representaciones que, apoyadas por el caballero *Negro*, le dirigieron sus vasallos contra el heredero de Alvar Nuñez Osorio; separóle del servicio de su persona, y resentido el magnate, se retiró á su castillo de Belver, despues de rebelarse abiertamente contra su señor natural. Apaciguóse acto contínuo Valladolid y D. Alfonso hizo paces con el Rey de Aragón, dándole la mano de su hermana en matrimonio.

La reina doña Constanza, hija de D. Juan Manuel, acababa de morir en Portugal, circunstancia que favoreció el proyecto que abrigaba el Rey de Castilla de estrechar su alianza con el Monarca de aquellos estados, casándose con su hija. No le fué por lo mismo necesario, para conseguirlo, el beneplácito del Papa y las bodas se efectuaron en Toledo con gran pompa y magnificencia.

Pero transcurridos los primeros dias de júbilo y de algazara, por las brillantes fiestas con que obsequiaron los toledanos á su nueva soberana, dieron las gentes en decir que habia dado hechizos á D. Alfonso una bellissima dama sevillana, que solo contaba diez y ocho primaveras y acababa de quedar viuda, por muerte del caballero D. Juan de Velasco. Lo cierto es que se prendó ciega-mente de ella, y como su enlace con la Princesa de Portugal mas bien habia sido concertado por el interés que por el amor, encontró en sus relaciones con aquella hechicera Circe la felicidad, que en vano habia apetecido conseguir hasta entonces.

—Cierta dia en que platicaban tiernamente el caballero *Negro* y su linda esposa, dijo el primero á ésta:

—¿Sabeis, Blanca mia, que el Rey me ha preguntado por vos y por vuestra respetable madre y señora nuestra?

—Estraño me parece su recuerdo, respondió la heredera.

—¿Por qué? la preguntó D. Luis. Ese recuerdo es un testimonio de la gran estima en que os tiene.

—Podeis manifestarle toda nuestra gratitud, repuso doña Blanca ruborizándose.

—¿Por qué no se la manifestais vos en persona? ¿Creeis que tengo celos?

—¡Oh! No ciertamente, esposo mio; mi propio orgullo me impediria creerlo.

—Pues bien: ¿por qué ni vos, ni la infanta doña María guardais, como otras veces, el lado de la Reina?

—¿Sabeis, mi noble paladin, que hoy estais muy curioso? No imaginaba que hubiéseis observado esa pequeña parte de conducta....

—Es que... importa muy poco que yo la haya observado; pero me figuro que algo importa la curiosidad del Rey.

—¿Del Rey....! En efecto.... ha preguntado por mí....

—Ha hecho mas, al mostrarse descontento....

—¿Hablais de veras, D. Luis? ¿Le habremos ofendido sin imaginarlo?

—Sí.

—¡Dios mio! Nada me oculteis.... Yo no temo por mí.... pero mi anciana madre....

—No se trata de temores.... bien lo sabeis, pues estoy á vuestro lado, sino de un leve disgusto, que habeis dado y estais dando á D. Alfonso. En vos consiste que cese....

—Os afirmo que no comprendo vuestras razones.... Explicadme al menos....

—Oidme. El Rey, como ya os he dicho, vé que no acompañais á la Reina....

—¿Nada mas?

—Y supone.....

—¡Ah! Sepámoslo.

—Que la Reina os ha ofendido.

—De ningun modo, antes al contrario, tenemos pruebas mil de su aprecio y sincera estimacion.

—¡Cuánto me complace el escucháros!

—Pero.... ¿no me engañais? ¿Estais seguro de que el Rey sospecha lo que decís?

—Así me lo ha dado claramente á entender.

—Sacadle en tal caso de su error, porque al hacerlo cumplireis con la obligacion de vasallo leal. Protestadle en nombre de la infanta doña María, mi madre, y en el mio, que nuestros agradecidos corazones saben amar á la Reina, su esclarecida esposa, como merece.

—¿Cuál es pues el motivo de vuestra ausencia del real alcázar?

—¡Qué quereis, D. Luis....!

—Eso indica que vais á descubrirme el misterio.....

—¿Debe serlo acaso para vos?

—¡Ah! ¿Con que existe? ¿Con que no os aleja de la corte la casualidad?

—No; y preciso es que esteis ciego, para no adivinar el motivo.

—Por Dios, bella esposa mia, no me confundais de esa manera. Ya sabeis que soy mas á propósito para habérmelas en campo raso con temible enemigo, que para descifrar enigmas.

—Mas perspicaz se muestra el Rey, que de seguro no ignora la causa de nuestro alejamiento, por mas que os haya dicho.....

—Sacadme pues de dudas, doña Blanca, si deseais que conserve mi juicio cabal.

—Vamos.... acabo de persuadirme de una verdad, que alhaga mucho á mi corazon.

—¿Cuál es....?

—¿Esa verdad....? Que sois el modelo de los esposos....

—Lo cual significa que buscais un rodeo, para no satisfacer mi pregunta.

—Ni aun eso acertais; busco un rodeo para contestaros.

—¿Elojiando mi fidelidad de marido?

—Sí; porque ella no os deja contemplar otras hermosuras.....

—¿No sois la única en el mundo para mí....?

—Por lo tanto debeis convenir, en que no todos piensan lo mismo respecto á sus mugeres. El rey D. Alfonso, por ejemplo,...

—¡Ah....! ¡Tambien ha llegado á vuestra noticia....!

—De modo que ya no estrañareis....

—No, no, mi adorada Blanca; nada estraño, nada me asombra.... Quería ocultaros, á vos y á vuestra madre, esa debilidad del Rey....

—Esa pasion insensata, querreis decir. ¡Ah...! ¡Cuánto compadezco á la reina doña María! ¡Qué crueles amarguras debe sufrir...! Porque ella ama al ingrato D. Alfonso, que paga su cariño, rindiendo adoraciones á una dama de su séquito. ¿Y quereis, D. Luis, que las castellanas de Almazan, que la viuda y la hija del infante D. Pedro presencien el triunfo de la concubina, sobre los derechos de la esposa?

—Y lo peor es, Blanca mia, que ese amor desatinado lo absorve todo; lo peor es que D. Alfonso á nada atiende, en nada piensa, desde que doña Leonor de Guzman le aprisiona con sus encantos.

—Muchos posee en efecto. ¿Será fábula que ha dado yerbas conjuradas al Rey?

—Yerbas serán, ó tal vez habrá preferido algun otro hechizo diabólico, si hemos de dar crédito á lo que se cuenta. Entre tanto el Monarca granadino rompe el vasallage que rindió al castellano, cuando éste se preparaba á destruir su poder, y se niega á pagarle el tributo convenido de doce mil piezas de oro, coligándose al mismo tiempo con los moros de África, para poner cerco á Gibraltar. Por otra parte, los de Lara y los de Haro se conciertan, olvidando sus antiguas é inveteradas enemistades, para sembrar la desolacion y el desórden en el reino; y cual sino existiese la famosa órden de *la Banda*, estamos aquí sus caballeros con los brazos cruzados, esperando la señal de acometer que nunca llega..

—¡Qué os atreveis á recordarme! ¡Todavía anhelais mas encuentros....!

—¿No debo la felicidad de llamarme mía á mi buena lanza?

—Pero ahora, ¿qué os proponéis conquistar?

—Nada, Blanca de mi corazón; lo único que anhelo es la destrucción de los enemigos de mi Rey y de mi patria.

—¡Oh! Mucho me contrista el saber que se unen de nuevo para cometer otros desmanes; mas no puedo negar que la ceguedad y la apatía del Rey conspiran en favor mio. Mientras permanezca tranquilo, os tendré á mi lado.

—Verdad es, doña Blanca; mas.... ¿no pudiera el rey D. Alfonso convocar repentinamente sus huestes y caer con ellas sobre la morisma?

La casualidad ó el destino acababan de justificar los temores ó los deseos del primogénito de *La-Cerda*; pues no bien habia pronunciado sus últimas razones, cuando se presentó delante de sus ojos el intrépido D. Lope de Ventaña, armado de punta en blanco.

—¿Qué nuevas nos traéis? le preguntó doña Blanca.

—Malas para vos, la respondió el guerrero sonriéndose. Preparaos á sufrir los sinsabores de la ausencia.

—¿Cómo....! ¿Debe partir D. Luis de la corte? repuso la heredera palideciendo.

—¿Qué queréis hermosa doña Blanca? El Rey ha sacudido su letargo, y jura que ha de escarmentar á los moros.

—Vamos pues, exclamó D. Luis con entusiasmo. Antes que esposo y amante soy cristiano y español.

Y viendo que de los bellísimos ojos de su amada prenda se desprendían algunas lágrimas la dijo:

—No lloreis, señora y vida de mi alma, en mi presencia, porque vuestro llanto enervará mi valor y la fuerza de mi brazo en los combates que se preparan. Yo volveré triunfante á vuestros brazos, después de hacerme mas y mas digno de vuestro amor. ¿Quisiérais por ventura, verme temblar, cuando todos mis ilustres compañeros de *la Banda* visten el arnés y ospolean á sus corceles?

—No.... no.... conservad vuestro renombre de valiente, balbuceó dolorosamente la hija del infante D. Pedro. Partid.... partid.... aunque yo muera de dolor... porque tal es vuestro deber...

Partid... mas no deis al olvido, que vuestra esposa amante os aguarda suspirando noche y dia.

Don Luis estrechó tiernamente á doña Blanca contra su pecho, y en seguida dijo á D. Lope:

—¿Cuándo debemos cabalgar?

—Al amanecer, le contestó el de Vendaña. Don Alfonso, que se hallaba como adormecido en los brazos de la Guzman, ha saltado como un tigre á la primera nueva del cerco que á Gibraltar han puesto los infieles. Brama de corage, semejante á un corzo herido, y ¡hace seis minutos ha dado orden para que todos los caballeros de la *Banda* salgan al campo, antes que iluminen la tierra los primeros rayos del sol. Bendigamos á la Providencia, D. Luis: la nueva lid que emprendemos curará al Rey de esa pasion vergonzosa, que todos los buenos deploramos.

Y así fué: la campaña de Gibraltar, aunque infructuosa para las armas de Castilla, hizo al Rey entrar en cuentas consigo mismo, y la gratitud al cielo y decidida voluntad, con que la reina doña María le habia proporcionado los auxilios de su generoso padre, en los mas críticos momentos, suplió por la inclinacion amorosa. La religion acabó por esforzar mas tarde la firme resolucion que formó, de renunciar á los alhagos de doña Leonor de Guzman, y de vivir en union dichosa y placentera con su legítima esposa. No pudo sin embargo desentenderse de que la hermosa viuda de D. Juan de Velasco le habia dado cuatro hijos, á saber; D. Sancho y D. Enrique, que fué el famoso conde de Trastamara y asesino de su hermano D. Pedro *el Cruel*, único vástago legítimo de D. Alfonso XI; don Tello, que favoreció siempre los planes de D. Enrique, para destronar á D. Pedro, y D. Fadrique, célebre y valeroso Gran Maestro de Santiago, amante correspondido de su cuñada doña Blanca de Borbon y víctima desgraciada de los celos de su hermano. A todos concedió pingües rentas, tierras y ciudades, y á doña Leonor la villa de Talavera, llamada *de la Reina* por el mismo D. Alfonso, quien se propuso dulcificar con esta denominacion obsequiosa el verdadero destierro de la que habia sido su concubina. (1)

(1) Don Alfonso dió en arras á doña María de Portugal la villa de Talavera, al efectuarse su matrimonio; mas despues agregó dicha poblacion á la corona, con consentimiento de la misma Reina, cediéndola luego á doña Leonor de Guzman. Algunos historiadores creen que se aplicó á Talavera la calificacion *de la Reina*, por la primera circunstancia, que acabamos de esponer: otros afirman que, por haber muerto allí degollada doña Leonor, en cumplimiento de la venganza de doña María y de su hijo D. Pedro *el Cruel*, obtuvo aquel título. En esto, como en otras muchas cosas de mayor importancia, es la historia de nuestra nacion un tejido de contradicciones.—*N. del A.*

CAPITULO XXIV.

Abrese la campaña y D. Alfonso hace levantar el sitio de Tarifa.



SEGUN había anunciado D. Lope de Vandaña al caballero Negro y á doña Blanca de Almazan, convocó el rey D. Alfonso sus aguerridas huestes y se puso en campaña. Ya hemos visto las poderosas causas que tenia, para no permanecer ocioso por mas tiempo, y á ellas debemos añadir que el Monarca granadino habia recibido últimamente grandes refuerzos de tropas, enviadas por Albohacen, rey de Marruecos; de modo que el de Castilla, al ver engrosarse de pronto el ejército contrario, dispuso la reconcentracion de sus fuerzas, para resistir con empeño la pujanza de los moros, en la nueva lucha que se preparaba.

Entre tanto se habian apoderado ya los de África de la fuerte plaza de Algeciras, y no tardó en rendirse la de Gibraltar á sus

reiterados ataques, merced á la infame traicion del alcaide Vasco Perez de Neira, que habia tenido cuidado de hacer inevitable la entrega de tan fuerte ciudad, por el abandono, hambre, miseria y desnudéz, que reinaban en su recinto. Enfurecióse D. Alfonso al oir tan tristes nuevas, vistió su arnés de guerra, empuñó la lanza y se puso al frente de los caballeros castellanos, resuelto á vengar la afrenta, que acababa de recibir de los perros infieles. Bien hubiera hecho en seguir sus marciales impulsos, porque todavía era tiempo de remediar los males causados por la perfidia y deslealtad; pero sus consejeros le exageraron la necesidad de que purgase á Castilla de rebeldes y de descontentos, antes de emprender una expedicion lejana; y como él tambien queria saber á qué atenerse, en cuanto á la lealtad de los magnates de su reino, revolió primero sus armas contra los discolos, mal avenidos con la tranquilidad interior. Viéronse estos desamparados inmediatamente por sus principales caudillos, porque todos los Señores temian la indignacion de D. Alfonso, y habiéndoles reducido su impotencia á pasar por la humillacion de entregar los castillos y las plazas que poseian; aterrados al mismo tiempo con los terribles castigos que ordenaba el Rey contra cuantos caian en sus manos, no tuvieron mas remedio que implorar su perdon, bajo palabras y juramentos formales, de que renunciaban en lo sucesivo á todos sus proyectos de trastornos y revueltas. Don Alfonso, que no desconocia cuán falsa era su sumision, aparentó que creia en la sinceridad de aquellas protestas, y concedió á sus mas encarnizados enemigos un indulto general sin escepciones, y aun admitió á su servicio á muchos de los mas notables, con el objeto de vigilar desde mas cerca sus manejos.

Como el rey de Portugal, á pesar de las estrechas relaciones que le unian con su yerno, habia patrocinado á los principales magnates rebeldes, como D. Juan Manuel, que sin entrar en Castilla atizaba el fuego de la discordia, D. Juan de Haro, que habia firmado paces con la casa de Lara, y otros no menos temibles, D. Alfonso revolió sus armas contra él, desentendiéndose de los ruegos y de las lágrimas de la reina doña María. El ejército castellano saqueó gran número de pueblos del territorio portugués, y el famoso almirante

D. Alonso Jofré Tenorio destrozó la escuadra enemiga en un sangriento combate, obligando al Monarca lusitano á solicitar un armisticio. El Sumo Pontífice y el rey de Francia interpusieron sus buenos oficios, para una reconciliacion tan necesaria á la cristianidad y á los intereses de la Península ibérica, y D. Alfonso, vencedor en aquella campaña, que no habia provocado, accedió de buen grado á un acomodamiento, que le dejaba en completa libertad de atender á la guerra de Granada; próxima á renovarse, por los preparativos que hacía el rey de Marruecos, para que se empenase otra vez con mayor furia.

Con todo, nunca perdía de vista el heróico sucesor de D. Fernando IV que Gibraltar se hallaba en poder de los infieles. Marchó pues contra esta plaza, decidido á apoderarse de ella, y lo hubiera conseguido sin la menor duda, porque dirigió contra ella formidables asaltos, en los cuales pelearon siempre cuerpo á cuerpo y al descubierto los caballeros de *la Banda*, de modo que abierta y combatida por todas partes, apenas oponia resistencia al valor de los acometedores: mas introdujose por desgracia el hambre y la desercion entre estos, y D. Alfonso se vió en la precision de admitir las proposiciones de paz que le presentaron los africanos.

Cuatro años hubo de trégua, porque pocos ignoran que en aquellos tiempos, un tratado de paz se reducía á una suspension de hostilidades, que duraba mas ó menos, segun la voluntad ó el capricho de una de las altas partes contratantes. Al cabo de dicho término, se supo que Albohacen hacía grandísimos aprestos de bajeles y de tropas, que destinaba á la conquista de todo el territorio español. El rey de Castilla se coligó inmediatamente con su vecino el de Aragon, pues éste llegó á convencerse de los inmensos perjuicios, que no podría menos de irrogar á ambos estados la comunicacion directa entre los soberanos de Marruecos y de Granada. A fin de impedirla, reunieron sus escuadras, las apostaron y consiguieron que los moros, que desembarcaban á duras penas en Andalucía, se encontrasen en la necesidad de empeñar incesantes escaramuzas con las tropas cristianas de tierra, que siempre llevaban la mejor parte en todos los encuentros. Desesperado Abomelic,

hijo del rey Albohacen, y caudillo de la espedicion, del escaso fruto que sacaba contra un adversario tan vigilante y tan intrépido como D. Alfonso, se propuso echar el resto de una vez y escarmentar á los cristianos, por lo que, saliendo de Granada y avanzando hácia Jerez, amenazó á Alcalá de los Gazules, despues de intimar á sus habitantes, que habia jurado por Mahoma no dejar vivo á un solo hombre en toda la comarca. Antes de tomar esta plaza, trató de sorprender la de Lebrija, contra la cual envió dos mil caballos; pero el valiente D. Fernando Perez Portocarrero, alcaide de Tarifa, tuvo aviso de aquella irrupcion, y reuniendo las mesnadas del contorno, defendió denodadamente la poblacion, hizo huir á los infieles, salió con ímpetu á su alcance, les cortó la retirada y acometiéndoles de nuevo con increíble saña, hizo en ellos espantosa carnicería, pues casi todos quedaron muertos en el campo.

Noticioso el Rey de Castilla de tan señalado triunfo, confirió al alcaide Portocarrero la órden de la Banda, y marchó en seguida á medir sus fuerzas con el general Abomelic, para impedir á todo trance su entrada en Alcalá de los Gazules. Alcanzóle, tras de largo y penoso caminar, en la llanura de Pagana, no léjos del pequeño rio Patute, y sorprendió su campamento á poco mas de media noche. La accion se empenó contra mil ginetes sarracenos, que abrieron los ojos á los gritos de *Santiago, Santiago, cierra á España*, proferidos por los castellanos. Todos fueron pasados á cuchillo, y entrando sin detenerse los españoles en los reales, hicieron horrible matanza en el cuerpo principal de los combatientes africanos, talando y destrozando su campamento. Pocos fueron los que salvaron sus vidas, huyendo á refugiarse á la plaza de Algeciras y á los inmediatos bosques: Abomelic, sin defensores que le acudiesen, abandonado de sus mismas tropas en medio de la nocturna refriega, cubierto de heridas y sin caballo, solo tuvo tiempo para arrastrarse hasta unas malezas, á cuyo abrigo imaginó escapar de tan horrible destrozo, fingiéndose muerto; mas habiéndole visto un soldado español, se acercó á él y observando que respiraba, le atravesó el corazon con su lanza, aunque sin saber quien era.

Desesperado el Rey de Marruecos, juró vengar la muerte de su

hijo, y sospechando, no sin razon, nuevos ataques por parte de los cristianos, reforzó inmediatamente las plazas de Algeciras y Gibraltar. Sabedor poco despues de que nada tenia que temer de la escuadra del Rey de Castilla, por cuanto la de Aragon, despues de haber perdido á su Almirante en un encuentro, se habia retirado, haciendo rumbo hácia las costas de Sicilia, hizo entrar en Algeciras una armada de ciento cincuenta velas. El general Jofré Tenorio solo contaba con veinte y siete naves, y no pudo por lo mismo oponerse al paso del enemigo; mas no queriendo dar á entender que le temia, á pesar de su incontestable superioridad, maniobró de modo que, sin perder sus posiciones, pudo asegurar la retirada, en caso de que fuese atacado y vencido. Con todo, la conducta de tan prudente como hábil marino fué tachada de cobardía por los caballeros castellanos, y aun el mismo D. Alfonso le significó su disgusto, porque habia dejado que avanzase la escuadra marroquí. Exasperado entónces el pundonoroso Almirante, se propuso probar á todos que no merecia la infame nota, con que pretendian manchar su nombre, y levando anclas, se dirigió animosamente al puerto de Algeciras, atacó con impetuoso furor á la armada infiel, y no obstante la desproporcion de sus fuerzas, hizo en ella grande estrago. Los morós, por su parte, combatieron como leones, y acometida la nave capitana española por seis de las suyas, solo pudieron izar en ella el estandarte de Mahoma, despues que Jofré y sus valientes marinos cayeron sin vida sobre la cubierta. Los demás buques castellanos fueron echados á pique, quedando así la España á merced del Rey de Marruecos.

En efecto, desde la derrota fatal del Guadalete, nunca se habia visto la Península mas espuesta á ser totalmente conquistada, porque acababan de reunirse en su suelo mas de doscientos mil moros. Don Alfonso no perdió su serenidad en tan terrible aprieto, y resuelto á jugar el todo por el todo, quiso escuchar sin embargo el parecer de sus mas allegados amigos y fieles servidores.

Sobre un pequeño cerro, no léjos de Tarifa, ciudad sitiada á la sazón por Albohacen, se hallaba el Rey de Castilla, departiendo sobre los azares de aquella guerra, con D. Alonso *el desheredado*,

con el caballero *Negro* y con los principales adalides de la Banda, cuando fueron á noticiarle la heroica muerte de Jofré Tenorio y la completa destruccion de su escuadra.

—¡Ira de Dios! exclamó al oirlo, esto solo nos faltaba.... haber perdido tan cumplido Almirante.... Ea, señores ¿qué debemos hacer ahora? ¿Daremos vuelta á la corte, para aguardar allí á que los perros musulmanes nos degüellen? ¿Qué pensais, D. Lope, de tan repetidos descalabros?

—Pienso que debemos oponerles nuestros pechos y morir ó triunfar, respondió el de Vendaña con entereza.

—¡Bah! repuso D. Alfonso. Ya sé que una vez dada la señal, ninguno de los que aquí estamos, volverá caras al enemigo, y así no pregunto eso. Lo que yo quiero saber es por donde debemos empezar, si por retirarnos, para disponer nuevos medios de combate, ó por marchar contra Algeciras.

—Señor, nada de retroceder, observó D. Luis de La-Cerda; porque si eso hacemos, caerán los moros sobre nuestra hueste, como nubes de langostas, y no dejarán un cristiano con vida.

—Muchos son en verdad los que han invadido nuestro territorio, murmuró el Rey, pero creo que discurrís con acierto. Mañana levantaremos el campo y, ó pereceremos todos, ó Algeciras nos abrirá sus puertas.

—No hareis tal, rey D. Alfonso, le dijo D. Alonso de La-Cerda, adelantándose gravemente. Las puertas de Algeciras están aquí; si quereis penetrar por ellas, no os movais del frente de Tarifa.

—Gran consejero sois, le contestó el Rey, y vuestras advertencias no pueden menos de aprovecharnos, porque nadie os gana en sabiduría de cuantos aquí nos encontramos reunidos. Esplicadme empero vuestras últimas palabras, para que sepa á qué atenerme, en cuanto á que debemos permanecer en este sitio.

—Pronto me comprendereis, y sino decidme, ¿temeis que en este cerro se os atreva la morisma?

—No; que venga, que venga á probar fortuna contra nuestras lanzas.

—¿Y no se desalentarán los defensores de Tarifa, si ven que nos alejamos de ellos?

—Verdad es: se me figura que les infunde arrojo la seguridad de que nos tienen cerca.

—Al mismo tiempo que los infieles abrigan el recelo de que caigamos sobre sus trincheras; por eso se han reducido á sitiar la plaza sin combatirla.

—Fuerza es confesar que teneis razon; mas no alcanzo por qué motivo hemos de seguir así; España se llena de moros y es preciso arrojarlos al África.

—Los arrojarémos, antes que se ponga el sol, que debe aparecer mañana en el horizonte.

—¿Cómo lo sabeis?

—He enviado avisos, por ginetes corredores, á todos los capitanes de mesnada, que iban marchando sobre Algeciras, para que retrocedan: esta noche llegarán á nuestro campo, y al amanecer obligaremos á los moros á levantar el sitio de esa plaza, cuyos combatientes saldrán tambien á rechazarlos. Imposible será que el enemigo resista nuestro empuje; mas... si á tanto se atreviese, le cederíamos poco á poco el terreno.

—¡Qué decís, D. Alonso...! ¡Ceder el terreno á los infieles...!

—Sí; para derrotarlos mejor.

—Os juro que no sé como puede ser eso.

—La esplicacion es muy sencilla.

—¡Oh! No la tengo por tal; el ejército que se retira, está vencido.

—Cierto, ciertísimo, Rey de Castilla, cuando ese ejército no cuenta con otro en que apoyarse.

—¿Pues en qué nos apoyamos nosotros?

—En doce mil infantes y ocho mil caballos, que nos llegan de Castilla y Portugal.

—¡Sería posible....!

—Contad con ellos. Mis amigos y partidarios han ido reclutando esa gente en las tierras que me habeis concedido, porque desde el principio de esta guerra conocí que se trataba de la suerte del reino y de la de vuestra corona. Ahora solo falta que aquí todos cumplamos con nuestro deber.

—Todos cumpliremos como leales y como valientes, exclamó el

Rey, estrechando fuertemente contra su pecho al buen infante don Alonso de La-Cerda. En Valladolid os dije que seríais mi amigo; mas que mi amigo sois, porque hoy por segunda vez me dais un trono. Caballeros, añadió dirigiéndose á todos los que le rodeaban, D. Alonso de La-Cerda es en España tanto como el Rey de Castilla, y quiero que sea respetado y obedecido como yo.

Una aclamacion general de entusiasmo acogió las palabras del Rey.

Cerrada la noche, se reunieron en un solo peloton las fuerzas que se hallaban mas inmediatas al cerro, y puestos á su frente el Rey, D. Luis de La-Cerda, D. Lope de Vandaña y dos caballeros hermanos, que se apellidaban Laso de la Vega, bajaron al campamento de los moros. Estos no pudieron contrarrestar su empuje inesperado, y huyeron al principio á la desbandada, pero recobrados del susto, al conocer que eran poco temibles por su número las fuerzas que les acometían, se rehicieron en una altura inmediata, no léjos de la orilla del rio Salado, despues de ocupar su puente con tres mil caballos escogidos.

Tarifa quedó libre aquella noche; su animosa guarnicion se unió á las tropas reales, y D. Alfonso se preparó para la batalla del siguiente dia.

CAPITULO XXV.

El guerrero trovador.



LORABA entre tanto doña Blanca de Almazan males de ausencia, retirada en su vivienda de Valladolid, sin que bastasen á consolarla en su angustia los consuelos ni el cariño de su amorosa madre, la noble infanta doña María. Habian llegado á la corte vagas noticias de encuentros desgraciados para las armas cristianas, mas nada se sabía de positivo, acerca de los movimientos del Rey, para oponerse á la irrupcion de los sarracenos, á quienes todos esperaban ver llegar por momentos sobre las ciudades castellanas. Unos lo daban por muerto en una escaramuza trabada no léjos de Jaen, otros le creían cautivo en África, y eran por lo mismo de opinion que debia ser proclamado D. Enrique, conde de Trastamara, como hijo mayor de D. Alfonso, habido en doña Leonor de Guzman.

Estas hablillas, que esparcía el vulgo, comentándolas con creces á su sabor, aumentaban mas y mas los tormentos de la hermosa heredera, que ignoraba completamente la suerte de su esposo.

—Ha muerto.... ha muerto.... repetía desesperadamente, contestando á las prudentes reflexiones de su madre.

—No, Blanca, no, le dijo ésta, á pesar de no hallarse muy convencida de lo mismo que aseguraba. Es imposible que eso haya sucedido, porque de contado lo publicarian los ocultos enemigos del Rey.

—Demasiado lo publican, por mi desventura, repuso la jóven esposa. ¿No convienen todos en que el trono está vacante?

—Todos, menos la Reina, observó la ilustre matrona.

—Es verdad, madre mia, pero eso consiste en que una esposa es la última que pierde la esperanza. Mas no porque su corazon la rechace, es menos cierta la mala nueva.

—Bien, hija mia, bien; supongamos que el valiente D. Alfonso haya sucumbido, peleando contra los moros, ¿se sigue de ahí que hayan alcanzado la misma suerte cuantos le acompañaban?

—¿Cómo podeis dudarlo?

—¡Oh! Eso sería horrible.

—Por mas horrible que os parezca, debeis confesar, que el caballero que desamparase á su señor en tanto peligro, sería un vil, villano y mal nacido.

—Estoy convencida de que la nobleza castellana habrá defendido al Rey hasta el último trance, mas despues.....

—Despues de muerto el Rey, se habrá sacrificado para vengarle. No olvideis, madre mia, que entre esa nobleza figuran los Linares, los Castro, los Portocarrero y otros mil nombres hidalgos y esclarecidos por grandes hechos.

—Ya sé.... ya sé que no hay allí un solo traidor, y que al lado de esos nombres brillan tambien los de los pundonorosos alaveses D. Lope de Vendaña, D. Gonzalo de Mendoza, D. Inigo de Mendibil y D. Luis de La-Cerda. (1)

(1) Don Alfonso de La-Cerda el desheredado nació, segun el padre Orleans, en Treviño, y si hemos de creer al padre Soriano, hombre erudito y muy versado en las cosas de España, en la villa de Oyon.—N. del A.

— ¡Don Luis....! ¡Ah! ¿Por qué no me cubren lutos por su muerte?

— Loca estás, Blanca, loca de todo punto, cuando tales pensamientos abrigas.

— Os digo, señora y madre mía, que si no recibimos pronto noticias del campo del Rey, vais á acertar en vuestro pronóstico. Loca, loca me volverá de seguro esta cruel incertidumbre.

— Calla.... ¿no escuchas el sonido de un laud?

— ¡Y qué! ¿Os parece que la música puede aliviar mis pesares?

— Oigamos al trovador. ¿Quién sabe lo que puede acontecer?

— Ya os comprendo: le habeis hecho venir, para que tranquilice mi ánimo esta noche, tañendo al pié de mis ventanas.

— Nada de eso, hija mía. Me conoces bien y sabes que nunca apelaré á esos medios, para desterrar de tu alma un dolor tan justo como sagrado. Ninguna noticia tengo de la llegada de ese menestrel; pero deseo que le escuchés, con el fin de no prolongar por mas tiempo esta penosa plática, que á los dos nos martiriza.

— Le escucharé por obedeceros.

— Vamos pues, y no pierdas la esperanza, ya que has dicho que una esposa debe conservar ese don del cielo, despues que todos renuncien á él.

Doña María y doña Blanca abandonaron los mullidos sillones que ocupaban, y acercándose á una de las celosías, que caian sobre el jardin, vieron, á favor de la opaca claridad de la luna, un jóven guerrero con un laud en las manos. Tañíalo con mas dulzura y expresion que maestría, y á tiro de ballesta se echaba de ver que, no el deseo de lucir su habilidad, sino el de llamar la atencion hácia su persona, le obligaba á interrumpir las cavilaciones y tristezas de la heredera de Almazan. Esta y doña María guardaron profundo silencio, con el fin de evitar que el músico se cerciorase de que estaban en acecho, para solazarse con sus melodías. Al fin, despues de mucho preludiar y de recorrer á derecha é izquierda un cuadro de bellísimas flores, que merecian la preferencia de doña Blanca, pero en las cuales no pensaba en aquel momento, se detuvo el trovador, y con acento melancólico y apasionado, cantó de esta manera:

Escucha mis tristes quejas,
señora del alma mia,
ten piedad de mi agonía,
oye benigna mi amor.

Que si me niega tu pecho
un suspiro de clemencia,
corta será la existencia
de tu infeliz amador.

En la lid tu dulce imagen
fué mi norte y mi consuelo,
mi placer, mi único anhelo
vencer ó espirar por tí.

Y cuando la dura lanza
me atravesó del contrario,
le grité: «paz, temerario,
«porque Blanca alienta en mí.»

— ¡Él es! exclamó la heredera, oprimiendo el brazo de doña María; pero ésta mas prudente y menos arrebatada, puso dos dedos sobre la boca de su hija, para que guardase silencio, y murmuró débilmente:

— No reconozco su acento.

— ¡Ah...! Ni yo tampoco, repuso doña Blanca; pero ha pronunciado mi nombre.

— Eso puede ser casualidad. Tal vez la dama de sus pensamientos tenga tu mismo nombre.

— ¿Y por qué viene, si es así, á cantar debajo de mis ventanas?

Doña María nada contestó á esta observacion, porque el músico errante volvió á interrumpir con su voz triste y melodiosa la quietud de la noche, espresándose así:

Los trofeos que mi brazo
á tus plantas tributaba,

te dijeron que te amaba
cual jamás doncel amó.

Tierna entónces sonreías,
y mi constancia premiaste,
mas pronta esquivas olvidaste
lo que tu pecho juró.

Entre los brazos dichosos
de mi enemigo deliras,
el aliento que respiras
abrasa tu corazon.

Y fementida no esperas
que á tu oído el viento lleve
del alma un ¡ay! triste, leve,
¡ay! de desesperacion.

En mi tumba solitaria
fijarás los mústios ojos,
y al contemplar mis despojos
tal vez te ablande el dolor.

Adios gritarás entónces
con el pecho desgarrado;
mi perfidia ha sepultado
á mi infeliz amador.

Calló el que tan desgraciado parecia en amores, mas no se dió mucha prisa en apartarse del jardin; antes bien manifestaba, permaneciendo en él, como que se proponia lograr algun resultado con su improvisada serenata.

Doña María por su parte separó á la heredera de la ventana; en seguida hirió en el timbre, que la servia para llamar á sus criados y dijo placenteramente:

—Alegrémonos, porque, ó yo me engaño mucho, ó muy pronto recibiremos buenas noticias del campo del Rey.

—¿Pues qué intentais, madre mia? preguntó doña Blanca impaciente.

—¿No has conocido al trovador?

—¿Cómo he de conocerle, si jamás le he visto? Al principio creí.....

La llegada del escudero Rodrigo, que segun tenemos consignado, nunca abandonó á sus ilustres amas, cortó el diálogo á que habian dado principio.

—Al punto, Rodrigo, al punto, le dijo doña María; baja al jardin y haz presente á un caballero rondador, que allí encontrarás, que la viuda del infante don Pedro y su hija doña Blanca de Almazan, esposa de don Luis de *La-Cerda*, le ofrecen hospitalidad por esta noche.

—¿Es el mismo que ha cantado una famosa trova? preguntó el escudero.

—El mismo. Date prisa, replicó la matrona.

—Sí, sí, murmuró el viejo; antes que se vaya con la música á otra parte. Con eso nos divertirá un rato con su laud, pues lo tañe que es una delicia el oirle. Artal se empeña que los versos que ha cantado son de otra cosecha, y que todo lo de los suspiros y lo de los ayes es música celestial y puro finjimiento, porque diz que la tal trova es antigua, si las hay: pero á mí ¿qué me importa? Aunque sea mas antigua que el diluvio universal, ó que el rey que rabió, me agrada y cuento concluido. Yo haré ver á Artal y á todos los Artales del mundo, copleros de tres al cornado, que por fuerza es gran trovador el desconocido, supuesto que mis ilustres amas le admiten en su vivienda.

Terminado este ex-abrupto, que no deben estrañar nuestros lectores, supuesto que tienen bien conocido el carácter del escudero, dió éste media vuelta á la izquierda, y salió muy satisfecho de sí mismo, á cumplir la órden de doña María.

Pocos momentos despues, se presentó delante de las Señoras de Almazan un caballero jóven, de rubia cabellera y armado de casco y coraza. Llevaba un laud en las manos y de su cinto pendia una ancha daga. Apenas divisó á la noble viuda, corrió á ponerse de

hinojos á sus piés y saludó á la heredera con tanto cariño como respeto.

Doña Blanca dió un grito de sorpresa y de alegría, exclamando:

—¡Julio.....! Tú.... ¡Vos aquí!

—¡Oh! No me trateis con tanta ceremonia, porque haya dejado de ser niño. Siempre seré el paje dichoso de la hermosa *Virgen de Almazan*, como os llamaba cierto poeta oscuro.

Y dirigiéndose de pronto á la Infanta, añadió:

—Es preciso que nadie en la corte sospeche mi llegada á Valladolid, porque el Rey ignora que me he ausentado de su campo.

—¿Pues qué ocurre? Dadnos noticias, repuso doña María levantándose.

—¿Y D. Luis de La-Cerda? le preguntó impetuosamente doña Blanca.

—Tranquilizaos, por Dios: ni un solo rasguño ha recibido vuestro valiente esposo en los diferentes encuentros que hemos arrosado. Por servirle he venido á sosegar vuestro ánimo y á saber nuevas de la corte, para llevarlas al campamento: al amanecer me pondré en camino y....

—¿Qué prisa teneis?

—Se dispone una gran batalla entre moros y cristianos.

—¡Ah!

—Nada temais. Don Luis de La-Cerda no sucumbirá en el combate, sin que primero perezca yo defendiéndole. Mostraos pues digna de vuestro nombre y del suyo.

—¿Qué he de hacer! Me resigno... ¿Tengo por ventura otro remedio?

—Sepamos de una vez el estado de los negocios, observó doña María.

—Es tal, señora, respondió el page de la heredera, que otro Rey menos animoso, que el que gobierna á Castilla, desesperaría completamente de la suerte del reino.

—¿Ha sido por desgracia derrotado?

—Él no, ni tampoco los que le siguen.

- ¿Pues de dónde viene su mala andanza?
- De que los moros infestan las Andalucías, sin que haya medio de evitar sus irrupciones.
- ¿Tantos son?
- Como las arenas del desierto.
- ¿Pretenden por ventura conquistar segunda vez á España?
- Ese es el designio de Albohacen, temible emperador de Marruecos. Orgullosa, porque tiene en su poder á Gibraltar y Algeciras, se propone acorralarnos con sus huestes. Ya ha destruido nuestra armada....
- ¡Cielos! ¡Qué fatalidad para D. Alfonso!
- Todas las naves cristianas yacen en los abismos del mar y el invencible y noble almirante Jofré Tenorio....
- ¿Está cautivo en África?
- Ha muerto como quien era, peleando bravamente sobre la cubierta de su bajel.
- Tristes nuevas nos traeis.
- Sí, noble doña María, muy tristes, y por lo mismo deben ser secretas, pues si se publicasen, no dejarían de cobrar alientos y esperanzas los enemigos del Rey.
- Esos enemigos se revuelven, porque suponen que D. Alfonso ya no existe.
- ¡Doña María! Esa nueva vale mas que todas las mias: ya veo que será necesario....
- Antes que otra cosa, desengañar al pueblo.
- ¿Tan adelantados están los traidores?
- La muerte del Rey, y su esclavitud entre los moros, son dos cosas que circulan de boca en boca, como moneda corriente. Por eso quieren proclamar al infante D. Enrique.
- ¡A un bastardo....! ¿Y que hace la Reina?
- Llora amargamente sus penas.
- Vive Dios, que no es buena ocasion de llantos ni de gemidos la que acaba de elegir. ¿Don Lope de Urnizar?
- A duras penas puede contener á los magnates revoltosos.

No habia concluido aun doña María de pronunciar estas palabras, cuando se abrió la puerta del salon, y se presentó un page anunciando:

—El Justicia Mayor de Castilla, de parte de la Reina.

Entró D. Lope, y las damas de Almazan, despues de haberse retirado Julio al oratorio de doña María, le recibieron con el agasajo debido á su hidalguía y al elevado puesto que ocupaba.

La conversacion que con él tuvieron, ó las órdenes que escucharon de su boca, no nos interesan en este instante. Ya veremos en otro capítulo sus resultados.



CAPITULO XXVI.

La batalla del Salado.



OLVAMOS ahora á las operaciones militares de D. Alfonso XI.

Resueltos se hallaban los moros á disputar palmo á palmo la victoria contra la hueste castellana. Envalentonados con sus triunfos anteriores, y especialmente con la destruccion de la armada real, contaban ya por segura una nueva victoria, que necesariamente debia abrirles las puertas de todo el territorio español. Pero D. Alonso de La-Cerda *el desheredado*, que era el mas hábil capitan de aquellos tiempos, habia conocido perfectamente, desde el principio de la campaña, los apuros en que don Alfonso iba á encontrarse; por lo que, sin consultar su voluntad, habia encargado á los nobles de Alava y de Vizcaya, partidarios fieles de sus antiguos y abandonados derechos, que reclutasen buen

golpe de peones y de caballos. Al mismo tiempo habia pedido auxilios al rey de Portugal, en nombre de la reina doña María y en el suyo, haciéndole entender las ventajas que debian seguirse para toda la cristiandad de la reunion de sus fuerzas contra el enemigo comun. Los descabros de las huestes reales y la creciente osadía de los moros, no obstante la derrota y muerte del famoso Abomelic, le confirmaron mas y mas en su creencia, de que no debia aventurarse encuentro alguno decisivo, mientras no se incorporasen al ejército real las fuerzas que esperaba. Noticioso, cuando se hallaba acompañando al Rey en frente de Tarifa, de que las reservas de Portugal y las de las provincias Vascas debian llegar al dia siguiente, aconsejó el movimiento nocturno, que obligó á los moros á levantar el sitio de aquella plaza.

Al amanecer se avistaron los dos ejércitos rivales, que separaba el rio Salado. Don Alfonso, que cabalgaba en un fogoso potro cordobés, iba á dar la señal de embestir, cuando acercándosele su sábio consejero *el desheredado*, le dijo:

—Moderad, Señor, vuestro ardimiento por unos cuantos minutos, á fin de que el enemigo no entienda que maniobramos. Si me dejais hacer, muy pronto comenzará la refriega, con ventaja para nosotros.

—Haced pues como os plazca, infante D. Alonso, le respondió el Rey. En vos confio mas que en mí propio.

El padre del caballero Negro se apartó del Rey y corrió hácia donde estaban los hermanos Laso de la Vega con ochocientos ginetes; señalóles con la mano la derecha del rio á lo lejos, y solo pronunció estas palabras:

—Allí, caballeros está la salvacion de Castilla.

Comprendieronle perfectamente aquellos dos animosos guerreros, y separándose del campo con sus lanzas, se dieron tan buena maña y carrera, que fueron á caer de improviso y con desusada furia sobre los tres mil caballos infieles, que custodiaban el puente. La confusion de aquella inesperada escaramuza fué horrible, pero duró pocos momentos. Los moros sorprendidos pelearon con el valor de la desesperacion, y al fin tuvieron que retroceder, porque los insig-

nes caudillos de aquella pequeña hueste cristiana se multiplicaban por todas partes, y habian hecho voto de morir, ó de franquear el paso del puente al ejército real. Mas de mil cuatrocientos sectarios de Mahoma perdieron la vida en la refriega y los demás huyeron á esparcir, con sus alharidos, la alarma en las filas de Albohacen. Éste se movió por último, ardiendo de corage y con propósito de anonadar al Rey de Castilla, antes que sus tropas consiguiesen pasar el rio; pero ya era tarde.

Don Alfonso, avisado por el anciano Infante de lo que pasaba, no se contuvo. Dió la señal de acometer y seguido de sus caballeros de la Banda se precipitó hácia el puente del Salado. Pocos minutos despues se encontraba en la opuesta orilla, repartiendo tajos y reveses, porque la batalla dió principio con tal encarnizamiento, que durante media hora pelearon revueltos y confundidos en espantoso desórden moros y cristianos. Don Luis de La-Cerda, cansado de asestar lanzadas á derecha é izquierda, conoció que el combate duraria, mientras hubiese enemigos en pié, mas no sabía cómo darle fin, cuando, por gran fortuna suya, fueron á decirle que las reservas de Alava y Portugal acometian en aquel instante á los escuadrones moros. Al punto voló á su encuentro, y dando órden á quinientos ginetes de Alava para que picasen espuela ganando la vuelta de unas colinas, se arrojó impetuosamente sobre el real de Albohacen, y aterró con su brusca acometida á la apiñada muchedumbre de moros, que lo custodiaba. Estos huyeron en completo desórden, matándose los unos á los otros y esparciendo el terror por todo el campamento. Al mismo tiempo intentó guarecerse en Tarifa un fuerte escuadron de infieles; pero quedó pasado á cuchillo por la valiente guarnicion cristiana. Por último atacó D. Alfonso en persona con los de la Banda el ala derecha de Albohacen y la desordenó haciendo en ella terrible estrago: quiso entónces el Rey de Marruecos guarecerse en sus reales, mas saliéndole al paso D. Luis de La-Cerda con sus alaveses, se vió cogido en sus propias redes. Entónces empezó á convertirse la batalla en carnicería, y no tardó en quedar el campo cubierto de cadáveres, porque los castellanos persiguieron á sus enemigos, hasta que ya no pudieron mas de fati-

ga. Las aguas del rio Salado se enrojecieron con la sangre derramada por los que en ellas buscaban su salvacion, y mordieron la tierra doscientos mil infieles; los demás, esclavos ó fugitivos, dejaron en poder de los vencedores un inmenso y riquísimo botin (1).

A tan importantísima victoria se siguió inmediatamente la rendicion de Alcalá la Real, así como la de Algeciras, en cuyo memorable sitio se oyó por primera vez en España el estampido de la artillería, novedad que consternó á los moros. Estos no obstante, pasado el susto, con los disparos que se estrellaban inútilmente contra los inexpugnables torreones que defendian, se sostuvieron con valor por espacio de seis meses, aunque acosados por el hambre y por los estragos de una enfermedad contagiosa. La primera de estas calamidades se hacía sentir igualmente entre los cristianos; pero resuelto D. Alfonso á no cejar en su empresa, hasta ver libre de infieles el territorio español, mandó que se enviase á Sevilla su vagilla de oro y plata, como tambien las de muchos señores que le seguian, con el objeto de convertirlas en moneda corriente, aumentando su valor, para socorrer las necesidades de sus tropas. El patriotismo de las ciudades inutilizó afortunadamente esta desastrosa medida, proporcionando al Rey grandes recursos, que unidos á los que recibió de los reyes de Francia y de Navarra, le pusieron en disposicion de apretar el cerco de aquella plaza indomable. Viéndose perdidos los moros, verificaron una salida, para destruir las obras de sitio del ejército real, pero fueron vencidos y horriblemente acuchillados: esto les obligó á entregar la ciudad, y queriendo D. Alfonso darles una prueba de lo mucho que sabía apreciar el valor y la constancia en los peligros, dejó en completa libertad á la guarnicion y á los habitantes de Algeciras. Poco despues, agradecidos á este rasgo de magnanimidad los reyes de Marruecos y de Granada le propusieron una tregua por diez años.

Camino de Jaen iba el Rey de Castilla con su brillante corte de

(1) Dióse esta sangrienta y famosa batalla en el año de 1340 y no en el de 1336, como pretenden algunos historiadores. Tampoco es cierto que en ella muriese Albohacen. El Rey de Marruecos escapó de la refriega, despues de haber perdido grandes tesoros y pudo meterse á uña de caballo en Algeciras, desde donde pasó á sus estados de Africa.—N. del autor.

esforzados guerreros, cuando á una revuelta del repecho, desde el cual se divisaban todos los primores de un suelo, regado tantas veces con sangre castellana, se le presentó un jóven campeon armado de punta en blanco, que le hizo acatamiento.

—¿Quién sois? le preguntó D. Alfonso, examinándole atentamente, y encantado de su marcial apostura y gallardía.

—Un desgraciado, señor y mi Rey; un mal caballero.... respondió el paladin.

—¡Un mal caballero! repitió el Rey con irritado acento. ¡Ah! Comprendo el sentido de vuestras palabras.... pertenecéis al bando de los traidores, que....

—Eso jamás, D. Alfonso de Castilla, y á vuestro lado cabalgan nobles guerreros, que pueden dar fé de mi hidalguía y lealtad.

—Conozco al buen Julio de Quiñones, observó D. Luis de La-Cerda, adelantando su corcel, y respondo de su fidelidad al Rey, como de la mia.

—Pues ¿de qué se acusa? preguntó el Monarca, suavizando todo lo posible el sonido de su voz.

—Acúsome, Señor, de haberme ausentado del campamento, cuando tantos ilustres campeones se preparaban á pelear contra la morisma, cuando habia peligro en permanecer noche y dia con la lanza en ristre. Acúsome de no haber combatido en la gran batalla del Salado, ni en los repetidos y porfiados encuentros delante de Algeciras.

—Tal vez os hizo el amor olvidar vuestros deberes.....

—Ninguna belleza suspira por mí, Señor; si así fuera sabria sacrificar mi ventura al pundonor de mi nombre.

—Luego.... ¿por qué os ausentásteis?

—Cumplí con una obligacion sagrada.... mi destino me llevó á Valladolid.

—¡A Valladolid! ¿Y volveis de allá?

—De allá vuelvo, rey D. Alfonso.

—¿Qué noticias nos traéis....? ¿Qué hace la Reina....? ¿Qué se dice de mí en la corte?

—Cuando llegué á ella reinaban en la ciudad el desaliento y la

incertidumbre; sabíase la destruccion de nuestras galeras y la muerte del almirante Jofré Tenorio, por lo que muy poco tuvieron que hacer los traidores, para que cundiese la nueva de que Vuestra Alteza habia perecido en un encuentro desgraciado, ó se hallaba cautivo en poder de los infieles. Acosada la Reina por todas partes, hizo frente á la tempestad, pero el tumulto creció: los enemigos de Vuestra Alteza desconocieron la autoridad del Justicia Mayor y aun le obligaron á refugiarse en sagrado, para salvar su vida. Acto continuo, sacaron en triunfo y pasearon por la ciudad al conde de Trastamara y lo presentaron á la Reina, para que le reconociese y jurase como Rey de Castilla. El Conde sin embargo se negó á aceptar este título, alegando que no le constaba la muerte de Vuestra Alteza; los magnates alborotados insistieron en su demanda, y ya la Reina estaba á punto de ceder bajo solemnes protestas, cuando aparecí yo espada en mano en el salon real, como enviado del rey D. Alfonso XI de Castilla. Esto desbarató los planes inícuos de los que pretendian arrebatlar el trono á Vuestra Alteza.

—¿Y los traidores?

—Huyeron, no bien declaré que Vuestra Alteza seguia capitaneando el ejército.

—¿Y la Reina?

—Recobró su autoridad.

—¿Y D. Lope de Urnizar?

—Proclamó rebeldes á los magnates y los hizo perseguir en sus castillos.

—¿Y el pueblo?

—Me eligió por su gefe, para defender los derechos de Vuestra Alteza.

El Rey alargó su mano á Julio de Quiñones, que la besó con respeto; volviéndose despues hácia los de su comitiva, pronunció estas palabras:

—Hé aquí un cobarde, que ha tenido miedo de habérselas con los infieles, y ha huido hasta Valladolid para levantar mi corona del suelo. ¿Qué os parece, nobles señores? Necesario será que le nombremos Adelantado de Castilla, ya que tan oportunamente acierta

á adelantarse, hasta el punto de fingir que yo le envío, cuando todos me juzgan muerto. No hubiera hecho yo mas con salir de la tumba y presentarme en la corte, cuando los magnates se empeñaban en disponer de mi trono. Y ahora, valientes caballeros, ya que hemos triunfado por todas partes de la morisma, demos la vuelta hácia Valladolid, para que mi pueblo fiel vea que aun existo, y que este jóven guerrero le ha dicho la verdad.

Don Alfonso picó á su potro cordobés y todos los paladines de la Banda le siguieron á la carrera.



CAPITULO XXVII.

El motin de Valladolid y los dos hermanos.



El antiguo page de la heredera de Almazan no habia exagerado, en su relacion al Rey, los acontecimientos de Valladolid. Esto es lo que habia pasado.

Noticiosa la reina doña María de que D. Alfonso habia muerto y de que la misma suerte habia cabido á todos los caballeros de la Banda, llamó al Justicia Mayor de Castilla, para consultar con él lo que deberia hacerse en tan apurado trance. Don Lope de Urnizar se negó obstinadamente á creer aquella nueva fatal, y juró que á todo evento debia sostenerse la autoridad del Rey.

—Además, Señora, añadió como inspirado por el cielo, un recurso nos queda para averiguar si son ciertos esos rumores, que los descontentos publican.

—¿Cuál es? le preguntó la Reina con ansiedad.

—Si los de la Banda han sucumbido, observó D. Lope, doña Blanca de Almazan debe saberlo. Dadme vuestra vénia para que la hable en vuestro nombre, y así conoceremos lo que se debe temer ó esperar.

Doña María acogió el pensamiento del Justicia Mayor, como el náufrago se ase á la tabla que la tempestad le arroja. D. Lope, segun hemos visto, pasó á la morada de la viuda del infante D. Pedro y fué introducido á la presencia de las dos damas, un instante despues que Julio desaparecia por la puerta, que comunicaba al oratorio de la ilustre matrona.

Delicadísima por demás era la comision, que á sí mismo se habia impuesto el de Urnizar; mas se arriesgó á desempeñarla para salir de la incertidumbre, en que las maquinaciones de los descontentos por un lado, y por otro las lágrimas de la Reina le ponian. Turbado iba á la verdad á conocer la suerte que le esperaba, pues demasiado se habia convencido de que, si la noticia de la muerte del Rey era cierta, no debia esperar merced de los partidarios del infante D. Enrique; pero se tranquilizó desde luego al observar que doña Blanca y su madre le acogian placenteras. Esta circunstancia y la de no ver en sus trages ninguna señal de luto, le infundió aliento para preguntar á la heredera, despues de ofrecer sus respetos á la Infanta:

—¿No es cierto que estrañais mi venida á una hora tan intempestiva?

—¡Oh! No, seguramente, le contestó doña Blanca. Don Lope de Urnizar no puede menos de ser bien recibido en todas partes, tanto por su hidalguía, como por ser el encargado de administrar la justicia del Rey.

—Pero decidme por Dios, Señora, repuso el magnate, ya que del Rey habeis hablado, si es cierto que le tenemos.

—¿Estais por ventura soñando, señor de Urnizar? ¿Por qué me demandais eso?

—Porque la opinion pública está hoy muy dividida en Valladolid, respecto á si nos hallamos en el caso de elegir ó no nuevo monarca. Dícese.....

—No ignoramos lo que se dice, mas creedme; hablillas son todas de los malcontentos ó de los desesperados, que están reñidos con sus cabezas.

—Luego.... habéis recibido noticias del campamento del Rey.

—Señor D. Lope, dijo á la sazón doña María, al llegar á mi casa y la vuestra, habéis hecho que os anuncien como enviado de la Reina, mi Señora. ¿Venís en efecto de su parte?

—¿Por qué he de ocultarlo?

—¿Y habéis dirigido á mi hija doña Blanca vuestras preguntas en su nombre?

—Sí, doña María, sí. ¿No estais al cabo de lo que acontece?

—Solo sé que el conde Osorio, digno hijo de su padre en traiciones, y á quien el Rey quitó no ha mucho el condado de Trastámara, para dárselo al infante D. Enrique, cansado de la vida ociosa que llevaba en el castillo de Belfer, ha aparecido en la corte, y que en union de otros magnates hace creer al pueblo....

—¿La muerte de D. Alfonso? Si no fuera mas que eso, muy pronto cortaríamos los vuelos á sus intrigas.

—¿Pues hay mas?

—Mañana mismo intenta, ayudado por sus parciales, desterrar á la Reina y obligarla primero á reconocer y jurar á D. Enrique por Rey de Castilla.

—¡A un bastardo!

—No lo dudeis; tienen en su auxilio al pueblo y será proclamado el hijo de doña Leonor de Guzman.

—¿Lo dais por seguro?

—Por seguro lo doy, doña María.

—Pues bien, tranquilizad á la Reina.... afirmad que el Rey vive y.... no puedo deciros mas por esta noche; pero mañana....

—Mañana.... declarad todo vuestro pensamiento.

—Imposible, D. Lope.... el secreto no es mio....

—Tened en cuenta, sin embargo, que los rebeldes piensan dar el golpe mañana.

—Muy fuertes se juzgan.

—¡Oh! ¿Quién puede estorbárselo? No hay en la corte un solo

caballero, que no sea traidor: los leales están allí.... donde está el Rey.... yo solo....

—En mala situacion os veo, señor Justicia Mayor; pero manteneos firme, que no os pesará. Ahora recuerdo.... ¿No habeis asegurado que esos nobles rebeldes se proponen coronar á un infante bastardo?

—Ese es su plan.

—¿Y qué! ¿Ignoran que existe otro legítimo? ¿No tiene ya don Alfonso un sucesor, cuyos derechos sostendrá Castilla á todo trance?

—El conde Osorio y sus amigos cuentan mas, para disponer de las ciudades á su antojo, con el carácter de D. Enrique, que con el de D. Pedro.

—Parece increíble.... es mas jóven el infante legítimo que el bastardo, y les seria fácil llevarle por donde quisieran.

—Os equivocais de medio á medio, Señora. Don Pedro, á pesar de su corta edad, revela que se hará temer, si empuña el cetro. Ya le han oido decir, que algun dia domeñará la soberbia de los grandes. Por eso estos prefieren á su hermano.

—¿Y qué harán de D. Pedro?

—Saldrá desterrado con la Reina.

—Confiemos en Dios, D. Lope, y nada de eso acontecerá.

—Infundís en mi ánimo esperanzas, doña María; pero nos quedan tan pocas horas....

—¿Creeis en mi fidelidad, señor Justicia Mayor?

—¿Qué estais diciendo! Con esa pregunta me ofendeis y os ofendeis á vos misma.

—Pues si creeis en ella.... confiemos todos en Dios.

Don Lope se retiró, persuadido de que las señoras de Almazan esperaban, tal vez aquella noche ó al dia siguiente, algun auxilio, que pusiese á los conspiradores en aprieto, y así lo declaró á la Reina, refiriéndole la plática que acababa de tener. La acongojada esposa de Alfonso XI suspiró tristemente, abrazó al infante don Pedro, niño entonces, pero que no tardaria mucho en ser terrible ejecutor de sus venganzas, y repitió al entrar en sus aposentos las últimas palabras de doña María:

—Confiemos todos en Dios.

Ya conocemos las tendencias y el objeto de la conspiracion de los grandes de Valladolid. Segun habia dicho D. Lope de Urnizar, que se hallaba bien informado de todas las maquinaciones, puestas en juego para destronar al Rey, á las ocho de la mañana del dia 16 de julio del año 1343, estalló en el *Campo Grande* y en todas las calles y plazuelas de la ciudad un furioso motin. Los diez y seis arcabuceros, única fuerza con que podia contar el Justicia Mayor, para reprimirlo, fueron perseguidos por la plebe, que mató á cuatro, viéndose precisados los demás á huir de la poblacion y á buscar seguro para sus vidas en el castillo de Simancas.

El mismo D. Lope corrió infinitos lances, ya peleando solo y cuerpo á cuerpo con algunos magnates, ya intentando persuadir al pueblo de que le engañaban los traidores. Acosado al fin por todas partes, y oyendo que gritaban, *muerá el Justicia Mayor*, procuró penetrar en el palacio Real, para morir al menos defendiendo á la Reina; pero la multitud le cerraba el paso, y ya iba, ciego de cólera, á precipitarse sobre ella, cuando un brazo vigoroso le sujetó fuertemente, y casi arrastrándole, le obligó á entrar en una iglesia inmediata. A esta casualidad debió su salvacion; mas nunca supo el nombre de quien tan bruscamente le habia librado de la muerte.

Los amotinados invadieron la mansion de los reyes de Castilla en confuso tropel, y llamando con horribles alharidos á la reina doña María. Presentóse ésta denodadamente en el salon del trono, cuyas gradas subió sin inmutarse, llevando de la mano á su hijo el infante D. Pedro. El conde Osorio y sus parciales, despues de haber llevado por toda la ciudad, como en triunfo, al nuevo monarca, que querian imponer á Castilla, lo condujeron á la régia estancia, ocupada á la sazón por la plebe. Esta tuvo que ceder el puesto á los verdaderos conspiradores, y aun muchos de los que mas habian alborotado en el motin, fueron rechazados por los Señores hasta las escaleras, lo cual produjo una reaccion visible en los ánimos de aquellos hombres, incapaces de disimular su descontento. Se observó entónces que algunos se aprovechaban hábilmente de semejantes disposiciones, para atraer al pueblo á la razon, espar-

ciendo entre los corrillos de los patios y galerías ciertas nuevas, que desalentaban á los mas intrépidos gritadores, y aun les hacian declararse enemigos de todo lo ejecutado hasta entónces. Ya no era un secreto que el Rey vivia, y que los caballeros de la Banda habian escarmentado en mil encuentros á los moros; añadiase que muy pronto debia darse una terrible batalla contra el Rey de Marruecos, y que el de Portugal habia enviado á D. Alfonso un ejército formidable. Entre los que tales especies propalaban, preparando con maña el terreno para una contrarevolucion, que nadie sin embargo, imaginaba tan próxima; distinguíase nuestro antiguo conocido, el poeta Artal, que iba y venia con increíble actividad de una parte á otra, y hablaba misteriosamente á otros, al parecer, emisarios para el mismo negocio, y sujetos á sus órdenes. Por último, la llegada de un jóven y gallardo guerrero, armado de todas armas, sorprendió á la muchedumbre, y todos empezaron á preguntarle á qué partido pertenecia.

—Al del rey D. Alfonso XI de Castilla, exclamó él con arrogancia; de su parte vengo, para que sepa su noble y heroica ciudad de Valladolid, que los magnates, que están arriba, son traidores, desleales y embusteros.

Gritos espantosos salieron de todas partes, no bien escuchó el pueblo estas razones.

—¡Viva el Rey....! Nos han engañado!!! nos han vendido....

Tales eran las voces que se oian; desde aquel momento triunfaba la causa de D. Alfonso.

Julio de Quiñones se abrió paso y subió, seguido de Artal, del viejo Rodrigo y de otros escuderos y criados de las castellanas de Almazan, á las galerías altas del palacio.

Al mismo tiempo que se verificaba entre los cabecillas del pueblo bajo de Valladolid aquel cambio casi repentino de opinion, defendia heroicamente la Reina sus derechos y los de su intrépido esposo. Requerida por los magnates, para que reconociese á D. Enrique por su Señor y Rey, acababa de responder con dignidad:

—Matadme primero; aquí teneis mi cabeza.

—Señora, le dijo con altanería el conde Osorio, ved lo que haceis,

porque el pueblo está irritado, y pudiérais hacerle pensar en cosas que no imagina.

—Conde Osorio, repuso el infante D. Pedro sonriéndose y clavando en el magnate una mirada de hiena, procura que tambien me maten á mí tus asesinos, pues si me dejas con vida, te empeño mi palabra de que has de perecer degollado.

Ocho años de edad contaba entónces D. Pedro, á quien la historia conoce con el dictado de *Cruel*.

A pesar de la resistencia que oponia el taimado infante D. Enrique á una usurpacion tan escandalosa, el conde Osorio le condujo hasta las gradas del trono y preguntó á la Reina:

—¿Jurais á D. Enrique II por rey de Castilla?

—No, contestó doña María.

—Pues bien; hoy mismo saldreis desterrada con vuestro hijo al alcázar de Toledo.

—Aquella tambien es una mansion real, murmuró la Reina.

—Desde el punto en que llegueis á ella, será una cárcel. Nada espereis de la nobleza ni del pueblo, una vez muerto vuestro esposo.

—¿Quién es el traidor, el vil y el infame que sostiene que el Rey de Castilla ha muerto? gritó Julio de Quiñones, precipitándose en el salon.

Su aparicion consternó á los conjurados. Osorio fué el primero que, aprovechándose del tumulto, en que todos se vieron envueltos á consecuencia de tan extraordinaria novedad, se escurrió con presteza de la estancia, abandonando á D. Enrique. Los demás siguieron su ejemplo, fugándose precipitadamente del palacio, y pocos minutos despues de la ciudad.

Julio de Quiñones hizo acatamiento á la Reina y ésta le dió á besar su mano, diciéndole:

—Nunca olvidaré, buen caballero, que el Rey os debe el trono y que tal vez nos habeis salvado al infante D. Pedro y á mí las vidas. Os pido, para que completeis vuestra obra, que lleveis á D. Alfonso la nueva de estos sucesos.

El jóven campeon cumplió bien y fielmente, como ya hemos visto, la órden de la Reina.

Al retirarse del salon el infante D. Pedro encontró á D. Enrique, que se disponia á bajar.

—Somos hermanos.... le dijo éste con afabilidad.

—No, le contestó aquel; sois un bastardo, y yo, desde hoy, vuestro mas irreconciliable enemigo.

CAPITULO XXVIII.

El Rey y el padre.



ON Alfonso entró en Valladolid, después de su memorable campaña, en medio de las demostraciones del mas puro regocijo. Todos los traidores habian huido de la ciudad, y D. Lope de Vandaña les perseguia sin descanso, con la firme determinacion de ahorcar á cuantos pudiese haber á las manos, ya que solo con su completo esterminio debian entrar en sosiego las poblaciones castellanas.

El infante D. Enrique, aquel que algun día se habia de rebelar contra su Rey, y señor; el que estaba destinado por el cielo para encender en España la primera hoguera de las discordias civiles, con el auxilio de un ejército de ladrones extranjeros; el mismo que,

sacando traídoramente á su hermano D. Pedro del castillo de Montiel, clavó una daga en su pecho, sentándose en el trono por medio de tan horrible fratricidio; se presentó, hipócritamente compungido, delante de su padre, protestando su inocencia. Don Alfonso le miró con severidad y le preguntó:

—¿En qué sitio os hallábais, cuando el conde Osorio fué á buscaros, para que os presentáseis al pueblo?

—En mi morada, Señor, con mis hermanos D. Tello y D. Fadrique, respondió el Infante con humildad.

—¿No era vuestro deber guardar el lado de la reina doña María?

—La Reina no nos quiere bien.

—Mentís, D. Enrique; más aunque así fuera, al verla en peligro, todó noble castellano olvida sus propios intereses, por acudir á la defensa del trono amenazado.

—No pude hacerlo, Señor. El de Osorio me lo estorbó, llevándome por fuerza entre los suyos.

—¿Cuál era su intento?

—Proclamarme por Rey de Castilla.

—¿Y consentisteis en tan infame traicion?

—Al contrario: vuestro Justicia Mayor y la Reina saben perfectamente que me negué á lo que de mí se exigia, diciendo que no me constaba vuestra muerte, y que no queria deber la corona á una sublevacion.

—Eso os valga, D. Enrique, porque vive Dios que os mandará cortar la cabeza, si supiera que habáis estado de acuerdo con los conspiradores. Decidme ahora que fué lo que hicieron vuestros hermanos.

—Don Tello se fugó á Simancas.

—Prudentemente se condujo, si no llevaba el pensamiento de apoderarse de esa fortaleza en favor de los amotinados.

—Nada de eso, Señor. Corrió á prevenir á su alcaide de lo que acontecia en la ciudad, para que no rindiése el castillo á los del conde Osorio.

—Si eso es verdad, obró mucho mejor que vos y he de premiarle por ello. D. Tello es pundonoroso y valiente.

—Tuvo el tiempo y la libertad necesaria para dirigirse fuera de la poblacion, porque los conspiradores no se acordaron de él. No olvideis que yo soy el mayor de vuestros hijos.

—Y el mas descontento de todos.

—Sean cuales fueren mis faltas, no he tenido la menor parte en los últimos alborotos. Mi nombre ha servido de bandera á los sublevados y.....

—Vuestro nombre y vuestra persona.

—¿Qué hiciérais, Señor, en mi lugar?

—En vuestro lugar.... tal vez el conde Osorio me hubiera sacado á la vista del pueblo, pero no vivo, sino cadáver.

—Es verdad, Señor.... debí morir, antes que doblegarme á sus tiránicas órdenes; mas no á todos los hombres ha concedido la Providencia divina esa heroicidad, que os hace invencible.... Tuve miedo á los puñales asestados contra mi pecho....

—¡Miedo, un hijo de Alfonso de Castilla!

—Os lo confieso, Señor; no osé desafiar, en aquel trance, á la muerte segura que me amenazaba.....

—¡Cuánto mas valdríais hoy, D. Enrique, si hubiéseis perecido, ostentando vuestra fidelidad.....

—Perdonadme, Señor.... Yo os juro que, si en mi conducta ha habido alguna mancha, desaparecerá para siempre.

—Dios lo quiera y así se lo pediré con todo mi corazon. Nada me habeis referido de vuestro hermano D. Fadrique.

—A ese intimó el conde Osorio que me siguiese por la ciudad, y me acompañase á presencia de la reina doña María; para dar mas solemnidad al acto del reconocimiento y de la jura.....

—¿Y él?

—Se negó obstinadamente diciendo, que si D. Alfonso el rey, su padre, no existia, le mostrasen las disposiciones que habia dejado al morir, para obedecerlas; pues por lo demás, aunque no ignoraba el odio con que la Reina mira á los hijos de doña Leonor de Guzman, nunca haria causa comun con los descontentos, contra su soberana legítima.

—Don Fadrique es de mi sangre y de mi temple. ¿Qué hubo despues?

—El conde Osorio desnudó la daga para obligarle á salir conmigo, mas D. Fadrique se cruzó de brazos y esto contuvo á los revoltosos, quienes le encerraron, arrastrándome en seguida hasta la calle.

—Dos buenos ejemplos que imitar habeis tenido en vuestros hermanos, infante D. Enrique, pero no los habeis seguido, por desgracia vuestra. Como padre os perdono; como Rey empero, es mi obligacion castigaros, sino como lo merecis, al menos de modo que haga ver á nobles y pecheros, que el soberano de Castilla ha jurado hacerse respetar de todos.

Despues de pronunciar con severo acento estas razones, que llenaron de consternacion al Infante, tocó en el timbre. Al punto se presentó un page, á quien dijo el Rey:

—Venga sin tardanza el Justicia Mayor.

—Señor ¿qué es lo que vais á hacer de mí? exclamó D. Enrique, luego que el page desapareció de la estancia real.

—No soy el conde Osorio, para amenazaros con la muerte, le contestó D. Alfonso. Mas ¿cómo quereis que deje impune vuestra debilidad y cobardía, y castigue despues las traiciones de los demás? Justicia para todos, D. Enrique; hé aquí el mas sagrado, aunque, á menudo, el mas penoso deber de los reyes.

—Sepa yo al menos...

—Lo sabréis muy pronto y... en vos consiste que en breve tambien volvais á mi gracia.

—¿Qué, Señor...! ¿Ni aun á besar me daréis vuestra mano?

—La mano... Imposible hoy, D. Enrique... antes que padre vuestro, fui rey de Castilla... pero os abrazaré antes que os separeis de mí, porque sois mi hijo.

Los ojos del Rey se humedecieron á su pesar; pero no tardó en sobreponerse á aquel irresistible impulso de ternura, y eso que don Enrique era entre todos los infantes, incluso el mismo D. Pedro, aquel á quien mas quería.

—¿Con qué vais á desterrarme, sin oirme? exclamó el primogénito de doña Leonor de Guzman.

—Os he oido bastante, conde de Trastamara, le replicó el Rey,

dominando con toda la fuerza de su voluntad la emoción que sentía.

—Y me juzgais traidor....!

—Os juzgo débil y ambicioso; por eso os castigo; para que os arrepintais de vuestros pasados errores.

—Arrepentido estoy, Señor; ya os he rogado que me perdoneis.

—Necesito pruebas de eso mismo que asegurais; entre tanto, es preciso que se cumpla lo que, como Rey, ordeno en justicia.

Al decir esto D. Alfonso, se presentó D. Lope de Urnizar en la real estancia.

—Me han avisado de parte de V. A., dijo adelantándose y saludando.

—Así es, D. Lope; necesito de vuestro ministerio, repuso el Rey.

—Señor, replicó el Justicia; ya sabe V. A. que en todo tiempo puede y debe contar conmigo.

—Y hoy mas que nunca, señor de Urnizar, pues voy á confiaros una comision, que importa mucho para mi tranquilidad!

—Está bien, Señor

—Por las esplicaciones que me ha dado el infante D. Enrique, he llegado á entender que mi fiel pueblo de Valladolid ha de tenerle ojeriza, por cuanto, aunque contra su voluntad espresamente manifiesta, ha servido su nombre á los traidores, de pendon y de pretesto, para atentar contra la seguridad del reino y la vida de la Reina. El propósito del Infante es retirarse de la corte por algun tiempo, y como para conseguirlo tiene que emprender un viage, teme encontrar por esos caminos algunos descontentos, de los comprometidos en las últimas asonadas, que tal vez le obliguen de nuevo á representar un papel, que no le corresponde. Por eso desea, y yo os requiero, que le hagais acompañar por buen golpe de gente escogida de á caballo, hasta la villa de Talavera de la Reina.

—¡Tan léjos de la corte! murmuró D. Enrique.

—¿De qué os quejais? le interrumpió el Rey. Imagino que, no pudiendo permanecer en Valladolid, sin esponeros á los desmanes de la multitud, á ninguna otra parte apeteceis dirigiros tanto, como al punto en que reside vuestra madre doña Leonor de Guzman.

—¿Cuánto tiempo estaré allí, Señor? preguntó el Infante con altanería, conociendo que no debía esperar misericordia.

—Había pensado que permaneciéseis dos años en Talavera; mas ahora se me figura que son pocos. Añadirémos otros dos mas.

Don Enrique se mordió los labios y repuso con un acento, que revelaba toda la ira de su corazón:

—Si os parece mejor, no volveré hasta de aquí á seis años.

—Sea, contestó el Rey arrugando el entrecejo. Si dentro de seis años, no sois un hijo obediente y un vasallo leal, juro en presencia del Justicia Mayor de Castilla, que mandaré que os corten la cabeza. Y ahora, infante D. Enrique, dadme un abrazo y.... partid, partid sin demora.

El padre estrechó afectuosamente contra su pecho al rencoroso conde de Trastámara. El Rey le señaló la puerta de salida.

¿Vió cumplida por ventura D. Alfonso XI alguna de las dos partes de su voto? Al novelista no le corresponde averiguarlo; la historia responde, haciéndonos ver que el Rey murió antes de sufrir el disgusto de contemplar á D. Enrique convertido en un rebelde y en un asesino.



CAPITULO XXIX.

La madre y el hijo.



L mismo tiempo que el sensible corazon de D. Alfonso quedaba traspasado de dolor, por el destierro que acababa de imponer á su mas amado hijo, tenia lugar en el camarín de la reina doña María otra escena no menos importante, para que los aficionados á investigaciones históricas lleguen á comprender las verdaderas causas de las horribles calamidades, que

afligieron á España durante el reinado de D. Pedro.

No se crea que hoy nos proponemos desentrañarlas; mas como uvieron su origen en la época de los acontecimientos que relatamos, falta notable sería dejar en blanco hechos, que andando el tiempo, dieron amargos frutos de sangrientas guerras y de catástrofes horribles.

—Sois un bastardo.... y yo.... vuestro mas irreconciliable enemigo, habia dicho D. Pedro al conde de Trastamara, cuando éste le llamó su hermano.

El transcurso de los años justificó que aquellas palabras eran una profecía y que, con otras, debian cumplirse al pié de la letra.

Hallábase la Reina sola y muellemente recostada, repasando en su memoria todas las vicisitudes que la habian asaltado, desde el instante de su union con el monarca de Castilla, cuando se vió interrumpida en sus cavilaciones por la presencia de D. Pedro. Éste entró bruscamente en la estancia, cerró la puerta y se dejó caer como anonadado en un sillal: Doña María se incorporó como asustada, y observando que el Infante no hablaba, imaginó que ocurría alguna estraña novedad, nada favorable á sus propios intereses. Guardó sin embargo silencio, pues no queria preguntar lo mismo que sospechaba; pero se adelantó poco á poco hácia su hijo, para leer en su semblante lo que debia esperar.

Don Pedro se levantó entónces, besó tiernamente la mano á su madre y exclamó desesperadamente:

—Señora.... Señora.... estamos perdidos.

—¿Pues qué ocurre? le preguntó la Reina temblando.

—¿Me preguntais qué ocurre? repuso el Infante. Os repito que estamos perdidos sin remedio.

—Pero esplicaos, por Dios. ¿Cómo quereis que adivine lo que os conduce aquí?

—Me conduce el deber de daros un consejo saludable.

—¿Cuál es?

—Que os retireis á Portugal, madre y Señora mia. ¡Oh! No iréis sola, no; porque juro acompañaros.

—Mas.... ¿qué motivos teneis para desear que abandonemos la corte?

—Nuestra seguridad lo exige.

—¡Nuestra seguridad! Loco estais sin duda, hijo mio, ó pretendis asustarme.

—Conservo mi juicio cabal y os respeto demasiado para chancearme con vuestra quietud. Pero á mí no me seducen las aparien-

cias, Señora, y conozco que vos y yo nos encontramos al borde de un abismo.

—Declaradme de una vez vuestros temores.

—¡Ah! Son muy fundados. Escuchadme. ¿No es cierto que la sublevación de los nobles quedó vencida? ¿No es cierto que la vuelta del Rey, mi Señor y mi padre, asegura nuestra victoria contra los traidores descontentos? Contestadme.

—Sí; verdad es cuanto anunciáis.

—Señaladme ahora los castigos que el Rey ha mandado ejecutar.

—¿Cómo queréis que lo haga, si los magnates sublevados han huido?

—No todos, Señora.

—Todos, todos, al decir de D. Lope de Urnizar.

—Don Lope de Urnizar tiene ojos y no vé. Mas le valiera haberse opuesto á la rebelion del conde Osorio hasta perder la vida, que refugiarse en una iglesia, para conservarla. Si algun dia empuño el cetro y él vive, le tendré en cuenta este servicio.

—Es un fiel servidor, D. Pedro; mas.... imagino que no tratamos de él ahora.

—En efecto, tratamos de otros; tratamos de esos infames conspiradores.

—Y asegurábais que algunos quedan en la poblacion.

—Ha quedado el principal de ellos, para burlarse impunemente de nosotros.

—¡Impunemente....! ¡Oh! No; os lo fio por mi nombre y por mi dignidad de Reina. ¿Quién es?

—Adivinadlo.

—¡Yo! Imposible.

—De ningun modo; le conoceis, como yo.... le estais viendo, como yo.... ¿Os sucede por ventura lo mismo que al Justicia Mayor?

—Por mas que doy tormento á la imaginacion, ningun rebelde se me presenta....

—¿Ni tampoco el infante D. Enrique, conde de Trastamara?

Doña María dió un grito al escuchar este nombre, porque el horrible sosiego con que fué pronunciado la reveló un ódio mortal.

—Es vuestro hermano, murmuró al fin con angustia, procurando desvanecer las malas ideas de su hijo.

—Señora.... replicó éste ¿cómo decís que es mi hermano? ¿Sois vos por ventura su madre? Porque mia... ya sé que lo sois.

Este sarcasmo iba derecho al corazón de la Reina y en él se clavó, martirizándolo dolorosamente. Repuso no obstante suspirando:

—Respetemos la voluntad del Rey y los decretos de la Providencia.

—¡Oh! Si el Rey se propone conservar en Valladolid y á su lado ese aspid ponzoñoso, fuerza será dejarle el puesto, antes que nos pique.

—Hablais como un insensato, D. Pedro. ¿Qué es lo que temeis de D. Enrique?

—Lo pasado contesta á lo futuro. Si se han atrevido á suponer que el Rey habia muerto, para coronar á ese bastardo ¿qué harán, cuando aquel exhale efectivamente su último suspiro?

—¡Ah! Recelais que el conde de Trastamara os usurpe la corona.....

—No lo recelo.... lo doy por seguro, si el Rey no castiga su reciente traicion.

—Es que.... no la ha cometido.... han echado mano de él....

—Eso dice, y aun protestó contra las determinaciones del conde Osorio; pero á mí no me ha engañado, y estoy seguro de que le pesa amargamente que el Rey no haya sucumbido en Andalucía.

—Mas ¿si el Rey le cree inocente ¿qué podemos hacer nosotros.

—Acusarle de felonía; yo llevaré la voz, yo sabré confundirle y aun acabarle.

—¡Don Pedro!!!! ¡Que pronunciáis!!!!

—No os inquieteis así, Señora y madre mia: un presentimiento me dice que D. Enrique ha de morir á mis manos, ó yo he de morir á las suyas. (1)

(1) El día 23 de marzo de 1369, mató el conde de Trastamara traidoramente á su hermano el rey D. Pedro, y no el año de 1368, como apuntan algunos historiadores.—*N. del A.*

—Aleje el cielo de nosotros, hijo mio, semejante calamidad.

—En fin, no ignorais que la última rebelion se ha verificado, para favorecer sus ambiciosas miras; que todos los culpables, temiendo la justicia del Rey, se han refugiado en los castillos y tierras que les pertenecen; que D. Enrique anda libre y suelto, como si nada hubiera sucedido, y que el Rey en todo piensa, menos en reprimir sus demasías. ¿Hemos de permanecer nosotros con los brazos cruzados? Si el Rey no ha muerto en las recientes correrías contra los moros ¿no puede acontecer que Dios le llame á juicio mañana? Y entónces, Señora.... entónces.... rodarán tal vez nuestras cabezas en el cadalso, si no conseguimos antes ponerlas á buen recaudo de las manos del verdugo.

—¡Oh! Nada de eso sucederá.

—¡Pues qué! ¿Imaginais que la Guzman, esa envilecida madre de los bastardos, os perdone el destierro y las amarguras, que ahora padece en su villa de Talavera?

—No lo imagino; pero os repito, D. Pedro, que no sucederá.

—¿Y creéis que ese aborrecido D. Enrique no se acuerde de que le he apellidado bastardo y traidor?

—Se acordará sin duda; mas no importa.

—¡Cómo! ¿Por tan generosa y magnánima teneis á doña Leonor, que no procure vuestra muerte, para asegurar el dominio de los suyos en Castilla?

—No por cierto; juraria que en su destierro de Talavera solo sueña con planes de venganza.

—¿Y no os figurais que el de Trastamara encontrará medios para deshacerse de mí, con el objeto de afianzar en sus sienes la corona?

—Lo que me figuro, D. Pedro, es que delirais.

—¡Qué deliro....! ¡Qué deliro, porque os anunció la suerte que nos espera!

—Delirais.... delirais.... yo os lo afirmo.... yo.

—Pues bien, Señora; adormézcaos esa ciega confianza.... cuando muera el Rey....

—Cuando muera el Rey, si Dios dispone de sus días antes que

de los míos; doña Leonor de Guzman, esa muger que tantos dolores, que tantos martirios me ha hecho sufrir, perecerá en un patíbulo. ¿Me lo prometeis, hijo mío?

— ¡Oh! ¿Cómo he de prometeros un imposible?

— ¡Imposible! D. Pedro, vos seréis entonces el Rey de Castilla.

— ¡Bah, Señora! No juguéis así con mi destino. Don Enrique de Trastamara es el hijo predilecto de D. Alfonso.....

— Sí; pero vos sois el único heredero legítimo de su corona. La nobleza os aclamará.....

— Desconfío de ella.

— Los reyes de Portugal y de Francia nos enviarán auxilios, en caso necesario.

— No quiero deber el trono á lanzas extranjeras. Prefiero trabajar, para que los pueblos castellanos se subleven á mi favor.

— ¿Qué es sublevarse? No habrá uno solo que deje de alzar pendones por vos. Voy á descubrirlos un secreto, que os hace Rey de España.

— ¡Ah! Eso es mucho mejor, que apelar á la guerra para conseguirlo.

— Vuestro padre el Rey, cuando iba á partir á Andalucía, otorgó su testamento.

— ¿Y en el?

— Os nombra su sucesor.

— ¡Cielos! Ya he triunfado, porque sabré hacer que todos respeten mis derechos.

— En caso de que vos falteis.....

— Acabad.

— Será rey el conde de Trastamara.

— ¡Infeliz! Que se guarde de mi rencor.

— ¡Y yo!

— ¡Vos, madre y Señora mía!

— ¿Nada haréis por mí?

— Os vengaré.

— Eso os pido.

— Vivid descansada. El mismo día en que ciña mis sienes con

la corona de Castilla, mandaré que sea degollada doña Leonor de Guzman.

La Reina abrazó tiernísimamente á su hijo, porque acababa de decretar, por instigacion suya, el suplicio de la concubina de Alfonso XI, que en efecto llegó á tener lugar á fines de 1350.

Don Pedro exclamó despues, apretando los puños con rabiosa ira:

—Primero, doña Leonor, causa principal de todos nuestros disgustos; despues D. Enrique, conde de Trastamara, mi competidor.... Y luego D. Tello, que tanto se lamenta de las desgracias de su madre.... El último será D. Fadrique, el menos malo de esa infame familia de traidores. Así acabará la raza de los bastardos.

Acababa apenas de pronunciar estas palabras, cuando llamaron réciamente á la puerta de la cámara. Serenóse D. Pedro de pronto, como si no hubiera concebido en aquel instante el plan de persecucion y de esterminio de sus contrarios, y doña María le dijo, recostándose con languidez, para disimular sus emociones:

—Abrid, hijo mio, y entre quien sea.

El Infante descorrió el cerrojo de la puerta y empujó una de sus hojas. En seguida se volvió hácia la Reina y murmuró respetuosamente:

—Señora... el Rey, mi Señor.

Don Alfonso se adelantó, estrechó una de las manos de D. Pedro entre las suyas, le miró con paternal interés, y acto continuo se acercó á su esposa doña María.



CAPITULO XXX.

Situacion enmarañada de los negocios públicos en Castilla.



Los grandes hechos de armas, con que habia sabido ilustrar su nombre el nieto de D. Sancho *el Bravo* y de doña María Alfonso de Molina, tenían asombrado al mundo. Sus amigos los reyes de Portugal, de Francia y de Navarra admiraban sus nobles esfuerzos, haciéndose lenguas de las señaladas victorias, que acababa de ganar contra los moros, salvando á España y á sus propios estados de una invasion formidable. Sus enemigos no osaban al mismo tiempo dar un paso, que pudiera disgustarle, porque conocian perfectamente que el castigo y la venganza no se harian esperar mucho tiempo, despues de la provocacion. Todos, por otra parte, convenian en que era un monarca *justiciero*, fiel guardador de sus palabras y de sus juramentos, protector incansa-

ble de los desvalidos y generoso y magnánimo en sus acciones. La fama de sus proezas y la que los caballeros de la Banda, custodios inseparables de su persona, habian adquirido en la última campaña de Andalucía, habia resonado tanto, que á centenares acudian caballeros de todas las naciones á la corte de Valladolid, para alistarse voluntariamente en las banderas de la cristiandad, seguros y persuadidos, como estaban, de que el Rey *batallador*, sobrenombre que le habia dado el Rey moro de Granada, no descansaria largo espacio de las fatigas de la guerra, sin volver á empuñar la lanza, supuesto que los infieles poseian aun y guardaban, con decidido empeño, la fuerte plaza de Gibraltar, llave del Mediterráneo y puerta segura, para introducir en nuestras ciudades fronterizas sus huestes africanas.

Y en efecto, no se equivocaban los que de este modo traducian los pensamientos de D. Alfonso. El blanco de sus aspiraciones, el objeto mas apetecido de su corazon, la gloria que con mayor ahinco anhelaba, estaba allí, en aquellos muros inexpugnables, cuya conquista le habia sido imposible evitar, merced á las continuas revueltas y traiciones de los magnates de su reino, que siempre le habian robado un tiempo precioso, obligándole á desatender las ventajas de unas expediciones sábiamente concebidas, por dedicarse á la pacificacion de sus propios dominios. Quería pues emprender de nuevo el peligroso asedio de Gibraltar, y las mismas dificultades de la empresa avivaban sus deseos; pero atábale las manos y refrenaba los ímpetus de su voluntad la trégua, que por diez años habia concedido á los reyes de Granada y de Marruecos, despues de la célebre batalla del Salado y rendicion de Algeciras. Don Alfonso, que por nada en el mundo era capaz de romper la fé empeñada, se enfurecía consigo mismo, semejante al leon aherrrojado, por lo mucho que tardaban Albohacen y su aliado en proporcionarle un pretexto, para caer sobre la morisma con todas sus fuerzas. No ignoraba que los pactos con los moros no eran para estos mas que una superchería, á fin de ganar tiempo y evitar mayores derrotas, que las que habian padecido. Faltaban á ellos cuando les convenia, y daban principio de nuevo á la ruptura de las hostilidades,

sin intimaciones previas, invadiendo un territorio, ó entrando por sorpresa en una ciudad desprovista de auxilios. Pero el Rey de Castilla se habia propuesto dejarles toda la infamia del rompimiento de la tregua, á pesar de lo mucho que sentia perder la favorable coyuntura, que para la conquista de Gibraltar se le presentaba, con la reunion de esclarecidos guerreros y con las reiteradas promesas de grandes socorros, que le hacían casi todos los monarcas de la cristiandad. Por eso se le veia continuamente caviloso é inquieto, maldecir de la ociosidad que le tenia sujeto en la corte. Por eso pasaron para él como desapercibidas las magníficas fiestas, que en su obsequio disponia la ciudad en celebracion de las grandes victorias ganadas contra los infieles. Su pensamiento estaba fijo en otra parte y aguardaba con impaciencia el instante de sacudir el letargo que le abrumaba á todas horas del dia y de la noche.

Un rayo de esperanza pareció como que brillaba en medio de la densa oscuridad, en que se veian envueltos los negocios públicos. Un hermano del difunto Abomelia acababa de sublevarse en Marruecos contra su padre, asolando el territorio y poniendo en horrible combustion las provincias de tan dilatadísimo imperio. Albohacen, que se hallaba en Gibraltar, no bien recibió la nueva de aquel escandaloso atentado, tuvo que partir para reprimirlo, y como no sabia con qué fuerzas contaba en sus dominios, sacó gran parte de la guarnicion de la plaza cristiana, á fin de apoyarse en ella; mas receloso tambien de que los castellanos, al verla desprovista de defensores, la embistiesen y ganasen, avisó al Rey de Granada, invitándole á que con una buena hueste, saliese á hacer correrías por el pais, acercándose con disimulo hácia el estrecho, con el único propósito de oponerse á las tentativas del enemigo contra Gibraltar. Podia sin embargo Albohacen ausentarse al África sin cuidado, porque D. Alfonso habia declarado que, aunque aquella fortaleza tan codiciada, solo contase con su alcaide para su custodia, no la hostilizaria en manera alguna, mientras subsistiese el plazo de la tregua convenida, para no merecer la nota de infame y mal caballero.

Pero el Rey de Granada, que no pensaba del mismo modo, se avino á cumplir los deseos de su aliado, á cuyo fin dispuso un ejér-

cito respetable, que estuviese pronto á la primera señal. Mas noticioso á los pocos dias de que el de Castilla se preparaba á todo evento para acometerle, y de que las guarniciones de Tarifa, Algeciras y otras plazas del litoral acababan de recibir considerables refuerzos y órdenes terminantes de detener al enemigo, si llegaba á presentarse, no se atrevió á despertar al leon dormido, que aun en sueños velaba; antes le envió á Valladolid magníficos presentes, que consistian en una docena de potros árabes, riquísimas telas de brocado y de tisú de oro, alfanges damasquinos y grandes cajas con frascos de esencias y de perfumes. Don Alfonso hubiera perferido que su competidor, sin pensar en la trégua, la hubiese roto de una vez; mas no tubo pretesto plausible para rehusar unos regalos, que se le ofrecian como en prenda de paz y buen concierto.

Recibió pues á los embajadores granadinos ostentosamente y les obsequió como monarca espléndido; disponiendo para su agasajo suntuosas fiestas, y entre ellas la famosa de cañas y sortija, tan generalizada entre los adoradores del Profeta. Los banquetes se sucedieron á los saraos, los fuegos de artificio á las corridas de toros, los juegos de cucaña á las carreras de caballos: la corte de Castilla presentó durante dos semanas un aspecto maravilloso, y todo parecia presagiar los beneficios de una paz y sosiego inalterables. Poco duraron estas ilusiones, porque muy pronto se supo que el rey Albohacen, despues de haber triunfado completamente de los rebeldes en Marruecos, obligándoles á capitular y á las horribles consecuencias de su derrota, acababa de tomar puerto en Gibraltar, con mas de cien galeras de alto bordo y mas pujante que nunca. Con razón presagiaron todos, que los nuevos aprestos del belicoso vencedor de su propio hijo, revelaban claros designios de quebrantar la trégua; por lo que D. Alfonso intimó á los embajadores del Rey de Granada que se retirasen de su corte, sino le daban seguridades de que su amo y Señor no se coligaria con el de Marruecos, en caso de que éste faltase á la buena fé de los tratados. Ausentáronse los mensajeros granadinos, con el fin, que luego se calificó de pretesto, de pedir instrucciones, para contestar á la demanda del soberano de Castilla, y no volvieron á aparecer en Valladolid, lo cual dió á

entender, de una manera indudable, que la guerra iba á estallar de un momento á otro con mayor encarnizamiento, que en la anterior campaña de Algeciras.

Acrecentáronse los temores y las hablillas con la resolucíon que tomó D. Alfonso de trasladar su corte á una ciudad inmediata al teatro de los acontecimientos que debían tener lugar. Con este objeto eligió á Sevilla; mas antes procuró no dejar á sus espaldas rastro alguno, que pudiese darle cuidados, ni acarrear á ninguna ciudad castellana conflictos y disturbios, como el que habia turbado la tranquilidad de Valladolid.

Varios nobles, de los que mas habian contribuido á la última sublevacion, se hallaban presos en la cárcel real, punto que les habia señalado el Justicia Mayor de Castilla, mientras el Rey no disponia de su suerte. Don Alfonso, benigno de corazon, perdonó á los arrepentidos, pero mandó degollar á los que hacian alarde de sus traiciones, por no perder el nombre de *Vengador y de Justiciero*. Los arcabuceros de Castilla; acaudillados por el esforzado caballero de Mendibil, sitiaron de órden del Rey al conde Osorio en su fuerte castilllo de Belver, y despues de mil combates sangrientos contra los rebeldes que lo defendian, lo asaltaron con furor, pasándolos á todos á cuchillo. El conde, instigador y principal cabecilla de las últimas turbulencias, fué conducido á Valladolid y degollado por mano del verdugo, en el *Campo Grande*, con estraordinario júbilo, contento y algazara de aquella misma plebe, que le habia seguido, cuando intentó proclamar por Rey de Castilla al conde de Trastámara. Este no pudo presenciar el triste fin de su imprudente favorecedor, porque á la sazón caminaba hácia su destierro de Talavera. escoltado por los hombres de armas, que D. Lope de Urnizar habia dispuesto para su custodia y seguridad, con arreglo á las instrucciones de D. Alfonso.

CAPITULO XXXI.

El Monarca y el heredero del trono.



A hemos visto, que entre la reina doña María y su hijo el infante D. Pedro se había decidido irrevocablemente la suerte de doña Leonor de Guzman y de los bastardos, y que cuando la primera acababa de recostarse con abandono en su sitial, se presentó el Rey en su cámara.

Don Alfonso había tenido que violentar los mas tiernos sentimientos de su corazón, para imponer la pena del destierro á D. Enrique, á quien amaba con indecible cariño. La mayor prueba que podemos ofrecer de la jusiicia, que caracterizaba todos sus actos, es el castigo, con que afligió al jóven conde de Trastamara, cuya partida le traspasó el corazón. Necesitaba por lo mismo algun consuelo para su dolor, y fué á buscarlo á las habitaciones de la Reina su esposa, blanco

hacia poco tiempo de las persecuciones de los magnates y heroica sostenedora de los fueros reales, en la lucha entablada por los conspiradores.

La presencia de su hijo, el infante D. Pedro, de su inmediato y legítimo sucesor, era sin duda un beneficio del cielo, supuesto que debía contribuir á calmar sus pesares. Así al menos lo creía él, porque dotado de una alma grande y generosa, imaginaba que todos se le parecían, mientras no adquiría pruebas evidentes de lo contrario. No tardó sin embargo en convencerse, con amarga pena, de que el corazón de D. Pedro, á quien hasta entonces había tenido pocas ocasiones de examinar despacio, por las muchas ocupaciones de su gobierno, no estaba modelado por el suyo.

La Reina se levantó al punto para saludarle; mas D. Alfonso la obligó á que se sentase de nuevo, y echando mano á otro sitio, se colocó sin ceremonia á su lado. El Infante permaneció en pié con los ojos clavados en doña María, como si intentase fijar en su memoria la plática que con ella acababa de tener, ó acaso para que no se dejase sorprender por alguna proposición del Rey, favorable á los bastardos. Don Pedro había vivido mucho en poco tiempo, y anunciaba desde sus juveniles años el indomable carácter y la impetuosidad de ánimo, que desplegó desde el momento, en que fué saludado por Rey de Castilla.

El Rey fué el primero que rompió el silencio, preguntando á doña María cortesmente:

—¿Cómo es, Señora, que no habeis salido hoy á solazaros, como de costumbre, por las orillas del Pisuerga?

—Iba á hacerlo, Señor, contestó la Reina sonriéndose, porque no ignoraba que os encontraría escoltado por vuestros caballeros de la Banda; mas... vino el Infante nuestro hijo y me entretuve con él, hablando de los negocios públicos.

—La verdad, Señor, no es esa, repuso D. Pedro, haciendo alarde de su malicia.

—¿Pues cuál es? replicó D. Alfonso con afabilidad.

—Que la Reina, mi Señora y muy querida madre, temía encontrar rebeldes junto al río.

El Rey no pudo menos de arrugar el entrecejo y respondió:

—Ya no hay rebeldes en Valladolid; todos han huido, por no caer bajo la mano de D. Lope de Urnizar.

—Señor, observó atrevidamente el Infante, ya he probado á la Reina mi Señora, que el Justicia Mayor de Castilla es ciego.

—¿Por qué lo decís?

—Porque os asegura que no existen traidores en la ciudad, siendo así que no se vé otra cosa por todas partes.

—El pueblo nunca es traidor, hijo mio; tenedlo así presente, por si algun dia empuñais el cetro. Se le alucina fácilmente, es verdad; todos los que pretenden servirse de él para lograr sus reprobados fines, le aseguran que solo se afanan por su ventura. El pueblo les sigue muchas veces, porque le engañan sus promesas y porque aspira á ser feliz; mas nunca conspira á ciencia cierta, ni trama sublevaciones contra sus reyes. Ahí lo estais viendo: ese pueblo, que ayer favorecia, al parecer, las traiciones del conde Osorio contra mi autoridad, me victorea hoy entusiasmado. Lo que siempre necesita es que se le desengañe. En cuanto á la nobleza, ya es otra cosa.

—De ella quise hablar precisamente, Señor, cuando aseguré que D. Lope de Urnizar no vé gota.

—Es que.... no creo que ningun magnate se atreva á permanecer en la corte, de cuantos se han rebelado contra mi persona y contra la Reina.

—Miradlo bien; Señor.... tal vez se halle tan cerca de vós, que por lo mismo no haya llamado vuestra atencion.

Don Alfonso permaneció largo rato caviloso y triste, porque habia comprendido el pensamiento de D. Pedro. Dirigióle al fin una mirada severa y le dijo ásperamente:

—Llámanme *el Vengador*, porque nunca he dejado impune crimen alguno, que haya llegado á mi noticia; mas.... si acertase, por desgracia, á merecer el renombre de *Vengativo*.... ¿veis estas manos....? pues con ellas me arrancára el corazon.

—Señor.... no imaginaba disgustaros, murmuró el Infante.

—Nada habeis dicho que ofenderme pueda, le contestó el Rey,

ni yo tampoco os lo sufriría; pero siento por vos mismo las palabras que habeis pronunciado.

—No os irriteis, Señor, repuso la Reina, y perdonad al Infante, que ha hablado sin premeditacion y sin juicio.

—El Infante, Señora, ha hablado lo que siente, y lo que siente le deshonra. Ahora debo añadir, no para su satisfaccion, sino para la vuestra, y para que todos conozcan hasta donde alcanza mi justicia, que á mi lado no se cobija ningun traidor ni sospechoso de tal, porque D. Enrique de Trastamara, á quien el conde Osorio y sus parciales querian alzar por rey de Castilla, acaba de salir desterrado de la corte á la villa de Talavera. Don Pedro ¿sabeis de algun otro, á quien debemos imponer el mismo ó mayor castigo?

—¡Cómo, Señor! exclamó el hijo de doña María. ¿Mi muy querido hermano, el infante D. Enrique, ha podido incurrir en desgracia? ¿Pues no sabemos todos que la rebelion le obligó á aceptar un papel, que no le correspondia? ¿Y no me será lícito interceder en su favor?

El Rey examinó detenidamente el rostro y las miradas de D. Pedro y se puso pálido, porque habia reconocido el ódio profundo que abrigaba su corazon contra los bastardos.

—¡Qué manantial de desgracias y de sangre voy á legar á Castilla! pensó el atribulado Monarca.

Levantóse de allí á poco, limpió el sudor de su frente y mirando á su hijo cara á cara, le dijo:

—Don Pedro, algun dia reinareis en España; mas tened por seguro que reinareis, porque yo no me atrevo á deshacer lo que ha hecho la Providencia divina.

—Sois mi padre y mi rey, Señor, le contestó el Infante con brio, y teneis derecho á exigir que todos vuestros súbditos respeten y acaten vuestra voluntad. Si algun dia empuño el cetro, como acabais de anunciarme, os juro que mi voz será obedecida, ó que hablaré de cabezas los caminos reales.

—Está bien, observó D. Alfonso dulcificando su acento. Eso quiere decir que si yo os desheredo, si os privo de vuestros derechos á la corona, ninguna tentativa opondreis á mis mandatos.

—Ninguna, Señor; os lo ofrezco, por la salvacion de mi alma.

—¿Y si nombro por mi sucesor á D. Enrique, conde de Trastámara?

—Tampoco. No me moveré, porque podeis disponer del trono, como os plazca.

—Pero D. Enrique es.... un bastardo.

—Desde el momento en que yo no sea rey ¿qué me importa la raza del hombre, que llegue á sentarse en el trono?

—¿Y le servirás fielmente?

—Eso no, porque pudiera suceder que no respondiese de mi mismo.

—¿Qué haríais pues?

—Huiria de España, por huir de la tentacion, y buscaria en reinos estraños otra corona ó la muerte.

—Pero maldeciriais mi nombre....

—¿Por qué, Señor? ¿No he reconocido que sois dueño absoluto para disponer de vuestra sucesion? Además, soy hijo vuestro, y si me falta aquí un trono, mil otros hay en el mundo, que pueden conquistarse con una lanza. Yo sé, pues mi corazon me lo dice, que he de ceñir mis sienes con una corona; dad, Señor, la de Castilla, á quien quisiéreis, ya que mia no ha de ser; que yo sin disputarla, aguardaré tranquilo á que el cielo me conceda lo que sin duda me ha destinado.

—La mia tendreis, D. Pedro, esclamó D. Alfonso enternecido, porque mereceis reinar. Esos altos pensamientos os abonan, y si antes declaré que sereis mi sucesor, porque no me es posible oponerme á los decretos del cielo, ahora digo que aunque pudiera contrarestarlos, no lo haria. Moderad empero vuestros ímpetus juveniles, reservando la fogosidad y el encono contra los enemigos de vuestros pueblos; ya que poseeis las dotes necesarias para empuñar dignamente un cetro, no las oscurezcáis con el hálito ponzoñoso del aborrecimiento y de la envidia. Pronto me ausentaré de nuevo y.... ¿quién sabe, si me será dado volver? Gravad, hijo mio, en vuestra memoria mis consejos....

—¿Qué estais diciendo, Señor? repuso doña María abandonando su sitio. ¿Vais á emprender nuevas guerras?

—¿Quereis por ventura que la vejez me alcance ó den conmigo en tierra los achaques de la gota, dejando en poder de los infieles la plaza de Gibraltar?

—¡Gibraltar.....! ¡Gibraltar.....! gritó D. Pedro estrechando fuertemente la mano del Rey. Llevadme con vos, para que aprenda á pelear.

—No.... no.... respondióle D. Alfonso; si muere el Monarca es preciso que quede su sucesor.

Y salió de la cámara de la Reina.



CAPITULO XXXII.

Las dos consultas.



uy pronto estalló la guerra con mas encarnizamiento que nunca, porque el orgulloso Albohacen intentó de nuevo invadir el territorio andaluz, dándose la mano con el Rey de Granada: encontró sin embargo bien prevenidos á los cristianos, que supieron escarmantarle en diferentes encuentros, sirviendo estos de preludio á los terribles desastres que experimentaron los españoles poco tiempo despues, y que cubrieron de luto á la nacion entera.

Don Alfonso activó los preparativos de su marcha y toda la corte se trasladó á Sevilla, desde cuyo punto se dirigió el ejército, acaudillado por D. Luis de La-Cerda y D. Lope de Vandaña, á poner cerco á Gibraltar. Brillante y aguerrida era la hueste que manda-

ban los dos valientes caballeros de la Banda, cuyo ardor subió de punto, cuando supieron que el Rey en persona, luego que hubiese dado término á los negocios, que le obligaban á permanecer en la corte, iria á disponer las operaciones del sitio y á intimar á los infieles la rendicion. Los reyes de Portugal, de Francia y de Aragon habian enviado sus mejores tropas para la empresa, y las cuadrillas de toda la Península ibérica acudian en tropel á Andalucía, temiendo llegar tarde á los formidables asaltos, que se preparaban contra Gibraltar. Muchos nobles estrangeros se alistaron tambien voluntariamente entre las filas españolas, llevados del laudable deseo de contribuir á la toma de aquella plaza importantísima y á la libertad de los cautivos, que en ella yacían aherrojados. El éxito no parecia dudoso; pero los enemigos de la morisma contaban con sus propios corazones, sin parar mientes en los grandes aprestos de Albohacen y en lo muy pertrechada que tenia la fortaleza. Esto no obstante, daban por segura su rendicion, no bien se presentasen á su vista, y así lo anunciaban llenos de bravura y de entusiasmo.

Pocos dias antes de la partida de Alfonso al campo cristiano, tuvo aviso de que moraba en Sevilla un famoso médico, que predecia el porvenir. Ya hemos visto que el Rey *Justiciero* pagaba su correspondiente tributo á las supersticiosas creencias de su siglo, y tampoco ignoramos que la medicina y la astrología judiciaria se daban la mano en aquellos tiempos de ignorancia, cultivándose con esmero por los judíos y los moros, únicos depositarios de los secretos de tan escondidas ciencias. El asesinato de Samuel, hijo de Abenez y sábio médico de la corte, perpetrado por el señor de Villena, no habia podido curar á D. Alfonso de una credulidad, que era comun á todos los monarcas, príncipes y magnates de su época; por lo que, hallándose á punto de esponer su vida, y sobre todo, los mas grandes intereses de su reino, á ignoradas vicisitudes y contratiempos, quiso conocer su oróscopo, antes de ausentarse de Sevilla. En Vitoria hizo que el caballero de Vendaña le acompañase al laboratorio de Samuel; mas como en su nueva corte no tenia á su lado el que mas que otro alguno habia sabido

captarse su confianza, se aventuró á ir solo en busca del famoso rabino Eleazar, de cuya ciencia y portentosas predicciones, confirmadas por los hechos, se hacían lenguas los magnates y las damas de la ciudad.

No cansáremos al lector, volviendo á sacar á plaza la descripción de un laboratorio astrológico-judiciario de la edad media, bastando para nuestro propósito recordarle el de Samuel, á fin de que forme una idea de la nueva estancia, cuya entrada le brindamos. En ella encontró D. Alfonso á Eleazar cómodamente arrellanado, y estendiendo el brazo hácia la mesa, atestada de instrumentos matemáticos y de libros en estraños idiomas, arrojó con desenfado una bolsa repleta de oro. Dejóse caer acto continuo en un aterciopelado sillón y dijo al médico:

—Me han ponderado tu sabiduría y vengo á juzgar de ella.

—Señor, le contestó el rabino inclinándose profundamente, la verdadera sabiduría está en lo alto; nosotros, míseros mortales, solo podemos leer en las maravillas de la naturaleza una pequenísimas parte de sus secretos.

—Buenas razones has pronunciado, médico Eleazar, y si tus vaticinios corresponden á ellas, justa será la fama de que gozas, repuso el Rey con agrado.

—Ignoro, Señor lo que V. A. pretende de mí....

—¡Cómo....! ¡Lo ignoras....! ¿Pues por qué te llaman adivino?

—¡Ah....! Ahora lo comprendo. V. A. quiere que yo conozca, sin que se me espliquen, las causas de algun grave mal que le aqueja....

—Eso es, por el infierno, murmuró D. Alfonso mordiéndose los lábios. Ya veo que tengo que habérmelas con un imbécil.

El rabino fingió no haber escuchado estas palabras, pero trazó sobre un pergamino ciertos signos misteriosos, abrió un libro, consultó dos ó tres sentencias, y mirando de hito en hito al Rey, le habló así:

—Vuestra Alteza imagina en este instante que no está enfermo y que el médico Eleazar es un estúpido.

—Algo hay de eso, replicóle el Rey sonriéndose.

—Con todo, añadió Eleazar, el médico pretende probar al Rey que se equivoca.

—¡Demonio....! ¿Serás capaz de....

—¿De sostener que V. A. padece? Nada mas fácil.

—Mira, Eleazar, que te espones. Si no me lo pruebas ahora mismo, te mandaré ahorcar.

—Mi vida es de V. A., Señor.

—Ya lo sé. Prosigue.

—¿Qué es padecer, poderoso Rey de Castilla...? ¿Tener dolorida la cabeza...? ¿Sentir una afeccion de pecho...? ¿Hallaros postrado en cama, acometido por devoradora calentura...? Ciertamente que si no hay otros dolores para el infeliz mortal, que los que maltratan esta pobre cubierta que llamamos cuerpo, libre está de todos V. A. Pero los sufrimientos del alma....

—¿Del alma, Eleazar? La mia está tranquila y satisfecha.

—Vamos á examinarla. ¿Nunca ha pensado el Rey de Castilla en los azares de esa guerra asoladora, que vá á emprender?

—Sí.... sí; pero al cabo triunfaré de mis enemigos.

—Esa es la esperanza que sostiene al Rey en su enfermedad; de lo contrario, moriria.

—Es cierto.

—¿Nunca ha pensado el Rey de Castilla en que puede perder la vida delante de los muros de Gibraltar?

—Confíesote que algunas veces me asalta esa idea.

—Luego el alma no está tranquila; luego no está satisfecha.

—Me aquejan cuidados, es verdad; mas no siento morir por mí....

—No, ya lo sé, Señor; mas vuestro reino....

—Tendrá quien lo gobierne.

Eleazar cogió de la mesa un cristal azogado y señaló en su centro una raya con un punzon. Pronunció en seguida con trémulo acento algunas frases de conjuro, y mostrando el cristal á D. Alfonso, le preguntó respetuosamente:

—¿Qué es lo que vé Vuestra Alteza, Señor?

—Veo.... veo.... murmuró el Rey palideciéndolo.... Sí.... es una línea rogiza ...

—Es una línea de sangre, Señor, repuso el rabino.

—Bien.... bien.... sea lo que te plazca. Al fin esas desgracias, si las hay, no ocurrirán en mi tiempo.

—Pero Vuestra Alteza las siente hoy, como si en efecto las presenciase. ¡Oh! Seguro estoy de ello, porque Vuestra Alteza ama á sus fieles servidores y á las ciudades aguerridas, que defienden los derechos del trono.

—Eso sí, pardiez; mas.... eso nade tiene que ver con mi enfermedad.

—Vuestra Alteza padece del espíritu.... Ya lo he dicho, Señor.... Esa línea de sangre, qué resalta en el cristal, anuncia á los estados de Castilla un rey tirano.

—Has leído, buen Eleazar, lo que pasa en mi corazon, pero no es bastante. Necesito profundizar el arcano del porvenir; necesito saber dos cosas: la primera es, qué suerte reserva el cielo á mi expedicion contra la plaza de Gibraltar.....

—¿Y la otra, Señor?

—La otra.... la otra.... consiste en que me reveles lo que acontecerá á mi sucesor y á este reino, en medio de las catástrofes sangrientas, que me has anunciado.

Eleazar revolvió sus pergaminos, trazó nuevas líneas, consultó signos y formó cálculos, pronunciando palabras estrañas, en medio de imprecaciones terribles. Agitóse en su sillón convulsivamente, erizáronse sus cabellos, y por espacio de algunos segundos aparecieron sus feroces ojos inyectados de sangre, como los de una pantera. El Rey le contemplaba asombrado, y aun hizo dos ó tres veces ademan de levantarse para apaciguar al rabino; pero éste se calmó de pronto, irguió la frente con orgullosa altivéz y una sonrisa de triunfo se dibujó en sus lábios. Volviéndose despues hácia D. Alfonso, exclamó con imponente acento:

—Aquí está.

—¿Qué es lo que has encontrado? le preguntó el Rey impaciente.

—El destino de vuestro sucesor, contestó el médico, señalando los signos que habia trazado.

—¿Y el mio?

—La ciencia nunca engaña, Señor; es la verdadera riqueza, que el cielo puede otorgar á los mortales; con ella se alcanza todo, y espero yo, miserable adepto, conocer en breve lo que Vuestra Alteza desea averiguar.

—Revélame pues lo que has hallado en tus viejos pergaminos.

—Observe Vuestra Alteza estas dos líneas paralelas; la distancia que las separa vá disminuyendo poco á poco.... ya han dejado de ser paralelas, porque han venido á encontrarse, atraídas por una influencia misteriosa.

—¿Y qué significa eso?

—Estas dos líneas son dos hermanos, Señor.

—¡Dos hermanos! ¿Estás loco, Eleazar?

—Dos hermanos, que no se verán en mucho tiempo, pero que al fin llegarán á encontrarse en su carrera.

—¿Y despues?

—¿No repara Vuestra Alteza, que las dos líneas confundidas no forman ya mas que una? Esto quiere decir que una de ellas, la mas fuerte ó la mas afortunada, ha absorbido á la otra.

—Entiendo; uno de los dos hermanos vencerá al otro.

—No tal, no tal, D. Alfonso, porque en ese caso la línea absorbida ó eclipsada volveria á aparecer mas adelante.

—Esplicame pues el arcano.

—¿No lo ha comprendido Vuestra Alteza? La línea no aparece por ninguna parte.... de las dos solo queda la vencedora.....

—¡Cielos...! ¡Una muerte...!

—El hado lo dispone así.

—¡Un Cain en los de mi sangre!

—El cálculo es exactísimo, y todo el poder de la tierra no podrá impedir que se cumpla lo que está decretado por el cielo.

—Díme, dime, Eleazar, si todo eso será efecto del acaso, ó si....

—La ambicion y la venganza armarán el brazo del fratricida.

—La ambicion.... está bien; pero la venganza....

—Es manjar muy sabroso para los corazones ulcerados.

—¿Y cuál de mis hijos tendrá que vengar agravios de mi sucesor?

—Vuestra Alteza no recuerda ya la línea de sangre....

—Es verdad.... mas nada me has dicho sobre lo que dá á entender....

—¿Cómo no, rey D. Alfonso? El monarca de Castilla herirá á sus hermanos en lo mas vivo de sus entrañas....

—Calla, infeliz.... ¿Por ventura doña Leonor de Guzman....

—La madre del infante D. Enrique morirá degollada. Aquí te neis, en el cristal, é inmediata á la línea rojiza, una sombra que revela todo el misterio.

—Prosigue.... prosigue....

—Los hijos de doña Leonor se levantarán contra su hermano. Hé abí tres líneas, que se cruzan contra una sola....

—Tres líneas.... no hay duda.... Don Enrique, D. Fadrique y D. Tello. Adelante, Eleazar; ya sabes que quiero enterarme de todo.

—Las tres líneas se confunden muchas veces, hasta que por fin quedan dos de ellas borradas completamente....

—¡Ah! ¿Con que perecerán tambien en la contienda dos hijos míos?

—En la contienda no, porque nada indica que haya guerra por este lado: morirán probablemente como su madre....

—¿Y cuál de los tres escapará con vida?

—El mas culpable contra su Rey, el mismo que hundirá un puñal en su pecho y usurpará su corona....

Don Alfonso oprimió fuertemente sus sienes con las manos, limpióse el frio sudor, que por el rostro le corria y murmuró en voz baja:

—Si todo eso debe acontecer por disposicion de la Providencia, en vano me afanaria yo para evitarlo. Basta de tan desagradable negocio, Eleazar, y echa de nuevo tu horóscopo sobre la fortuna que me espera....

—¿Ha decidido Vuestra Alteza ausentarse de la corte? le preguntó el médico....

—Mañana mismo partiré á reunirme con mis caballeros. Díme si la plaza de Gibraltar será el premio de mis sacrificios. Y....

—Veo en ese mismo cristal de la línea de sangre un sol resplan-

deciente, en medio de negras nubes; ese astro iluminará vuestra gloria, Señor, y esa gloria será la mayor de cuantas habeis adquirido en los combates. Con todo, Rey de Castilla.... renunciadla.... no os alejéis de Sevilla.... no marcheis al campamento....

—¿Por qué motivo?

—Porque el viaje puede seros fatal.

—No iré solo, si temes que los infieles me hayan tendido alguna emboscada.

—La ruta se os presenta sin obstáculos....,

—Luego el peligro está allí.... enfrente de Gibraltar....

—Precisamente.

—¿Me quitarán los moros la vida?

—No: triunfareis de su obstinada porfía en todos los encuentros.

—Nada mas necesito, buen Eleazar. Toma ahora esto, como segunda prueba de estimacion, y no olvides que si se cumplen tus últimas predicciones, te colmaré de mercedes.

Hablando así, se levantó el Rey, puso en la mesa del médico una riquísima sortija, que le habia regalado doña Leonor de Guzman, y salió del laboratorio.

Cinco segundos despues resonó en los oidos de Eleazar, que examinaba la joya, á fuer de inteligente, una estrepitosa carcajada, y levantándose una parte del tapiz, que cubria de alto á bajo las paredes de la estancia, apareció en medio de ella el infante D. Pedro. Asustado el rabino con tan imprevista visita, permaneció inmóvil y mudo en su sillón y ni aun tuvo la serenidad necesaria para ocultar los dos magníficos presentes, que acababa de hacerle el Rey. El heredero de la corona le sacó bien pronto de la especie de letargo en que se hallaba sumido, yendo hácia él y diciéndole familiarmente:

—Parece, Eleazar, que no has aprovechado mal el dia. Una sortija de gran precio y una bolsa llena de oro merecen por cierto que la ciencia haga milagros.

—¡Ah! ¿Con que sabeis.... se aventuró á contestar el médico.

—Yo tambien soy adivino, le interrumpió el Infante, y conozco

el año, el mes, el día, y aun la hora, en que un hombre debe morir. Tú, por ejemplo.....

—¡Qué es lo que decís, Señor!

—No te atemoricen mis palabras y escuchame. Desde allí escondido, he presenciado la consulta del Rey, pues cuando él entraba por la puerta pública en tu laboratorio, venia yo por la secreta á hablarte de mis asuntos; oí su voz y tuve por cosa prudente quedarme detrás del tapiz. Óyeme ahora. De todo lo que has dicho al Rey, solo hay de cierto, como vaticinio, que, no bien mis manos empuñen el cetro de Castilla, perecerán doña Leonor y sus bastardos.

—Dos de ellos nada mas, infante D. Pedro, porque la ciencia no miente.

—La tuya, Eleazar, es un abismo de embustes y supercherías, y para probarlo te aseguro que el primer bastardo que ha de morir es D. Enrique, el mismo que tu reservas para que me asesine.

—El cielo es quien le reserva, y él le guardará.

—Bien; dejemos á un lado tan enojoso asunto, y procura predecirme, por medio de tus enredos cabalísticos, la suerte que me aguarda en cierta aventura amorosa, que traigo entre manos, ó mejor dicho, aquí.... dentro de mi imaginacion.

—Niño sois todavia, infante D. Pedro, y por lo tanto no os negaréis á escuchar los saludables consejos de un hombre de experiencia.

—¡Oh! No por cierto. Demasiado sé, doctísimo Eleazar, que los de tu raza entendeis esa materia á las mil maravillas, y que las mugeres que elegís para vuestro solaz, son las mas bellas del mundo.

—Otro es mi objeto al hablaros; quiero presentar á vuestra vista los peligros de una pasion insensata.....

—¡Insensata dices...! Has de tener entendido que la dama, cuyo amor pretendo solicitar, es una de las mas encopetadas del reino.

—Tanto peor.

—¿Cómo así?

—Porque os pondreis en peligro de dar á esa dama vuestra mano, y cosa es esta que no puede hacer á su gusto y placer el heredero de un trono.

—¡Já....! ¡Já....! ¡Já....! ¡Já....!

—¿Os reís, Señor....?

—¿Te sorprende por ventura? Me rio de tu ignorancia.

—¡Ah....! ¿Con que me desafiáis?

—Justamente. Quiero que adivines el motivo de mi risa, que es un insulto para tu ciencia.

—Y ahora veremos si la ciencia triunfa de vuestra incredulidad.

Diciendo así el rabino, tornó á sus líneas y á sus cálculos, consultó pergaminos é invocó en su ayuda á las potestades invisibles, que le favorecían con sus inspiraciones. Al cabo de media hora de conjuros y despues de haber emborronado un pergamino entero de figuras y de signos cabalísticos, se enderezó magestuosamente en su sillón y estendiendo su brazo derecho hácia la mesa, exclamó señalando con el dedo índice uno de los infinitos trabajos, que habia hecho:

—*Eureka*.

—¿Qué diablos significa esa palabra bárbara? le preguntó el Infante.

—Os dá á entender, contestóle el médico pausadamente, que he hallado el punto de la dificultad.

—¿Cuál de ellos?

—Los dos, sí quereis, pero en uno solo.

—Háblame de modo que pueda comprenderte.

—Digo pues, que he adivinado el nombre de la dama de vuestros pensamientos, y por consiguiente el verdadero motivo de vuestras carcajadas.

—¡Demonio! Si es así, estoy pronto á confesar que eres el mayor brujo, que se ha visto en estos reinos.

—Nunca os burleis de la ciencia, Señor, porque ella descubre....

—¡Eh! Déjame en paz y guarda para otros tus advertencias inútiles: lo que yo quiero es que pronuncies el nombre de la hermosura, que me cautiva.

—Infante D. Pedro ¿os bastará que os asegure, que es una mujer casada?

—Algo has dicho, bribon; mas no me satisface del todo. Su nombre.... su nombre....

—¿Se os figura que puedo ignorarlo?

—Me has arrojado el guante, Eleazar, y hasta ahora....

—Hasta ahora, jóven, llevo la mejor parte en la pelea.

—No importa, supuesto que no me doy por vencido, y que deseo luchar hasta el último trance. Si no declaras el nombre de mi bella, juro alborotar la ciudad, asegurando á todos que eres un embaucador ignorante.

—Basta. Amais á doña Blanca de Almazan, á la noble esposa del caballero D. Luis de La-Cerda.

Don Pedro empezó á temblar como un azogado, y dando diente con diente fué á refugiarse junto á la puerta de salida.

—¿Por qué huís de mí? le preguntó el médico sonriéndose.

—Porque.... porque.... ó eres el príncipe de las tinieblas, ó le tienes metido en el cuerpo.

Y reponiéndose luego poco á poco del susto, añadió:

—Vamos, Eleazar; seamos amigos. Ya sabes que soy muy pobre, porque el Rey mi padre me tiene por niño y no me dá bolsillos atestados de oro, para pagar los misterios de las ciencias. En cambio me espera tarde ó temprano un trono, y cuando lo ocupe, sabré premiar con largueza á mis fieles servidores. ¿Quieres ser uno de ellos, ó mejor dicho, el principal de todos?

—Disponed de mi vida, Señor.

—No exijo tanto: solo quiero que busques un recurso infalible, para que yo sea amado de doña Blanca.

—¿Conoce ella vuestra afición?

—¡Bah! ¿Cuándo quieres que se la haya manifestado?

—Es cierto; muy pocos dias hace que D. Luis de La-Cerda se ausentó de la corte, con los demás caballeros de la Banda.

—No es eso, sino que no he tenido coyuntura favorable para acercarme y decirla....

—Si hiciera mas tiempo....

—¿Qué murmuras?

—Decia para mis adentros, que la ausencia amortigua la passion; pero es locura pretender que en tan corto espacio olvide una dama principal lo que debe á un esposo querido.

—Ya; pero cuando el nuevo adorador es un Infante.....

—Infantes son los La-Cerdas.

—Cuando es el heredero del trono.....

—Los La-Cerdas tuvieron antes que vos ese derecho.

—Cuando el Infante y el heredero del trono se llama D. Pedro de Castilla.....

—Muchos títulos son esos, Señor.

—Pues bien; hazlos valer esta misma noche y tienes hecha tu fortuna. Si te opones á mis intentos, juro por el cielo que ni el rey D. Alfonso te libertará de mi saña.

—¿Quereis triunfar de esa belleza?

—A todo trance.

—Conozco el medio.

—¡Ah! Serás mas rico que el Rey de Marruecos. Habla.... habla.....

—Poco tengo que decir. Haced de modo que os encontreis esta noche en el jardin de doña Blanca.

—¿A qué hora?

—A las doce. Si transcurren diez minutos, sin que yo me haya presentado á vuestra vista, subid y penetrad osadamente hasta el salon de la dama. Allí.... todo estará preparado para recibirlos.

Don Pedro, ébrio de júbilo y de amorosas esperanzas, estrechó á Eleazar y se retiró precipitadamente, para prepararse á la entrevista que el último acababa de anunciarle.

—¡Loco, ó malvado! dijo el rabino entre dientes. Verémos si la escena que le preparo es para él una leccion saludable.

CAPITULO XXXIII.

En el cual se demuestra que una muger casada puede conceder cita
á un amante sin dejar de ser virtuosa.



A escena á que aludía Eleazar era una consecuencia inmediata de algunas nuevas, que habia recibido, y de un acontecimiento funesto, que no podia ocultársele, por lo mismo que habia examinado sus causas.

Dos dias despues de la partida de don Luis de La-Cerda para el campamento de los cristianos, situado delante de Gibraltar, se sintió peligrosamente enferma la

Infanta doña María; mas no queriendo angustiar el corazon de su amada Blanca, disimuló cuanto pudo sus padecimientos, negándose á que se le suministrasen los necesarios auxilios, de que podia disponer para alivio de su dolencia el entonces atrasado arte de curar. Pero la calentura hizo en muy poco tiempo grandes estragos y la

ilustre matrona se vió precisada á convenir en su mal y á entregarse á los tiernísimos cuidados de su hija. Esta llamó sin tardanza á los mas afamados doctores de la ciudad, y entre ellos al sábio médico astrólogo Eleazar; pero se habia perdido mucho tiempo y nada pudo adelantar la ciencia contra el fallo del cielo. La virtuosa madre de Blanca luchó con la muerte cinco dias, pero agotadas sus fuerzas por la fiebre, cayó al sesto en una postracion precursora de la agonía. Esta fué de corta duracion y la triste heredera de Almazan no tardó en estrechar entre sus brazos un cadáver.

Precisamente murió la Infanta el mismo dia, en que el Rey y su hijo D. Pedro fueron, uno despues del otro, á consultarse con el rabino Eleazar, y éste, que no ignoraba aquella desgracia, luego que adivinó la pasion del heredero de la corona de Castilla, resolvió aprovecharse de una circunstancia tan propicia, para curar al Príncipe de sus locuras amorosas y para sustraer á la esposa de don Luis de La-Cerda de sus asechanzas.

Lloraba la inconsolable doña Blanca al pié del féretro de aquella, que mas que madre habia sido siempre para ella una tiernísima amiga, cuando á eso de las once de la noche se presentó á su vista con faz compungida el célebre astrólogo de la corte. Los lutos de la heredera y de sus criados, el melancólico aspecto de la estancia colgada de negro, que servia por última vez de retrete á la infanta doña María y las sombras fantásticas, que en el techo proyectaba la tétrica luz de cuatro hachones amarillos, exigian imperiosamente una vision, una figura que, semejante á la de Eleazar, completase el cuadro. Adelantóse el rabino pausadamente, cruzó las manos sobre el pecho, á estilo musulman, para saludar con respetuoso acatamiento á doña Blanca, y se detuvo en frente del féretro, clavando sus miradas en el descompuesto rostro de la que no existia. Despues, como si hiciese un esfuerzo sobrehumano para hablar, pronunció estas palabras:

—El cielo así lo ha querido.

—Así lo ha querido.... repitió la heredera con amargura.

—¡Y qué! repuso el médico afablemente. ¿Creeis, noble señora, que el cielo no es justo?

—¿Imaginas, tú, contestóle aquella desconsolada hija, que es esta buena ocasion para que me dirijas tal pregunta?

—Sí, porque si dudáseis de la justicia del cielo, aquí estoy yo para probaros, que tal vez ha decretado contra vuestro corazón esa desventura, para impedir que esperimenteis otras mucho mayores.

—¡Oh....! Yo no dudo.... yo no puedo dudar, porque eso sería rebelarme contra Dios; pero ahí está.... Eleazar; ahí está la madre amorosa, que lloraba y reía conmigo...; la madre, que prefería mi felicidad á la suya...; la madre, que siempre estuvo pronta á dar su vida por mí.... ¡Y yo....!

—Todo lo sé, doña Blanca, todo lo sé; pero sirvaos de consuelo y de alivio en vuestro legítimo dolor, la seguridad de que vuestra ilustre madre, aun despues de muerta, vela por vos.

—¡La seguridad, has dicho....!

—La seguridad.

—Cierto, Eleazar.... la pena me vuelve insensata. Mi cariñosa madre está en el cielo y pide á Dios, que me ampare y me defienda.

—Eso en cuanto á su espíritu. Fué benéfica y virtuosa en la tierra y habrá encontrado el premio merecido: mas yo no os hablo ahora de su proteccion invisible.

—¿Pues de qué me hablas, buen Eleazar?

—Nadie mas que vos debe oír lo que tengo que deciros.

Doña Blanca hizo una seña á las doncellas silenciosas, que la acompañaban en su soledad, y todas se retiraron.

—¿Me amenaza algun peligro? preguntó en seguida al médico.

—El mayor de todos, señora; el peligro de vuestro deshonor; la respondió Eleazar.

—¡Y sola aquí....! ¡Dios mío....! ¡Sin mi esposo....! ¡Sin mi madre....! ¡Ah....! ¡Sin mi madre y protectora....!

—Ya os he afirmado que todavía lo es. ¿Veis ese inanimado cuerpo....? Su presencia servirá para salvaros.

—Sí; á su sagrado me acogeré.... ella es mi madre todavía y no me separarán de sus brazos todos los enemigos, que se conjuren en mi daño.

—No lo haréis, señora; no lo haréis, sino que reposada y tran-

quilla en ese sitio, aguardaréis que se presente el único mortal, que hoy atenta contra vuestro reposo.

—¡Aquí!

—¿En qué sitio mejor para confundirle?

—Pero espícame ya ese misterio.

—Pocas palabras bastarán, y haced de modo, nobilísima doña Blanca, que las mías no os ofendan. Un caballero.... poco he dicho.... un jóven, cuya voluntad de hierro es incontrastable, cuya imperiosa y feroz mirada anuncia lo que llegará á ser algun día, se ha prendado de vuestros atractivos.

—¿Sabe quien soy?

—Lo sabe. ¿Quién no conoce en la corte del rey D. Alfonso á doña Blanca de Almazan?

—Y tú.... ¿cómo has averiguado su afición?

—Ha ido á consultarme....

—¡Ah! ¿Con que se ha valido de tí?

—Cierto.

—Osadía ha sido la suya. Pronuncia su nombre y al punto me quejaré al Rey.

—El Rey marchará de Sevilla mañana.

—¿Qué importa? Antes que parta le enteraré de mi agravio.

—De ese modo cometeréis una imprudencia, señora: el Rey lamentará el suceso, mas su indignacion no remediará el mal.

—Me confundes con tus razones.... ¡Ah....! Supongo que ese caballero.... ese jóven insensato, de quien hablaste, se ausentará de Sevilla con D. Alfonso....

—Ojalá fuese así; pero os aseguro que permanecerá en la corte durante la guerra.

—Mal guerrero es aquel que prefiere el descanso á los combates, cuando no hay paladin que deje de correr al cerco de Gibraltar.

—No lo achaqueis á cobardía; aunque apenas es un hombre, aunque no ha hecho sus primeras armas, hubiera volado al ejército, para combatir contra el moro. Solo el deber le retiene aquí.

—El deber....! Un jóven.... has hablado de su voluntad indomable.... de su feroz mirada.... ¿Me engañas, Eleazar?

—¡Engañaros yo, doña Blanca! ¿Qué ventajas sacaría de ello?

—Es que.... se me figura que he adivinado.... no hay duda... el caballero que me agravia es el infante D. Pedro.

—Ya veis, por lo tanto, que el peligro es grande.

—¡Bah! La reina doña María me amparará contra los devaneos de su hijo.

—La reina doña María le ama.... la reina doña María cierra los ojos á los desmanes de D. Pedro, porque mira en él á su futuro vengador.

—¡Ah...! ¿Qué he de hacer...? ¡Dios mio...! Huir de Sevilla...

—¿Cuándo, Señora....? Cuando apenas acaba de cerrar los ojos vuestra ilustre madre.... ¿Qué se dirá en la corte?

—Pues bien; avisaré á mi esposo.... Artal partirá al campamento de los castellanos.

—Y entre tanto os tendrá en su poder el Infante.

—En efecto.... me has asegurado que en esta estancia debo recibirle.... ¿Se presentará mañana?

—¡Oh! No; esta noche....

—¡Qué oigo!

—A las doce en punto.... no; á las doce y diez minutos.

—Imposible.... imposible, Eleazar.... no le juzgo tan loco ni temerario, que....

—¿Es locura, es temeridad, acudir al punto en que nos esperan?

—¡Una cita....!

—Me he encargado de obtenerla para D. Pedro.

—Jamás.... ¡Malvado! Huye de mi presencia, si no quieres que llame á Rodrigo, para que te arroje á la calle.

—Sosegaos, Señora: la entrevista se realizará aquí mismo, porque así es necesario por vuestro bien, porque es el único recurso á que podemos apelar. ¡Malvado me apellidais, cuando por salvaros me espongo á perecer á manos del Infante....!

—No perecerás, supuesto que te empeñas en cumplir su odiosa comision....

—¡Y qué! ¿Os olvidais del testigo, que debe asistir á vuestro coloquio?

—¡Tú sin duda!

—Vedle ahí.... es vuestra madre, que desde el féretro os guarda.... es vuestra madre, cuya presencia aterrorizará á D. Pedro. Que venga pues, doña Blanca, y su arrepentimiento os probará, que el médico Eleazar ha velado por vos.

La heredera comprendió entónces la verdadera intencion del rabino y le alargó la mano, que él besó con profunda humildad. Acto continuo, le dijo:

—Perdona mis sospechas.... he sido injusta contigo.

—¿Qué valgo yo, miserable mortal, cuando se trata de evitar un crimen? exclamó el médico con entusiasmo. Preparémonos para la lucha, porque el enemigo es formidable. Haced, Señora, que vuelvan á vuestro lado esas enlutadas doncellas y nada temais. Vuestra madre os ampara y el cielo está de vuestra parte, ya que ha permitido que yo sea el único depositario del secreto del hijo del Rey; yo tambien estaré al acecho de lo que ocurra, porque no abandonaré esta noche vuestra triste morada.

—¿Cómo! ¿No permanecerás junto á mí, para defenderme?

—Imposible. Debo, por el contrario, hacer al Infante la señal convenida, para que corra desalado á vuestros piés. ¿No es verdad que estais pronta á recibirle?

—Pero.... ¿cómo puedes suponer que yo consienta....

—Señora.... Señora.... decid que sí.

—¿Y qué va á pensar de mí ese orgulloso magnate?

—Pensará, cuando os vea en medio de este fúnebre aparato, que no le temeis.

—¡Ah! No.... no le temo; que se presente á mi vista, si llega su audacia hasta el punto de insultar á los muertos.

—Quedad con Dios, doña Blanca, y no olvidéis una advertencia que voy á haceros antes de dejaros.

—¿Cuál es?

—Si el Infante abriga un corazon de tigre.... si á pesar de vuestro dolor, pretende llevar adelante sus intentos.... sino respeta las lágrimas que derramais al pié del féretro de vuestra ilustre madre.... pronunciad en alta voz estas palabras: *favor á doña Blanca de Almazan.*

—¿Qué acontecerá entónces?

—Entónces veréis, que la afilada punta de un puñal morisco se introduce tres veces seguidas en el corazon de D. Pedro.

—¡Dios de misericordia....! ¡Un asesinato....!

—Veinte, si es preciso, por conservaros el honor.

—¡Y tú....!

—Yo.... seré ahorcado.... tostado tal vez en una hoguera; pero habré cumplido con mi deber.

—Mas.... ¿de dónde nace ese interés por mí, que te obliga á despreciar la existencia?

—Mi padre, Señora, el sábio Benjamin de Alcalá de los Gazules, de quien sin duda habeis oido hablar, siempre guardó el lado del vuestro, siguiéndole á todas partes y curándole en sus dolencias. Mi madre, la virtuosa Judit, era bellísima y acompañaba constantemente á su esposo, en todas las correrías del esclarecido infante don Pedro. Dos dias antes de la memorable y funesta batalla que dieron los cristianos contra los moros, en frente de los muros de Granada, un escudero de vuestro padre encontró sola á Judit en su tienda, y quiso obligarla á que condescendiese á sus torpes deseos, amenazándola con su estoque. Judit, sobrecogida de espanto, no supo qué hacer en los primeros instantes, y aprovechándose el malvado de su estupor, se lanzó hácia ella furioso y entónces se trabó entre ambos una lucha desesperada, en la cual hubiera sucumbido la infeliz, á no haberse presentado de improviso en la tienda el infante D. Pedro, vuestro padre. ¿Sabeis lo que ocurrió aquel mismo dia?

—Acaba.

—Vuestro padre hizo ahorcar de un arbol al escudero, y colmó de mercedes á Judit por su heroica resistencia. El infante D. Pedro, el infante D. Juan y Benjamin el sábio perecieron dos dias despues en el terrible encuentro con los granadinos.... mi pobre madre no pudo sobrellevar con resignacion su desgracia y sucumbió en Sevilla; pero antes de morir, me refirió la proteccion que habia recibido de vuestro padre y me dijo.—Hijo mio Eleazar, nuestro amo y señor, el denodado infante D. Pedro, ha dejado en el mundo á su

muy amada esposa la infanta doña María y á su hija doña Blanca. Jura que, si algun dia las ves en peligro, sacrificarás tu vida por salvarlas. Yo lo juré; pero hasta hoy no se me ha presentado coyuntura para cumplir mi voto.

Esto dicho volvió á besar el rabino la mano de la heredera y sin esperar su contestacion, salió de la estancia. Pocos momentos despues se oyeron pasos en la antesala y doña Blanca llamó precipitadamente á sus doncellas, con arreglo á la prevencion de Eleazar.

Eran las doce y cuarto de la noche.



no se acuerda que hasta aquí hemos con-
sultado para dilucidar los acontecimientos
de esta enmarañada historia, interrumpien-
do la relación que quedó pendiente en el último
capítulo y nos llevamos al campamento de los
castellanos, cuyo arribo antes se in-
terrompía con la esperanza que tenían de po-
der ser rescatados de Gibraltar. La llave del este-
reón, al cual da su nombre, estaba sin embargo mejor defendida
en 1704 que en 1701, cuando el adelantado de Felipe V al trono
de España y su rompimiento con el Emperador de Alemania, se-
vieron de pretexto á los ingleses para arrebatarlos tan importante



CAPITULO XXXIV.

El féretro de la infanta doña María



Los manuscritos que hasta aquí hemos consultado, para hilvanar los acontecimientos de esta enmarañada historia, interrumpen la relacion que quedó pendiente en el último capítulo y nos llevan al campamento de los castellanos, cuyo ardiente anhelo se inflamaba con la esperanza que tenían de posesionarse de Gibraltar. La llave del estrecho, al cual dá su nombre, estaba sin embargo mejor defendida en 1344 que en 1701, cuando el advenimiento de Felipe V al trono de España y su rompimiento con el Emperador de Alemania, sirvieron de pretexto á la Inglaterra para arrebatarnos tan importante

plaza; (1) y con todo, fácil era conjeturar que los esfuerzos de los infieles por conservarla serian inútiles, si la suerte, por uno de esos caprichos que la convierten de próspera en adversa, no daba al traste con el decidido empeño y con los grandes preparativos de los españoles.

El Rey no habia llegado al campamento, pero sabíase en él, que habia salido de Sevilla y que recorría la comarca, con el objeto de limpiar la tierra de moros, para no dejar enemigos á retaguardia de su hueste. Reunidos D. Luis de La-Cerda y D. Lope de Venadña en la tienda del primero, discurrían amistosamente acerca de los medios mas eficaces, que debían ponerse en juego, á fin de lograr la entrega ó toma de la plaza, cuando les anunciaron que acababa de llegar de la corte un escudero, con mensaje para el de las armas negras. Don Lope se levantó al punto, diciendo:

—Os dejo, D. Luis, para que saboreis á vuestro gusto y satisfaccion las buenas nuevas, que sin duda os envia vuestra esposa.

Y salió de la tienda, al mismo tiempo que en ella entraba nuestro antiguo conocido Artal. Don Luis se estremeció al verle, y le preguntó con ansiedad:

(1) «Ocupó el trono de España Felipe V, y con él empezó la dinastía de Borbon, «Trasladóse inmediatamente á Madrid y fué reconocido por casi todos los príncipes «de Europa; pero no por el Emperador de Alemania, que se creía con derechos á la «corona de España, y así empezó luego las hostilidades en la Lombardia, promoviendo «serias conmociones en Nápoles. Acudió á este punto Felipe V, interin Luis XIV le «defendía en el Milanesado; pero entre tanto se unieron al Emperador la Inglaterra, «la Holanda y el Portugal. Las escuadras inglesas invadieron las costas de Andalucía «y en seguida las de Galicia; y si bien el Rey se cubrió de gloria en la Italia, pacifi- «cando primero á Nápoles y venciendo luego á los austriacos en las batallas de Santa «Victoria y Luzara en la Lombardia, tuvo que pasar á España. Entre tanto el archidu- «que Carlos, hermano del Emperador, fué reconocido en Viena Rey de España y una «escuadra inglesa le condujo á Portugal. Marchó allá Felipe V y conquistó algunas «plazas, batiendo á los portugueses. Las escuadras aliadas recorrieron la costa: se «apoderaron de Gibraltar, que estaba casi abandonado..... etc. (*)»

Elem. de Historia universal por D. FRANCISCO VERDEJO PAZ.

(*) Este documento y otros antiguos, que tenemos á la vista, y que por su mucha estension no copiamos, prueban patentemente que Felipe V, por sobrenombre el *Ani-moso*, fué muy poco previsor, supuesto que, hallándose en guerra contra el Portugal, Holanda é Inglaterra, descuidó un punto tan importante como Gibraltar.—*N. del A.*

—¿Quién ha muerto en Sevilla...? ¿Por quién vistes luto?

—Tranquilizaos, Señor; mi señora doña Blanca, que nunca ha dejado de ser para mí la *Virgen de Almazán*, por más que á ello se oponga el impertinente Rodrigo, me envía para participaros su ausencia de la corte.

—¿Su ausencia! ¿Pues á dónde ha ido?

—A Valladolid.

—Atónito me dejas, Artal. ¿Qué motivos ha podido tener la infanta doña María, para tomar en estas circunstancias semejante determinacion?

—Doña María no la ha tomado, Señor.

—¿Cómo...! ¿Doña Blanca se ha separado de su madre?

—Al contrario: su madre se ha separado de ella y de todos nosotros para siempre. Por eso me veis de luto.

—¡Ah...! ¿Qué desgracia...! Y sin encontrarme allí, para consolar á mi triste esposa... Mas... no entiendo... no acabo de comprender la causa que ha obligado á doña Blanca á trasladarse á Valladolid.

—Nadie la sabe. El mismo dia de la partida del Rey, dispuso su marcha y me envió á vos, para que os noticiase esta novedad.

—Pero sola... sola... sin su madre... espuesta á los desafueros de los malcontentos que puede hallar en su viaje.

—¡Oh! En cuanto á eso nada temais, porque la acompaña un hombre que infunde respeto á todos los demás.

—¿Quién es?

—El astrólogo Eleazar.

—He oido hablar mucho de su ciencia, mas nunca le he visto.

—Yo puedo aseguraros que es un padre para mi señora doña Blanca. Tampoco os ocultaré que, según rumores, la ha libertado de un gran peligro.

—Si eso ha hecho, mi vida será corta recompensa para probarle mi gratitud. ¿Qué peligro fué? Pronto.... pronto.

—No puedo deciroslo, porque lo ignoro.

—Y... lo sabe el Rey?

—¿Cómo quereis que yo os lo diga?

—Está bien, retírate y descansa.

En tanto que el poeta Artal obedece y D. Luis de La-Cerda se entrega á mil conjeturas, respecto á la salida de doña Blanca de la corte en direccion á Valladolid, pondremos en conocimiento de nuestros lectores lo que ocurrió en la estancia de la heredera, desde el instante en que el médico Eleazar salió de ella, para colocarse en acecho.

Impaciente el infante D. Pedro en el jardin, solo esperó el tiempo exactamente prefijado por el rabino, y viendo que éste no se le presentaba, dirigióse con osadía hácia la escalera interior del edificio, subió á los aposentos, atravesó el salon principal, y solo se detuvo en el umbral de la estancia, á la sazón lúgubrementemente iluminada, de doña María. Parecióle de mal agüero, para una cita amorosa, el encontrarse con la puerta abierta de par en par; mas no se imaginó en manera alguna que doña Blanca intentase burlar sus esperanzas; estas, por el contrario subieron de punto en su corazon, desde el instante en que llegó á sus oidos el eco argentino de una voz melancólica y dulce, que pronunció estas palabras:

—Entrad, señor Infante, entrad.

Precipitóse D. Pedro, ébrio de gozo... ¡Cuál fué su admiracion, al verse rodeado por todos los signos exteriores de la muerte....! Apenas podia creer lo que miraba, ó mas bien, miraba atónito y asustado lo que no veia, porque ofuscados sus ojos por el silencio y terrible aparato de una escena tan imprevista, no acertaban á distinguir los objetos.

Poco á poco fué volviendo en sí, para pensar que la equívoca situacion en que se hallaba exigia esplicaciones. Adelantóse de pronto hácia la heredera y señalando al féretro, la preguntó:

—¿Qué significa esa mogiganga, señora? Un ataúd es adorno impropio para el retrete, en qué se espera á un amante. ¡Qué! ¿También vestís tocas negras y os hacen coro de plañideras vuestras criadas?

—Teneos, Señor, y no insulteis de esa manera mi justísima amargura, le respondió doña Blanca.

—¡Vuestra amargura! replicó el Infante, soltando la carcajada. Vive Dios, que la treta es ingeniosa, si las hay. Mas yo no desisto de mi propósito, bellísima, señora, y supuesto que á este sitio me habeis citado, por medio del sábio Eleazar, á quien sin duda haré quemar vivo por brujo, aprovecharé los dulces instantes que debo pasar á vuestro lado, diciéndoos que os adoro, que sois la única hembra de Castilla que me trastorna el juicio, y que....

—Don Pedro, sois un insensato, le interrumpió la heredera con dignidad. Ese ataud encierra los restos mortales de mi madre y Señora, la noble infanta doña María.

—¡Qué escucho....! Vuestra madre....

—Ya no existe, Señor. ¿Creeis que su desolada hija deba dar entrada en su corazon á imágenes placenteras? El llanto y la desolacion reinan en esta morada.

—¡Y el infame Eleazar, que me habia asegurado....! Bien, doña Blanca, la dejaréis; abandonaremos ahora mismo esta mansion tris-tísima.

—¡Qué osais proponerme!

—Que me sigais, que os consoleis de tanta pena. ¡Oh! No faltan palacios en Sevilla, para una dama como vos.

—Soy la esposa de D. Luis de La-Cerda.

—Nada mas cierto. Pero.... ¿Se os figura que así me dejo en-gañar? ¿Se ha de decir en la corte, que habeis inventado una farsa, con ayuda del médico Eleazar, para burlaros de mí?

—¿En dónde está la farsa, infante D. Pedro? Eleazar ha venido de vuestra parte para pedirme una entrevista, y yo le he dicho: me encontrará llorando al pié del féretro de mi madre.

—¿No ha añadido que os amo?

—Ha respetado mi dolor.

—¡Vuestro dolor....! ¡Ah! He de beber su sangre, porque ha escarnecido mi nécia credulidad.

—Venid, D. Pedro; ya que imaginais que os engaño, creed al menos lo que vean vuestros ojos.

Y hablando así la noble dama, levantóse pausadamente de su

asiento, dirigióse hácia el Infante y cogiéndole de la mano, le condujo hasta el lecho de muerte, en que descansaba su madre. Levantó entónces el ligero velo de gasa, que cubria las yertas facciones de la infanta doña María, y dijo á D. Pedro, mirándole de hito en hito.

—Hé ahí mi superchería, Señor.

—¡Ella es! gritó el Infante fuera de sí. ¡Muerta....! ¡Muerta....! ¿Desde cuando?

—Desde anoche, respondió doña Blanca, volviendo á ocupar su sitio.

—¡Ah! Luego es cierto que el infame Eleazar me ha engañado... Sí; esta mañana sabía este suceso.... morirá á mis manos. Y vos, señora.... llorad en paz vuestro infortunio, que otros dias vendrán apacibles y serenos, en que las palabras de un amante suenan agradable y dulcemente á vuestros castos oídos.

Retiróse D. Pedro con precipitacion, no bien hubo proferido esta amenaza amorosa y doña Blanca se entregó de nuevo á sus tristes cavilaciones, dando gracias á la divina Providencia, porque acababa de conjurar para ella el peligro de su perdicion.

Pero el peligro no habia pasado y Eleazar lo conocia muy bien; por lo que, á la siguiente mañana, se presentó á la heredera, para hacerle comprender la necesidad en que se hallaba de abandonar la corte, durante la ausencia de su esposo y la del Rey. Convencida doña Blanca de lo mucho que importaba á su decoro no dilatar la ejecucion de este pensamiento, evitando así nuevas importunidades ó persecuciones del osado Príncipe, que en ella habia puesto los ojos, apresuró los preparativos para el entierro de su madre, y apenas hubo cumplido con los deberes de hija y de cristiana, que le imponia su cariño, cuando salió sigilosamente de Sevilla, acompañada del rabino Eleazar, despues de haber despachado, como ya hemos visto, á D. Luis de La-Cerda, un mensaje, para prevenirlo que se dirigia á Valladolid.

CAPITULO XXXV.

Malas nuevas que anuncian otras peores.



UESTROS lectores tienen noticia de los grandes aprestos militares que habia hecho D. Alfonso XI, para dar gloriosa cima á la gran empresa proyectada. No solo las cuadrillas libres, (1) sino todos los caballeros del reino fueron requeridos para que acudiesen á tomar parte en la terrible lucha que se preparaba, y cuando el Rey, despues de haber recorrido toda la comarca, para tener á raya á algunos partidarios contumaces de la parcialidad últimamente vencida, se presentó en su campamento

(1) Llamábanse *cuadrillas libres* las que sostenian las provincias de Alava, Guipuzcoa y Vizcaya, antes de que se incorporasen á Castilla. Era una institucion semejante á la que, andando el tiempo, se conoció con el nombre de *migueletes*. Las *cuadrillas* nunca abandonaban su país, á menos que el Rey las invitase á ello por motivos poderosos, y todos sus individuos llevaban en el brazo izquierdo un escudo con dos espadas cruzadas, y alrededor este mote: *En aumento de la justicia contra malhechores*.

delante de Gibraltar, encontró desde los mas poderosos Señores hasta los que poseian humildes feudos, al frente de sus vasallos y secuaces, que anhelaban pelear á las órdenes de su valiente soberano (1).

Al punto dió sus disposiciones para que la plaza fuese embestida, y habiéndole hecho presente D. Lope de Vandaña, que convenia aplazar el combate hasta pasados ocho dias, le contestó animoso:

—No consentiré que los infieles ignoren por espacio de una hora mi llegada al campamento cristiano.

Comenzó pues la refriega y los españoles hicieron prodigios de valor. El intrépido escuadron de la Banda peleó cuerpo á cuerpo contra los moros, matando á muchos y haciendo huir á los demás que se le opusieron, hasta los mismos muros de Gibraltar. Costó no obstante cara á tan señalados campeones la ventaja que acababan de obtener; muchos mordieron la tierra, porque los infieles pelearon con desusada furia, y D. Luis de La-Cerda, despues de haber roto tres lanzas con tres de los principales caudillos sarracenos, cayó atravesado por un dardo, que le arrojaron desde una almena. Al punto se precipitó D. Lope para salvarle, y acometiendo á los moros, que habian acudido con grande algazara á cortar la cabeza al insigne guerrero, dió tiempo á los suyos para que le llevasen á su tienda. La batalla duró todo el dia y los cristianos acorralaron á sus enemigos en su formidable guarida; pero las escalas no estaban

(1) «Los feudos fueron al principio concedidos por un tiempo determinado; despues se hicieron vitalicios y por último hereditarios. El Rey era el primer Señor ó soberano universal: sin embargo, cuando poseía algunas tierras en el dominio de otro feudo, quedaba, como vasallo de este, obligado á prestarle homenaje, lo que hacia enviando un representante que lo hiciese en su nombre. Seguian luego los vasallos mayores, cuyos feudos emanaban directamente del Rey y distinguidos con el nombre de *duques*: de estos depedian los *condes y marqueses*: de estos eran vasallos los *barones*: á estos estaban sometidos los caballeros y estos ejercian su autoridad sobre los escuderos. Todos estaban obligados al servicio militar, acudiendo al llamamiento del soberano cada señor feudal, no solo con el número de hombres correspondiente á su dominio, sino además con los de los señores feudales sus subordinados, todos con sus caballos y armaduras, pues hasta mucho despues no se introdujo el uso de la infanteria. Los siervos estaban esclusivamente destinados á la agricultura y servicios domésticos, y se consideraban como parte del dominio del Señor, adheridos á sus tierras, con las que se enagenaban, igualmente que todos los objetos de su pertenencia. Sus hijos naciañ siervos del amo de sus padres, y no podian heredar sino lo que el Señor les dejaba. Estaban sujetos á multitud de trabas, tan opresoras como degradantes: no podia un siervo casarse, sin presentar su futura al amo, quien, si queria, usaba de ella, y si prescindia de este derecho, era haciendo pagar al novio una cuota proporcionada al mérito de la doncella.»

preparadas para el asalto, porque nadie creyó que este pudiese tener lugar tan pronto, y esto hizo que el Rey ordenase la retirada de sus huestes al campo atrincherado, que cubria sus operaciones.

Tomando desde entonces consejo de la prudencia mas que del ardimiento, se limitó D. Alfonso á escarmentar al enemigo en sus frecuentes salidas, á cortarle todas las comunicaciones por mar y tierra, y á impedir que fuese auxiliado por las fuerzas de África y de Granada; en una palabra, sitió la plaza en regla, contra lo que le aconsejaban los ímpetus de su valor, tan solo por no sacrificar, en las frecuentes y terribles luchas que habria que sostener, para apoderarse de Gibraltar á viva fuerza, á tantos ilustres caballeros como le habian seguido voluntariamente, ofreciéndole sus vidas en testimonio de adhesion y de afecto. Esperaba además que aquella inexpugnable fortaleza, falta de bastimentos, entregada á sus propios recursos, que no tardarian en agotarse, y espuesta á intestinas escisiones entre los mismos que la defendian, implorase su proteccion, abriéndole las puertas é invitándole á enarbolar en sus torreones el estandarte de Cristo; cálculos alhagüños, que probaban la magnanimidad del corazon de D. Alfonso y que en breve iban á ser para él y para los suyos muy fatales.

Don Luis de La-Cerda estuvo á punto de morir de la profunda herida, que le habia abierto en el costado derecho el dardo musulman; pero su temperamento, los incesantes cuidados del Rey y de sus amigos y sobre todo el vivísimo anhelo de vivir para su adorada Blanca, le salvaron, y al cabo de un mes, convaleciente y en estado de poder cabalgar, quiso volver de nuevo á tomar parte en las escaramuzas contra los moros. Don Alfonso no se lo permitió, antes bien llamándole á su tienda, le dijo:

—¿No os alegraria el solazaros por las fértiles campiñas, que os vieron nacer?

—Mucho cariño tengo á mi pais, Señor, le contestó el caballero; la llanada alavesa se me ofrece mil veces en sueños, con sus pintados caseríos y sus espesos bosques; pero mientras Gibraltar subsista en poder de moros, no hay que pensar en que yo me aparte de estos sitios; todo guerrero.....

—Pues os apartareis, por Dios vivo, porque yo lo mando, le interrumpió el Rey.

—Señor....

—Mañana mismo debéis partir.

—Si he podido incurrir en la indignacion de Vuestra Alteza....

—Escuchadme bien. Vuestro padre está muy achacoso y toca al término de sus dias, que quiere acabar en el condado de Treviño, sin que todas mis instancias para retenerle en la corte hayan alcanzado que mude de propósito. Se retira pues á sus tierras, con el noble designio de hacer que las hermandades de Alava ratifiquen el convenio que me juraron, de incorporarse á la corona de Castilla: la única condicion que me impone, en pago de tan importante servicio, es que le acompañéis á Vitoria, á fin de que podáis descansar algunos meses á su lado de las fatigas de la guerra. Don Luis ¿os negareis á dar escolta á vuestro padre?

—¡Ah! Estoy pronto á obedeceros, Señor. Yo tambien haré que los alaveses sepan lo mucho que pueden esperar de Vuestra Alteza.

—El reconocimiento en Cortes de todas sus leyes, buenos usos y costumbres.

—Y ellos sabrán sacrificarse por Vuestra Alteza y por todos los reyes, vuestros sucesores.

—Id con Dios, D. Luis de La-Cerda, y cuando llegue á vuestra noticia que estoy de vuelta en Valladolid, despues de haberme apoderado de Gibraltar, no dejeis de presentar en la corte á vuestra noble esposa doña Blanca.

Don Luis besó la mano á D. Alfonso, que le dió un estrechísimo abrazo, y al siguiente dia se puso en marcha con su padre hácia Castilla. Reuniéronse en Valladolid con doña Blanca y con el rabino Eleazar, y prosiguieron los cuatro su marcha hasta Vitoria, no sin que algunas nuevas poco alegres del ejército cristiano, que sitiaba á Gibraltar, angustiasen sus corazones.

Decíase en efecto, que se habia declarado en el campamento una terrible enfermedad epidémica; que sucumbian guerreros españoles á centenares y que los moros, aprovechándose de la consternacion que reinaba en las huestes del Rey, las inquietaban dia y noche,

seguros de acabar con ellas. Augurando tristemente de los sucesos futuros, por las funestas relaciones que corrían de boca en boca por todos los pueblos del tránsito, llegaron nuestros viajeros á Vitoria.

El infante D. Pedro entre tanto se preparaba en Sevilla, entre desórdenes y locuras, para un reinado, que debía costar á Castilla lágrimas de sangre. La reina doña María, á fuer de estrangera, no se cuidaba de los trastornos, que las arrebatadas pasiones de su hijo iban á encender en el reino. Quería vengarse, y vengarse ruidosamente de doña Leonor de Guzman y de los bastardos, por lo que posponía á este deseo de esposa y de madre ofendida, todas las consideraciones de Reina de un gran pueblo.

La precipitada marcha de Eleazar con doña Blanca llenó de furor al heredero de D. Alfonso. Al punto resolvió seguirle, sacrificarle á su rabia y obligar á la esposa de D. Luis á volverse con él, para que nadie dudase de que era su dama; pero doña María se lo impidió, mandándole que no se separase de su lado. Exasperóse con esto el Infante y entónces pudo comprender la Reina lo que podia esperar de los perniciosos principios, que ella misma habia sembrado en aquel tierno corazon.

—Señora, la dijo fuera de sí, ya que os oponéis á que yo tenga una manceba ilustre, despedid á vuestro oscuro amante.

—¡Me insultais, hijo mio....! exclamó doña María.

—Os digo, Señora, que soy tan bueno como vos y que.... lo que solo es falta en el hombre, es deshonra en la muger.

—Infante D. Pedro, respetad á vuestra madre, ya que no respetais á la Reina.

—Bien, Señora, bien; sellaré mis lábios, mas tened presente que tambien yo reinaré algun dia.

—¡Y qué!

—¡Oh! Entónces.... ya lo sabeis; os he prometido la cabeza de la que fué querida del Rey, vuestro esposo; os he jurado que sus hijos tendrán la misma suerte.... Otra cosa voy á ofreceros.

—¿Cuál, D. Pedro....? ¿Cuál?

—Cuando yo sea Rey, haré matar á un lindo page, que se llama....

—Callad.... callad....

—¿Le conocéis, Señora? Su nombre es Gonzalo y levanta mucho sus pensamientos.... ya le cortaremos las alas.

Doña María no pudo sufrir mas y salió de la estancia, en que acababa de tener lugar tan extraordinario coloquio, con el corazón traspasado de dolor.

Don Pedro permaneció impasible, la vió retirarse sin conmoverse y al reparar en su amigo D. Martin Gil de Albuquerque, que llegó al mismo tiempo, soltó una estrepitosa carcajada.

—¿Qué vívora os ha picado, Infante? le preguntó el jóven.

—Interrogad á la Reina, si podeis, le respondió D. Pedro.

—Decidme al menos de qué os reis con tanto estruendo.

—¡Bah! Del apuro en que acabo de poner á la Reina.

—Es vuestra madre....

—¿Tambien vos me venís con sentencias? Mi madre me ha impedido volar en pos de una hermosa fugitiva ...

—Ya; doña Blanca de Almazan.

—¿Teníais conocimiento de su viage?

—¿Por quién me teneis, infante D. Pedro? ¿Me juzgais capaz de haceros traicion? Lo que hay es que, á la hora presente, no se habla en Sevilla de otra cosa.

—Es decir que se refiere en público el chasco, que me ha dado Eleazar el rabino.... ¡Y no poder apoderarme de doña Blanca, para hacer callar á todos los charlatanés! Porque habeis de saber que la Reina ha dado órdenes al Justicia Mayor para que me vigilen, para que no me permitan salir de Sevilla. ¡Oh! Me vengaré... sí... sí... me vengaré: la Reina llorará en breve sobre el frio cuerpo de su adorado pagecillo Gonzalo, haré ahorcar al rabino y á D. Luis de La-Cerda.... Ya lo vereis, D. Martin; la hermosa Blanca de Almazan será reina de Castilla, hasta que me canse de su belleza.

—No penseis ahora en esas cosas, que os agitan demasiado, pues teneis otras mas serías á qué atender.

—¡Mas serías! No os comprendo; no hay asunto mas sério ni mas importante para mí, que el cumplimiento de mis antojos.

—¿Y cómo habeis de cumplirlos, si otro os arrebatara la corona?

—¡Ah! ¿Se ha rebelado el bastardo D. Enrique? —

—No; pero se rebelará, apenas espire vuestro padre, el Rey mi Señor.

—El Rey no morirá tan pronto, porque es de robusta constitución; el ejercicio de la guerra es un preservativo de su salud, que Dios conserve muchos años. Desde que sé que he de empuñar el cetro algún día, no tengo prisa de reinar; mas cuando ese día llegue, daré buena cuenta de los bastardos.

—¿Sabeis las nuevas que han llegado del campamento del Rey?

—No. ¿Son buenas ó malas?

—Malas.

—Pronto, D. Martin, pronto por Dios. El Rey mi padre!...

—Tranquilizaos.... vive, pero temo...

—¿Qué temeis....? Acabad.

—Que sucumba al mortífero contagio, que diezma nuestras huestes.

—¡Ah...! ¡La peste...! ¡La peste en el ejército...!

—Peste horrible, mil veces mas cruel que todos los alfanges sarracenos. Los guerreros cristianos caen á millares, y no es eso lo peor.

—¿Puede haber mas todavía?

—Sí; el Rey se niega obstinadamente á levantar el sitio. Sus mas esforzados capitanes le suplican y conjuran, para que al menos se retire del campo, confiando á sus desvelos y lealtad la direccion de las operaciones: todo es inútil. Don Alfonso ha dicho que se tiene por el primer campeón de sus estados y que no dará un paso atrás, añadiendo que no volverá á Sevilla, sin apoderarse primero de Gibraltar.

—¿Qué me anuncias, D. Martin? ¿Susúrrase esa desgracia en la corte?

—El Justicia Mayor procura disimular los temores que todos manifiestan; pero á nadie puede convencer.

—Don Martin ¿quereis seguirme?

—¿Qué intentais?

—Salvar al Rey. Volemos al campamento de Gibraltar.

—Don Pedro, daos á prision, dijo la Reina, presentándose en la estancia, seguida del Justicia Mayor de Castilla.

CAPITULO XXXVI.

En el cual se vé muy claramente que el hombre pone y Dios dispone.



ESTA órden, que al pronto sobrecogió al Infante, no era resultado de anteriores pensamientos. Doña María acababa de oír las últimas razones de su hijo, y conociendo á fondo hasta qué punto podia conducirle la impetuosidad de su carácter, temió que pusiese por obra el propósito que habia anunciado al primogénito de Alburquerque. La Reina era muger, que nunca perdía de vista los intereses del trono, y como no ignoraba que en el campamento cristiano, que sitiaba á Gibraltar, se habia declarado una terrible epidemia, quiso impedir la marcha de D. Pedro á dicho punto, por miedo de que se contagiase y sucumbiese, ya que todas las noticias pintaban el riesgo del Rey como inminente, y su empeño de permanecer allí como temerario.

El Justicia Mayor comprendió al punto las intenciones de doña María y saludando al Infante, le dijo:

—Tranquilizaos, Señor; la resolución que acaba de tomar la Reina vuestra madre y mi Señora, es para vuestro bien.

—Tranquilo estoy, le replicó D. Pedro sonriéndose; dia vendrá en que, por los buenos consejos que dais á la Reina, os mande ahorcar.

—¿Qué decís, hijo mio! exclamó doña María. Yo sola he dispuesto de vuestra suerte.

—¿Y en qué oscuro calabozo pensais tenerme aherrojado?

—Aquí mismo, D. Pedro, aquí; lo que pretendo es que no salgais de Sevilla.

—Mirad que, aunque me ausente, no alcanzaré á doña Blanca de Almazan.

—Ya lo sé; así no es eso lo que me inquieta.

—¿Pues qué os altera el ánimo?

—Tan ciego estais, hijo mio, para no conocerlo? La peste hace estragos en el campamento del Rey.

—Por lo mismo, quiero salvar al Rey del peligro que le amenaza.

—¿Y si pereceis los dos?

—Pueriles temores. Si está decretado por el cielo que ciña la corona ¿cómo queréis que la peste corte el hilo de mis dias?

—Dadme vuestra licencia para que yo parta, dijo á esta sazón D. Martin de Alburquerque: llevaré al Rey vuestros mensajes, y le diré que interesa á la tranquilidad pública su pronto regreso.

—Menester es engañarle, observó el Justicia Mayor, pues de lo contrario nada conseguiremos. Ya que os ofreceis á tan señalado servicio, haced de modo que el Rey comprenda, que Castilla está amenazada por los malcontentos y que.

—Eso es poco.... muy poco... gritó D. Pedro exasperado: conozco al Rey D. Alfonso mi padre y no cederá en su empeño de tomar á Gibraltar, dejando para despues la tarea de pacificar á los que se sublevan. Haced de noticiarle, D. Martin, que doña Leonor de Guzman ha huido de Talavera; que el bastardo D. Enrique hace

leva de gente, para proclamarse en Valladolid y que nos aprestamos á marchar sobre Castilla, aunque sin fuerzas, para sofocar la rebelion, esperando que nos enviará las suyas sin tardanza...—

—¿Y qué pensará el Rey cuando sepa que nada de eso ha acontecido?

—Cuando lo sepa, ya estará léjos de Gibraltar, y nos dará las gracias, por haberle salvado.

—Adios pues; suceda lo que quiera, voy á ponerme en camino para el campamento.

—Adelantaos á D. Alfonso, si le veis en ánimo de volver á Sevilla, á fin de que no lo ignoremos.

Partió D. Martin, y al punto preguntó D. Pedro á la Reina:

—¿Persistís, Señora, en tenerme preso?

—No; si me dáis palabra de permanecer en la ciudad, le respondió doña María.

—¿Qué he de buscar ya fuera de ella? Ese fiel mensajero hará todo lo que yo me proponia hacer.

—Libre sois, Infante.

Diciendo así la Reina, se retiró de la estancia de su hijo. Éste al ver que el Justicia Mayor la seguia, le tocó en el hombro y murmuró á su oído estas palabras:

—Estoy seguro de que algun dia os mandaré ahorcar.

—Bueno, pensó para sus adentros el magnate, haciendo á don Pedro una profunda reverencia; en cuanto empuñes el cetro, huiré de la corte, refugiándome en mis tierras de Alava.

Llegada la noche llamó D. Pedro á su escudero favorito llamado Mendez, y le mandó que con el mayor secreto ensillase dos de los mejores caballos del Rey. Sin detenerse, se calzó las espuelas, ciñóse la espada y salió del palacio á la calle: en ella montó y ordenando á Mendez que le siguiese, se escurrieron ambos de la ciudad, sin ser vistos ni sentidos por los espías y vigilantes del Justicia Mayor, hasta que viéndose en el campo, espolearon á sus corceles, y corrieron á rienda suelta detras de D. Martin Gil.

—¿Crees que podrémos darle alcance? preguntó el Infante al escudero.

—Desesperada ha de ser nuestra diligencia si lo conseguimos, Señor, le contestó Mendez; nos lleva muchas horas.

—Yo tengo la culpa de todo, porque hablé demasiado récio con D. Martin, cuando le propuse pasar al campamento del Rey: mi madre nos escuchó y se llevó el diablo mis planes. ¡Oh! Cuando yo empuñe el cetro, he de levantar en Sevilla un alcázar magnífico, y en el nadie oirá lo que yo diga, sino cuando yo quiera. Corramos, Mendez, corramos... Si Dios detuviese de algun modo la marcha de D. Martin.... Se me figura que te quedas atrás.... ¿No me sigues?

—Sí por cierto, Señor; pero llegamos á un sitio, en que hay muchas zanjas y es preciso adelantar con cuidado.

—¡Bah! Las saltaremos: ya sabes que nada es capaz de detenerme.

A pesar de tan terminante declaracion, el caballo de D. Pedro se paró de pronto, sin que los espolazos ni los juramentos del ginetete pudiesen hacerle adelantar un solo paso. Mendez observó que tambien su corcel se detenia rehilando las orejas, y esto le dió mala espina.

—Señor, dijo al Infante, estamos en el sitio de las zanjas y algo olfatean estos animales, cuando se niegan á pasar adelante.

—Pues no he de rodear, vive Dios, por todas las zanjas del mundo.

—Dejadme hacer, añadió Mendez, echando pié á tierra y entre-gando las riendas de su caballo á D. Pedro.

—¿Qué intentas? le preguntó éste.

—Esplorar el campo, respondió el escudero, adelantándose hácia las zanjas.

El Infante permaneció solo durante buen espacio, maldiciendo de su suerte que le obligaba á perder un tiempo precioso, y aunque quiso repetidas veces poner su corcel al paso, no lo pudo conseguir. Apeóse por último y sentándose en un repecho, esperó á Mendez con una impaciencia de condenado. El ruido de unos pasos le dió al fin á entender que el escudero llegaba, y le preguntó antes de verle:

—¿Qué has descubierto?

—Que podemos atravesar el camino hacia la izquierda, evitando las zanjás.

—Gracias al cielo: mas vale así que dar el alma al diablo. Marchemos.

—Poco á poco, Señor; nuestros corceles necesitan algun reposo y voy á sujetarlos al tronco de unos árboles, que acabo de encontrar.

—¿Quiéres que te atraviere con mi daga, infame? ¿Qué hablas de reposo, ni de.....

—Escuchadme y vereis que tengo razon.

—Habla pues, porque te juro que, si no la tienes, no volverás á Sevilla.

—A Sevilla precisamente es á donde ambos tenemos que volver.

—Mendez ó demonio ¿has perdido la sesera?

—No, Señor, pero hé aquí confirmado el mayor deseo, que habeis tenido desde nuestra salida de la ciudad.

—Espícate de una vez.... ya me conoces.....

—¿No dijisteis poco há: Si Dios detuviese de algun modo la marcha de D. Martin.....

—¿Y qué?

—Que la ha detenido.

—¡Cielos...! ¿De qué manera?

—Precipitándole en una zanja con su cabalgadura.

—¡Qué dices...! ¡Ha muerto!

—La cabalgadura sí, pero él respira.

—¿Y me lo refieres con esa calma? Corramos á su socorro.... Ven.... guíame, porque hé de salvarle.

—He querido manifestaros la causa de la repentina detencion de nuestros corceles; ahora permitidme que los asegure á un árbol.

Hecho esto, se adelantaron D. Pedro y Mendez, y bajando, no sin algunas precauciones indispensables, al fondo de una profunda zanja, que señaló el último, divisaron dos bultos inmóviles, á saber, un caballo y un caballero: éste daba señales de vida, aunque yacía sin sentido; aquel habia espirado. Poco tardó el Infante en

reconocer á su amigo y confidente, y no vaciló un solo instante en cumplir, como debia, con los deberes de la gratitud, á pesar de las dificultades que se le ofrecian. Mendez, que era mozo fornido, cargó, ayudado de D. Pedro, con el primogénito de Albuquerque, y venciendo todos los obstáculos que presentaba aquel terreno resbaladizo, logró subir al camino llano. El Infante fué á buscar los caballos, y en uno de ellos atravesaron al jóven entre los dos, del mejor modo que pudieron, sujetándole con las riendas del corcel, que quedaba en la zanja para pasto de aves carnívoras. Encargóse de la custodia del herido el buen Mendez, y ya se disponian á emprender su marcha retrógrada hácia Sevilla, cuando le ocurrió á D. Pedro una idea.

—Se me figura, dijo, que D. Martin Gil no ha derramado sangre; tal vez no está mas que aturdido del golpe; si tuviéramos agua fresca.....

—La cabeza esté entera y se sostiene bien sobre los hombros, observó el escudero; en los brazos tampoco hay novedad; pero imagino que esta pierna derecha.....

Y hablando así, apretó al jóven magnate, por la parte del muslo, la pierna que indicaba. Un doloroso quejido heló la sangre en las venas de D. Pedro, pero serenándose al punto, dijo con satisfacción:

—Del mal el menos: supuesto que se queja, hay esperanzas de que viva. Sepamos qué has hecho con él.

—Le he oprimido fuertemente el muslo derecho.

—¡Ah! Pues en ese caso no hay duda; tiene la pierna rota. Si ese pícaro Eleazar no se hubiese fugado con la hermosa doña Blanca, nos le curaria en un dos por tres. En fin, volvamos á la ciudad y sea lo que Dios quiera, pues no ha de decirse de mí, que abandoné á un amigo en tan apurado trance.

Pusiéronse en marcha hácia la ciudad y llegaron á ella, cuando los primeros albos de la mañana empezaban á iluminar los edificios. El frio de la noche habia avivado los dolores de D. Martin, devolviéndole el conocimiento, para hacerle prorumpir en imprecaciones contra su mala suerte. No tardó sin embargo en conocer á

sus conductores, y esto le sirvió de gran consuelo, estimulándole á pagar, en cierto modo, el servicio que acababa de prestarle D. Pedro, con la relacion de lo que le habia acontecido.

—Vuestra caida es de muy mal agüero, amigo mio, le dijo el Infante.

—Figuraos que ni yo mismo sé como sucedió, repuso el de Alburquerque. Solo puedo asegurar que corria á rienda suelta....

—Como ese ginete, le interrumpió D. Pedro, señalando á un caballero que les adelantó al galope y entró mucho antes que ellos por las puertas de Sevilla.

—Así es, prosiguió D. Martin. Corria como he dicho, en demanda del Rey mi Señor, cuando de pronto faltaron los pies á mi alazan y se precipitó en un abismo: cerráronse mis ojos, perdí el conocimiento y.... ya conoceis toda la historia de tan desgraciado trance.

El Infante y Méndez se apresuraron á llegar cuanto antes al palacio de Alburquerque. Allí entregaron á su familia el depósito que llevaban, y dejando D. Pedro el cuidado de los corceles á su escudero, se dirigió á la morada de la Reina, dando á los diablos la caida de D. Martin que habia interrumpido su viage.



CAPITULO XXXVII.

Nuevo Rey en Castilla, un barbero en campaña
y una comitiva fúnebre.



El ginete, que habia entrado antes que el infante D. Pedro en la ciudad, era portador de tristísimas nuevas. Todos los temores acababan de realizarse: D. Alfonso de Castilla, atacado de la peste en su campamento delante de Gibraltar, habia muerto el dia 27 de marzo de 1350, con inmenso dolor de todos los valientes, que á voz en grito publicaban su ardimiento sin segundo y su constancia en los trabajos. Al punto dió orden don Lope de Vandaña á los caudillos del ejército, para que lo replegasen, y él en persona llevó á Sevilla la noticia de tan infausto suceso, á fin de que la Reina tomase aquellas disposiciones enérgicas, que aseguraron la corona en las sienes del legítimo sucesor. D. Lope era el ginete que D. Pedro habia visto, y que no juzgó oportuno moderar su carrera hasta el palacio de doña María. Introducido á su presencia, la saludó con respeto y dijo pausadamente, como para dar á entender que queria ser adivinado:

—Señora, soy el caballero D. Lope de Vendaña.

—¿Qué necesidad teneis de declarármelo? respondióle la Reina. ¿No os conozco por ventura? Pronto.... pronto.... ¿Cómo habeis dejado al Rey?

—Ya que no ignorais quien soy, debeis tener presente que nunca abandoné el lado de D. Alfonso XI de Castilla; y pues me veis solo aquí....

—¿Qué...! Hablad.... hablad, D. Lope....

—Señal segura es esa, Señora, de que D. Alfonso no ha menester mi compañía.

—Pero esplicaos, por el cielo.

—En el cielo debe estar su alma á estas horas.

—¡Ha muerto! ¡Dios de misericordia!

—Tan cierto, Señora, como yo soy D. Lope de Vendaña. Le he visto espirar y con su muerte se malogra la atrevida empresa, que él solo podia llevar á cabo.

La Reina vaciló y no cayó al suelo sin sentido, porque el caballero de Vendaña la sostuvo en sus brazos y la acomodó en un sitio. Acudieron al punto en su auxilio las doncellas asustadas, imaginando al pronto que D. Lope habia cometido algun desman contra doña María, pero el reposado continente del guerrero desvaneció aquellas injustas sospechas. Vuelta en su acuerdo la Reina, derramó sentidas lágrimas á la memoria de un esposo, á quien amaba seguramente con ternura; pero recordó tambien que era madre y dijo á D. Lope.

—Seguidme; cumplamos con nuestra lealtad, saludando al nuevo Rey de Castilla.

El de Vendaña acompañó á la viuda de Alfonso *el Justiciero* á los aposentos del Infante. Éste acababa de llegar de su escursión nocturna, despues de haberse separado de D. Martin, y creyéndose descubierto, exclamó:

—¡Ah! ¿Con qué lo sabeis todo, madre y Señora mia, y venís á castigarme?

—¡A castigaros! repuso doña María. Sean cuales fueren las faltas que hubiéreis cometido esta noche, no tengo ya ese derecho. El Rey vuestro padre no existe.

—¡Ah! gritó D. Pedro. ¿Cómo lo sabeis?

—Aquí está D. Lope de VENDAÑA, que le ha visto espirar.

—Los de la Banda, replicó iracundo el jóven Príncipe, aconsejaron al rey D. Alfonso la expedicion contra Gibraltar para perderle.

—Los de la Banda siempre fueron leales, contestó D. Lope con entereza.

—Silencio, señor de VENDAÑA: desde hoy soy vuestro Rey, y.... mirad si está muy segura vuestra cabeza. ¡Ah! No quiero que se me olvide: ya que se habla de cabezas, la primera que necesito ver mañana en la plaza es la del Justicia Mayor.

Don Lope se retiró de la estancia horrorizado y resuelto á no servir á un monarca, cuyas malas inclinaciones conocia. Aquella misma mañana, antes de entregarse al descanso, enteró al Justicia Mayor del peligro que le amenazaba, y no queriendo ninguno de ellos hacer traicion á la causa legítima, favoreciendo los planes que podian fraguar los bastardos, determinaron huir de la corte y retirarse á Vitoria, á fin de vivir seguros. No tardaron en poner por obra su propósito, y antes que D. Pedro fuese proclamado Rey, partieron secretamente de Sevilla.

El nuevo Monarca hizo de D. Martin Gil de Alburquerque su principal favorito, y no bien se restableció el último de las consecuencias de su caida, le obligó á que le acompañase en los escandalosos devaneos, que no menos que sus crueldades, oscurecieron tristemente su reinado. Nuestros lectores conocen la historia. ¿A qué fin profundizarla en la novela? Doña María alcanzó el objeto de sus ansias, sacrificando á doña Leonor de Guzman, que por mandato de su hijo fué degollada en Talavera, y en cambio dió á España un rey tirano y caprichoso, cuyos instintos sanguinarios promovieron una guerra civil, tan larga como desastrosa. La nobleza se dividió en dos parcialidades; D. Enrique el bastardo, sediento de venganza, salió al campo, y D. Pedro castigó en el inocente D. Fadrique, Gran Maestre de Santiago, la culpa de ser hermano suyo, ordenando que sus mismos maceros le matasen á su vista. La imperial Toledo, conquista unas veces de la parcialidad de los bastardos, y otras de las fuerzas del Rey, fué víctima siempre de la crueldad

del último, y la reina doña Blanca, la esposa legítima, pereció también sacrificada por el bárbaro esposo, que no contento con embriagarse escandalosamente en los brazos de la hermosa María de Padila, cubria de vergüenza la pura sangre de las casas de los Castros y de los Coroneles. Corramos un velo sobre tan horribles escenas, que tuvieron no menos tristísimo remate, con el cumplimiento de la predicción del rabino Eleazar en los campos de Montiel. El cielo se cansó del monstruo coronado y la traición puso fin á la vida del que, solo en medio de traiciones y alevosías, habia sabido sostener en sus manos un cetro convertido en puñal. El hermano mató al hermano, y el hijo primogénito de doña Leonor de Guzman dió la paz á Castilla.

El rabino Eleazar vivió muchos años y convenció á muchos de que la ciencia no le habia engañado, cuando predijo la suerte del Rey de Castilla.

Pero no se habian cumplido todavia los decretos de la Providencia divina, tocante al fatal destino de D. Pedro *el Cruel*. Corria el año 1352, segundo de su reinado, y se hallaba en Torrijos entregado al placer de verse reproducido en un hijo, que acababa de dar á luz su manceba doña María de Padilla, cuando precisamente cruzaban dos caballeros la dilatada llanura de Arriaga, camino de Victoria, armados de punta en blanco, sobre arrogantes corceles. Platicaban acerca de los últimos acontecimientos de Castilla, y conocíase á tiro de ballesta que acababan de llegar de Francia, pues se hacian lenguas de la virtud y hermosura de la princesa doña Blanca, hija segunda del duque de Borbon y prometida esposa de don Pedro de Castilla.

El de mas edad iba cubierto de brillante coraza de acero, casco del mismo metal guarnecido de plumas blancas y rojas, y colgábase del brazo enorme rodela, cuyo emblema lo componian dos espadas cruzadas. El otro ostentaba mayor riqueza en el traje: perfiles de oro ribeteaban su milanese cota, cabalgaba con soltura y atendia con placer á las razones de su compañero.

Llegados al puente de piedra, por donde necesariamente tenian que atravesar, se detuvieron al ver un grupo de hombres armados, que hácia ellos se dirigia desde la poblacion.

—Vive Dios, Mendoza, que tenemos aventura, dijo el mas viejo. ¿No observais allá aquel tumulto, que viene hácia nosotros?

—Este puente es encantado, respondió el primero. No bien se pone el pié encima, cuando puede estar seguro un caballero de tropezar con buenos lances.

—¿Lo decís acaso por el encuentro, que aquí mismo tuvimos con D. Luis de La-Cerda? De mal agüero fué aquel día para el infante D. Juan.

—Y eso que *el Tuerto* era temible.

—Desde su muerte empezó á respirar Castilla, pero la del rey D. Alfonso atrajo para todos mayores calamidades. ¿Qué se hicieron los valientes paladines de la Banda? Dispersos, casi ocultos, sospechosos al nuevo Rey, han visto pagados sus servicios con ingratitudes y persecuciones. Don Luis vive oscuro en Vitoria, don Leon de Velasco se ha acogido al reino de Aragon.... ¿Y nosotros, Mendoza? ¿Encontraremos seguro asilo en mis tierras de Villareal?

—En todo caso, habremos cumplido como buenos, negándonos á apoyar la rebelion contra el Monarca de Castilla.

—Eso sí; siempre fieles á la causa legítima, por mas que condenemos las crueldades del Rey.

—Pero hemos jurado no defender sus escesos.

—¿Creeis que lo olvido? No tomaremos parte en esa contienda fratricida.

—Las gentes de la ciudad se acercan. ¿Qué será ello? Preven- gamos nuestras armas.

—Nada tenemos que temer; antes imagino que esos hombres pertenecen á alguna partida de maceros. Piquemos el paso, para salir de dudas.

—Que me place, repuso el caballero de Mendoza.

Y haciendo sentir la espuela á los corceles, alcanzaron en breve al grupo. Entónces observaron que, efectivamente, como unos veinte maceros conducian preso á un anciano mas muerto que vivo, de blanca pero corta barba, y sin mas vestido que una desgarrada túnica de color morado. Llevaba los brazos amarrados y la confor-

midad de la desesperacion se veía pintada en las innumerables arrugas de su rostro.

—Muchachos, preguntó el guerrero de las espadas cruzadas. ¿Adónde llevais esa hedionda pieza?

—Al matadero, ilustre D. Lope, contestó respetuosamente uno, que parecia el caudillo de aquella tropa. ¿No le conocéis?

—No recuerdo haberle visto en mi vida, dijo el dé Vendaña.

—Le hemos asegurado bien, prosiguió el macero, porque es el judío mas bribon de cuantos alimenta su maldita raza. Por la corte se entretenia en saquear las arcas reales, y vos andábais allí, cuando el pícaro hacía de las suyas. ¡Oh! Ha corrido mucha tierra y fué grande amigo de D. Juan *el Tuerto*; huyó con él á Aragon, volvió á Castilla y estuvo en poder de la justicia. ¿Sabeis que, por arte del diablo, logró fugarse de la cárcel pública de Valladolid, á pesar de los grillos que le sujetaban, y que desde entónces me ha hecho sudar gotas de sangre, antes de volverle á echar los cinco y la garra?

—Ahora lo comprendo todo, dijo D. Lope, y por las señas que me das, ese miserable fué almojarife del difunto rey D. Alfonso.

—No os engañais por cierto, repuso el gefe de la partida; pero á estas horas le pesa tanto haber volado, como siento yo pertenecer á este cuerpo infernal de buscar traidores.... Si no tenemos un instante de descanso.... Mirad: hace mucho tiempo que, desesperado de la inaccion en que me puso la falta de parroquianos.... porque yo, señores, me llamo Diégo, y fuí barbero antes que soldado.... pegué un puntapié al oficio y dije á mis navajas: adios, amigas, cómaos la roña, que yo voy á buscar mejor fortuna. Desde aquella época, es decir, ignoro cuantos años ha, solo soy bueno para correr por aquí, acechar por acullá, prender á uno, ahorcar á otro, sin que tales proezas me hayan valido el menor adelanto en mi carrera.—¿Qué diablos quieres, judío? Apuesto mi partesana á que has creído poder escaparte de mis manos, por la proteccion de estos nobles. No, queridísimo Jucef; esto vá de veras, y por otra parte, si tal imaginas, agraviás á los que el rey D. Alfonso mi Señor tuvo siempre por sus mejores amigos. Vamos.... adelante, que el

viage es corto.... ahí cerca.... á la orila del Zadorra... ya me entiendes.

Los caballeros se separaron del lugar de aquella repugnante escena y entraron por la puerta de Arriaga, á tiempo que del palacio del *Campillo* salia un fúnebre acompañamiento, que bajando por la ancha cuesta hácia la calle de la *Cuchillerta*, llenaba todas las del tránsito y volvía á subir por la espalda de la iglesia de *Santa María*. Multitud de caballeros con las lanzas bajas y enlutados los escudos rodeaban el cuerpo de un venerable anciano, cubierto de reales vestiduras y conducido en magnificas andas por ocho sacerdotes. Toda la nobleza de la ciudad seguía al duelo, y este lo presidía un caballero, que llamaba la atención por su angustiosa pena y por las copiosas lágrimas que se desprendían de sus ojos.

Don Lope de Vendaña, y el de Mendoza se mezclaron entre la comitiva, despues de echar pié á tierra, y al llegar al cementerio de *Santa María*, no pudo contenerse por mas tiempo su curiosidad. Acercáronse los dos al acongojado caballero y el de Mendoza le dijo:

—¿Por qué causa tanto dolor señor de Almazan?

—Disipad mis dudas, amigo D. Luis, hermano de armas, añadió D. Lope. ¿Qué os incita á llorar con tal abatimiento la muerte de ese anciano?

—Era mi padre, respondió sollozando el esposo de Blanca; ahí teneis á D. Alfonso de La-Cerda *el Desheredado*, al campanero de esta torre y al sepulturero de la huesa, donde van á reposar sus miembros por toda una eternidad.

CAPITULO XXXVIII.

Con el cual dá fin la historia por medio de un matrimonio como si fuese novela.



El amor de la lumbre de espaciosa chimenea, en la cual chisporroteaban enormes troncos de encina, platicaban dulcemente, durante la larga velada de una crudísima noche de diciembre de 1370, una dama y un caballero. Entreteníanse con los sucesos de la época y con la memoria de otros, que habian dejado en sus almas indelebles recuerdos.

—Paréceme que ya es hora de recojernos, D. Luis, dijo al fin la dama, tan luego como su esposo hubo terminado la relacion de una famosa batalla.

—Ya veo, señora mia, que vuestras antiguas proezas, á orillas del *Salado*, son para vos un narcótico seguro, respondió el guerrero.

—¡Oh! No lo penseis por Dios, repuso la primera. ¿Cómo queréis que escuche con indiferencia unos sucesos, á los cuales debo tantas penas y tanta felicidad? Pero la noche está muy adelantada y.....

—Teneis razon: retirémonos á descansar, pues hemos velado bastante.

Levantáronse ambos esposos; mas apenas dió cuatro pasos el caballero en direccion á la puerta de la estancia, cuando resonaron fuertes golpes en la principal del castillo, (pues castillo era y muy

fuerte el lugar en que al presente nos acompañan nuestros lectores) y al mismo tiempo se presentó un hombre delante de D. Luis.

—¿Qué ocurre, amigo mio? le preguntó éste.

—¿Quién es capaz de adivinarlo? contestó el que acababa de llegar. Desde que soy mayordomo vuestro, y sobre todo, desde que me favorecen las Musas con sus inspiraciones, solo he conocido dos mortales, que se atreviesen á turbar el sosiego de la fortaleza de Almazan durante la noche. ¿Me habeis entendido?

—No, buen Artal; ni será fácil que te entienda, si no te explicas mas claro.

—¿Os acordais de la llegada del infante D. Juan *el Tuerto* al castillo, que entonces era de la noble infanta doña María?

—¡Ah! Sí.

—¿Y habeis olvidado la de un paladin, á quien todos llamaban el caballero *Negro*?

Sonrióse D. Luis de La-Cerda y Artal añadió:

—Pues ahí teneis explicado lo que os decia.

En esto redoblaron los golpes á la puerta exterior, y el mayordomo se retiró, para saber quien era el que llamaba con tanta furia á aquellas horas.

A poco rato oyeron D. Luis y su esposa que se corrian las cadenas del puente levadizo, y que los ferrados cascós de un corcel herian las losas del patio principal.

—Sentémonos, doña Blanca, dijo el caballero á su esposa, hasta que Artal venga á informarnos de lo que sucede.

Pero Artal se precipitó en la estancia, haciendo la señal de la cruz y exclamando:

—Valedme, valedme, porque me sigue.

—¿Quién? le gritó D. Luis, mientras doña Blanca, muerta de terror, se asia al brazo de su esposo.

—¿Quién ha de ser? respondió el atribulado mayordomo: el diablo.

—¡Eh! Ya sabes que ese nombre no me infunde pavor, dijo el guerrero: salgamos á recibirle como corresponde.

Y echando mano á una larga tizona, que estaba colgada en el

muro inmediato á la chimenea, se disponia á habérselas con el que de aquella manera asustaba á sus criados, cuando le detuvo Artal, diciéndole:

—Mirad lo que haceis, porque no creais que os miento: es el mismo diablo en cuerpo y alma.

—Sepamos en qué le has conocido.

—En que viene cubierto con ancho ropage de color de fuego; en que su acerado yelmo remata en una sierpe enroscada; en que apenas se ha visto en el patio, cuando señalando hácia todas partes, como si de mucho tiempo atrás conociese todos los rincones de la fortaleza, ha dicho con imponente acento: allí estaba sin sentido doña Blanca de Almazan; mas allá el capitan Fortuna con sus satélites; luego Jucef.... Yo no soy capaz de repetir todas sus palabras; pero ha bosquejado á las mil maravillas el cuadro de vuestro combate con D. Juan *el Tuerto*. Despues de todo, y mirándome fijamente con sus ojos infernales, que despiden chispas entre las barras de su visera, me ha dirigido estas razones:

—Artal, haz presente á tu Señor que necesito hospitalidad por esta noche; mañana temprano partiré, si antes no se abre á mis piés el abismo.

—Corre, corre, Artal; dí á ese viajero que bien venido sea, repuso D. Luis: sin duda es algun noble perseguido.

—Os repito, Señor....

—Basta; guíale aquí y pronto nos convenceremos de la verdad.

—Ahí le teneis, murmuró Artal, señalando la puerta de la estancia y escurriéndose hácia la chimenea.

En el mismo instante apareció en la estancia un guerrero, que llevaba, como habia dicho Artal, una gran capa encarnada sobre los hombros, cubriéndose con ella de alto á abajo. Era de alta estatura y de marcial continente, y pendia de su cinturon larga tizona. Saludó á la Señora del castillo con muestras de afectuosísimo respeto, y dirigiéndose á D. Luis, le dijo:

—Perdonad el mal rato que os doy, y no estrañeis, oh valiente caballero *Negro*, que así me presente de improviso y sin vuestra licencia, y sobre todo sin la de vuestra ilustre esposa, mi señora

doña Blanca, en este aposento de la fortaleza de Almazan. Son familiares para mí estos sitios y creo que tendreis placer en verme.

Diciendo así el paladin levantó la visera de su yelmo y doña Blanca y D. Luis exclamaron con estrañeza y alegría:

—¡Julio de Quiñones!

—El mismo, respondió éste, besando la mano á la heredera y estrechando entre las suyas la de su antiguo protector.

—Sentaos y referidnos la causa de vuestra venida á nuestras tierras, en tanto que se os dispone donde descanséis, le dijo D. Luis.

—La causa es triste, amigo mio, respondió el caballero: estoy proscrito por D. Enrique de Trastamara, que es Rey de Castilla.

—¡Cielos! ¿Pues qué ha sucedido?

—¡Han sucedido tantas cosas, desde que os retirásteis á vivir en paz!

—Narradlas.

—Ya sabéis que seguí las armas en el ejército del rey D. Pedro, despues de la muerte de D. Alfonso *el Vengador*. Le serví con lealtad, como á mi legítimo monarca, y con él estuve hasta el último instante, en el malhadado castillo de Montiel.

—¡Montiel...! ¡Montiel...! le interrumpió doña Blanca.... Hace dias que se presentó un trovador en el patio principal de esta fortaleza, y en sus cantos repetia ese nombre.

—Celebraria tal vez el triunfo de D. Enrique.

—Proseguid.

—¿Qué he de deciros, que no contriste vuestros ánimos? Perdimos una gran batalla, porque D. Enrique tuvo por auxiliares á las compañías francas del capitan Claquin.

—¿Y luego? preguntó D. Luis con interés.

—Luego.... los cobardes huyeron, ó abandonaron al monarca de Castilla, pasándose al campo de su competidor.

—Castigo fué del cielo, á quien tanto habia ofendido.

—No os lo negaré; mas yo no atendí á sus pecados, que sin duda han sido grandes, sino á mi fidelidad.

—¿Qué hicísteis?

—Fuí de los pocos que se encerraron en Montiel, para defender sus derechos hasta el último trance.

—Mas.... ¿cómo salísteis de tan terrible aprieto?

—La traicion se encargó de abriarnos el camino. El confiado Men Rodríguez de Sanabria, valiente y leal como el primero, pero muy poco diestro en el arte de armar celadas, ganó con oro al caudillo francés, para que el Rey D. Pedro pudiese huir de la sitiada fortaleza. Claquin se avino á todo y dispuso las cosas de manera que D. Pedro saliese de Montiel y pasase á su tienda, en la cual se presentó de improviso D. Enrique. En vano aconsejé al monarca que no se fiasse, ofreciéndole morir defendiéndole, si permanecía en el castillo: su suerte estaba decretada. Los dos hermanos trabaron horrible lucha y D. Enrique hubiera sucumbido, sin la traidora intervencion de Claquin, que ayudó á su señor. El hierro fatricida penetró en el corazon de D. Pedro y su hermano fué proclamado Rey. Todos le reconocieron como tal, menos yo, que favorecido por las tinieblas de la noche y por la confusion y gritería del campamento siliador, abandoné á Montiel y su llanura, para meterme en las asperezas de los montes. Poco tiempo despues pasé á este país de Aragon, y hace ya trece meses que sirvo á su Rey, este otro D. Pedro IV.

—¿Qué temeis pues del monarca castellano?

—Cuando supo mi fuga, puso mi cabeza á precio.

—¡Y qué! D. Pedro IV no os entregará á su enojo; está en guerra con él.

—Acaban de firmarse los paces entre Castilla y Aragon. Don Enrique pide mi persona....

—La obtendrá, vive Dios, exclamó D. Luis de La-Cerda levantándose, cuyo movimiento imitaron doña Blanca y el de Quiñones.

—¿Qué pensais hacer? le preguntó éste.

—¿Teneis confianza en mí?

—¡Si la tengo....! Mandad y os obedeceré.

—Solo exijo que me acompañeis á Castilla.

—Hasta el fin del mundo iré con vos.

Al siguiente dia se pusieron en marcha los dos paladines. Abandonémosles á su fortuna, buena ó mala, y enteremos al lector de un diálogo, que veinte y siete dias despues de la llegada de Julio

Quiñones al castillo, tenia lugar entre doña Blanca y una hermosísima doncella de diez y ocho abriles, de rasgados ojos y brevísima cintura, ataviada en traje pintoresco de pastora, que con ella recorría el antiguo *bosque umbroso*, immortalizado por el célebre poeta Artal.

—¿Con qué estais segura, madre mia y señora, de que no era el diablo? preguntó la joven á la rica heredera de Almazan, con una candidez impropia de sus años.

—Segurísima estoy, María, contestó sonriéndose doña Blanca. era un apuesto y bravo paladin, que fué en otro tiempo mi page; ha adquirido envidiable reputacion en la guerra y es grande amigo nuestro.

María, que habia recibido en el bautismo este dulce nombre en memoria de su ilustre abuela, se ruborizó al escuchar las palabras de su madre, y murmuró con turbado acento:

—¡Ah! Pues si no era el diablo, bien puedo quererle.

—¿Qué pretendes espresar con esas razones, hija mia? repuso alarmada la primera....

—Quiero espresar que.... que.... si no sé como manifestarlo...

--Háblame con franqueza. ¿Desde cuándo tienes secretos, que lo sean para mí?

—Pues bien, madre mia. Yo estaba tomando el fresco en la almena principal, cuando ese que asegurais que no es el diablo llegó al castillo....

—¡Tomando el fresco en noche tan tempestuosa!

—¡Jesus....! En fin, quiero confesaros la verdad. Cuando oí que llamaban en la puerta del puente, salí de mi aposento y me coloqué de modo, junto al alfeizar de una de las ventanas que dan al patio grande, que sin ser vista, pudiese ver al que llegaba. El miedo del buen Artal me obligó á ser mas curiosa que lo que al principio me habia propuesto, y seguí en puntillas al caballero de la capa encarnada, hasta el salon de la chimenea. Detúveme en el umbral y entorné la puerta, para que no me descubrieseis, y desde allí escuché toda la plática, que tuvisteis vos y mi padre y señor con el caballero Julio de Quiñones.

—Grande imprudencia fué la tuya, María.

—¡Oh! Si supiérais.... no pude hacer otra cosa, porque su continente.... su acento.... su fidelidad al Rey asesinado.... sus desgracias.... vamos, creedme, madre mia; yo no acertaba á separarme de aquella puerta, y luego que me retiré y me metí en el lecho, no logré cerrar los ojos en el resto de la noche.

—Lo mismo que yo en otro tiempo, pensó doña Blanca abrazando á su hija.

Desde aquel instante ocurrió á la heredera la noble inspiracion de casar á María con Julio de Quiñones: éste era noble por su familia, y aunque sin bienes de fortuna, circunstancia de poquisimo peso en el ánimo de aquella madre feliz, muy capaz de hacer venturosa á la mas esclárecida dama de los dos reinos. No quiso con todo alhagar la naciente pasion de su hija; pero se felicitó interiormente de que ésta hubiese puesto los ojos en un hombre avezado á los peligros y azares de la guerra, y cuyas nobles prendas eran segura garantía de un porvenir risueño, para la muger que acertase á apreciarlas.

La-Cerda y Quiñones volvieron al mes de la corte de Castilla. Don Enrique II, que ocupaba el sόlio, recibió al primero con todo el cariño y distincion, que merecia uno de los mas constantes y fieles defensores de su padre D. Alfonso, y cuando supo de sus lábios los altos merecimientos y probada lealtad del segundo, le admitió á su gracia, revocando la proscripcion que pesaba sobre su cabeza y colmándola de mercedes. Cuando llegó á Almazan con D. Luis, era Señor de tres castillos.

Doña Blanca dió parte á su esposo del descubrimiento que habia hecho en el corazon de María, y entonces D. Luis, ébrio de gozo, no tuvo reparo en vender un secreto de su amigo, cuya revelacion le habia sido hecha durante el viaje. Quiñones no ignoraba que los señores de Almazan tenian una hija, y anhelaba obtener su mano.

Así las cosas, no se hicieron esperar mucho tiempo las esplicaciones y tres meses despues, unió el himeneo á la heredera de Los-Lacerdas con uno de los mas ilustres vástagos de la antiquísima casa de Quiñones.

Las antiguas crónicas y viejos pergaminos, que nos han suministrado irrecusables testimonios de los acontecimientos anteriores, certifican, contra lo que estamos presenciando todos los dias, que doña Blanca de Almazan y el hijo de D. Alfonso el *Desheredado* disfrutaron siempre inalterable paz y completa dicha. Rebajando de esta asercion lo preciso para hacerla creible, nos parece mas del caso concluir diciendo, que fueron tan felices cuanto cabe en la humana fragilidad, y que antes de bajar al sepulcro tuvieron la dicha de servir de padrinos al rabino Eleazar, que recibió el bautismo en Zaragoza, despues de convertirse á la religion cristiana.

Artal compuso el epitalamio para las bodas de María, así como lo habia compuesto para las de su madre, y murió de edad avanzada en Almazan, acordándose del viejo Rodrigo, por cuya alma rezaba todos los dias, del antiguo capellan de la fortaleza y de la buena Matilde, no sin dejar ordenado en su testamento, que se le enterrase en el *bosque umbroso*.



ÍNDICE

de los capítulos que contiene esta novela.

INTRODUCCION.

	Pág.
El autor se prepara á entrar en materia.	v

LIBRO PRIMERO.

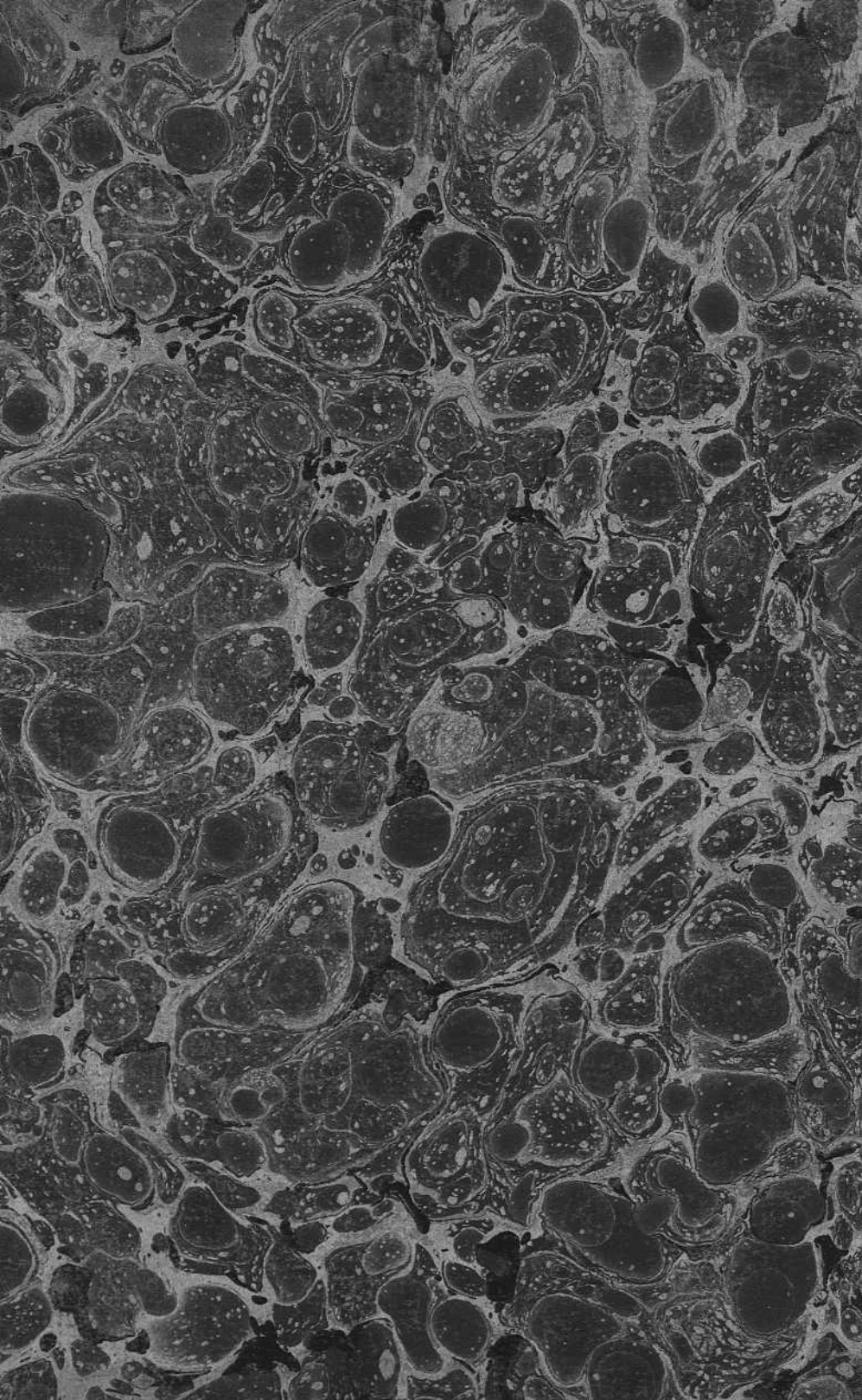
CAP. I. Muévase la corte.	11
II. El brío del Rey D. Alfonso, la manopla del enlutado y los apuros del infante D. Juan.	22
III. En el cual no hacen mas que presentarse en escena tres nuevos personajes.. . . .	37
IV. En el cual se vé que D. Lope de Vandaña era hombre de malísimas pulgas.	46
V. El caballero y el espía.	56
VI. De cómo el caballero Negro sabia presentarse cuando hacía falta, para repartir tajos y reverses.	68
VII. De como el almojarife Jucef contaminó á un religioso, sin pensar en ello.	75
VIII. Don Juan <i>el Tuerto</i> vé visiones y los religiosos de Santo Domingo meditan, despues de haber conspirado.	88
IX. En que se manifiesta la desinteresada proteccion, que el infante D. Juan dispensaba á los desvalidos.	98
X. Interrumpe nuestra historia nuevamente la aparicion de otros personajes.	108
XI. Pruébase de una manera irrecusable que D. Juan <i>el Tuerto</i> habia nacido para asustar á todo el mundo.	119
XII. De como el conde Álvar Nuñez llegó á saber muchas cosas que le interesaban y llegaron á escocerle.	130

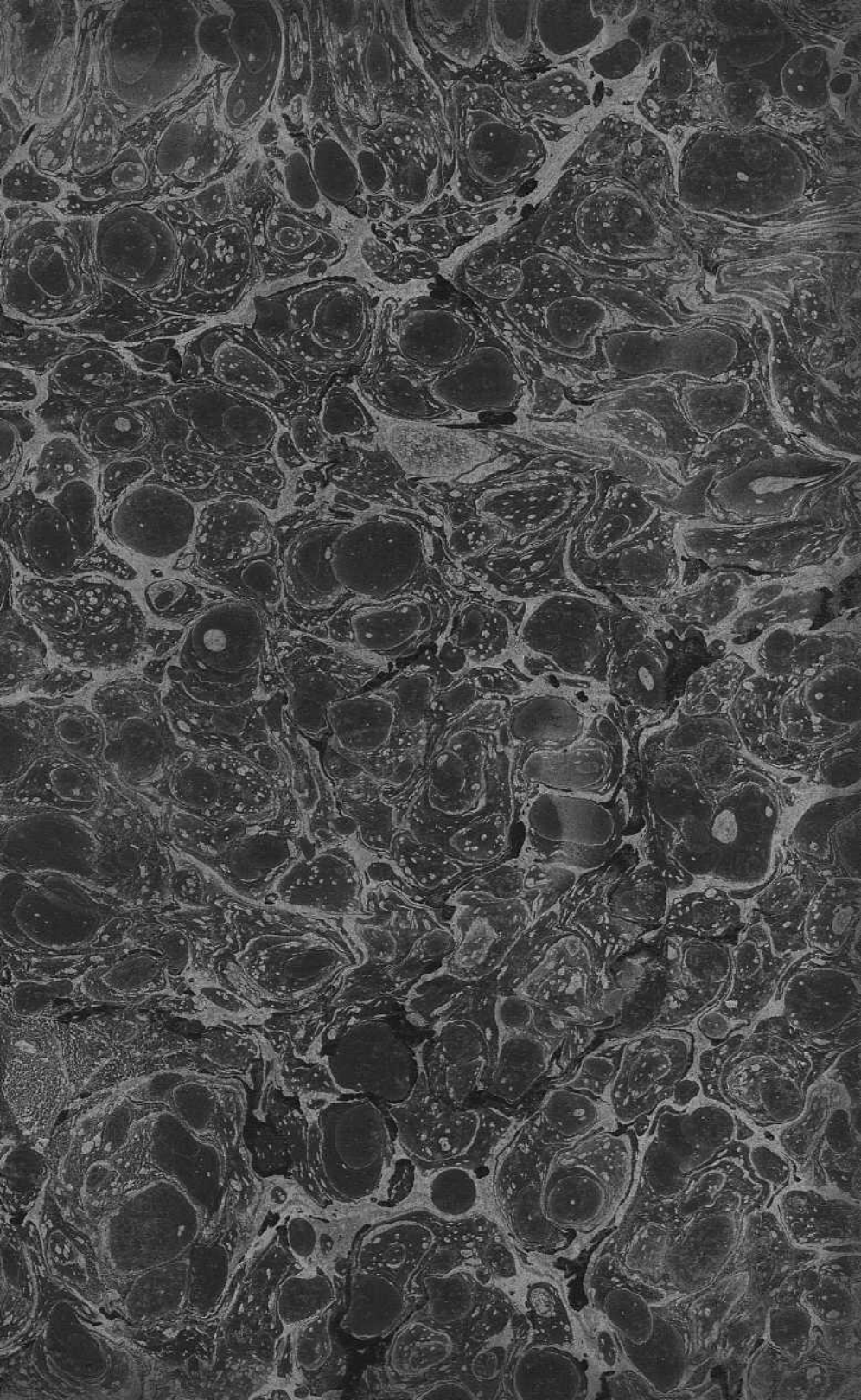
	<u>Pág.</u>
CAP. XIII. En el que se trata de la justicia que sabia hacer D. Alfonso el oncenno de Castilla.	138
XIV. De la feliz inspiracion que tuvo Pero Calvillo, para sacar de apuros á D. Juan <i>el Tuerto</i>	149
XV. De cómo el sábio Samuel practicaba el arte caba- lístico y se hacía con bolsillos repletos de oro..	158
XVI. La Reina se desmaya, el hijo de Abenez lleva su merecido y el Señor de Villena da el salto mortal.	169

LIBRO SEGUNDO.

CAP. I. Diálogo al aire libre y supersticiones del si- glo XIV.	176
II. Del plan que habia formado D. Juan <i>el Tuerto</i> , para conquistar la mano de doña Blanca. .	187
III. El castillo de Betoño.	196
IV. En el que se patentiza como se conjuraba á los espíritus en el siglo XIV.	206
V. El combate y el incendio.. . . .	219
VI. La llegada de un importuno interrumpe el colo- quio de dos enamorados.	227
VII. De como el capitan Fortuna tuvo que ir á bus- carla á otra parte.	237
VIII. En el cual se prueba matemáticamente que Dios los cria y ellos se juntan, y que donde menos se piensa salta la liebre.	246
IX. La órden de Caballería.	255
X. En que se dá cuenta de qué modo suelen hacer su fortuna los espías.	268
XI. Las uñas de una loca, las barbas de un judío y la vuelta del Infante á Valladolid.. . . .	277
XII. Grandes preparativos para una fiesta en que debe correr sangre.	286
XIII. El torneo de Valladolid.	294
XIV. El duelo á todo trance y el baston del Rey don Alfonso XI.	303
XV. La entrevista nocturna.	311









G 29247